PROCOPIO DE CESAREA

HISTORIA DE LAS GUERRAS

LIBROS VII-VIII

GUERRA GÓTICA

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

HISTORIA DE LAS GUERRAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 358

PROCOPIO DE CESAREA

HISTORIA DE LAS GUERRAS

LIBROS VII-VIII
GUERRA GÓTICA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
FRANCISCO ANTONIO GARCÍA ROMERO



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de este volumen ha sido revisada por PATRICIA VARONA CODESO.

López de Hoyos, 141; Madrid, 2007
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M-9452-2007

ISBN 978-84-249-2276-4 Obra completa
ISBN 978-84-249-2868-1 Tomo IV

Composición: Manuel Rodríguez

HECHOS Y PERSONAJES PRINCIPALES DE LA HISTORIA DE LAS GUERRAS VII Y VIII

LIBRO VII

La guerra continúa. Erarico y Totilas

1. Regreso de Belisario a Bizancio con el vencido Vitigis. Ildibado reúne a los bárbaros. Alejandro «el Tijeras». Derrota de Vitalio ante Ildibado. La enemistad entre Ildibado y Urayas y la muerte de Ildibado. *Fin del sexto año de la guerra.*
2. Erarico es nombrado rey e intenta pactar en secreto con Justiniano. Los godos matan a Erarico y nombran rey a Totilas.

El avance de Totilas

3. El ejército de Italia marcha contra Verona y luego a Faventia.
4. Totilas reúne a los godos y avanza contra los romanos. Los godos vencen en la batalla.
5. Totilas marcha contra Florencia. La batalla y la retirada de los romanos. *Fin del séptimo año de la guerra.*

Totilas cruza el Tíber

6. Asedio de Neápolis. Se apodera de Apulia y Calabria. Totilas vence a la flota romana cerca de Neápolis.
7. Una tempestad causa el desastre de la flota romana enviada a Neápolis. La ciudad se rinde. *Fin del octavo año de la guerra.*
8. El humanitarismo de Totilas y su justicia.
9. Los italianos son víctimas tanto de los bizantinos como de los godos. Totilas avanza hacia Roma. Justiniano envía a Belisario. *Fin del noveno año de la guerra.*

Belisario en Italia

10. Driunte se libra del asedio godo. Totilas toma Tíbur.
11. Belisario llega a Rávena. Sucesos en la zona de Bononia, Áuximo y Piceno. *Fin del décimo año de la guerra.*
12. Belisario pide tropas y dinero al emperador. Totilas conquista varias plazas.

Totilas contra Roma

13. Se prepara el asedio. Juan, Isaac y Narsés son enviados en ayuda de Belisario.
14. Los dos Quilbudios. Los bárbaros esclavenos y antas.
15. Besas, Valentín y Focas en Roma. El papa Vigilio intenta ayudar desde Sicilia. *Fin del undécimo año de la guerra.*
16. El papa Vigilio marcha a Bizancio. Placencia se rinde y en Roma se agotan las provisiones. El diácono Pelagio no consigue una tregua con Totilas
17. Carestía del trigo en Roma. La mayoría de la población de Roma sale de la ciudad.
18. Sucesos relativos a Juan, Isaac y Belisario. Este último marcha por mar hacia Roma. Desembarco en el puerto de Roma. Juan en Calabria. Su victoria en territorio brucio sobre Recimundo. Avance hacia Apulia.
19. El plan de Belisario en Roma. Vence la resistencia de los godos. Isaac es capturado. Belisario cae enfermo. El fin del godo Ruderico y de Isaac.

Totilas entra en Roma

20. Besas descuida la vigilancia en Roma. La traición de los isáuricos. Los godos saquean Roma.
21. Varios discursos de Totilas. Embajada a Justiniano para pedirle la paz. El emperador responde que es Belisario quien tiene la última palabra.
22. Sucesos en Lucania. Derrota de las tropas de Totilas. Belisario con una carta disuade a Totilas de destruir los edificios. El rey godo deja desierta Roma y marcha contra Juan y los lucanos.

Belisario avanza hacia Roma y vence

23. La acción de Martiniano. Los romanos entran en Espoleto. Totilas marcha contra Rávena.
24. Belisario llega a Roma, reconstruye las murallas y resiste los asaltos del ejército de Totilas. Las tropas romanas salen de la ciudad y vencen al ejército godo. Totilas se retira a Tíbur y Belisario envía al emperador las llaves de las puertas de Roma. *Fin del duodécimo año de la guerra.*

Nuevas acciones de Totilas

25. Totilas marcha contra Perusia y la asedia.
26. Acciones de Juan en Campania. Totilas marcha contra Juan, que huye a Driunte.
27. Justiniano envía otro ejército a Italia. Vero marcha contra Totilas y es vencido. Escila y otros ejemplos: lo histórico y lo mítico.
28. Belisario navega hacia Tarento, pero por una tempestad arriba a Crotón. Derrota

romana en los Brucios. Belisario llega a Mesina en Sicilia.

29. Unos esclavenos cruzan el Istro. Terremotos en Bizancio. Crecida del Nilo. El monstruo Porfirio. Totilas asedia Rusciana. *Fin del decimotercer año de la guerra.*

Justiniano y Bizancio

30. Justiniano envía tropas a Sicilia. Muere la emperatriz Teodora. Los planes de Belisario, Juan y Valeriano. Rusciana se rinde a Totilas. Antonina llega a Bizancio.

31. Conspiración contra Justiniano. La boda frustrada de Artabanes y Preyecta. Germano se enemista con el emperador.

32. Maquinaciones de Arsaces contra el imperio. La actitud de Artabanes, Canaranges, Justino (hijo de Germano) y Marcelo, comandante de la guardia palatina. Denuncia ante el emperador y descubrimiento de la trama.

Justiniano y sus relaciones con otros pueblos

33. Los bárbaros se apoderan de todo el oeste. La Galia y los francos. Justiniano, los gépidas, los longobardos y los hérulos.

34. Gépidas y longobardos. Alianza de Justiniano con los longobardos.

35. Belisario en Bizancio. Ildiges y el trono longobardo. Indulfo, el lancero de Belisario, se pasa a los godos. *Fin del decimocuarto año de la guerra.*

Nuevo avance de Totilas contra Roma. Hechos posteriores

36. Los godos asedian y entran en la ciudad.

37. Totilas pide en matrimonio a la hija del caudillo de los francos y éste se niega. Totilas intenta conquistar Centucelas y luego los godos navegan hacia Sicilia, tras conquistar otras plazas. Germano y Liberio. Muerte de Vero.

38. Los esclavenos cruzan el Istro. Toman Topiro.

39. Totilas sitia Regio y marcha a Sicilia para atacar Mesina. Saqueo de Sicilia. Liberio, Artabanes y Germano, que ambiciona el trono de los godos. *Fin del decimoquinto año de la guerra.*

40. Los esclavenos cruzan el Istro. Justiniano envía contra ellos a Germano. Aquéllos se retiran a Dalmacia y éste en el camino hacia Italia muere de enfermedad. Juan y Justiniano, el hijo de Germano, conducen el ejército a Italia. Liberio navega a Siracusa. Artabanes también, pero una tempestad lo arroja de nuevo a una isla de Dalmacia. Totilas saquea Sicilia y regresa a Italia. Otros esclavenos cruzan el Istro y devastan los dominios romanos. Cerca de Adrianópolis los

LIBRO VIII

LIBRO VII
(GUERRA GÓTICA III)

SINOPSIS

1. Belisario regresa a Bizancio con el vencido Vitigis. Recelos de Justiniano. Elogio de Belisario. Al enterarse de que Belisario había salido de Rávena, Ildibado reúne en torno a su persona a los bárbaros y a los romanos favorables a su causa. El «logoteta» Alejandro «el Tijeras» y sus excesos. El malestar del ejército y la derrota de Vitalio ante Ildibado. La enemistad entre Ildibado y Urayas. Asesinato de Urayas. El suceso de Velas y su prometida. La muerte de Ildibado. Fin del sexto año de la guerra.—2. El rogo Erarico es nombrado rey. El acuerdo entre Totilas y Constanciano para la rendición de Tarvesio. Los godos le ofrecen el trono a Totilas. Erarico intenta un pacto secreto con Justiniano. Los godos matan a Erarico y nombran rey a Totilas.—3. Acuciados por Justiniano, los comandantes del ejército de Italia marchan contra Verona. El plan de Marciano y el combate en Verona. El ejército romano marcha a Faventia.—4. Totilas reúne a los godos. Discurso de Artabaces ante los comandantes del ejército romano. Discurso de Totilas a los godos. Tras plantear la estrategia, Totilas avanza contra los romanos. El combate entre el godo Válaris y Artabaces y la muerte de ambos. Los godos finalmente vencen en la batalla.—5. Totilas manda un ejército contra Florencia. Justino pide ayuda a los comandantes de Rávena. La batalla y la retirada de los romanos. La benevolencia de Totilas con los prisioneros. Fin del séptimo año de la guerra.—6. Totilas cruza el Tíber y llega hasta la Campania y el Samnio. Allí asedia Neápolis y toma otras fortalezas. Se apodera de Apulia y Calabria. El emperador manda con una flota primero a Maximino y luego al general Demetrio. La insolencia de otro Demetrio, el gobernador de Neápolis, y su intento de pedir ayuda. Totilas vence a la flota romana cerca de Neápolis. El castigo del gobernador Demetrio.—7. Los generales piden ayuda a Maximino, quien, al fin, manda la flota a Neápolis. La tempestad y el desastre de la flota. La resistencia de Neápolis y la propuesta de Totilas. La ciudad se rinde. Fin del octavo año de la guerra. —8. El humanitarismo de Totilas y su justicia. El caso del violador y las razones de Totilas para castigarlo.—9. Los italianos son víctimas tanto de los bizantinos como de los godos. Constanciano y los demás comandantes se niegan a continuar la guerra. Carta de Totilas a los senadores romanos para pedirles que se pongan de su parte. Juan impide que le contesten los senadores. Totilas insiste y luego avanza hacia Roma. Belisario es enviado por Justiniano a Italia. Fin del noveno año de la guerra. —10. Llega Belisario a Italia. Driunte se libra del asedio godo. Totilas toma Tíbur y les corta a los romanos la entrada de suministros por el Tíber.—11. Belisario llega a Rávena y dirige un discurso a la población para ganársela, pero ninguno se deja convencer. Belisario manda tropas a la zona de Bononia. Los ilirios dejan el ejército y se marchan a su patria por ciertas razones. Totilas manda un ejército contra Bononia, pero sus tropas son vencidas. Lo

ocurrido en la ciudad de Áuximo y en Piceno. Fin del décimo año de la guerra. —12. Belisario le pide soldados y dinero al emperador. Totilas conquista varias plazas, aunque no Perusia.—13. Totilas avanza contra Roma y prepara el asedio. Luego manda tropas a la región de Emilia. Belisario escribe al emperador para informarle de la situación y éste envía en su ayuda a Juan, Isaac y Narsés.—14. La narración continúa con el suceso de «los dos Quilbudios». En medio de este relato se exponen las costumbres democráticas de los bárbaros esclavenos y antas, así como sus creencias, culto religioso, forma de vida y costumbres. Prosigue la narración acerca de Quilbudio. La propuesta de Justiniano a esclavenos y antas.—15. En Roma, Besas no secunda los planes de Valentín y Focas. El papa Vigilio envía desde Sicilia barcos cargados de grano, pero los bárbaros se apoderan de ellos. Fin del undécimo año de la guerra.—16. El papa Vigilio marcha a Bizancio por orden de Justiniano. Acuciada por el hambre, Placencia se rinde y en Roma se agotan las provisiones. Los romanos envían al diácono Pelagio para que pacte una tregua. Discurso de Totilas con sus condiciones inexcusables. Respuesta de Pelagio. Vuelve sin conseguir nada.—17. A los romanos los aflige el hambre y, como los militares tienen aún mucha comida, les piden que los socorran. El trigo se encarece extraordinariamente y, al final, se acaba. Se recurre a las ortigas cocidas como alimento. La mayoría de la población de Roma sale de la ciudad de uno u otro modo.—18. Se continúa narrando los sucesos de Juan, Isaac y Belisario. Belisario decide marchar por mar hacia Roma. Preparativos de Totilas. Belisario desembarca en el puerto de Roma y Juan llega a Calabria. Brucios y lucanos vuelven a quedar sometidos al emperador. Juan vence en territorio brucio a Recimundo y sus tropas, y se dirige a Apulia.—19. Belisario idea un plan para llegar a Roma. Besas tampoco sigue sus órdenes esta vez. Belisario construye una torre incendiaria contra la defensa montada por los enemigos en el río. Logra vencer la resistencia de los godos. Isaac entonces, por su afán de ganar él también la gloria del vencedor, sale de Porto para intentar sorprender a los enemigos en sus atrincheramientos y es capturado. Belisario, al enterarse, se desespera; más tarde llega a Porto y cae enfermo. El fin del godo Ruderico y de Isaac.—20. Besas en Roma sigue preocupándose por la venta de trigo y descuida la vigilancia. La traición de los isáuricos. Totilas, a pesar de sus sospechas iniciales, les hace caso. Entran en la ciudad y la mayoría de los romanos huye. En el templo de san Pedro, Pelagio le pide a Totilas que perdone a los ciudadanos que se habían quedado allí. Él accede, pero saquea Roma. Los romanos, incluidos los senadores, quedan en la más absoluta indigencia, si bien Totilas no permite que violen a las mujeres.—21. Palabras de Totilas a los godos para que no se dejen llevar por la euforia y para que observaran siempre la justicia. Discurso a los senadores. A Herodiano y a los isáuricos, en agradecimiento, les dio los cargos senatoriales. Embajada a Justiniano para pedirle la paz. El emperador responde que es Belisario quien tiene la última palabra.—22. Sucesos en Lucania. Derrota de las tropas de Totilas, quien en

castigo derriba gran parte de la muralla de Roma y está a punto de destruir los edificios más importantes. Belisario se entera y lo disuade con una carta. Totilas deja desierta Roma y marcha contra Juan y los lucanos.—23. La acción de Martiniano, gracias a la cual los romanos entran en Espoleto. Belisario avanza hacia Roma y vence a los enemigos en un combate en las cercanías. Juan concibe un plan para que Tarento y Calabria se atrevan a hacer defección de los godos. Totilas avanza contra Rávena.—24. Belisario lleva a cabo una acción valerosa e importantísima para la guerra. Avanza hacia Roma con la intención de apoderarse de la ciudad. Reconstruye las murallas y resiste los asaltos del ejército de Totilas. Luego, sus tropas salen de las murallas, chocan contra el ejército godo y lo vencen. Los nobles godos censuran el comportamiento de Totilas. Éste se retira a Tíbur y Belisario envía al emperador las llaves de las puertas de Roma. Fin del duodécimo año de la guerra.—25. El anterior asedio de Perusia por los godos. Totilas arenga a sus tropas, reacias a obedecerle. Tras el discurso marcha contra Perusia y se dispone a asediarla.—26. Juan rescata en Campania, entre otros prisioneros, a unos pocos senadores que retenía allí Totilas. Totilas marcha contra Juan. En Lucania ataca su campamento de noche pero no consigue provocarle muchas bajas. Juan huye a Driunte. —27. Justiniano, a instancia de Belisario, envía otro ejército a Italia y a varios generales. Uno de ellos, Vero, marcha irreflexivamente contra Totilas y es vencido. Los planes de los otros generales y del propio Belisario. Escila y otros ejemplos: lo histórico y lo mítico. —28. Belisario navega hacia Tarento, pero una tempestad lo obliga a desembarcar en Crotón. Un destacamento de caballería es derrotado en los Brucios por Totilas. Belisario zarpa de allí y arriba a Mesina en Sicilia.—29. Unos esclavenos cruzan el Istro. Terremotos en Bizancio y en otros lugares. Una gran crecida del Nilo. El monstruo Porfirio. Predicciones a raíz de estos portentos. Lo que dicta la razón. Totilas asedia Rusciana. Fin del decimotercer año de la guerra.—30. Justiniano envía tropas a Sicilia. Muere la emperatriz Teodora. El asedio de Rusciana y otros sucesos. Los planes de Belisario, Juan y Valeriano. Rusciana se rinde a Totilas, que castiga a su comandante por no haber cumplido el pacto, pero perdona a los demás. Antonina llega a Bizancio y le pide al emperador que mande llamar a Belisario. —31. Una conspiración contra Justiniano. La boda frustrada de Artabanes y Preyecta. El enojo de Artabanes. Germano se enemista con el emperador por la herencia de su hermano Boraides.—32. Arsaces maquina contra el imperio y es castigado sin mucho rigor. Intenta ganarse a Artabanes aprovechando su enojo y lo incita a levantarse contra Justiniano. Se une al complot Canaranges. Sin embargo, Justino, hijo de Germano, se opone a secundarlo y se lo cuenta a su padre, quien, a su vez, informa a Marcelo, comandante de la guardia palatina. Marcelo quiere asegurarse de lo que ocurre y lo consigue. Denuncian los hechos al emperador. Justiniano manda encarcelar e interrogar a los culpables. Se descubre la trama y quedan absueltos los inocentes, a pesar del enojo del emperador contra

Germano.—33. Los bárbaros se apoderan de todo el oeste. La Galia y los francos. Justiniano, los gépidas, los longobardos y los hérulos.—34. Enemistad entre gépidas y longobardos. Ambos recurren a Justiniano para que los ayude y mandan embajadas a Bizancio. Los discursos de unos y otros. Justiniano decide aliarse con los longobardos y le envía fuerzas. Los gépidas, ante esta situación, firman un tratado de paz con los longobardos. El ejército romano enviado a la zona se queda allí sin saber qué hacer.—35. Belisario en Bizancio. Un presagio anterior anuncia la felicidad de su casa. Justiniano y sus preocupaciones. Ildiges y el trono longobardo. Indulfo, el lancero de Belisario, se pasa a los godos y saquea algunas plazas fuertes. Fin del decimocuarto año de la guerra. —36. Totilas marcha con todo su ejército contra Roma y la asedia. Al principio la resistencia es enérgica y muy efectiva. Unos isáuricos entran en conversaciones con Totilas para entregarle la ciudad. Con esta ayuda Totilas planea una estratagema y entra en Roma.—37. Totilas pide en matrimonio a la hija del caudillo de los francos y éste se niega, porque, según él, Totilas ni era ni sería nunca rey de Italia y por otras razones. Totilas intenta conquistar Centucelas. El comandante Diógenes llega con Totilas a un acuerdo y los godos marchan hacia Sicilia. Antes intentan la conquista de otras plazas. Justiniano nombra primero a Germano general en jefe y luego cambia de opinión y designa a Liberio, pero tampoco lo envía a Italia. Muere Vero.—38. Los esclavenos cruzan el Istro. Toman la ciudad de Topiro. Crueles prácticas de los esclavenos.—39. Los godos asaltan Regio, pero son rechazados. Totilas deja la ciudad sitiada y cruza a Sicilia para atacar Mesina. Saquean casi toda Sicilia. Justiniano manda una flota a las órdenes de Liberio, pero luego sustituye a éste por Artabanes, absuelto de anteriores cargos, y nombra a Germano general con plenos poderes en la guerra contra los godos. Germano ambiciona el trono de los godos. Planea casarse con Matasunta y consigue reclutar un gran ejército. Fin del decimoquinto año de la guerra.—40. Los esclavenos cruzan el Istro y Justiniano envía contra ellos a Germano. Al enterarse, los bárbaros se retiran a Dalmacia y Germano, despreocupándose, emprende su camino hacia Italia y poco después muere por una enfermedad. La integridad y el carácter del fallecido. Juan y Justiniano, el hijo de Germano, conducen el ejército a Italia. Liberio navega a Siracusa y penetra en el recinto mientras la ciudad estaba siendo asediada. Artabanes navega también hacia allí, pero una tempestad lo arroja de nuevo a una isla de Dalmacia. Totilas saquea casi toda Sicilia, pero lo convencen para que regrese a Italia. Otros esclavenos, instigados por Totilas según la opinión de algunos, cruzan el Istro y devastan los dominios romanos. El emperador envía un ejército contra ellos y en un combate cerca de Adrianópolis los bizantinos son derrotados por los bárbaros. Posteriormente el ejército imperial los persigue y vence a una parte de las tropas bárbaras. Los esclavenos vuelven a su tierra.

De este modo Belisario[1], aunque todavía la situación era [**1**] inestable, regresó a Bizancio[2] y trajo consigo a Vitigis[3], a los nobles godos y a los hijos de Ildibado además de todas las riquezas[4]. Ildiger, Valeriano y Martino junto con Herodiano[5] [2] eran los únicos que lo escoltaban. El emperador Justiniano se alegró de conocer a Vitigis y a su mujer y se quedó asombrado ante la belleza física y la estatura[6] de la tropa de bárbaros. [3] Tras recibir el tesoro de Teodorico, que era digno de verse, les exhibió en palacio a los senadores tal espectáculo a puerta cerrada, ufanándose de la suntuosidad de lo que había ganado[7]. Pero ni lo expuso ante el pueblo ni le concedió a Belisario el triunfo[8], como cuando llegó tras haber vencido a Gelimer y a los vándalos[9].

Todos, sin embargo, se hacían lenguas de Belisario: se [4] había ceñido la corona de dos victorias, como nunca antes coincidió que nadie hubiera conseguido; había traído a Bizancio a dos reyes cautivos[10] y contra todo pronóstico, había convertido en botín de los romanos[11] al linaje y los bienes de Gicerico[12] y Teodorico, y eso que nunca nadie vino a ser, al menos entre los bárbaros, más ilustre que ellos; y les quitó a los enemigos las riquezas para devolvérselas de nuevo al estado y recobró en poco tiempo para el imperio casi la mitad de las posesiones en tierra y mar.

A los bizantinos les gustaba ver cómo Belisario iba cada [5] día de su casa al foro y regresaba luego, y nadie se hartaba de contemplar aquel espectáculo; y es que sus paseos se [6] asemejaban a una procesión solemnísima, porque siempre lo iba escoltando un pelotón de vándalos, godos y moros. Era también de físico hermoso y era alto y el mejor parecido de todos. Asimismo, se mostraba cordial y afable con quienes [7] se encontrara, hasta el extremo de comportarse como alguien muy humilde y anónimo.

[8] El aprecio que hacia su autoridad como general sentían soldados y campesinos fue siempre irresistible. El caso era que con las tropas había sido el más generoso del mundo; pues a los que habían salido malparados en el combate, a base de dinero los consolaba de las heridas que les habían hecho y a los que se habían distinguido les ofrecía como recompensa brazaletes y collares, y el soldado que hubiera perdido en la batalla el caballo, el arco o cualquier cosa recibía de inmediato otro de Belisario. A los campesinos, por su parte, los trataba con tanto miramiento y consideración que jamás en ningún lugar bajo el mando de Belisario habían venido a sufrir ningún perjuicio; es más, contra lo que cabía esperar, lo que pasaba era que se enriquecían todos aquellos en cuyas [9] tierras acampara el grueso de su ejército; y es que les vendían todos los víveres al precio que se les antojaba. Cuando la cosecha estaba madura, él vigilaba cuidadosamente para que la [10] caballería no la dañara al pasar, y cuando los frutos de los árboles estaban en sazón, no le daba absolutamente a nadie permiso para cogerlos.

[11] También, en efecto, hacía alarde de una continencia con las mujeres fuera de lo normal. Y lo cierto es que nunca tocaba [12] a ninguna otra que no fuera su esposa[13], y

aun habiendo capturado tantas prisioneras vándalas y godas y de una belleza tal como nadie vio jamás, ni le permitía a ninguna venir a su presencia y ni siquiera que se cruzara en su camino.

[13] Además de todo esto contaba con una inteligencia extraordinariamente despierta y con una insuperable capacidad [14] para tener las mejores ideas en medio de las dificultades. Por otro lado, en los peligros de la guerra era animoso, pero con precaución, y muy audaz, pero con el debido cálculo; y fogoso o pausado en el ataque a los enemigos siempre según la necesidad de cada momento.

Aparte, en las circunstancias más terribles mantenía una [15] actitud esperanzada y mostraba estar por encima de la turbación general, y en los éxitos ni se engreía ni se dejaba relajar por la molicie; desde luego a Belisario nadie lo vio nunca borracho.

Así pues, todo el tiempo que estuvo al frente del ejército [16] romano en Libia[14] e Italia, lo pasó de victoria en victoria y adueñándose sin parar de lo que se le ponía por delante. Y [17] cuando se le mandó volver a Bizancio, su valía fue muchísimo más reconocida que antes; pues destacaba por esa valía [18] suya en todos los campos y, como por la gran abundancia de riquezas y por la fuerza de sus escuderos y lanceros[15] sobrepasaba a los generales de cualquier época, todos los oficiales y soldados lo miraban, lógicamente, con temor. Lo cierto es [19] que nadie, que yo sepa, se atrevía a oponerse a sus órdenes ni jamás le quitaban importancia al hecho de cumplir todo lo que mandara, porque reverenciaban su valía y sentían miedo de su poder.

Y es que él suministraba siete mil jinetes mantenidos a sus [20] expensas; y ninguno de éstos era como para menospreciarlo, al contrario, cualquiera de ellos se preciaba de formar en la primera fila y de desafiar a la elite de las tropas enemigas. [21] Cuando los viejos romanos estaban sitiados por los godos[16] y observaban lo que iba ocurriendo en los diversos combates de aquella guerra, muy asombrados exclamaban cómo sólo con los suyos conseguía destruir el poder de Teodorico.

[22] Pues bien, Belisario, capaz como era por su reputación y su inteligencia, según quedó dicho, decidía por sí mismo lo que convenía a los intereses del emperador y lo que había [23] resuelto siempre lo llevaba a cabo por su propia iniciativa. Los demás generales, como era mayor la igualdad entre ellos y no tenían en mente otra cosa que no fuera lograr su propia ganancia, empezaron entonces a someter a los romanos[17] al pillaje y a dejarlos a merced de sus soldados; y ni ellos se preocupaban ya de lo que hacía falta ni sus soldados obedecían sus órdenes. [24] Por eso cometieron muchos errores y el estado romano en su conjunto se vio destruido en poco tiempo. Y esto es precisamente lo que yo voy a contar de la mejor manera que pueda.

[25] Cuando Ildibado supo que Belisario se había marchado de Rávena y que ya venía de camino, congregó en torno a su persona a todos los bárbaros y a cuantos soldados romanos estaban a [26] favor de una revuelta. El poder constituía su principal

interés y trabajaba con empeño por devolverle al pueblo godo el dominio [27] de Italia. Lo cierto es que al principio lo seguían no más de mil hombres y eran dueños de una sola ciudad, Ticino. Pero poco a poco vino a unírsele toda la población de Liguria y Venecia.

[28] En Bizancio había un tal Alejandro que estaba al frente de las cuentas del estado: a este cargo los romanos lo denominan [29] con el término griego de «logoteta»[18]. Siempre andaba acusando a los soldados del perjuicio que con sus gastos causaban a la hacienda pública. Y como no paraba de demandarlos por tales delitos, pronto se había convertido de individuo anónimo en personaje famoso y de pobre que era en inmensamente rico. Pero también al emperador le proporcionaba mucho dinero, tanto como nadie nunca le había conseguido; en cambio, de que los soldados fueran pocos en número y pobres y de que se hubieran vuelto reacios a afrontar los peligros, él era el que tenía más culpa que nadie. Los bizantinos incluso le pusieron [30] de mote «el Tijeras»[19], porque para él era muy fácil cortar en círculo una moneda de oro para hacerla tan pequeña como quisiera, aunque conservando la misma forma redonda que tenía al principio (pues «tijeras» es el nombre que le dan al [31] instrumento con el que se hace eso). Al tal Alejandro lo envió el emperador a Italia, después de mandarle a Belisario que regresara. Y una vez que estuvo en Rávena propuso una [32] fiscalización de cuentas sin ningún sentido. Y es que, aun no habiendo tocado los italianos en ningún momento el fisco imperial ni cometido ninguna irregularidad en la hacienda pública, les exigió rendir cuentas y, tras acusarlos del injusto trato a Teodorico y al resto de generales godos, les obligó a pagar todo lo que habían ganado gracias, según él andaba diciendo, a sus engaños. Por otra parte, las heridas y los peligros de los [33] soldados los recompensaba con la insólita tacañería de sus presupuestos. Por eso los italianos le retiraron su favor al emperador Justiniano y ninguno de los soldados estaba ya dispuesto a afrontar los peligros de la guerra, sino que, por el contrario, con sus voluntarias demostraciones de cobardía provocaban que la situación de los enemigos fuera progresivamente a más.

[34] Pues bien, por estos motivos todos los demás generales permanecían quietos y fue Vitalio el único (pues coincidió que, en Venecia, aparte de su numeroso ejército, contaba con una muy nutrida tropa de bárbaros hérulos) que se atrevió a entrar en combate con Ildibado, temiendo que, como realmente ocurrió, en el futuro, cuando éste tuviera más fuerza, [35] no fueran ya capaces de contener su avance. Pero Vitalio fue severamente derrotado en una dura batalla cerca de la ciudad de Tarvesio[20] y huyó: salvó a unos pocos hombres pero perdió a la mayoría. En esa batalla cayeron muertos muchos hérulos [36] y entre ellos su jefe Visando. Teodimundo, hijo de Mauricio y nieto de Mundo, que no era todavía más que un muchacho, vino a estar en peligro de muerte, sin embargo pudo finalmente escapar con Vitalio. A raíz de este hecho, el nombre de Ildibado llegó a oídos del emperador y de todo el mundo.

[37] Algún tiempo después, sucedió que Urayas se enemistó con Ildibado por las siguientes razones. Tenía Urayas una esposa que por su dinero y su belleza física se llevaba la [38] palma entre todas las de esos bárbaros. Esta mujer en cierta ocasión acudió a los baños revestida de sus mejores galas y [39] acompañada por una comitiva muy señorial. Vio entonces a la esposa de Ildibado con ropas muy sencillas y no sólo no le hizo la reverencia[21] como correspondía a la consorte del rey, sino que incluso mirándola por encima del hombro la insultó. Y es que por entonces Ildibado estaba todavía en la pobreza y de ningún modo se habían cruzado aún en su camino fortunas [40] de reyes. La mujer de Ildibado, muy dolida por aquel insulto tan fuera de lugar, se presentó llorando ante su marido y se puso a exigirle que la vengara de aquel irreparable agravio [41] que había sufrido de la esposa de Urayas. Por este motivo Ildibado, primero, desacreditó a Urayas ante los bárbaros con la falsa inculpación de que iba a desertar y pasarse al enemigo y, poco después, lo mató a traición, con lo que se ganó la enemistad de los godos. Y es que éstos ni por asomo [42] querían que Urayas desapareciera así, de forma tan irrespetuosa, de entre los vivos; y muchos ya se fueron conjurando para echarle en cara a Ildibado el haber cometido algo tan impío. Sin embargo, nadie estaba dispuesto a vengarse de él por aquel crimen.

Pero había entre ellos un tal Velas, un gépida, que había [43] llegado al puesto de lancero[22] del rey. Este hombre había [44] pretendido a una mujer muy atractiva y estaba perdidamente enamorado de ella; pero, mientras estaba en una misión contra los enemigos para intentar junto con algunos otros una irrupción en su territorio, Ildibado casó a su prometida con otro bárbaro, ya fuera por desconocimiento o por cualquier otro impulso. Cuando Velas, al regreso de la campaña, [45] lo oyó, siendo como era temperamental por naturaleza, no pudo soportar el insulto que se le había hecho e inmediatamente decidió matar a Ildibado, en la idea de que así les iba a prestar un buen servicio a todos los godos. Esperó entonces [46] cierta ocasión en la que aquél invitó a un banquete a la nobleza goda y puso mano en su plan. Y es que mientras [47] come el rey, es costumbre que haya muchos a su alrededor y entre ellos sus lanceros. Pues bien, en un momento en que estaba tendido en su lecho[23] con la cabeza hacia adelante y alargando la mano para coger los alimentos, Velas de pronto le dio un tajo con su espada en el cuello, de modo que, mientras [48] todavía los dedos de aquel hombre estaban agarrando la comida, su cabeza cayó cortada sobre la mesa dejando a todos los presentes espantados y estupefactos. Ésta fue la venganza [49] que se le vino encima a Ildibado por el asesinato de Urayas. Y el invierno estaba terminando y cumpliéndose el sexto año[24] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

[**2**] Había en el ejército godo un tal Erarico, rogo de nacimiento, que estaba investido de un gran poder entre estos bárbaros. Los rogos son un pueblo godo que en la antigüedad vivía independiente, [2] pero Teodorico desde el principio los hizo sus aliados

junto con algunos otros pueblos y así habían quedado entre los godos como grupo diferenciado[25] y los secundaban [3] en todas sus acciones contra los enemigos. Y en efecto, como no se unían jamás con mujeres de otras razas, la sangre de sus sucesivos descendientes era pura y de este modo conservaron [4] entre ellos el nombre de su pueblo. En medio de la confusión que se había producido con el asesinato de Ildibado, los rogos [5] repentinamente nombraron rey al tal Erarico, cosa que en absoluto agradó a los godos. Es más, a la mayoría le sobrevino un gran desánimo porque se habían frustrado las esperanzas que desde el primer momento pusieron en Ildibado, un hombre que sin duda habría sido capaz de devolverles a los godos [6] la soberanía y el dominio de Italia. Erarico, sin embargo, no hizo nada digno de consideración porque cuatro meses después murió de la siguiente forma.

[7] Había un tal Totilas, primo de Ildibado, de muchísima inteligencia y sumamente enérgico, que contaba con una gran reputación entre los godos. Coincidía que por aquel entonces el susodicho Totilas era comandante de los godos en Tarvesio. [8] Cuando se enteró de que Ildibado, de la manera como hemos contado, había desaparecido de entre los vivos, envió embajadores a Constanciano en Rávena para pedir que se le concedieran garantías de inmunidad a condición de entregarse él a los romanos junto con las tropas godas que mandaba y la [9] ciudad de Tarvesio. Constanciano oyó con agrado estas palabras y juró todo tal como se lo había pedido Totilas. Para la operación se pactó un día fijado por ambos, en el que Totilas y los godos de la guarnición de Tarvesio iban a dejar entrar en la ciudad a algunos de los leales a Constanciano y a entregarse junto con la plaza.

Pero ya por entonces los godos llevaban muy a mal el [10] mando de Erarico, porque veían que aquel hombre no era el adecuado para dirigir convenientemente la guerra contra los romanos. Y casi todos le afeaban a las claras el que se les hubiera convertido en un obstáculo para la consecución de grandes logros, por haberse quitado de en medio a Ildibado[26]. Finalmente, se pusieron de acuerdo en que una embajada fuera [11] por Totilas a Tarvesio a ofrecerle el trono. Y es que ya iban sintiendo una gran nostalgia del gobierno de Ildibado y sus esperanzas de victoria las volvían hacia Totilas, su pariente[27]: esas esperanzas estaban fundadas en que aquel hombre tenía sus mismos deseos. Cuando los embajadores llegaron a su presencia, [12] les reveló sin tapujos su pacto con los romanos pero les dijo que, si antes del día fijado los godos mataban a Erarico, se iría con ellos y todo lo llevaría a cabo tal y como querían. En [13] cuanto los bárbaros oyeron sus palabras, empezaron a tramar un plan que supusiera el fin de Erarico. Y eso es lo que estaba ocurriendo en el campamento godo.

Mientras tanto, el ejército romano disfrutaba de la seguridad [14] que le reportaban los problemas en que estaba envuelto el enemigo, y ni organizaban sus fuerzas ni proyectaban ninguna acción contra los bárbaros. Erarico, por su parte, [15] convocó a

todos los godos y los convenció para que mandasen una embajada al emperador Justiniano con la petición de que firmara una paz con ellos en los mismos términos que antes, cuando quería pactar con Vitigis bajo la condición de que los godos se quedaran con el territorio que ocupaban al [16] norte del río Po[28] y se retirasen del resto de Italia. Y una vez que los godos dieron su aprobación, escogió a algunos de los más leales a su persona, entre los que había uno llamado Cabalario, [17] y los mandó como embajadores. Ellos supuestamente iban a tratar con el emperador estas cuestiones que antes he explicado, pero bajo mano les encargó que no negociaran otra cosa que lo siguiente: él recibiría una gran suma de dinero y sería inscrito entre los patricios y, a cambio, le entregaría toda [18] Italia y renunciaría al título de rey. Y esto fue lo que, al llegar a Bizancio, se pusieron a negociar los embajadores. Pero, en el ínterin, los godos mataron a traición a Erarico. Tras su muerte, de acuerdo con el pacto hecho con ellos asumió el poder Totilas[29].

[**3**] Cuando el emperador Justiniano se enteró de lo sucedido con Erarico y de que los godos habían sentado en el trono a Totilas, se lo echaba en cara, ridiculizándolos, a los comandantes [2] del ejército de Italia y no los dejaba tranquilos. Por este motivo Juan, el sobrino de Vitaliano, Besas, Vitalio y todos los demás establecieron guarniciones en cada una de las ciudades y se reunieron en Rávena, donde se encontraban [3] Constanciano y Alejandro, al que arriba he citado[30]. Cuando todos estuvieron reunidos, decidieron que lo mejor era, en primer lugar, dirigir sus tropas contra Verona, que está en Venecia, y una vez conquistada la ciudad y capturados los godos que allí había, marchar, entonces sí, contra Totilas y la plaza [4] de Ticino. Pues bien, ese ejército romano que se había congregado era de unos doce mil hombres con once comandantes, a la cabeza de los cuales coincidía que estaban Constanciano y Alejandro, quienes también avanzaron derechos a la ciudad de Verona. Cuando estuvieron muy cerca, a unos sesenta [5] estadios[31], acamparon en la llanura de aquel lugar. Y es que en aquel territorio hay llanuras, fácilmente transitables para la caballería, que se extienden en todas direcciones y llegan hasta Mantua, que está a un día de camino de la ciudad de Verona[32].

Pues bien, había un hombre de gran reputación en Venecia [6] llamado Marciano, que vivía en una fortaleza no muy lejos de Verona y que, siendo como era sumamente adicto a la causa del emperador, estaba poniendo todo su empeño en entregarle la ciudad al ejército romano. Y como uno de los guardianes [7] era conocido suyo desde niño, le mandó a algunos de sus mejores amigos para que, ofreciéndole dinero, lo convencieran de franquearle la entrada en la ciudad al ejército del emperador. Una vez que el guardián de las puertas estuvo de acuerdo, [8] Marciano envió a los que habían negociado con él a presencia de los comandantes del ejército romano para comunicarles el trato y penetrar con ellos de noche en la ciudad. Los comandantes, [9] por su parte, decidieron que era conveniente que uno de ellos fuera delante con unos pocos soldados y si, en efecto, el

guardián abría las puertas, que las sujetaran para que el ejército pudiera entrar con total seguridad. Pero lo cierto era [10] que ninguno estaba dispuesto a arrostrar aquel peligro, excepto únicamente Artabaces, un armenio especialmente dotado para la guerra, que se presentó voluntario para la acción. Este [11] hombre mandaba una tropa de persas que Belisario coincidía que había enviado con Blescames poco antes a Bizancio desde territorio persa, tras la toma de la fortaleza de Sisauranón[33]. [12] Eligió entonces a cien soldados de todo el ejército y aún era [13] noche cerrada cuando se apostó muy cerca del recinto. Y cuando el guardián les abrió las puertas, como habían convenido, unos cuantos se situaron allí e hicieron venir al ejército y otros escalaron la muralla y, cayendo de improviso sobre los centinelas [14] que allí estaban, los mataron. Cuando todos los godos se percataron del descalabro, huyeron por otra puerta.

Pues bien, hay una roca muy alta que se eleva delante del recinto amurallado de Verona, desde donde se puede observar todo lo que pasa y contar a los pobladores de la ciudad, e [15] incluso ver la mayor parte de la llanura. Allí fue adonde los godos huyeron y donde descansaron toda la noche. El ejército romano avanzó hasta unos cuarenta estadios de la plaza[34], pero no siguió adelante, porque los jefes empezaron a discutir [16] entre ellos por las riquezas que había en la ciudad. Y todavía andaban peleándose por el botín cuando ya brilló la luz del día. Los godos, que habían observado atentamente desde la cima tanto a los enemigos desplegados por la ciudad como la distancia a la que se había detenido el resto del ejército que partió de Verona, avanzaron a todo correr hacia la ciudad y entraron por la misma puerta por la que coincidió que habían salido antes. Y es que los que habían entrado no fueron capaces [17] de asegurar la posición. Pues bien, los romanos pensaron todos al unísono en refugiarse por el almenaje del recinto y, cuando los bárbaros atacaron en gran número, todos ellos, y particularmente Artabaces, hicieron un admirable despliegue de valentía en sus acciones y de grandísima firmeza al rechazar a los asaltantes.

[18] Fue ya entonces cuando los comandantes del ejército romano se concertaron entre sí en la cuestión de las riquezas de Verona y decidieron avanzar contra la ciudad con todo el [19] resto del ejército. Pero como encontraron las puertas cerradas y a los enemigos defendiéndolas muy enérgicamente, retrocedieron con rapidez, aun viendo que los otros estaban luchando dentro del recinto y que les pedían que no los abandonasen, sino que se quedaran allí hasta que pudieran huir hacia sus filas y salvarse. Y fue por esto por lo que Artabaces [20] y los suyos, forzados por la multitud de enemigos y desconfiando del socorro de sus propios compañeros, saltaron todos de la muralla hacia fuera. Así, los que vinieron a caer [21] sobre terreno llano alcanzaron sanos y salvos el campamento romano; y entre ellos estaba Artabaces. Por el contrario, a todos los que cayeron en escarpa, los mataron allí mismo. Y cuando llegó Artabaces al campamento romano, no paró [22] de proferir contra todos ellos insultos y reproches. Cruzaron luego

el Erídano[35] y entraron en la ciudad de Faventia[36], que está en la región de Emilia[37] y a ciento veinte estadios[38] de distancia de Rávena.

Totilas, cuando supo lo ocurrido en Verona, mandó venir [**4**] a la mayoría de los godos de la ciudad y a su llegada, con su ejército completo de unos cinco mil hombres, avanzó contra los enemigos. Al enterarse los comandantes del ejército romano, se reunieron en asamblea para deliberar sobre la situación y Artabaces se adelantó y dijo lo siguiente: «Que ninguno de [2] vosotros, comandantes, consienta ahora mismo en menospreciar a los enemigos por ser inferiores en número a nosotros, ni avance contra ellos como el que no quiere la cosa, pensando que lucha contra gente a la que esclavizó Belisario. Y es que [3] son muchos los que, engañados por una falsa apariencia, se buscaron su propia ruina; y a otros un desdén improcedente no les valió sino para destruir el poder que tenían, porque además esa desgracia que ha tomado la delantera es para estos hombres [4] como una invitación al éxito. Y es que la propia fortuna, cuando llega a hacernos perder la esperanza, se transforma [5] en una audacia extraordinaria. Y no son sospechas las que me han empujado ahora a hablar así ante vosotros, sino que el arrojo de estos hombres lo he conocido bien en los peligros [6] que hace muy poco corrí al enfrentarme a ellos. Y que nadie crea que me asombra su fuerza porque me han vencido a mí y a unos pocos soldados más: que el valor de unos hombres, y no importa que sean superiores o inferiores en número, a quienes les queda patente es a los que luchan contra ellos. [7] Así pues, opino que lo más conveniente para nosotros será aguardar a que los bárbaros estén cruzando el río y, en cuanto cruce la mitad de ellos, atacarlos mejor entonces que cuando [8] ya estén todos juntos. Y que a nadie le parezca que tal victoria es infamante, pues 'gloria' o 'infamia' son sólo nombres que suele dar el resultado de los acontecimientos y son los que han vencido quienes acostumbran a recibir las alabanzas de los hombres, sin que éstos investiguen la manera en que se produjo la victoria».

[9] Así habló Artabaces. Pero los comandantes no hacían nada de lo que debían sino que permanecían allí quietos malgastando aquella oportunidad.

[10] Pero ya se encontraba muy cerca el ejército godo y, cuando estaban a punto de cruzar el río, Totilas los convocó a todos y los exhortó de la siguiente manera: «Todas las demás batallas, camaradas[39] míos, se muestran por lo general bastante equilibradas y por esta misma razón también empujan a los ejércitos a la lucha. Pero ahora nosotros nos disponemos a un combate contra los enemigos en el que la suerte no está nivelada, sino que la situación es muy distinta. Y es que ellos, [11] aun en el caso de ser vencidos, podrán dentro de no mucho tiempo emprender de nuevo la lucha contra nosotros, pues en sus fortalezas de toda Italia les ha quedado un gran contingente de tropas y, además, no es improbable que, de inmediato, otro ejército venga en su ayuda desde Bizancio. Pero si somos nosotros quienes sufrimos la derrota, lo que nos va a quedar no será más

que el ocaso del nombre y de las esperanzas de los godos. Y es que, de doscientos mil que éramos, hemos venido [12] a quedar reducidos[40] a cinco mil. Pero tras haber dicho previamente esto, creo que tampoco está fuera de lugar recordaros lo siguiente: cuando decidisteis con Ildibado alzaros en armas contra el emperador, la suma de vuestras fuerzas no era mayor de mil hombres y todo el territorio dominado por vosotros lo constituía la ciudad de Ticino[41]. Pero una vez que habéis salido [13] victoriosos en el choque, tanto nuestro ejército como nuestro territorio se han visto incrementados. De manera que, si también ahora queréis comportaros como valientes, tengo la esperanza de que en el transcurso de esta guerra, como es lógico, vais a someter totalmente a los enemigos. Pues lo que [14] siempre les sucede a los que han vencido es que se hacen superiores en número y en poder. Por eso, que cada uno de vosotros se anime a avanzar al encuentro del enemigo con toda su fuerza, teniendo bien sabido que, si no alcanzáis la gloria en esta batalla de ahora, será después imposible emprender de nuevo la lucha contra vuestros adversarios. Y, desde luego, vale la [15] pena que vayamos a combatir a los enemigos con buenas esperanzas y encorajados por las injusticias que han cometido estos hombres. Pues ha sido tan grande su violencia para con los [16] súbditos que a los italianos ahora ya no hay necesidad de darles otro castigo por la traición que se atrevieron a perpetrar contra los godos, sin que éstos la merecieran. Así que, en resumen, no hay desgracia que no les haya venido encima por obra de aquéllos [17] a quienes tan hospitalariamente acogieron. ¿Y qué enemigo podría ser más fácilmente domeñable que aquél que no demuestra integridad ni siquiera en las cosas que ha hecho en nombre de Dios? Y además, aunque sólo fuera por el miedo que les inspiramos, convendría que entráramos confiados en [18] combate. Pues los hombres contra quienes avanzamos no son sino los que hace muy poco, después de introducirse en el mismo centro de la ciudad de Verona, la abandonaron sin ninguna razón y, aunque nadie en absoluto los perseguía, se precipitaron [19] vergonzosamente a la huida». Tras esta arenga, Totilas mandó a trescientos de los que le seguían que cruzaran el río a unos veinte estadios[42] de distancia y que se apostaran a la espalda del campamento enemigo y, en cuanto se trabara batalla, atacasen su retaguardia disparando y hostigándolos con toda su fuerza, para que aquéllos en medio de la confusión no [20] pensaran en ningún tipo de resistencia. Él, por su parte, con el resto del ejército cruzó al instante el río y avanzó derecho [21] contra sus adversarios. Los romanos de inmediato les salieron al encuentro y, cuando ya unos y otros venían de camino y estaban muy cerca, un godo llamado Válaris, de alta estatura y aspecto terrorífico, pero también enérgico y dotado para la guerra, arreó su caballo y se plantó delante de las filas en el espacio entre los dos ejércitos. Desde allí, protegido por una coraza y con el casco en la cabeza, se puso a provocarlos a todos, desafiando a quien quisiera luchar contra él[43]. [22] Pues bien, los demás, atemorizados, permanecían quietos y fue Artabaces el único que se dispuso a combatir con él. Y, en [23] efecto,

ambos espolearon a sus caballos el uno contra el otro y, cuando ya estaban muy cerca, arrojaron sus lanzas. Pero Artabaces se anticipó e hirió primero a Válaris en el costado derecho. El bárbaro con aquel golpe mortal iba ya a caer en [24] tierra de espaldas, pero la lanza quedó por detrás de la víctima clavada en una roca del suelo e impidió que el cuerpo cayera. Entonces, Artabaces se fue apoyando todavía con más fuerza [25] en la lanza empujándola hasta las entrañas de aquel hombre, pues hasta ese momento no pensaba que hubiera recibido una herida mortal. Y lo que sucedió fue que la punta de hierro de la [26] lanza de Válaris, que había quedado hacia arriba prácticamente en vertical, tocó la coraza de Artabaces y poco a poco se fue introduciendo hasta traspasar todo su grosor y, deslizándose, alcanzó la piel del cuello de Artabaces. Y quiso la fortuna[44] [27] que el hierro, en su avance, cortara una arteria que allí hay[45] y enseguida se le produjo una gran hemorragia. No sintió, sin [28] embargo, ningún dolor y guió de nuevo a su caballo hacia el ejército romano. Válaris cayó muerto en aquel mismo lugar. Pero también Artabaces, como no dejó de perder sangre, dos [29] días después desapareció de entre los vivos y con esto arruinó todas las esperanzas que en él habían puesto los romanos, porque el hecho de que él no pudiera combatir en la batalla que entonces se entabló provocó en no poca medida que la situación para ellos se tambaleara. Y es que mientras él, preocupado [30] por su herida, salía fuera del alcance de las flechas, ambos ejércitos chocaron.

En lo más encarnizado del combate los trescientos bárbaros [31] avanzaron por la retaguardia del ejército romano y aparecieron de improviso. Los romanos, al verlos, creyeron que el número de sus atacantes era grande, les entró miedo e inmediatamente se dieron a la fuga, cada uno como bien pudo. [32] Y mientras los romanos huían en total desorden los bárbaros los iban matando; a los que capturaron vivos los pusieron bajo vigilancia y se apoderaron de todos los estandartes, cosa que nunca antes les había ocurrido a los romanos[46]. En cuanto a los comandantes, cada uno huyó como pudo con unos pocos hombres y, una vez a salvo en las ciudades que encontraron a su paso, las mantuvieron defendidas.

[**5**] No mucho tiempo después Totilas mandó un ejército contra Justino y la ciudad de Florencia. Los comandantes que puso al frente eran los más bravos guerreros de todos los godos: Bledas, Ruderico y Uliaris. Cuando llegaron a Florencia, asentaron el campo en tomo a la muralla y se dispusieron al [2] asedio. Justino, muy intranquilo porque coincidía que no había acarreado víveres, envió un mensajero a Rávena para pedir a los comandantes del ejército romano que vinieran a toda prisa [3] en su ayuda. El emisario, por la noche, alcanzó Rávena sin que los enemigos lo advirtieran y les informó de lo que estaba [4] pasando. A raíz de ello, un ejército romano muy considerable partió de inmediato hacia Florencia, comandado por Besas, [5] Cipriano y Juan, el sobrino de Vitaliano. Cuando los godos se enteraron de esto por sus exploradores, levantaron el sitio

y se retiraron a un lugar llamado Mucelis[47], a un día de camino [6] de Florencia. Cuando el ejército romano se unió al de Justino, dejaron allí a unos pocos de la escolta que iba con él como guarnición de la ciudad y a los demás se los llevaron consigo para avanzar contra los enemigos.

Cuando ya iban de camino, creyeron que lo más conveniente [7] sería que uno de los comandantes escogiera a los guerreros más destacados de todo el ejército para ir en avanzadilla y hacer una incursión inesperada contra los enemigos; mientras, el resto del ejército marcharía más despacio hasta llegar allí. Y al respecto echaron suertes y aguardaron impacientes a ver lo que la fortuna decidía en aquel asunto. Pues bien, salió [8] la suerte y le tocó a Juan, pero entonces los comandantes ya no quisieron llevar a cabo lo acordado, así que Juan fue [9] obligado a ir por delante para atacar a los enemigos sólo con las tropas que lo seguían. Pero los bárbaros, al saber que sus adversarios venían contra ellos, decidieron, presas del pánico, abandonar la llanura en la que habían acampado y corrieron a la desbandada hacia una colina que por su altura sobresalía en aquel lugar. Cuando las tropas de Juan llegaron allí, echaron [10] a correr hacia arriba y emprendieron el asalto contra los enemigos. La resistencia de los bárbaros fue enérgica: mucho [11] fue el empuje y muchos también los que por uno y otro bando cayeron haciendo un admirable despliegue de valentía. Por su [12] parte, Juan, entre voces y gritos, se lanzó sobre los enemigos que se le enfrentaban, pero sucedió que uno de sus lanceros[48] cayó herido por la jabalina de un enemigo y, a consecuencia de esto, los romanos empezaron a ser rechazados y fueron retrocediendo.

En ese momento, también el resto del ejército romano había [13] alcanzado ya la llanura y estaba allí detenido en formación de falange[49]. Y si hubieran aguantado la huida de las tropas de Juan, habrían avanzado todos juntos contra los enemigos, los habrían vencido en el combate y hasta podrían haberlos [14] capturado a casi todos. Pero quiso la fortuna[50] que por el campamento romano corriera el falso rumor de que Juan había perdido la vida a manos de uno de los lanceros de su guardia [15] en aquella acción. Y cuando la noticia llegó a oídos de los comandantes, ya no consintieron en mantener la posición y todos [16] se entregaron a una retirada vergonzosa. Y es que no fue ni en formación ordenada ni por secciones como emprendieron la huida, sino cada cual como bien pudo. En aquella huida, precisamente, fueron muchos los que perecieron y los que se salvaron continuaron huyendo muchos días a pesar de que [17] nadie iba persiguiéndolos. Algún tiempo después, al penetrar en las fortalezas que fueron encontrando, la única información que daban a los que les salían al paso era que Juan había muerto. [18] Por este motivo, ni se ponían ya en contacto entre ellos ni tenían ninguna intención de unirse posteriormente para marchar contra el enemigo, sino que cada uno se quedaba en el interior de los recintos de sus fortalezas y se preparaba para [19] el asedio, por temor a que los bárbaros lo atacaran. Totilas mostró una gran

benevolencia con los prisioneros y fue capaz de ganárselos, hasta el punto de que la mayoría de ellos, en adelante, militó en sus filas contra los romanos. Y el invierno estaba terminando, cumpliéndose el séptimo año[51] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

[**6**] Posteriormente Totilas tomó las fortalezas de Cesena y Petra. Poco después llegó a Tuscia[52] y tanteó algunos de los lugares de allí. Pero como ninguno quiso pasarse a él, cruzó el río Tíber y, sin traspasar en absoluto las fronteras de Roma, alcanzó de inmediato la Campania y el Samnio, conquistó la plaza fuerte de Benevento sin ningún esfuerzo y demolió sus murallas, para que ningún ejército que llegara de Bizancio pudiera salir desde aquella fortificación, como base de operaciones, y ocasionar problemas a los godos. Luego decidió [2] sitiar Neápolis[53], porque no quisieron en modo alguno dejarle entrar en la ciudad, a pesar de sus seductoras palabras. Era, en efecto, Conón el que custodiaba aquel lugar con un retén de mil romanos e isáuricos[54]. Totilas acampó con el grueso de su [3] ejército no muy lejos del recinto amurallado y permanecía allí quieto, pero a una parte de sus fuerzas le encargó otra misión y así tomó la fortaleza de Cime junto con algunas otras plazas fuertes y de esta forma pudo hacerse con grandes sumas de dinero. Y a las esposas de los senadores que allí encontró no [4] sólo no las maltrató sino que, con mucha benevolencia, las dejó libres, lo que le valió para ganar gran fama de inteligente y humanitario entre todos los romanos.

Y como ningún enemigo le salía al paso, siempre mandaba unos pelotones por los alrededores y así llevaba a cabo acciones muy considerables. A los brucios y los lucanos[55] los [5] sometió y se apoderó de Apulia y Calabria. Era él quien recaudaba los impuestos públicos y los ingresos los obtenía también él, en vez de los dueños nominales de aquellos territorios, y, en todo lo demás, se comportaba como si se hubiera convertido en señor de Italia.

[6] Por esta razón, los ejércitos romanos no cobraban a su debido tiempo las pagas acostumbradas y era mucho el dinero [7] que les adeudaba el emperador. A raíz de esto, los italianos habían sido desalojados de sus propiedades y de nuevo se veían metidos en un gran peligro, por lo que reinaba en ellos el desánimo. Los soldados, por su parte, se mostraban aún más desobedientes a sus mandos y se quedaban muy a gusto en [8] el interior de las ciudades. En efecto, Constanciano ocupaba Rávena; Juan, Roma; Besas, Espoleto[56]; Justino, Florencia; Cipriano, Perusia[57] y, del resto, cada uno estaba en la ciudad que primero encontró en su huida y en la que pudo salvarse[58].

[9] Cuando el emperador lo supo, se quedó angustiado y a toda prisa nombró a Maximino prefecto del pretorio[59] en Italia, con el fin de que se pusiera a la cabeza de los comandantes en la guerra y les procurara a las tropas las provisiones [10] necesarias. También envió con él una flota cuya tripulación estaba formada por soldados tracios y

armenios. Al mando de los tracios iba Herodiano y de los armenios el ibero[60] Fazas, sobrino de Peranio[61]. Navegaba también con ellos un pequeuño [11] grupo de hunos. Pues bien, Maximino zarpó de Bizancio con toda la flota y llegó al Epiro en Grecia, pero, sin ningún [12] motivo, permaneció allí, con lo que perdió la oportunidad. Y es que no se trataba en absoluto de una persona experta en materia de guerra y era, por ello, pusilánime y remiso hasta más no poder.

[13] Posteriormente el emperador mandó a Demetrio como general, quien antes había servido con Belisario al mando de una división de infantería[62]. Así Demetrio navegó hasta Sicilia y [14] cuando oyó que Conón y los neapolitas[63] estaban sufriendo un durísimo asedio y que carecían por completo de víveres, quiso acudir rápidamente en su ayuda, pero, al verse imposibilitado, porque el ejército que venía con él era tan pequeño como para no tenerlo en cuenta, planeó lo siguiente.

Reunió tantas naves como pudo de toda Sicilia, las llenó [15] de grano y de provisiones y se echó a la mar, procurando que sus adversarios creyeran que a bordo de las naves iba una enorme cantidad de tropas. Y, desde luego, en la idea que [16] se forjaron los enemigos, acertó; pues creyeron que era un gran ejército el que avanzaba contra ellos y así lo deducían de haberse informado de que una flota muy numerosa venía navegando de Sicilia. Si Demetrio hubiera querido ir primero [17] rumbo a Neápolis, creo que habría sembrado el terror entre los enemigos y que habría salvado la ciudad, sin que nadie le hiciera frente. Pero la realidad fue que se acobardó ante el [18] peligro y decidió no atracar en Neápolis, sino que, tras desembarcar en el puerto de Roma, se dispuso con presteza a enrolar soldados de allí. Pero como éstos ya habían sido vencidos [19] por los bárbaros y aún les tenían mucho miedo, no querían de ningún modo seguir a Demetrio contra Totilas y los godos. Por tal motivo se vio obligado a partir hacia Neápolis sólo con los que habían venido con él desde Bizancio. Pero había [20] otro Demetrio, cefalonio de nacimiento, que tiempo atrás fue marinero y era un experto consumado en los trabajos y peligros de la mar. Había navegado con Belisario a Libia e Italia y, como ganó fama por esa experiencia antedicha, el emperador lo nombró gobernador de Neápolis. Cuando los [21] bárbaros comenzaron el asedio de la ciudad, se dejó llevar por su gran insolencia y no paró de insultar a Totilas, con lo que en medio de aquel conflicto se vio que era un hombre demasiado lengüilargo[64].

[22] La situación empeoraba y aumentaban las bajas entre los asediados, por ello, a escondidas, por consejo de Conón, se atrevió a subirse a un esquife e ir solo al encuentro del general [23] Demetrio. Contra todo pronóstico llegó sano y salvo a presencia de Demetrio e hizo lo más que pudo por infundirle [24] ánimos y empujarlo a acometer aquella empresa. Pero Totilas, que se enteró de todo lo relativo a la flota, aprestó muchos dromones[65], los más marineros, y, cuando los enemigos llegaron a aquella zona de la costa no lejos de Neápolis, sobrevino de improviso y, provocando la confusión, los puso

[25] en fuga a todos. No sólo mató a muchos, sino que capturó a la mayor parte de ellos; y los que consiguieron huir fueron quienes al principio pudieron saltar a los esquifes de los barcos. Entre ellos también estaba el general Demetrio. Los bárbaros se apoderaron de todas las naves, además de sus cargamentos [26] y sus tripulaciones, entre las que precisamente encontraron a Demetrio, el gobernador de Neápolis. Le cortaron la lengua y las dos manos, pero no lo mataron, sino que tras mutilarlo tan afrentosamente, dejaron que se marchase a donde quisiera. Éste fue el castigo que Totilas impuso a Demetrio por tener una lengua tan desenfrenada.

[**7**] Posteriormente también Maximino con todas sus naves arribó a Sicilia y, una vez que atracó en el puerto de Siracusa, [2] permaneció allí quieto, acobardado ante la situación bélica. Y cuando lo supieron los generales del ejército romano le mandaron a toda prisa una embajada para pedirle que viniera con rapidez en su ayuda, especialmente Conón desde Neápolis, que estaba soportando un durísimo asedio por parte de los bárbaros, pues ya por entonces se les habían agotado todas las provisiones. Maximino, aunque, acobardado por el miedo, [3] perdió la oportunidad que se le brindaba, desistió de su actitud por temor a las amenazas del emperador y por las protestas de los demás generales, pero él, con todo, se quedó allí y envió el ejército entero con Herodiano, Demetrio y Fazas a Neápolis, cuando ya el invierno estaba muy próximo.

Una vez que la flota romana llegó cerca de Neápolis, un [4] fuerte viento se abatió sobre ella y levantó una violenta tempestad. La oscuridad lo envolvió todo y el oleaje no les permitía [5] a los marineros sacar los remos ni hacer ninguna otra cosa. Por el estruendo de las olas no podían ni oírse unos a otros y reinaba una total confusión: era la violencia del viento la que gobernaba las naves y, contra su voluntad, los empujaba hacia la zona de la costa donde estaba el campamento enemigo. Y [6] fue así que los bárbaros tuvieron la posibilidad de subir a los barcos de sus adversarios, matarlos y hundir los navíos sin encontrar oposición de nadie. Capturaron también a muchos, entre ellos al general Demetrio. Pero Herodiano y Fazas pudieron [7] huir con unos pocos, porque sus naves no se acercaron demasiado al campamento enemigo. Y en efecto, esto fue lo que le pasó a la flota romana.

Totilas ató una soga al cuello de Demetrio y lo fue arrastrando [8] alrededor del recinto amurallado de Neápolis. Ordenó que aconsejara a los sitiados que no se dejaran ya matar por confiar en vanas esperanzas, sino que entregaran cuanto antes la ciudad a los godos para así verse libres de mayores males; que era imposible que el emperador en adelante enviara otro [9] ejército para socorrerlos, de modo que con aquella flota lo habían perdido todo a la vez, su fuerza y su esperanza. Y Demetrio les dijo todo lo que Totilas le ordenó. Los sitiados, a los [10] que ya agobiaban, por encima de sus fuerzas, el hambre y los apuros que sufrían en todo lo demás, cuando vieron la triste suerte de Demetrio y escucharon sus palabras, de la primera a la última, se desesperaron por

completo y no paraban de lamentar su impotencia. Así, la ciudad, en medio de una gran confusión, se llenó de gemidos.

[11] Luego, Totilas convocó también a los sitiados en las almenas y les dijo lo siguiente: «Ni porque os echemos la culpa de nada ni porque nada os reprochemos, neapolitas, os hemos impuesto ahora este asedio, sino sólo para ser nosotros capaces de libraros de los más odiosos amos y recompensaros por los favores que nos habéis hecho en esta guerra y por los que tantas penalidades habéis sufrido a manos de vuestros [12] enemigos. Vosotros habéis sido los únicos, de todos los italianos, que le habéis demostrado la mayor adhesión al pueblo godo y ha sido mayormente contra vuestra voluntad como habéis caído bajo el dominio de los adversarios; esto es lo [13] que os ha pasado. Así que, ahora, nos hemos visto obligados a sitiaros a vosotros en compañía de aquéllos y, como es lógico, nos sentimos avergonzados ante vuestra lealtad hacia nosotros, aunque el asedio no lo estamos manteniendo para [14] perjudicar a los neapolitas. Que vuestra pesadumbre, entonces, no os lleve a pensar que debéis dirigir la ira contra los godos por los horrores que estáis sufriendo a raíz del cerco. Pues los que están ansiosos por favorecer a los amigos no merecen que éstos les echen la culpa si, buscando el beneficio de aquéllos, se ven obligados a hacer algo desagradable. [15] En cuanto a los enemigos, no permitáis en absoluto que el miedo a ellos os invada, ni creáis, por los precedentes que existen, que os van a vencer. Y es que las sorpresas que te da la vida[66], y que acontecen por azar e inesperadamente, con el tiempo acostumbran a quedar de nuevo en agua de borrajas. Tan buena es nuestra disposición para con vosotros [16] que vamos a dejar que Conón y todos vuestros soldados, sin sufrir mal alguno, se vayan a donde quieran, con la condición de que nos entreguen la ciudad y se marchen de aquí con todo lo que es suyo. Nada impedirá que nos hagáis jurarlo para garantizar tanto esto como la salvación de los neapolitas».

Así habló Totilas y sus palabras las aprobaron no ya los [17] neapolitas sino todos los soldados de Conón. Y es que el hambre, con toda su urgencia, los estaba agobiando. Sin embargo, [18] por guardar lealtad al emperador y esperando que aún pudiera presentarse alguna ayuda, acordaron entregarle la ciudad a los treinta días. Pero Totilas, con la intención de espantarles toda [19] esperanza que tuvieran en el emperador, fijó tres meses para que, después de este plazo, hiciesen lo acordado. Y prometió que, antes de que llegara ese momento, no dirigiría ningún asalto sobre el recinto amurallado ni se valdría de ninguna otra estratagema contra ellos. Ésta fue, en efecto, la resolución [20] que decidieron. Pero los sitiados, sin esperar al día que se señaló (porque estaban muy agobiados por la falta de todo lo necesario), al poco tiempo dejaron entrar en la ciudad a Totilas y a los bárbaros. El invierno estaba terminando y se cumplía el octavo año[67] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

Cuando Totilas tomó Neápolis, mostró una gran humanidad [**8**] con los cautivos,

impropia de un enemigo y de un bárbaro. Como encontró a los romanos enfermos por el hambre y con [2] su fuerza corporal, por este motivo, reducida ya al mínimo, temió que se murieran, lo que era muy probable, si no los saciaba inmediatamente de comida; y se le ocurrió esto. Colocó [3] guardias en el puerto y en las entradas de la ciudad y ordenó que nadie saliera de allí. Él en persona, con prudente parquedad, [4] les fue dando a todos el alimento, pero menos de lo que ansiaban para colmar su apetito, y cada día iba añadiendo tan poca cantidad que no parecían darse cuenta de lo que sucesivamente [5] se les ponía de más. Después de haberlos fortalecido de este modo, abrió las puertas y permitió que cada cual se marchase a donde quisiera.

[6] A Conón y a los soldados bajo su mando, a los que no les gustó la idea de quedarse allí, los embarcó en unas naves y les concedió que escogieran destino con total libertad. Ellos, pensando que el regreso a Bizancio les acarrearía una deshonra, proyectaban navegar a toda velocidad con rumbo a Roma. [7] Pero como el viento soplaba en contra y de ninguna manera podían zarpar de allí, estaban indecisos y llenos de miedo, no fuera a suceder que Totilas, por haberlos vencido, no respetara [8] ya lo acordado y les causara un gran daño. Cuando Totilas se dio cuenta de esto, los convocó a todos y los tranquilizó ratificándose aún más en su compromiso, y los animaba a tener confianza ya desde aquel momento, a mezclarse con el ejército godo sin ningún temor, a comprar allí las provisiones y conseguir todo lo que necesitaran de ellos, como si se tratara [9] de amigos. Pero dado que el aire todavía les venía de frente y estaban perdiendo mucho tiempo, les proporcionó caballos y acémilas, les regaló suministros para el viaje y les concedió que se marcharan a Roma por tierra, con el acompañamiento de unos nobles godos como escolta.

[10] Comenzó a derribar la muralla de Neápolis hasta sus cimientos, para que los romanos, si se apoderaban de ella otra vez, no pudieran salir desde aquella fortificación, como base [11] de operaciones, y ocasionarles problemas a los godos. Pues prefería que todo se decidiera en una batalla contra ellos en campo abierto antes que sostener una lucha basada en estratagemas y ardides de diverso tipo. Sin embargo, después de derribar una gran parte de la muralla, el resto lo dejó en pie.

Por ese tiempo, un romano, cálabro de nacimiento, se [12] presentó ante él y acusó a uno de sus lanceros[68] de haber violado a su hija, que era virgen y que se le resistió. Y como [13] aquel hombre no negaba la inculpación, Totilas se apresuró a castigar su crimen encarcelándolo. Pero los nobles bárbaros, [14] temiendo por él (pues coincidía que se trataba de una persona enérgica y dotada para la guerra), se reunieron de inmediato y acudieron a presencia de Totilas para rogarle que le perdonara la pena. Pero el rey, tras escuchar lo que le decían, con [15] delicadeza y sin ninguna inquietud, respondió lo siguiente: «No es porque me deje llevar por un exceso de inhumanidad ni porque me alegre de las desgracias de mis camaradas[69] por lo que estoy pronunciando,

compañeros de armas, estas palabras, sino que es mayormente por temor a que les sobrevenga a los godos algún contratiempo. Lo cierto es que yo sé que [16] los seres humanos en su mayoría cambian el nombre de las cosas para que signifiquen lo contrario[70]. Así, a quebrantar [17] las leyes acostumbran a llamarlo humanitarismo, de lo que resulta que todo lo bueno y provechoso se descompone y se confunde, y a la inversa, llaman siniestro y, sin más tapujos, malvado a quien quiere respetar escrupulosamente las leyes; y esto para que, sirviéndose de tales nombres como de tapaderas de su libertinaje, puedan cometer sus delitos y demostrar su perversidad sin reparo alguno. Lo que yo os aconsejo es [18] no jugaros vuestra propia salvación por el crimen de un solo hombre, ni convertiros en partícipes de esta culpa sin haber hecho nada malo. Y es que cometer el delito e impedir el castigo de quienes lo han cometido es, a mi juicio, lo mismo. Por tanto, lo que pretendo es que vosotros lo veáis desde esta [19] perspectiva y toméis la decisión al respecto, porque tenéis que elegir entre dos cosas: o que este hombre no pague la pena por el delito que ha cometido o que el pueblo godo quede [20] sano y salvo y obtenga la victoria en esta guerra. Y es que debéis considerar lo siguiente: al principio de la guerra contábamos con una gran cantidad de tropas de fama reconocida y con experiencia en los peligros; con unas riquezas, por decirlo brevemente, incontables; con un número de caballos y armas extraordinario y, además, con todas las plazas fuertes que hay en Italia. Y parece, desde luego, que tales recursos no [21] son nada inútiles cuando se va a entrar en guerra. Pero mientras estuvimos a las órdenes de Teodato, un hombre a quien la justicia le importaba menos que su ansia de enriquecerse, nuestra conducta transgresora provocó que Dios en absoluto quisiera sernos propicio. Y adónde ha venido a parar nuestra suerte[71], eso ya lo sabéis bien sólo con pensar qué clase de [22] individuos nos han derrotado y qué pocos eran. Pero ahora que Dios ya nos ha castigado suficientemente por nuestros delitos, de nuevo Él está regulando nuestra vida de acuerdo con su voluntad y, en resumen, va guiando nuestros asuntos mejor de lo que esperábamos, porque la suerte ha querido que venzamos a nuestros enemigos contra lo que cabía deducir del [23] poder que realmente tenemos. Pues bien, preservar el que es el motivo primordial de nuestra victoria, obrando justamente, nos será más provechoso que proceder al contrario y parecer [24] que somos unos envidiosos de nosotros mismos[72]. Y es que no es posible, no lo es, que alguien que comete un crimen y es un violador merezca la gloria en el combate, sino que es la vida[73] de cada cual la que decide la suerte de la guerra». Así habló Totilas. Los nobles godos aprobaron sus palabras y [25] no continuaron ya pidiéndole el perdón del lancero, sino que dejaron que hiciese con él lo que le pareciera. Y no mucho después mandó ejecutarlo y todos sus bienes se los ofreció a la joven violada.

Mientras Totilas estaba ocupado en este asunto, los comandantes [**9**] del ejército romano se dedicaban a saquear con sus tropas las posesiones de sus súbditos y no hubo

acto de violencia o de depravación o cualquier otro de esta clase que dejaran por hacer. Unos, los comandantes, se quedaban en las fortalezas y se divertían con las que eran objeto de sus deseos; los otros, la soldadesca, se mostraban cada vez más desobedientes a sus mandos e incurrían en todo tipo de desmanes. Y el resultado era que todos los italianos sufrían las mayores [2] atrocidades por parte de ambos ejércitos. Pues sus campos se [3] los quitaba el enemigo y las tropas del emperador las demás pertenencias. Y además estaban las torturas a que los sometían y las matanzas sin ninguna razón, tan agobiados como se encontraban por la falta de todo lo necesario. Y es que los [4] soldados, aunque de ningún modo podían defenderlos de los abusos del enemigo, no sólo no sentían el más mínimo rubor en aquellas circunstancias, sino que incluso, por los crímenes que ellos mismos cometían, provocaban que los italianos llegaran a echar de menos a los bárbaros. Entonces Constanciano, [5] perplejo ante todo esto, le remitió al emperador Justiniano una carta en la que declaraba abiertamente su incapacidad para sostener la guerra contra los godos; y los demás comandantes, [6] como votando a favor de aquella opinión, indicaron en ese escrito que estaban conformes en renunciar a la lucha. Y así estaba la situación para los italianos.

Totilas, por su parte, le mandó al senado romano una carta [7] del siguiente tenor: «Todos aquellos que dañan a sus vecinos, quizá por previa ignorancia o porque les sobrevenga una especie de olvido, merecen el perdón de quienes han sufrido sus maldades. Y es que la causa que concurre en su delito muy a [8] menudo también los exculpa de la acusación. Pero si uno daña con premeditación, sin más excusa, no quedará siquiera un argumento que hable en su defensa respecto a lo que ha hecho. [9] Pues sería de justicia que ese hombre fuera culpable no sólo de [10] su acto sino también de su intención. Por tanto, como las cosas son así, considerad ahora qué alegato podrá corresponder a lo que les habéis hecho a los godos: ¿acaso que desconocéis las buenas acciones de Teodorico y Amalasunta[74] o que con el [11] tiempo y el olvido se han esfumado de vuestra memoria? Lo cierto es que ni lo uno ni lo otro. Pues coincide que su benevolencia no os la han demostrado en asuntos insignificantes ni a vuestra gente en épocas pasadas, amigos romanos, sino en cuestiones de la mayor trascendencia y a vosotros en persona, [12] muy recientemente y de inmediato. ¿Pero es que ha sido por saber de oídas o conocer por experiencia la bondad de los grieguchos[75] con sus súbditos por lo que decidisteis dejar a su [13] merced la causa de godos e italianos? Desde luego los estabais acogiendo, creo yo, como a huéspedes de excepción; pero qué clase de huéspedes y amigos encontrasteis en ellos es algo en lo que ya estáis puestos al corriente, sólo con que os acordéis [14] de las cuentas de Alejandro[76]. Y renuncio a hablar de las tropas y de sus mandos, de cuya benevolencia y magnanimidad habéis disfrutado y por lo que las cosas les han venido a parar [15] a tal estado de fortuna. Y que ninguno de vosotros crea que estos reproches se los lanza un joven movido por la ambición, ni que

yo, por el hecho de gobernar a los bárbaros, estoy diciendo fanfarronadas. Pues afirmo que la supremacía de estos [16] hombres no es algo que deba imputarse a nuestra conducta, que es tan meritoria, sino que lo que yo sostengo es que van en busca de un castigo por las injusticias que han cometido contra vosotros. Y verdaderamente, ¿cómo no podría parecer algo de [17] lo más absurdo que Dios, mirando por vosotros, los castigue a ellos y que a vosotros, en cambio, os apasione estar inmersos en las monstruosidades de esta gente y no queráis libraros de los males que de ahí derivan? Daos, pues, tan sólo un motivo a vosotros mismos para salir en defensa de los godos; y a nosotros para poder perdonaros. Y lo daréis si no esperáis al final [18] de la guerra y si, ahora que ya os quedan pocas esperanzas y todas vanas, escogéis la mejor opción: corregir los errores que indebidamente habéis cometido con nosotros».

Éste era el contenido de la carta. Totilas la puso en manos [19] de unos prisioneros y les ordenó que marcharan a Roma y se la entregaran a los senadores. Y así lo hicieron. Pero Juan[77] a [20] los que vieron este escrito les impidió que contestaran a Totilas. Y por eso Totilas volvió a escribir muchos breves mensajes en los que incluyó los más explícitos y tremendos juramentos acerca de que los godos nunca le causarían ningún mal a ningún romano. Pues bien, quiénes fueron los que llevaron a [21] Roma esas tarjetas no sé decirlo, pues todas eran clavadas a horas intempestivas por la noche en los lugares más visibles de la ciudad y al amanecer las descubrían. Pero los comandantes del ejército romano tenían muchas sospechas de los sacerdotes arrianos[78] e inmediatamente los expulsaron a todos de la ciudad.

[22] Totilas, cuando se enteró, mandó una sección de su ejército a Calabria y le encargó tantear la fortaleza de Driunte[79]. Pero como la guarnición de la plaza no quería de ninguna manera rendirse, ordenó a las tropas enviadas que se dispusieran a asediarla, mientras él avanzaba con la mayor parte del [23] ejército hacia las cercanías de Roma. Cuando el emperador se informó, sin saber bien qué hacer, se vio obligado a mandar a Belisario contra Totilas, y eso que los persas aún lo estaban hostigando con la mayor furia[80]. El invierno estaba terminando y cumpliéndose el noveno año[81] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

[**10**] De este modo Belisario marchó por segunda vez a Italia[82]. Como contaba con muy pocos soldados (pues no pudo mover las tropas que estaban con él en tierra meda), recorrió Tracia entera y a base de ofrecer dinero consiguió reclutar a unos [2] voluntarios bisoños. Por decisión del emperador lo acompañaba también Vitalio, general de Iliria, que recientemente había vuelto de Italia, donde coincidía que había dejado a sus [3] soldados ilirios. Juntos reunieron a unos cuatro mil hombres y llegaron a Salones[83] con la idea de ir primero a Rávena y [4] desde allí proseguir la guerra como fuera posible. Y es que no eran capaces de desembarcar en las cercanías de Roma, porque ni podían ocultar sus movimientos al enemigo (dado que ya habían oído que acampaban en Calabria y

Campania), ni hostigarlo de ninguna otra forma, pues avanzaban contra ellos sin que sus fuerzas estuvieran equilibradas.

Mientras tanto, los que estaban siendo asediados en Driunte, [5] como ya les faltaba todo lo necesario, entraron en conversaciones con las tropas bárbaras que los estaban asediando para capitular y entregarles la plaza y en el ínterin ambas partes fijaron un día. Pero Belisario, tras cargar en las naves [6] provisiones para un año, le ordenó a Valentín zarpar con ellas hacia Driunte, retirar de allí lo más pronto posible a los de la guarnición que antes estaba en la fortaleza (porque le informaron de que la enfermedad y el hambre los tenía extenuados) y sustituirlos en sus puestos por algunos de los tripulantes de sus naves, pues de este modo, sin estar cansados ni carecer de lo necesario, podrían con mayor facilidad mantener la plaza segura. Pues bien, Valentín tuvo la suerte de que le soplara en [7] este viaje un viento favorable y arribó a Driunte cuatro días antes de la fecha fijada y, como encontró el puerto desprotegido, se apoderó de él y sin ningún contratiempo puedo penetrar en la fortaleza. Y es que los godos, confiados en el acuerdo que [8] habían hecho, suponían que, entre tanto, no hallarían ningún obstáculo y estaban tranquilos y despreocupados ya de sus maniobras contra Driunte. Sin embargo, en aquel momento, al ver [9] la flota que de improviso estaba arribando, les entró miedo y tras levantar el asedio se fueron muy lejos de allí, acamparon y le refirieron a Totilas todo lo que les había ocurrido. De este peligro tan grande escapó la plaza de Driunte. Pero algunos de [10] los soldados de Valentín, con la intención de saquear aquellos territorios, empezaron a hacer correrías y quiso el azar que se encontraran con los enemigos cerca de la orilla del mar, donde chocaron. Aquéllos fueron rotundamente vencidos en la batalla [11] y muchos huyeron tirándose al agua: allí perdieron ciento setenta hombres y los demás se retiraron a la fortaleza.

Valentín encontró a la anterior guarnición del lugar medio [12] muerta y la retiró. Los sustituyó por otros descansados, como le ordenó Belisario, y tras dejarles provisiones para un año, marchó con el resto del ejército a Salones.

[13] Desde allí Belisario zarpó con toda la flota y atracó en Pola[84]. Allí permaneció algún tiempo organizando su ejército. [14] Pero Totilas, al oír que había llegado, quiso conocer el potencial bélico que traía e hizo lo siguiente. Había un tal Bono, primo de Juan y comandante de la guarnición de [15] Genua[85], y Totilas usó su nombre para escribirle una carta a Belisario, como si realmente se la hubiera remitido Bono, en la que le pedía su ayuda cuanto antes porque estaban en serio [16] peligro. Escogió luego a cinco hombres, muy observadores todos ellos, y les entregó la carta encargándoles que se fijaran cuidadosamente en las fuerzas de Belisario y que declarasen [17] que era Bono quien los enviaba. Pues bien, Belisario recibió a estos hombres y los trató con mucha amabilidad, como era [18] su costumbre. Una vez que leyó la carta, les mandó comunicarle a Bono que en breve acudiría con todo su ejército. Luego, ellos, sin perder

detalle, tal como les ordenó Totilas, regresaron al campamento godo y aseguraron que las fuerzas de Belisario no eran en absoluto dignas de consideración. [19] Mientras tanto, Totilas tomó la ciudad de Tíbur[86], que estaba defendida por una guarnición de isáuricos. Esto fue gracias a la traición siguiente. Algunos habitantes estaban guardando [20] las puertas junto con los isáuricos y tuvieron sus diferencias con los isáuricos que montaban guardia a su lado, a pesar de que éstos no les habían dado ningún motivo. Por lo cual, a los enemigos que estaban acampados muy cerca de allí los [21] hicieron venir de noche. Pero, al advertirlo, los isáuricos se pusieron de acuerdo y, mientras la ciudad estaba siendo conquistada, [22] casi todos lograron salir huyendo. Ni a uno sólo de los habitantes perdonaron los godos: los mataron a todos e incluso al sacerdote de la ciudad, de un modo que yo sé pero que no voy a contar para que no les quede a los tiempos venideros memoria de tanta crueldad. Entre ellos murió también Catelo, una persona muy ilustre, al menos para los italianos. Y [23] así los bárbaros ocuparon Tíbur y los romanos ya no pudieron traer los suministros desde Tuscia por el Tíber. Y es que esta ciudad, situada cerca del río[87] y por encima de Roma como a unos ciento veinte estadios[88], se convirtió posteriormente en una plaza fuerte contra los que pretendían llegar navegando a la capital.

Pues bien, éstos fueron los hechos acaecidos en Tíbur. Belisario [**11**] llegó a Rávena con toda la flota y, tras convocar a los godos que allí se encontraban y a las tropas romanas, les dijo lo siguiente: «No es ahora la primera vez, soldados, que las hazañas de más mérito han venido a desperdiciarse por la maldad. Pues desde muy atrás esto ha sido algo sencillamente natural [2] en la condición humana: la perversidad de la gente más vil bastó y sobró para arruinar y echar a perder muchas acciones de hombres valientes. Y esto es precisamente lo que ahora ha hecho fracasar la causa del emperador. Le interesa tanto corregir [3] sus errores que le ha dado menos importancia al objetivo de vencer a los persas y ha decidido enviarme a mí ahora a vuestro lado, para que sea yo quien corrija y remedie todas las incorrecciones[89] que nuestros comandantes hayan cometido o con sus soldados o con los godos. Desde luego, que uno no cometa [4] ningún error no es humano[90], y es algo que está fuera del curso natural de los acontecimientos; pero corregir esos errores es una tarea bastante apropiada para el emperador y muy digna [5] del consuelo que debe prestar a sus queridos súbditos. Y es que así no sólo vendréis a libraros de vuestras adversidades, sino que incluso llegaréis de inmediato a comprender y disfrutar de la benevolencia del emperador para con vosotros. Pues, para un hombre, ¿qué cosa, de todas las que hay, podría tener más [6] valor que ésta? Por tanto, como ahora yo estoy aquí a vuestro lado con este propósito, lo que conviene es que también cada uno de vosotros se dedique con todas sus fuerzas a aprovecharse [7] de esta ventaja que desde ahora se le ofrece. Si coincide que alguno de vosotros tiene parientes o amigos que estén con Totilas, el usurpador[91], que los mande llamar cuanto antes y [8] les

comunique la intención del emperador. Pues así podréis obtener los beneficios que nacen tanto de la paz como del gran emperador[92]. Que, al menos yo, ni he venido aquí porque desee la guerra, ni nunca se la haría, por mi propia voluntad, a los [9] súbditos del emperador. Sin embargo, si incluso ahora consideran una tontería escoger lo mejor para sí mismos y avanzan contra nosotros, también nosotros necesariamente, aun contra nuestra voluntad, tendremos que tratarlos como enemigos».

[10] Así habló Belisario. Pero ninguno de sus adversarios, ni godo ni romano, se pasó a sus filas. Posteriormente envió a [11] su lancero[93] Turimut y a algunas de sus tropas junto con Vitalio y con los soldados ilirios a Emilia[94] y les ordenó tantear las plazas de allí. Y así, Vitalio se presentó con este ejército [12] en los alrededores de la ciudad de Bononia[95] y, después de apoderarse por capitulación de algunas de las fortificaciones de los alrededores, permaneció tranquilo en Bononia. Pero [13] no mucho tiempo después, todos los ilirios de su ejército, repentinamente, sin haber sufrido ni escuchado siquiera ninguna ofensa, se retiraron de allí a escondidas y regresaron a su patria. Le mandaron luego embajadores al emperador para [14] rogarle que les concediera su perdón a unos hombres como ellos, que habían llegado a sus casas de esta manera no por otra razón que porque habían servido durante mucho tiempo en Italia sin haber recibido su sueldo y el estado, por tanto, les debía mucho dinero. Pero era el caso que un ejército de [15] hunos se había lanzado sobre los ilirios y había esclavizado a niños y mujeres y fue por haberse enterado de esto y por [16] carecer de lo necesario, al menos en territorio italiano, por lo que regresaron. En efecto, el emperador al principio se enfadó con ellos, pero luego los perdonó.

Totilas, cuando supo de la retirada de los ilirios, mandó un ejército contra Bononia para capturar a Vitalio y a sus tropas. Pero Vitalio y Turimut prepararon varias emboscadas y mataron [17] a la mayoría de los atacantes; los demás dieron la vuelta y huyeron. Allí, Nazares, un hombre muy renombrado, ilirio [18] de nacimiento y comandante de las fuerzas ilirias, hizo, más que ningún otro, un admirable despliegue de valentía en sus acciones contra los enemigos. De este modo Turimut marchó a Rávena a presencia de Belisario.

Entonces, Belisario envió a tres de sus lanceros, Turimut, [19] Ricilas y Sabiniano con un millar de soldados a la ciudad de Áuximo[96] para socorrer a Magno y a los romanos que allí estaban siendo asediados. Y sin que lo advirtiera Totilas ni [20] el campamento enemigo, penetraron de noche en Áuximo y fueron planeando hacer algunas correrías contra sus adversarios. [21] A eso del mediodía siguiente, cuando se informaron de que algunas tropas enemigas estaban muy cerca de allí e iban a salirles al encuentro, decidieron enviar exploradores para reconocer las fuerzas con que contaban y no avanzar contra ellos a ciegas.

[22] Pero Ricilas, el lancero de Belisario, que en aquel preciso momento estaba

borracho, no permitió que ningún otro fuera a explorar, sino que se fue él solo a uña de caballo. Se [23] topó con tres godos en un terreno escarpado y primero se detuvo para hacerles frente, porque su bravura podía llegar a lo sumo; mas, al ver que otros muchos salían de todas partes [24] y se le echaban encima, se dio a la fuga. Pero su caballo tropezó en unas breñas y se elevó un enorme griterío entre los enemigos que, todos a la vez, comenzaron a arrojarle sus lanzas. Entonces, los romanos, que se enteraron, corrieron en [25] su ayuda: Ricilas, aun así, murió cubierto por un montón de lanzas, pero las tropas de Turimut pusieron en fuga a sus adversarios, recogieron el cadáver y lo llevaron a la ciudad de Áuximo. Quiso, pues, la suerte que el desenlace de su vida no fuera el que merecía su gran valor.

[26] Posteriormente, Sabiniano y Turimut en sus conversaciones con Magno llegaron a la conclusión de que les era perjudicial dejar pasar más tiempo allí, porque, según su razonamiento, no podrían ser capaces de luchar contra un enemigo que era mucho más numeroso y, por otra parte, consumiendo las provisiones de los asediados, lo que iban a conseguir es [27] que la ciudad cayera todavía antes en sus manos. Una vez tomada esta decisión, ellos en persona con una fuerza de mil hombres se previnieron para la partida con la idea de empezar a salir de allí por la noche. Pero de golpe uno de los soldados, a escondidas, desertó al campamento enemigo y reveló lo que [28] se proponían. Totilas, entonces, escogió a dos mil guerreros de entre los más valientes y al llegar la noche los apostó para que vigilaran los caminos a treinta estadios[97] de Áuximo, sin que nadie se diera cuenta. Y cuando, a medianoche, vieron pasar [29] a sus enemigos, desenvainaron las espadas y emprendieron el ataque. Mataron a doscientos, pero Sabiniano y Turimut [30] pudieron ocultarse en la oscuridad con el resto de la tropa y huir a la ciudad de Arímino[98]. Ahora bien, los godos se adueñaron [31] de todas las acémilas que transportaban a los siervos, las armas y las ropas de los soldados.

Hay dos ciudades en la costa del gofo Jonio, Pisauro[99] y [32] Fano[100], situadas entre Áuximo y Arímino. Vitigis había incendiado sus casas al principio de esta guerra y demolido sus murallas más o menos hasta la mitad de su altura, para que los romanos, si se apoderaban de ellas, no les fueran a ocasionar problemas a los godos. Y, en efecto, de una de las dos, de [33] Pisauro, decidió apoderarse Belisario, porque le pareció que la plaza estaba convenientemente situada para que pudieran pastar los caballos. Así pues, envió de noche a algunos hombres de su confianza para que a escondidas midieran exactamente la anchura y altura de cada una de las entradas. Luego [34] construyó las puertas y las revistió de hierro y, después de cargarlas en unas barcazas, las mandó allí con orden de que los hombres de Sabiniano y Turimut las ajustaran de inmediato a las murallas y permanecieran en el interior del recinto; y que, una vez resguardados, reconstruyeran del modo que pudiesen las partes derruidas amontonando piedras, barro y cualquier otro material. Así fue como lo hicieron. Totilas, al saber lo que [35] estaba

ocurriendo, avanzó contra ellos con un gran ejército y entre tentativas pasó allí algún tiempo; pero, como no fue [36] capaz de conquistar la plaza, sin haber conseguido nada se retiró a su campamento de Áuximo.

[37] Aun así, ningún romano salía ya a combatir con el enemigo, sino que cada cual permanecía al abrigo de sus murallas. Pero es que incluso cuando Belisario envió a Roma a dos de sus lanceros, Artasires, un persa, y Barbación el tracio, para ayudar a Besas a defender la ciudad (porque coincidía que estaba allí[101]), les ordenó que no hicieran salidas contra el enemigo. [38] Pero Totilas y el ejército godo, al darse cuenta de que las fuerzas de Belisario no eran tan considerables como para que pudieran oponérseles, decidieron hostigar las plazas mejor [39] fortificadas. Por ello, acamparon en la comarca de Piceno, en torno a Firmo[102] y Ásculo[103], y se dispusieron a asediarlas. El invierno estaba terminando y cumpliéndose el décimo año[104] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

[**12**] Belisario, como se vio incapaz de defender a los asediados, mandó a Juan, el sobrino[105] de Vitaliano, a Bizancio, después de comprometerlo con los más tremendos juramentos a que pusiera todo su afán en regresar lo antes posible. Iba para pedirle al emperador que les mandara un ejército numeroso [2] y grandes sumas de dinero, además de armas y caballos. Y es que los soldados, que eran demasiado pocos, ya no querían ni luchar y andaban diciendo que el estado les debía mucho [3] dinero y que no había cosa que no necesitaran. Y así era. Al respecto Belisario le escribió al emperador una carta cuyo contenido era el siguiente:

«Hemos llegado a Italia, poderosísimo emperador, sin hombres ni caballos ni armas ni dinero. Y sin tener lo bastante de esto, nadie sería capaz, creo yo, de llevar a cabo una guerra. Y es que, aun habiendo recorrido en toda su extensión [4] Tracia e Iliria[106], hemos podido reclutar muy pocos soldados, una tropa lastimosa que ni lleva armas en las manos ni está en absoluto preparada para una batalla. Vemos, además, que [5] los que han quedado aquí en Italia no son suficientes y que están muertos de miedo ante el enemigo y con el ánimo por los suelos porque los han derrotado muchas veces; y es que no sólo huyeron sin más de sus oponentes, sino que abandonaron sus caballos y arrojaron sus armas a tierra[107]. En cuanto al dinero, [6] nos es imposible procuramos ingresos de Italia, porque de nuevo la han tomado los enemigos. Y como también, por [7] eso, nos hemos atrasado en los pagos de la tropa, no estamos en condiciones de darles órdenes, pues las deudas nos han quitado la facultad de mandar. Y sabedlo vos[108] bien, señor: el [8] caso es que la mayoría de los soldados que estaban a vuestras órdenes ha desertado al enemigo. Así que, si lo único necesario [9] era enviar a Belisario a Italia, vos habéis hecho los mejores preparativos para la guerra, pues yo ya estoy en medio de territorio italiano. Pero si queréis superar a vuestros contrincantes en la guerra, debéis aprestar además otras cosas. Que [10] un general no puede serlo, creo yo, sin gente a su

servicio. Conviene, entonces, que se me mande, antes que nadie, a mis lanceros y escuderos[109] y luego a un muy numeroso ejército de hunos y de otros bárbaros, a todos los cuales hay también que darles dinero de inmediato».

[11] Esto escribió Belisario. Pero Juan, aunque pasó mucho tiempo en Bizancio, no consiguió nada de todo aquello por lo que fue; eso sí, se casó con la hija de Germano, sobrino[110] del [12] emperador. Mientras, Totilas se apoderó de Firmo y Ásculo por capitulación. Después llegó a Tuscia y empezó a asediar Espoleto y Asisio[111]. La guarnición de Espoleto la mandaba Herodiano, la de Asisio Sisifrido, godo de nacimiento pero [13] muy leal a los romanos y partidario del emperador. Pues bien, Herodiano entró en conversaciones con los enemigos para [14] que permanecieran quietos treinta días: en el caso de que durante este tiempo no se les presentara ninguna ayuda, se rendiría él y la ciudad junto con los soldados y sus habitantes a los godos. Para garantizar este acuerdo les ofreció a su hijo [15] como rehén. Cuando llegó el día fijado sin que apareciera ningún ejército romano, Herodiano y todos los que allí defendían la plaza, según lo acordado, se entregaron ellos y la ciudad [16] de Espoleto a Totilas y a los godos. Pero cuentan que por lo que se rindió Herodiano y rindió Espoleto a los godos fue por su enemistad con Belisario, que lo amenazó con reclamarle una rendición de cuentas de los servicios prestados a lo largo de su vida[112].

Así fue como se desarrollaron los acontecimientos en Espoleto. [17] Sisifrido, por su parte, al efectuar una incursión con las tropas a su mando, perdió a la mayoría de los suyos y él mismo también murió. Los de Asisio, sin saber qué hacer en [18] aquellas circunstancias, entregaron de inmediato la ciudad a los enemigos. Entonces Totilas, al instante, mandó una embajada a Cipriano para exigirle que le entregara Perusia: le metía miedo en el caso de una eventual desobediencia y, por el contrario, prometía recompensarlo con grandes sumas de dinero, si ejecutaba su voluntad. Pero como con Cipriano no [19] le salían bien las cosas, persuadió a base de dinero a uno de su escolta[113], de nombre Úlifo, para que acabara con él a traición. Así pues, Úlifo se encontró con Cipriano, que estaba solo, lo [20] mató y desapareció de allí para huir al campamento de Totilas. Sin embargo, las tropas de Cipriano seguían custodiando la ciudad para el emperador y por esta razón los godos decidieron retirarse de allí.

Después, Totilas avanzó contra Roma y, cuando llegó [**13**] cerca, se dispuso a asediarla. A los agricultores, sin embargo, no les hizo ningún daño en ninguna parte de Italia: lo que les mandaba era que continuasen trabajando la tierra sin miedo, tal como tenían por costumbre, y que le pagasen a él los tributos que antes consentían en pagarle al estado y a sus dominadores. Cuando algunos godos estuvieron ya muy [2] cerca del recinto fortificado de Roma, Artasires y Barbación, a la cabeza de un numeroso grupo de los suyos, efectuaron una incursión contra ellos, aun sin contar con el beneplácito de Besas. No tardaron en matar a muchos y a los demás los [3] pusieron en fuga. Pero

precisamente cuando iban tras ellos, en una persecución que los llevó muy lejos de la ciudad, vinieron a caer en una emboscada de los enemigos. Perdieron, [4] pues, a la mayoría de sus hombres y al final sólo con unos pocos lograron huir. En adelante ya no se atrevieron a realizar ninguna salida contra sus adversarios, a pesar de que estaban estrechando el cerco.

[5] Desde ese momento una hambruna atroz empezó a afligir a los romanos, dado que ya no podían traer de la campiña las provisiones necesarias y que estaban cerradas las rutas de [6] comercio por mar. Después de la toma de Neápolis por los godos, instalaron allí una base naval con un gran número de embarcaciones, tanto en las llamadas islas de Eolo[114] como en todas las demás que están situadas en aquella zona, y vigilaban [7] estrechamente el tráfico marítimo. Por eso, todas las naves que zarpaban de Sicilia y navegaban hacia el puerto de Roma[115] terminaban cayendo en sus manos junto con su tripulación al completo.

[8] Totilas, entonces, mandó un ejército a Emilia con orden [9] de tomar Placencia[116] o por las armas o por capitulación. Esta ciudad es la capital de la región de Emilia y cuenta con fuertes defensas. Está situada a orillas del río Erídano[117] y era la única de aquella región que todavía quedaba sometida a los [10] romanos. Cuando dicho ejército estuvo cerca de Placencia, se le propuso un trato a la guarnición de la plaza para que por capitulación le entregasen la plaza a Totilas y a los godos. [11] Pero como la negociación no tenía éxito, acamparon allí y se dispusieron a asediarla porque se dieron cuenta de que los de la ciudad carecían de víveres.

[12] Por aquel entonces surgió entre los comandantes del ejército imperial de Roma una sospecha de traición contra Cetego, un patricio que estaba a la cabeza del senado romano y que, por este motivo, se marchó a Centucelas[118].

Belisario, por su parte, comenzó a intranquilizarse por [13] Roma y por la situación en su conjunto, porque desde Rávena era imposible defenderla, menos aún con un ejército pequeño, y decidió partir de allí y apoderarse de la región de Roma, para, una vez estando cerca, poder acudir en ayuda de los que se encontraban en aquel apuro. Y se estaba arrepintiendo [14] de haber llegado primero a Rávena, lo que antes hizo porque lo convenció Vitalio y que no le reportó ninguna utilidad a la causa del emperador, porque encerrándose allí les había dado a los enemigos la posibilidad de inclinar a su favor la balanza de la guerra. Lo que me pareció a mí fue que [15] o Belisario escogió la peor opción por ser cosa del destino que en aquel entonces les fuera mal a los romanos, o que, aun habiendo tomado la mejor determinación, Dios le puso obstáculos en su camino porque su designio era prestar auxilio a Totilas y a los godos; y de ahí que los mejores planes de Belisario acabaran por resolverse en todo lo contrario[119]. Y [16] es que a quienes les soplan a favor los vientos de la fortuna, aunque tomen las peores determinaciones, ningún desastre les saldrá al paso, porque el cielo se encarga de volver

las tornas para que todo resulte provechoso. Sin embargo a un [17] hombre desafortunado, creo yo, no le asiste de ningún modo el buen consejo, porque su propio destino de tener que sufrir es el que le priva del conocimiento y de la recta opinión. Aun [18] en el caso de que alguna vez tome la determinación que se debe, de inmediato la fortuna le sopla en contra de sus planes y trastorna aquel buen consejo para llegar a los peores resultados. Pero si es de esta o de aquella manera, eso no puedo [19] decirlo.

Belisario, entonces, puso a Justino al mando de la guarnición de Rávena y él con unos pocos más se trasladó de allí a través de Dalmacia y de las tierras de aquella región a Epidamno[120], donde permaneció quieto a la espera del ejército de Bizancio. Luego, escribió una carta al emperador informándole [20] de la suerte que corría en aquel momento. El emperador, por su parte, no mucho después le envió a Juan, el sobrino[121] de Vitaliano, y a Isaac el armenio, hermano de Aracio y Narsés, [21] junto con un ejército de bárbaros y soldados romanos. Éstos, al llegar a Epidamno, se unieron a Belisario.

Envió también a Narsés[122], el eunuco, a presencia de los jefes hérulos, para convencer así a muchos de ellos de guiar su [22] ejército hacia Italia. Y fueron muchos, en efecto, los hérulos que lo siguieron, a los que comandaba, entre otros, Filemut, y con él alcanzaron el territorio de Tracia, pues tenía la intención de pasar allí el invierno y, al llegar la primavera, dirigirse [23] al encuentro de Belisario. Con ellos iba también Juan, al que apodaban «el Glotón»[123], y quiso la fortuna que en este viaje, de forma inesperada, les prestaran a los romanos un gran servicio. [24] Pues coincidió que un numeroso tropel de bárbaros esclavenos[124], que había cruzado hacía poco el río Istro, empezó a saquear aquel territorio y a esclavizar a una gran parte de la [25] población romana. Pero súbitamente los hérulos cayeron sobre ellos y los vencieron contra lo que cabía esperar, dado que los esclavenos eran muy superiores en número. Lo cierto fue que ataron a algunos, pero a todos los cautivos les permitieron volver a sus casas. Fue entonces cuando Narsés encontró a uno [26] que usurpaba[125] el nombre de Quilbudio, una persona ilustre que en otro tiempo había sido general del ejército romano, y pudo fácilmente descubrir la trama que se había maquinado y cuyos detalles explicaré a continuación.

Había un hombre llamado Quilbudio que pertenecía a la [**14**] casa del emperador Justiniano. Era muy enérgico en la guerra y estaba tan por encima del dinero que no es que no contara en su hacienda con grandes posesiones, sino que, de hecho, no poseía nada. Al tal Quilbudio el emperador, al cuarto año [2] de haber accedido al trono imperial[126], lo nombró general de Tracia y lo destinó a la guarnición que vigilaba el río Istro, con orden de estar en guardia para que los bárbaros de aquella zona no pudieran ya en el futuro cruzar el río, puesto que ya lo habían cruzado muchas veces hunos, antas y esclavenos, y habían causado a los romanos muchos daños irreparables. De [3] este

modo, Quilbudio se había convertido para los bárbaros en alguien tan temible que en el plazo de tres años que pasó allí desempeñando aquel cargo, no sólo ninguno de ellos fue capaz de cruzar el Istro para atacar a los romanos, sino que muchos romanos alcanzaron a menudo con Quilbudio la orilla opuesta para matar y esclavizar a los bárbaros de allí. Pero al tercer [4] año Quilbudio cruzó el río, como solía hacerlo, con un pequeño ejército y los esclavenos le salieron al encuentro con todas sus tropas. En el violento combate que se produjo, cayeron [5] muertos muchos romanos y también el general Quilbudio. De [6] ahí en adelante los bárbaros tuvieron la posibilidad de cruzar el río siempre que quisieron, con lo que las posesiones de los romanos quedaron fácilmente a su alcance; y el hecho fue que todo el imperio romano resultó ser absolutamente incapaz de equipararse en esta misión a la valía de un solo hombre.

[7] Pero algún tiempo después, los antas y esclavenos tuvieron desavenencias entre sí y entraron en combate, en el que [8] los antas vinieron a ser derrotados por sus adversarios. En esa batalla un esclaveno hizo prisionero a un enemigo, un joven aún barbilampiño, que se llamaba Quilbudio, y se lo llevó a [9] su casa. Este Quilbudio, con el paso del tiempo, se convirtió en alguien de lo más leal a su amo y en un guerrero enérgico [10] en la lucha contra los enemigos. Con frecuencia se distinguió especialmente exponiéndose a todo tipo de peligros por defender a su señor y, a raíz de este comportamiento, llegó a ganarse una gran fama.

[11] Por aquel tiempo los antas se lanzaron sobre el territorio de Tracia saqueando las posesiones que allí tenían los romanos y esclavizando a muchos de ellos, a los que luego se llevaron [12] consigo a su patria. Quiso la suerte que uno de estos cautivos viniera a dar con un amo humanitario y benévolo. Aquél, por el contrario, era un gran malhechor, capaz de enredar en sus [13] engaños a cualquiera que encontrara a su paso y, como quería volver a tierra romana, planeó lo siguiente. Se presentó ante su señor y lo alabó por su humanitarismo, asegurándole que por ello recibiría de Dios muchas bendiciones y que él, por su parte, siempre se mostraría agradecido al más benévolo de los amos. Añadió que sólo con que quisiera prestar oídos a sus recomendaciones, que eran las mejores, en no mucho [14] tiempo lo haría poseedor de una gran cantidad de dinero. Y es que, según continuó diciendo, en el pueblo esclaveno había un tal Quilbudio que había sido general del ejército romano y que entonces estaba entre aquéllos en la condición de esclavo, [15] sin que ningún bárbaro supiese quién era. Por tanto, con estar dispuesto a pagar el precio que valía Quilbudio y trasladarlo a tierra romana, sería bastante probable que ganara buena reputación y, de parte del emperador, una gran suma de dinero. Con estas palabras el romano convenció enseguida a [16] su señor y con él se presentó en medio de los esclavenos, pues entre unos y otros bárbaros ya había negociaciones de paz y se relacionaban entre ellos sin ningún temor. Le pagaron, en efecto, al amo de Quilbudio mucho dinero por su compra y de inmediato regresaron con

él. Una vez que estuvieron de nuevo [17] en su patria, el comprador le preguntó a aquel hombre si él era Quilbudio, el general romano. Él no rehusó contar con detalle [18] y por su orden toda la verdad: que era anta de nacimiento, que había luchado contra los esclavenos, sus enemigos en aquel entonces, que había sido capturado por sus adversarios y que, desde ese momento en que había llegado a su patria en adelante, ya sería libre según la ley.

Pues bien, el que había pagado tanto oro por su compra [19] se quedó mudo de indignación y frustrado en las desmedidas esperanzas que se forjó. Pero el romano, queriendo consolarlo [20] y, al mismo tiempo, alejarlo de la verdad, para que no se le dificultara el regreso a su patria, le corroboró que aquel hombre era en realidad el tal Quilbudio, pero que por miedo, al encontrarse entre bárbaros, no quería en absoluto revelarlo todo; sin embargo, cuando se viera en tierra romana, no sólo no ocultaría la verdad, sino que, muy probablemente, hasta se enorgullecería de ese nombre. Lo cierto era que al principio aquello estaba ocurriendo sin que se enterasen los demás bárbaros.

Pero una vez que se difundió la noticia y llegó a oídos de [21] todos, el pueblo anta casi en su totalidad se reunió al efecto y se estimó que el asunto incumbía a la comunidad entera, pensando que obtendrían grandes beneficios al haberse ya hecho amos del general romano Quilbudio. Pues estos pueblos, [22] esclavenos y antas, no son gobernados por un solo hombre, sino que de antiguo viven en democracia y por esta razón tanto fortunas como adversidades siempre las tratan ellos en común. También en las demás cuestiones, en todas, por así decirlo, estos dos pueblos bárbaros tienen y desde muy atrás [23] han tenido las mismas creencias y costumbres. Ellos creen que un solo dios, el creador[127] del relámpago, es el único señor de todas las cosas y en su honor sacrifican bueyes y toda clase de víctimas. Del destino ni saben nada ni, por otra parte, reconocen que tenga ninguna influencia, al menos entre los hombres; sino que, cuando ya la muerte les está pisando los talones, ya sea por sufrir una enfermedad o por entrar en guerra, prometen que, en caso de poder evitarla, al punto le harán un sacrificio al dios en pago de su vida, y en cuanto la han evitado, realizan ese sacrificio que ofrecieron; y así creen que su salvación ha sido comprada a cambio de dicho sacrificio. Adoran además [24] a ríos y ninfas y algunas otras divinidades y también les hacen sacrificios a todos ellos y precisamente en esos sacrificios practican la adivinación[128]. Habitan en chozas miserables, muy separados unos de otros, y con bastante frecuencia cada cual va mudando el lugar donde reside. Cuando entran en batalla [25] contra sus enemigos, la mayoría va a pie con pequeños escudos y lanzas cortas en las manos, pero sin ponerse corazas. [26] Algunos ni siquiera visten túnica ni capote[129], sino tan sólo unos calzones[130] que se ajustan hasta tapar sus vergüenzas; y es así como entran en combate con sus adversarios. Ambos pueblos tienen también una sola lengua, bárbara sin rasgos [27] especiales. Es más, tampoco en su aspecto se diferencian entre sí: todos son

extraordinariamente altos y robustos y, respecto al cuerpo y el cabello, ni son muy claros o rubios ni su color se inclina enteramente al oscuro, sino que todos ellos son de [28] un tono rojizo. Su forma de vida es ruda y sin cuidados de ningún tipo, como la de los maságetas[131], y también, al igual que éstos, van siempre sucios; pero el caso es que no son en absoluto ni malhechores ni gente perversa, sino que conservan incontaminado el genuino carácter de los hunos. Lo cierto es [29] que en el pasado esclavenos y antas tenían un único nombre, pues antiguamente ambos pueblos se llamaban «esporos», por el hecho, supongo, de que su tierra la habitan muy separados unos de otros[132]. Éste es el motivo de que sea muy grande la extensión de su territorio, pues ocupan la mayor parte de la [30] orilla opuesta del Istro. Y esto es lo que cabe comentar de ese pueblo.

Como iba diciendo, se reunieron entonces los antas y fueron [31] obligando a ese hombre a reconocer que él en persona era Quilbudio, el general romano; y si lo negaba, lo amenazaban con castigarlo. Mientras sucedía esto, el emperador Justiniano [32] les mandó embajadores precisamente a estos bárbaros con el encarecimiento de que se asentaran todos juntos en una antigua ciudad llamada Turris, situada al norte del río Istro. Había sido edificada tiempo atrás por el emperador Trajano, pero ya hacía mucho que se encontraba deshabitada, después de haberla saqueado los bárbaros de aquella región. Y puesto que [33] desde un principio habían sido posesiones romanas, el emperador Justiniano prometía que iba a ofrecerles como regalo esa ciudad y sus alrededores y que les daría todas las facilidades para establecer un nuevo asentamiento allí, así como grandes sumas de dinero. Todo eso a condición de que en adelante fueran sus aliados y se convirtieran en un permanente obstáculo para los hunos, cuando éstos quisieran hacer sus correrías contra territorio romano.

[34] Tras escuchar estas palabras, los bárbaros mostraron su aprobación y se comprometieron a hacerlo todo, siempre que de nuevo restituyera a Quilbudio como general del ejército romano y le concediera ser cofundador del asentamiento, asegurándole que aquel hombre era Quilbudio, tal como ellos deseaban. [35] Éste, dejándose arrastrar por tales esperanzas, no sólo lo deseaba ya también él, sino que incluso iba por ahí diciendo que era Quilbudio, el general romano. Y fue al despacharlo con este motivo a Bizancio cuando Narsés lo encontró en ese [36] viaje[133]. Tras conversar con él y descubrir que era un impostor (aunque se expresaba en latín y muchas de las peculiaridades de Quilbudio se las había aprendido ya y podía imitarlas bastante bien), lo encerró en la cárcel, lo obligó a declarar toda la verdad y, así, se lo llevó consigo a Bizancio. Pero volveré justo al punto de donde arrancó esta digresión.

[**15**] Mientras el emperador estaba haciendo lo que se ha dicho[134], Belisario envió al puerto de Roma un ejército a las órdenes de Valentín y de uno de los lanceros de su guardia, llamado Focas, un hombre especialmente diestro en la guerra, para custodiar la fortaleza de Porto junto con la guarnición de allí, que estaba al mando de Inocencio, y

para que, dentro de sus posibilidades, realizaran rápidas salidas que sembraran la confusión [2] en el campamento enemigo. Pues bien, los de Valentín y Focas enviaron secretamente mensajeros a Roma para informarle a Besas de que muy pronto iban a lanzar un ataque repentino sobre la empalizada enemiga; y para pedirle, asimismo, que escogiera a sus soldados más aguerridos y, en cuanto viera su incursión, acudiese corriendo en su auxilio, con objeto de poder causarles, entre unos y otros, un gran estrago a [3] los bárbaros. Pero a Besas no le pareció bien ese plan, a pesar de que tenía bajo su mando a unos tres mil soldados. Fue por esto por lo que Valentín y Focas con sus quinientos hombres se precipitaron de improviso contra el campamento enemigo y mataron a unos pocos. Enseguida los sitiados se dieron cuenta del tumulto que se produjo, pero como nadie salió de la ciudad [4] a apoyar el ataque, aquéllos se retiraron rápidamente al puerto sin haber sufrido ni una sola baja.

De nuevo le enviaron a Besas una embajada para reprocharle [5] que se hubiera acobardado tan indebidamente y para confirmarle que en breve realizarían otra incursión contra los enemigos, y le rogaban que también él en ese justo momento atacara a los bárbaros con todo su potencial bélico. Pero una [6] vez más se negó a correr el peligro de salir y enfrentarse a los adversarios. Aun así, Valentín y Focas estaban planeando caer sobre los enemigos con un ejército mayor, para lo que ya habían hecho los preparativos. Pero un soldado que estaba a [7] las órdenes de Inocencio desertó y, presentándose ante Totilas, le comunicó que a la mañana siguiente se lanzaría desde Porto un ataque contra sus posiciones. Entonces decidió emboscar [8] a sus mejores guerreros en todos los sitios adecuados para tal fin. Y, en efecto, al día siguiente Valentín y Focas con sus tropas cayeron en las emboscadas: perdieron a muchos hombres y ellos dos murieron. Unos pocos lograron escapar a duras penas y se refugiaron en Porto.

Fue también entonces cuando Vigilio, el obispo de Roma[135], [9] que por entonces residía en Sicilia, envió a Roma el mayor número de naves que pudo llenas de grano, creyendo que los que transportaban este cargamento lograrían introducirse en la ciudad del modo que fuera. Salieron, pues, navegando [10] estos barcos rumbo al puerto de Roma, pero los enemigos se dieron cuenta y, tomándoles una corta ventaja, llegaron antes y se ocultaron en el interior de las murallas para, tan pronto como las naves arribaran allí, apoderarse de ellas sin ningún [11] esfuerzo. Y al observarlo desde sus puestos los que formaban la guarnición de Porto, subieron todos a las almenas y agitando sus mantos intentaron indicarles con señales a los de las naves que no siguieran adelante, sino que se volvieran hacia [12] cualquier otro lugar. Pero aquéllos, sin comprender lo que estaban haciendo, creían que los romanos de Porto los estaban saludando alegremente e invitándolos a acercarse; y como el viento les soplaba a favor, muy pronto estuvieron dentro del [13] puerto. Eran muchos los romanos que venían embarcados y, entre ellos, un obispo llamado Valentín. Entonces, los bárbaros surgieron de sus

escondrijos y se apoderaron de todos [14] los barcos sin ninguna oposición. Capturaron al obispo y lo llevaron ante Totilas, pero a todos los demás los mataron y se marcharon remolcando las naves con todo su cargamento. [15] Totilas interrogó a aquel sacerdote sobre todo lo que quiso y, tras haberlo acusado de no decir ni una sola verdad, le cortó [16] las dos manos. Esto fue lo que vino a suceder. El invierno estaba terminando y cumpliéndose el undécimo año[136] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

[**16**] Vigilio, el obispo de Roma, acudiendo a la llamada del emperador, marchó de Sicilia a Bizancio, después de haber pasado mucho tiempo allí a la espera de este aviso.

[2] Por este tiempo, los romanos asediados en Placencia, como ya se les habían agotado absolutamente todas las provisiones y estaban acuciados por el hambre, llegaron a comer [3] alimentos ilícitos. Lo cierto fue que hasta probaron la carne humana y por esta razón se rindieron y les entregaron Placencia a los godos.

[4] Así se desarrollaron los acontecimientos en aquel lugar; y también en Roma, que estaba sufriendo el asedio de Totilas, se [5] habían agotado ya todas las provisiones. Pero había entre los sacerdotes romanos uno llamado Pelagio, que ejercía el ministerio de diácono y que, tras haber pasado mucho tiempo en Bizancio, se había hecho muy amigo del emperador Justiniano. Coincidía que había llegado a Roma poco antes y cargado de grandes riquezas y durante el asedio les había ofrecido la [6] mayor parte de su fortuna a los necesitados. Y aunque ya antes era, al menos entre todos los italianos, una persona de renombre, fue mayor aún, lógicamente, la fama que se granjeó por su humanitarismo. Al tal Pelagio lo convencieron los romanos, [7] cuando el hambre ya les provocaba un sufrimiento irremediable, para que se presentara ante Totilas y les consiguiera una tregua de unos pocos días, bajo la condición de que, en el caso de que durante esta tregua no les llegara ninguna ayuda de Bizancio, ellos se rendirían y les entregarían la ciudad a los godos. Esta fue la embajada que Pelagio llevó ante Totilas. Al [8] llegar, Totilas lo acogió afectuosamente, con mucho respeto y amabilidad; y tomando la palabra él en primer lugar, habló de la siguiente manera:

«Entre todos los bárbaros, por decirlo en términos generales, [9] es costumbre reverenciar a los que cumplen la función de embajadores y yo, desde muy atrás, me he esforzado por honrar especialmente a quienes, como tú, hacen alarde de valentía[137]. Y, desde luego, la distinción entre honra e insulto [10] a un embajador no creo que resida en un rostro afable ni en expresiones altaneras por parte de quienes lo acogen, sino en decir la verdad, sin más, o en usar con él palabras insinceras. Pues ocurre que el trato honroso lo ha recibido aquél a [11] quien se le despida después de haberle revelado francamente la verdad; el mayor insulto posible, por el contrario, se le ha lanzado a ese embajador que se marche tras haber oído nada más que discursos envenenados y falsos. Así pues, Pelagio, [12] excepto tres cosas, podrás obtener de nosotros, no lo dudes, todo lo demás que necesites. Esas tres mejor es que tú por [13] precaución te las calles, no vaya a ser

que, aun habiendo sido tú el máximo responsable de no haber logrado aquello por lo [14] que viniste, nos eches a nosotros la culpa. Pues el resultado natural de pedir algo que no está acorde con las circunstancias es, la mayoría de las veces[138], no tener éxito en conseguirlo. Lo que te estoy diciendo es que no vayas a hacer mención ni de ningún siciliano, ni del recinto fortificado de Roma, ni de [15] los siervos que se han venido con nosotros. Pues es imposible que los godos traten con miramiento a ningún siciliano, o que esa muralla quede en pie, o que a los esclavos que sirvieron en vuestro ejército vuelvan a esclavizarlos sus antiguos amos. Y para que no parezca una insensatez pretender esto, eliminaremos toda sospecha de haber perdido la cordura exponiendo de inmediato nuestros motivos.

[16] En primer lugar, aquella isla[139] era, más que ninguna otra, próspera desde la antigüedad por sus ingresos y por la gran abundancia de productos que allí daba la tierra, de modo que no sólo bastaban para sus habitantes, sino que incluso vosotros, los romanos, teníais suficiente importando de allí cada [17] año las provisiones necesarias como tributo. Fue por esto por lo que, al principio, los romanos le pidieron a Teodorico que no instalara allí una guarnición compuesta por muchos godos, para que nada impidiera ni su libertad ni la prosperidad [18] en todos los demás aspectos. Así las cosas, el ejército enemigo desembarcó en Sicilia sin que pudiéramos medirnos con él ni en número de hombres ni en ninguna otra cosa en [19] absoluto. Los sicilianos, por su parte, aunque vieron llegar la flota, no informaron a los godos, ni se encerraron en las fortalezas, ni decidieron enfrentarse de ninguna otra manera a nuestros adversarios, sino que con todo su afán abrieron de par en par las puertas de las ciudades y recibieron al ejército enemigo con los brazos abiertos[140], como hacen, creo yo, los cautivos que son menos de fiar, que durante mucho tiempo aguardan la ocasión oportuna para escapar de las manos de sus señores y encontrar otros amos nuevos y desconocidos para ellos. Por tanto, saliendo de allí como de una base de [20] operaciones, los enemigos ocuparon sin esfuerzo el resto de Italia y se apoderaron de esta ciudad de Roma, después de haber traído consigo tal cantidad de grano que, aun habiendo sido asediados durante un año, fue suficiente para toda la población. Pues bien, esto es lo ocurrido con los sicilianos [21] y, desde luego, no hay forma de que los godos los perdonen, porque la gravedad de las acusaciones exime de la compasión por los delincuentes.

En segundo lugar, dentro de ese recinto fortificado se encerraron [22] los enemigos y de ningún modo quisieron bajar a la llanura y enfrentarse a nosotros, sino que sólo a base de argucias y engaños continuos lograron día tras día repeler a los godos y convertirse inesperadamente en dueños de lo que era nuestro. Por tanto, más vale que tomemos precauciones para [23] que no nos pase otra vez lo mismo. Pues el hecho de que quienes por ignorancia hayan sufrido una vez un fracaso vuelvan a caer nuevamente en el mismo fiasco, por no haber previsto esa desgracia a la que ya estaban habituados por la

experiencia, eso no parece que sea resultado de una fortuna adversa, sino que, muy probablemente, depende de la necedad de los que han tenido ese tropiezo. Podría añadirse que también la [24] demolición del recinto murado de Roma será útil sobre todo para vosotros. Pues en adelante ya no os encerraréis con otros, ni os bloquearéis la entrada de todas las provisiones cuando os vayan a asediar los asaltantes, sino que ambos ejércitos os arriesgaréis entonces a combatir frente a frente, en vez de escoger vosotros no correr peligro a costa de convertiros en un mero premio para los vencedores.

[25] Por último, respecto a los siervos que se han venido con nosotros sólo os diré lo siguiente: si a quienes han formado en nuestras filas contra nuestros adversarios y han obtenido de nuestra parte la promesa de no volver a entregarlos nunca a sus antiguos dueños, decidimos ahora ponerlos en [26] vuestras manos, no mereceremos vuestra confianza. Pues no es posible, no lo es, que quien desatiende los pactos que ha hecho con los seres más desgraciados demuestre con algún otro la firmeza en mantener su palabra, sino que, por el contrario, siempre ante todos los que se encuentra suele pasear su deslealtad como otra de las marcas distintivas de su personalidad».

[27] Así habló Totilas y Pelagio le respondió de esta manera: «Habéis dicho previamente, noble señor, que vuestra máxima preocupación soy yo y quienes llevan el título de embajador, pero lo cierto es que nos habéis degradado a la más deshonrosa [28] de las condiciones. Pues lo que yo creo es que quien insulta a un amigo o a un embajador no es el que quizá pueda darle una bofetada ni tratarlo con insolencia de algún otro modo, sino el que decide despachar a su visitante sin que haya cumplido [29] su misión. Que no es para, acaso, lograr un honor cualquiera de manos de quienes lo acogen para lo que los hombres acostumbran a meterse a embajadores, sino para regresar junto a quienes los han enviado tras haber conseguido algún beneficio. [30] De tal forma que le será más útil ser tratado groseramente pero conseguir aquello por lo que ha venido, que oír palabras corteses pero regresar frustrado en sus esperanzas. Pues bien, ahora no sé qué es lo que debo pedir en relación con lo que [31] vos mismo habéis expuesto, porque ¿cómo podría alguien importunar a quien, antes de escuchar las justificaciones, ya se ha negado a concertar el acuerdo? Pero esto no me lo puedo callar: está claro qué grande es el humanitarismo del que vos[141] vais a hacer gala con los romanos que se han alzado en armas contra vuestra persona, cuando a los sicilianos, que en nada se os han opuesto, ya habéis decidido lanzarles vuestro odio implacable. Yo, por mi parte, me dejaré de rogaros a vos [32] y cambiaré el destinatario para dirigirle mi embajada a Dios, que tiene por costumbre indignarse con quienes desprecian las súplicas».

Tras pronunciar estas palabras, Pelagio se retiró. Y los [**17**] romanos, al verlo regresar sin haber conseguido nada, no supieron qué hacer, pues el hambre iba ya agudizándose más y más y cada día que pasaba les iba causando irremediables estragos. Sin embargo, los militares aún no se habían quedado sin provisiones, sino que todavía

continuaban resistiendo. Por esta razón, los romanos se reunieron y juntos se presentaron [2] ante los comandantes del ejército imperial, Besas y Conón, para entre lágrimas y lamentos decirles lo siguiente: «Tal es, generales, la suerte que estamos corriendo a ojos vistas que, aunque tuviéramos la capacidad de cometer contra vosotros alguna acción impía, esta culpa no habría motivado que nos cayera encima ninguna reprimenda. Que cuando la [3] necesidad es imperiosa está por sí misma justificada. Pero ahora lo cierto es que, como de hecho no podemos defendernos a nosotros mismos, hemos venido a vuestra presencia para, de palabra, mostraros y lamentar nuestra desdichada situación. Escuchadnos con bondad, sin molestaros por la osadía de nuestras palabras, sino midiéndolo con la vara de nuestros críticos sufrimientos. Pues quien está obligado a [4] renunciar a su salvación no puede ni en sus acciones ni tampoco en sus palabras mantener en adelante la compostura. En [5] cuanto a nosotros, generales, no consideréis que somos romanos ni compatriotas vuestros, ni que nos hemos asimilado a vuestro régimen de gobierno, ni que, al principio, acogimos voluntariamente en nuestra ciudad al ejército del emperador, sino que somos desde un principio vuestros enemigos, que nos hemos alzado en armas contra vosotros y que, luego de haber sido vencidos en combate, nos convertimos en cautivos y esclavos vuestros de acuerdo con la ley de la guerra. [6] Suministradles, pues, comida a vuestros prisioneros, si no en la cantidad que nos baste, al menos en la imprescindible para vivir, a fin de que también nosotros podamos sobrevivir y devolveros el favor cumpliendo todos los servicios que los [7] esclavos deben prestarles a sus amos. Pero si esto no es fácil o no es como para que vosotros lo queráis así, pues venga, consentid en soltarnos de vuestra mano y obtendréis como ganancia no tener que preocuparos de enterrar a vuestros esclavos. Y si ni esta escapatoria nos queda, dignaos condenarnos a pena capital y no nos privéis de un final decente ni nos neguéis la muerte, lo más dulce de todo; al contrario, de un solo golpe libradnos a los romanos de mil y un problemas». [8] Tras haber escuchado Besas y los suyos estas palabras, respecto a suministrarles víveres aseguraron que les era imposible; en cuanto a condenarlos a muerte, que era impío; y que ni siquiera dejarlos libres estaba exento de peligro. Pero insistieron, eso sí, en que Belisario y el ejército de Bizancio llegarían muy pronto y con este consuelo los despidieron.

[9] Pero la hambruna se hacía cada vez más crítica y, al prolongarse, también iba a más en los estragos que causaba, sugiriendo alimentos insólitos y que sobrepasaban los límites que [10] impone la naturaleza humana. Pues bien, al principio Besas y Conón, los que hemos dicho que comandaban la guarnición de Roma (como el caso era que habían almacenado para su propio consumo mucha cantidad de grano dentro del recinto de la muralla) y también los soldados apartaban una porción de lo que le correspondía a cada uno para vendérsela a los romanos más ricos por una gran suma de dinero, pues el precio de la fanega[142] había alcanzado las siete piezas de oro[143]. Sin embargo, aquellos otros

que se encontraban en una [11] situación familiar tal que no tenían bastante para conseguir un alimento tan caro, pagaban la cuarta parte del precio y podían llenar de salvado un recipiente de una fanega; y eso era lo que comían, un alimento que la necesidad convertía para ellos en un manjar de lo más dulce y exquisito. Y un [12] buey que pudieran capturar en sus incursiones los lanceros de la guardia de Besas, lo vendían por cincuenta piezas de oro. A quien tuviera un caballo muerto o cualquier otra bestia semejante, a ése se le consideraba un romano de los muy afortunados, porque podía disfrutar de la carne de un animal muerto. Todo el resto de la población comía sólo ortigas, que [13] se criaban en abundancia a uno y otro lado del recinto de la muralla y en las ruinas que había por toda la ciudad. Para que [14] esa hierba punzante no les picara en los labios y en la zona de la garganta, las cocían muy bien antes de comérselas[144].

Así pues, mientras los romanos tuvieron sus monedas de [15] oro, venían a comprar, del modo como se ha dicho, el trigo y el salvado, y se iban. Cuando ya se habían quedado sin nada, se llevaban a la plaza pública todo el ajuar doméstico y lo cambiaban por su sustento diario. Al final, una vez que ni los [16] soldados del emperador tuvieron trigo que venderles a los romanos (excepto el poco que aún le quedaba a Besas), ni los romanos tuvieron con qué comprarlo, todos volvieron la mirada a las ortigas. Pero como con este alimento no les bastaba, [17] porque ni mucho menos podían saciarse, fueron perdiendo las carnes de la mayor parte del cuerpo y el color lívido que iba tomando poco a poco su piel hacía que parecieran espectros. [18] Había muchos, incluso, que, mientras caminaban masticando las ortigas, caían al suelo de muerte súbita. Y llegaban a comerse [19] hasta los desperdicios unos de otros; y muchos también, acuciados por el hambre, acababan con su propia vida, porque ya no encontraban ni perros ni ratones ni ningún otro animal muerto con el que alimentarse.

[20] En efecto, había allí un romano, padre de cinco hijos que siempre estaban a su alrededor, agarrados a su vestido, [21] pidiéndole comida. Él ni se lamentaba ni daba muestras de intranquilidad, sino que, con la mayor de las resignaciones y guardando todo su sufrimiento en el corazón, les mandó a sus hijos que lo siguieran como si fuesen a recibir comida. [22] Cuando llegó al puente sobre el Tíber, se puso el manto sobre el rostro y, tapándose con él los ojos, saltó del puente a las aguas del Tíber, lo que sucedió ante la mirada de sus hijos y de todos los romanos que allí estaban.

[23] Posteriormente, los comandantes del emperador, tras recibir más dinero, les dejaron marcharse de la ciudad a los [24] romanos que lo quisieron así. Fueron pocos los que se quedaron allí; todos los demás salieron huyendo, cada uno como pudo. Pero la mayoría de ellos, con las fuerzas agotadas por [25] el hambre, moría en el viaje, ya fuera por mar o por tierra. A muchos también los sorprendieron en el camino los enemigos y los aniquilaron. Ésta fue la suerte que corrieron el senado y el pueblo de Roma.

[**18**] Cuando el ejército de Juan e Isaac llegó a Epidamno[145] y se unió a Belisario, Juan recomendó que todos ellos atravesaran el golfo[146] y avanzaran luego por tierra con el ejército al completo, para hacer frente juntos a cualquier tropiezo que tuviesen; pero a Belisario no le pareció buena idea. Pensaba él que les era más conveniente navegar hasta las cercanías de Roma, porque yendo por tierra tardarían más tiempo y quizá [2] les saliera al paso algún obstáculo. Juan, por su parte, debía marchar a través del territorio de los cálabros y de los pueblos de aquella región y expulsar a los poquísimos bárbaros que allí había, y tras someter la zona del interior[147] del golfo Jónico, unirse a ellos al llegar a las cercanías de Roma. Era allí [3] precisamente donde Belisario pretendía desembarcar con el resto del ejército. Pues él consideraba que, como los romanos estaban sufriendo un durísimo asedio, cualquier retraso, por corto que fuera, muy probablemente provocaría irremediables daños a sus intereses. Si iban por mar y el viento les [4] soplaba a favor, al quinto día podrían estar desembarcando en el puerto de Roma, mientras que con un ejército que fuera por tierra desde Driunte no estarían en Roma ni en cuarenta días.

Éstas fueron las órdenes que le dio Belisario a Juan y [5] zarpó de allí con toda su flota, pero cayó sobre ellos un viento recio y arribaron a Driunte. Cuando los vieron los godos que [6] allí estaban en sus puestos asediando aquella plaza fuerte[148], levantaron el sitio y se trasladaron de inmediato a las cercanías de Brentesio[149], una ciudad que estaba situada a dos días de camino de Driunte, en la costa del golfo, y que no tenía murallas. Como sospechaban que Belisario pasaría de inmediato a través de aquel estrecho[150], informaron a Totilas de lo que les estaba ocurriendo; y éste preparó su ejército al completo para [7] salirle al encuentro y ordenó a los godos de Calabria mantener vigilado el paso lo mejor que pudieran.

Pero cuando Belisario, ya con viento favorable, zarpó de [8] Driunte, los godos se desentendieron y continuaron con su vida normal en Calabria sin ninguna preocupación. Totilas, por su parte, permanecía quieto pero vigilando aún con más empeño los accesos a Roma, para que fuera imposible introducir [9] ningún tipo de provisiones. En el Tíber ideó lo siguiente. Al observar que había un sitio por donde el río bajaba con muy poco caudal, a unos noventa estadios[151] de la ciudad, colocó unas vigas muy largas que llegaban de una ribera a [10] otra, formando un puente. Construyó luego dos torres de madera, una en cada orilla, e instaló una guarnición en cada una de hombres muy aguerridos, para que las barcas u otras naves que subieran desde Porto ya no pudiesen penetrar en la ciudad.

[11] En el ínterin, Belisario desembarcó en el puerto de Roma, mientras Juan con su ejército permanecía quieto donde estaba. Luego Juan cruzó a Calabria, sin que se dieran cuenta los godos, que, como se ha dicho, estaban aguardando cerca de [12] Brentesio. Capturó a dos enemigos que iban explorando el camino. A uno lo mató en el acto, pero el

otro se agarró a sus [13] rodillas y le rogó que lo hiciera prisionero: «Que te voy a ser muy útil —dijo— a ti y al ejército romano». Y al preguntarle Juan qué provecho les reportaría a los romanos y a él dejarlo vivo, ese hombre le prometió que podría caer sobre los godos [14] sin que se lo esperaran lo más mínimo. Juan entonces afirmó que sus súplicas no serían desoídas, pero que, primero, debía mostrarles dónde pastaban los caballos. También en esto consintió [15] el bárbaro y fueron juntos al lugar. Nada más encontrar pastando a los caballos de los enemigos, saltaron sobre ellos todos los que iban a pie (y por cierto que eran muchos y los mejores guerreros) y luego avanzaron a galope contra el campamento [16] enemigo. Los bárbaros, como estaban desarmados y absolutamente desprevenidos, se quedaron paralizados ante aquel asalto tan imprevisto y cayeron en masa allí mismo, sin parar mientes en resistir. Sólo unos pocos lograron escapar y se fueron con Totilas.

Juan intentaba consolar y aplacar a todos los habitantes [17] de Calabria; y así se los iba ganando para que le guardaran lealtad al emperador, prometiéndoles que recibirían del emperador y del ejército romano muchos beneficios. Zarpó tan [18] pronto como pudo de Brentesio y se apoderó de una ciudad llamada Canusio[152], que está situada en el centro, más o menos, de Apulia, a cinco días de camino de Brentesio yendo en dirección occidente hacia Roma. A veinticinco estadios[153] [19] de esa ciudad de Canusio se encuentra Cannas, justo donde cuentan que ocurrió aquel gran desastre para los romanos cuando en tiempos pasados era Aníbal el general de los libios[154].

Allí un tal Tuliano, un romano, hijo de Venancio, que tenía [20] gran poder entre brucios y lucanos[155], llegó a presencia de Juan y acusó al ejército del emperador de los anteriores abusos cometidos contra los italianos, pero prometió que, si en adelante los trataban con cierta consideración, él pondría a su merced a brucios y lucanos para que de nuevo quedaran sometidos al emperador y sujetos al pago de tributos, no menos de lo que antes lo estaban. Y es que, según él, había [21] sido contra su voluntad como se pasaron a las filas de unos hombres que eran bárbaros y arrianos, pero lo hicieron forzados hasta el extremo por sus adversarios y por haber sufrido maltrato a manos de las tropas del emperador. Tras asegurarle [22] Juan que los italianos en adelante sólo recibirían de ellos beneficios, Tuliano se fue con él. A raíz de esto, los soldados ya no [23] abrigaron ninguna sospecha hacia los italianos; al contrario, la mayor parte del interior[156] del golfo Jónico quedó aliada a ellos y sometida al emperador.

[24] Pero al oír Totilas la noticia, escogió a trescientos godos y los envió a Capua con la orden de que, cuando vieran al ejército de Juan que venía desde allí hacia Roma, lo siguieran sin que se diesen cuenta; de lo demás ya se ocuparía él. [25] Pero Juan, temiendo por este motivo caer en un cerco que le hicieran los enemigos, no continuó su marcha al encuentro de Belisario, sino que se desvió hacia el territorio de los brucios y lucanos.

[26] Había entre los godos un tal Recimundo, un hombre ilustre a quien coincidía que Totilas había puesto al mando de las guarniciones de la comarca de los brucios. Tenía algunos soldados godos, pero también romanos y moros, que habían desertado, para vigilar con estas tropas la zona del estrecho de Escila[157] y toda aquella costa, con vistas a que nadie pudiera zarpar, sin temor, desde allí hacia Sicilia ni arribar allí desde [27] la isla. Sobre este ejército, en un lugar entre Regio y Bebón, cayó Juan. Su presencia allí[158] fue tan inesperada y los dejó tan sobrecogidos por lo repentino del ataque que no pararon mientes en resistir y de inmediato dieron la vuelta y huyeron. [28] Se refugiaron en el monte que allí se eleva, un lugar bastante inaccesible y especialmente abrupto, y Juan en su persecución llegó a la vez que los enemigos a la pendiente; y en el choque que se produjo en las escarpas en las que aún aquéllos no se habían hecho fuertes, mató a la mayoría de los soldados moros y romanos, a pesar de que su resistencia fue muy enérgica, y capturó a Recimundo y a los godos junto con todos los demás supervivientes, una vez que se rindieron.

Cumplida esta misión, Juan se quedó allí y Belisario, [29] como seguía esperándolo, permanecía inactivo donde estaba. Y no paraba de reprocharle que no se hubiera arriesgado a entrar en combate contra el contingente que vigilaba Capua, formado sólo por trescientos hombres, y que tampoco hubiera intentado el paso por allí, aun teniendo bajo su mando una tropa escogida de los mejores guerreros bárbaros. Pero Juan desechó la idea de pasar a través de aquella comarca y se desvió hacia Apulia, a un lugar llamado Cervario[159], donde permaneció quieto.

Belisario, entonces, temiendo que los asediados hicieran [**19**] algo irreparable por la falta de provisiones, se puso a darle vueltas a la manera de introducir víveres en Roma. Al no [2] contar con fuerzas suficientes como para enfrentarse a los enemigos y que se decidiera todo en una batalla en campo abierto, planeó primero lo siguiente. Unió dos barcazas [3] de manga mayor a la normal y, después de atarlas entre sí firmemente, construyó encima una torre de madera mucho más alta que las levantadas en el puente por los enemigos[160]: el caso era que con anterioridad las había medido exactamente, [4] tras haber enviado a unos cuantos hombres de sus tropas, quienes, por supuesto, sólo en apariencia venían a las filas bárbaras como desertores. Revistió luego con paneles [5] de madera doscientos dromones[161] y los botó en el Tíber, después de haber abierto troneras por todas partes de los paneles para desde allí poder disparar contra los enemigos. Así, cargó trigo y muchas otras provisiones en esos bajeles y los dotó de una tripulación formada por sus soldados más aguerridos. Además, apostó tropas de infantería y caballería [6] en ambas orillas en lugares seguros cerca de la desembocadura del Tíber y les ordenó que se quedaran allí y que, si algún enemigo avanzaba contra Porto, se lo impidieran con [7] todo su potencial bélico. A Isaac lo dejó dentro de Porto y le confió la defensa de la ciudad y de su mujer[162], y también de todo lo que allí hubiera de su

propiedad. Le mandó que no se retirara de allí bajo ningún supuesto, ni aun en el caso de llegar a enterarse de que Belisario había perecido a manos de los enemigos; al contrario, debía mantener una vigilancia constante con vistas a que, si sufrían algún revés, tuvieran [8] adónde huir para salvarse. Y es que en aquella comarca no tenían ocupada ninguna otra plaza fuerte, sino que todas las de la zona les eran hostiles.

[9] Finalmente, él en persona subió a uno de los dromones para guiar la flota y dio orden de ir arrastrando las barcazas [10] sobre las que habían construido la torre. Encima de la torre colocó un pequeño bote, lleno de pez, azufre y resina y de todas las demás sustancias que de por sí constituyen un alimento [11] de lo más eficaz para el fuego. En la otra orilla del río, que está a la derecha en dirección a Roma desde Porto, estaba un [12] batallón de infantería que iba en apoyo. Por otra parte, el día antes le había enviado a Besas emisarios con la orden de que a la mañana siguiente hiciera una salida con un gran ejército para sembrar la confusión en el campamento enemigo, que era precisamente lo que ya con anterioridad le había encargado [13] muchas veces. Pero Besas ni antes ni tampoco en esa batalla [14] decidió cumplir sus mandatos. Pues era el único al que aún le quedaba algo de grano, porque de todo lo que anteriormente habían enviado a Roma los magistrados de Sicilia para abastecer a los soldados y a la población entera, él le habia entregado a la ciudadanía una cantidad muy pequeña, mientras que la mayor parte se la había llevado con el pretexto de que era para la tropa y la había escondido. Como se lo estaba vendiendo a los senadores a un precio muy alto, no quería de ningún modo que levantaran el asedio.

Pues bien, Belisario y la flota romana navegaban río arriba [15] con gran dificultad por ir avanzando contra la corriente. Pero los godos no les salían al paso, sino que permanecían quietos en sus atrincheramientos. Cuando los romanos llegaron muy [16] cerca del puente, se toparon con una guarnición de enemigos, que estaban apostados en ambas márgenes del río custodiando una cadena de hierro, colocada allí no mucho antes por Totilas y que alcanzaba de una orilla del Tíber a la otra, para que sus adversarios no pudiesen acercarse con facilidad ni tan sólo al puente. A fuerza de dispararles, a unos los mataron y a otros [17] los pusieron en fuga y, tras quitar el cable, avanzaron recto hacia el puente. Tan pronto como llegaron allí, emprendieron la acción, mientras los bárbaros con una resistencia de lo más firme los mantenían alejados de las torres; y ya incluso habían [18] salido de los atrincheramientos y avanzaban a la carrera hacia el puente.

Entonces Belisario acercó lo más que pudo las barcazas sobre las que estaba construida la torre a una de las dos torres enemigas, la que estaba en el camino hacia Porto junto a las mismas aguas del río, y ordenó prenderle fuego al bote y arrojarlo sobre la torre enemiga. Así lo hicieron los romanos. Al [19] caer el bote sobre la torre, la envolvió al instante en llamas y también a todos los godos que había dentro, unos doscientos. Entre ellos murió abrasado Hosdas, su comandante, que era [20] el más

aguerrido de todos los godos. Cobraron ánimos entonces los romanos y empezaron a dispararles, de un modo más recio aún que antes, a los bárbaros que habían salido de sus trincheras para venir en socorro de los suyos. Éstos, sobrecogidos [21] por el aluvión de sucesos, volvieron las espaldas y se precipitaron, cada cual como pudo, a la huida. Los romanos se apoderaron del puente y estaban a punto ya de destruirlo y continuar avanzando, sin que nadie obstaculizara su marcha [22] hacia Roma; pero como no era esto lo que quería la fortuna, alguna divinidad envidiosa[163] puso los medios para arruinar los intereses romanos de la siguiente manera.

[23] Mientras ambas fuerzas estaban enfrentándose del modo como se ha dicho, un rumor, para desgracia de los romanos, llegó hasta Porto divulgando la noticia de que Belisario había vencido, había quitado el cable y aniquilado a los bárbaros de [24] aquel puesto y todo lo demás que he contado arriba. Isaac, al oír esto, ya no fue capaz de aguardar más[164] y todo su empeño era convertirse en partícipe de aquella gloria. Así, desatendiendo las órdenes de Belisario, se retiró para moverse lo más [25] rápido que pudo hacia la otra orilla del río. De las tropas que allí había instalado Belisario, se llevó a cien hombres para lanzarse contra el atrincheramiento de los enemigos, cuyo [26] comandante era Ruderico[165], un experto guerrero. Cayó de repente sobre los bárbaros de aquel destacamento e hirió a algunos de ellos, entre otros al propio Ruderico, que se le [27] enfrentó. Entonces los godos, abandonando de inmediato el campamento, se retiraron, ya fuera porque sospechaban que detrás de Isaac venía un gran contingente de enemigos, o ya porque pretendían engañar a sus adversarios para poder capturarlos, que fue lo que precisamente ocurrió.

[28] Pues bien, los hombres de Isaac penetraron en el atrincheramiento enemigo e iban arramblando con toda la plata [29] que había allí y con todas las demás cosas de valor. Pero los godos súbitamente dieron la vuelta y mataron a muchos, y a Isaac y a unos pocos más los cogieron vivos. Unos jinetes, entonces, llegaron a todo correr a presencia de Belisario y le comunicaron que Isaac estaba en poder de los enemigos. Belisario, desconcertado por la noticia y sin preocuparse de [30] inquirir de qué manera habían capturado a Isaac, pensó que tanto la ciudad de Porto como su mujer estaban perdidas y que con todos sus intereses se había dado al traste, porque ya no les quedaba ninguna otra plaza fuerte adonde, en adelante, poder huir para salvarse; y cayó en una desesperación que lo hizo enmudecer, algo que nunca antes le había sucedido. Por [31] este motivo, mandó que sus tropas retrocedieran a toda prisa con intención de lanzarse sobre los enemigos mientras aún estuvieran desordenados y así recuperar la plaza por cualquier medio que fuera.

De esta manera el ejército romano se retiró de allí sin haber logrado lo que perseguía. Una vez que Belisario llegó [32] a Porto, supo de la locura que había cometido Isaac y se dio cuenta de que la inquietud que había sentido era injustificada; y

de tanto dolor que le causaba esta contrariedad de la fortuna, cayó enfermo. De hecho, le sobrevino una fiebre que le duró [33] mucho tiempo y su agotamiento llegó a tal extremo, tan por encima de lo normal, que lo llevó al borde de la muerte. Lo [34] que ocurrió dos días después fue que murió Ruderico, y Totilas, muy afligido por aquella desgracia, mató a Isaac.

Besas, por su parte, seguía enriqueciéndose aún más a [**20**] base de vender trigo, porque la que le fijaba los precios era la propia urgencia de quienes lo necesitaban. La única preocupación a la que se dedicaba por completo era la referente a este comercio, sin interesarse por la vigilancia del recinto murado ni por ninguna otra cosa relativa a la seguridad; así, el soldado al que le viniera en gana podía echarse atrás en sus obligaciones, con lo que en las murallas la guarnición era escasa, y la poca que había, muy descuidada. En efecto, a los [2] que siempre les tocaba estar en el puesto de guardia tenían absoluta libertad de echarse a dormir, porque no había nadie por encima de ellos que tuviera en cuenta tal comportamiento. Nadie tampoco consentía en patrullar alrededor del recinto amurallado, como había sido la costumbre, para averiguar qué estaba haciendo la guardia; y ni siquiera ninguno de los [3] habitantes asumía la tarea de colaborar en la vigilancia. Y es que eran muy pocos los que, como ya he dicho, quedaban vivos, y aun éstos desfallecidos y en el límite de sus fuerzas por el hambre.

[4] Pues bien, cuatro isáuricos que montaban guardia en la puerta Asinaria esperaron al momento oportuno de la noche durante el cual los que estaban a su lado se ponían a dormir y, por tanto, dependía de ellos la vigilancia de aquel lienzo de muralla. Suspendieron, entonces, de las almenas unas sogas que llegaban al suelo y agarrándose con ambas manos se descolgaron fuera del recinto murado. Luego se dirigieron a presencia de Totilas y se comprometieron a permitirle la entrada en la ciudad a él y al ejército godo, asegurándole que [5] podían conseguirlo sin ninguna dificultad. Totilas también se comprometió a devolverles con creces el favor, si realmente lo cumplían, y a hacerlos poseedores de grandes sumas de dinero. Después envió con estos hombres a dos de los suyos para que inspeccionaran el lugar por donde aquéllos afirmaban [6] que les sería posible a los godos penetrar en la ciudad. Al llegar junto a la muralla, se agarraron a las sogas y escalaron a las almenas, sin que nadie diera una voz o se apercibiera de [7] lo que estaba ocurriendo. Cuando estuvieron allí, los isáuricos se lo fueron mostrando todo a los bárbaros, insistiéndoles en que quien quisiera subir no encontraría ningún obstáculo y que, una vez arriba, tendrían absoluta libertad de movimiento, sin nadie que les saliera al paso. Tras encargarles que se lo comunicaran a Totilas, los despidieron.

[8] Cuando Totilas se enteró, se alegró, en parte, de la noticia, pero, como los isáuricos le parecían sospechosos, no creía [9] conveniente confiar demasiado en ellos. No muchos días después volvieron de nuevo aquellos hombres a presentarse ante él,

para animarlo a ejecutar la acción, y Totilas envió a otros dos con ellos con objeto de que minuciosamente examinaran en el lugar todos los detalles y le informaran al respecto. Al [10] regresar, su informe fue en todo el mismo que el de los anteriores. Pero, en el ínterin, una gran contingente de soldados romanos, en expedición de reconocimiento, topó con diez godos que iban de camino no muy lejos de la ciudad y, tras su captura, se los llevó de inmediato a presencia de Besas. Éste [11] les preguntó a los bárbaros cuáles eran los planes de Totilas y los godos le dijeron que él tenía la esperanza de que unos isáuricos le entregaran la ciudad; y es que el asunto ya era cosa sabida para la mayoría de los bárbaros. Pero ni siquiera [12] al enterarse de esto se preocuparon lo más mínimo Besas y Conón, y de hecho no le dieron importancia. Por tercera vez los isáuricos se presentaron ante Totilas y trataron de empujarlo a que procediera; y él envió con ellos a otros, e incluso [13] a uno que era de su familia, y al regresar le dieron un informe completo y lo animaron a ejecutar la acción.

Totilas, tan pronto como se hizo de noche, ordenó a todo [14] el ejército armarse en silencio y lo condujo hasta cerca de la puerta Asinaria. Mandó entonces a cuatro godos, que tenían fama de valientes y fuertes, a escalar con los isáuricos por las cuerdas hasta las almenas, por supuesto durante aquel preciso intervalo de la noche en el que la guardia de aquel lienzo de muralla les tocaba a los isáuricos, mientras los demás dormían por turnos. Cuando estuvieron en el interior del recinto, bajaron [15] hacia la puerta Asinaria sin ninguna oposición y destrozaron con sus hachas no sólo la tranca con la que acostumbraban a fijar las puertas y cuya sujeción[166] se aseguraba al quedar embutida en cada uno de los muros, sino también toda la cerradura de hierro en la que los guardias continuamente estaban metiendo sus llaves para cerrar o abrir, según se necesitara. De este modo abrieron de par en par las puertas, justo como [16] querían, y sin ningún contratiempo dejaron entrar en la ciudad a Totilas y al ejército godo.

Pero Totilas los concentró allí a todos en un mismo lugar y no les permitió que se dispersaran, por temor a que les hubieran [17] montado los enemigos alguna emboscada. Como era lógico, la ciudad fue presa de la confusión y el tumulto, y la mayoría de los soldados romanos huyó por otra puerta junto con sus comandantes, cada uno como lo tuvo a su alcance, y sólo unos pocos con otros romanos más se refugiaron en [18] los santuarios. De los patricios, Decio y Basilio con algunos otros, como tenían caballos, pudieron escapar en compañía de [19] Besas. Pero Máximo, Olibrio, Orestes y algunos más huyeron al templo del apóstol Pedro[167]. De la plebe, sin embargo, sólo vinieron a quedarse por toda la ciudad quinientos hombres, [20] que a duras penas lograron refugiarse en los santuarios. De todo el resto de la población, unos se habían marchado ya antes a diversas regiones y otros habían perecido por el hambre, como arriba he dicho. Pues bien, muchos durante la noche le informaron a Totilas de que Besas y los enemigos estaban huyendo y él les dijo que sus noticias eran muy agradables, pero [21]

no permitió que los persiguieran, pues afirmó: «¿Qué puede serle más grato a uno que la huida de sus enemigos?».

[22] Cuando ya se hizo de día y no le quedaba ninguna sospecha de que hubiera alguna emboscada, Totilas fue a rezar al templo del apóstol Pedro, mientras los godos iban matando a [23] quienes encontraban a su paso. De esta forma murieron veintiséis soldados y sesenta ciudadanos. Cuando Totilas llegó al santuario, Pelagio se presentó ante él con las escrituras cristianas[168] en sus manos y, dirigiéndole sus súplicas de todos los modos posibles, exclamó: «¡Perdona a los tuyos, señor[169]!». Él, entre burlas y haciéndose el interesante, le dijo: «¡Ahora [24] es, Pelagio, cuando has venido a suplicarme!». A lo que contestó Pelagio: «Cuando Dios me ha hecho tu esclavo. Por [25] favor, a tus esclavos perdónalos, señor, en adelante». Totilas aceptó estas súplicas y a partir de entonces prohibió a los godos matar a ningún romano, pero, eso sí, él se reservó todo lo más valioso y el resto se lo dejó a ellos para que saquearan a discreción.

Fue, en efecto, mucho lo que encontró en las mansiones [26] de los patricios y, más que en ningún otro lugar, donde se alojaba Besas. Pues lo que hacía el desgraciado no era sino acumular para Totilas todo el dinero conseguido, como se ha expuesto, con los precios abusivos del trigo. Y así fue como [27] los demás habitantes de Roma, incluidos los senadores (y no menos Rusticiana, la hija de Símaco, que había sido esposa de Boecio y que siempre estaba ofreciéndoles sus bienes a los necesitados), llegaron al extremo de tener que vestirse con ropas de esclavos y campesinos y vivir de pedirles a sus enemigos pan y cualquier otra cosa que precisaran. Iban por [28] las casas y no paraban de llamar a las puertas rogando que les dieran comida, sin que hacer esto les causara la menor vergüenza.

Los godos, además, estaban empeñados en matar a Rusticiana, [29] porque la acusaban de que, mediante el soborno de los comandantes del ejército romano, había destruido las estatuas de Teodorico para vengarse del asesinato de su padre Símaco y de su marido Boecio. Pero Totilas no consintió que sufriera [30] ningún daño, sino que a ella y a todas las demás las preservó de cualquier violencia, a pesar de que los godos estaban más que ansiosos por llevárselas a la cama. Fue por eso por lo que [31] a ninguna de ellas llegaron a violarla, ya fuera casada, soltera o viuda; y Totilas con este proceder ganó gran fama por su continencia[170].

[**21**] Al día siguiente Totilas convocó a todos los godos y les habló así: «No son nuevos ni desconocidos para vosotros, compañeros de armas, los consejos que voy a daros ahora que os he convocado aquí, sino que repetiré esas cosas que a menudo os he dicho y que, al aceptarlas vosotros, han resultado [2] ser el origen de los mayores beneficios. Por eso, mirad, no [3] vayáis ahora a menospreciar el consejo. Pues de palabras que conducen a la felicidad no deberían hartarse los hombres, aunque parezca que uno puede llegar a cansar con tanta palabrería, [4] porque no conviene renunciar a

las ventajas que comportan. A lo que me refiero es que hace un par de días, por así decirlo, contábamos con doscientos mil soldados, y de los más aguerridos, disponíamos de unas riquezas desmesuradas, ostentábamos, lo más posible, una enorme superioridad en caballos y armas, y un numeroso contingente de veteranos[171] muy avisados, lo que precisamente se considera que resulta muy útil a los que entran en guerra; y aun así nos derrotaron siete mil grieguchos[172] y sin ninguna explicación fuimos privados de [5] nuestro poder y de todo lo demás. Ahora, sin embargo, ha querido la fortuna que nosotros, que nos habíamos quedado reducidos a unos pocos y sin armas, que dábamos lástima y que éramos totalmente inexpertos, nosotros, digo, venzamos [6] a unos enemigos que eran más de veinte mil. Pues bien, esto es, en resumen, lo que nos ha pasado. Pero las causas de que haya sucedido así os las voy a exponer enseguida, aunque ya las sabéis bien. Anteriormente los godos le prestaban a la justicia menos importancia que a cualquier otra cosa y cometían actos impíos unos contra otros, y también contra sus súbditos romanos, y fue esto precisamente lo que indujo a Dios, como era de esperar, a alistarse entonces contra ellos en las filas del enemigo. Por este motivo, aunque aventajábamos con creces [7] a nuestros adversarios en fuerzas, en valor y en todo lo demás que se requiere para la guerra, fuimos derrotados por una especie de poder oculto y absolutamente incomprensible. Así [8] pues, de vosotros dependerá mantener los bienes que disfrutáis, preservando, claro está, la justicia. En cuanto cambiéis de actitud, de parte de Dios todo os será hostil, y mucho; pues no acostumbra Él a aliarse con una nación o con una [9] raza peculiar, sino con aquéllos que especialmente honren el concepto de justicia: que ningún trabajo le cuesta llevarse la bonanza de un sitio a otro, porque el ser humano sólo puede [10] tener la voluntad de no cometer injusticia, pero en Dios, por su propia naturaleza, reside la facultad de poder cualquier cosa. Os confirmo, por tanto, que debéis observar la justicia unos [11] para con otros y también con vuestros súbditos, pues esto sería lo mismo que deciros que preservéis para siempre vuestra buena estrella».

Éstas fueron las palabras de Totilas a los godos. Convocó [12] a continuación a los senadores romanos y no paró de reprocharles y de afearles su conducta, porque, a pesar de los beneficios que habían obtenido de Teodorico y Atalarico y aunque siempre estuvieron en puestos de total autoridad, con la administración del estado en sus manos y cubiertos de enormes riquezas, aun así trataron con gran desconsideración a los godos, sus benefactores, e indebidamente sólo pensaron, para su propio mal, en la defección y en traerse a los grieguchos[173] a su patria, convirtiéndose de repente en traidores de sí mismos. [13] Les preguntó también si habían sufrido algún daño en [14] alguna ocasión de parte de los godos y asimismo les obligó a que le dijeran si les había venido algún beneficio de parte del emperador Justiniano; y fue haciendo una lista detallada: se les despojó de prácticamente toda autoridad; maltratados por los que se llamaban

«logotetas»[174], se les obligó a rendir cuentas por las gestiones de gobierno que realizaron entre los godos; y aun estando en una situación pésima por culpa de la guerra, estuvieron pagándoles los impuestos públicos a los grieguchos[175] en no menor medida que durante la paz. Añadió en el discurso otros muchos reproches que un amo furioso [15] normalmente les lanza a los que ya son sus esclavos. Entonces, señalando a Herodiano y a los isáuricos que le habían entregado la ciudad, dijo; «Vosotros, que os habéis criado con los godos, no habéis tenido a bien hasta el día de hoy darnos posesión ni siquiera de un lugar desierto; éstos, sin embargo, nos han permitido la entrada en la propia Roma y en Espoleto. [16] Por eso, vosotros habéis quedado reducidos a la condición de siervos y ellos, como amigos y camaradas[176] que han resultado ser de los godos, naturalmente ocuparán de aquí en adelante [17] vuestros puestos de poder». Los patricios, en efecto, al oír esto, guardaron silencio. Pero Pelagio no dejó de interceder ante Totilas por aquellos hombres, víctimas de la desgracia y de la mala suerte, hasta que le hizo la promesa de tratarlos humanitariamente antes de despedirlos.

[18] Luego, envió a Pelagio y a uno de los oradores de Roma, llamado Teodoro, como embajadores ante el emperador Justiniano, después de comprometerlos con los más tremendos juramentos a que le guardaran lealtad y pusieran su mayor empeño en regresar cuanto antes a Italia. Su encargo era que [19] procuraran con todas sus fuerzas conseguirle la paz por parte del emperador para no verse obligado a demoler Roma entera hasta sus cimientos, aniquilar a los senadores y llevar la guerra a Iliria. También le escribió una carta a Justiniano.

Pues bien, el emperador ya había oído lo que había pasado [20] en Italia. Cuando los embajadores se presentaron ante él, le comunicaron todo lo que Totilas les había encargado y le entregaron una misiva cuyo contenido era el siguiente: «Todo [21] lo acontecido en la ciudad de Roma, como creo que ya te has enterado, he decidido callarlo. Pero el motivo por el que te he [22] enviado estos embajadores lo sabrás inmediatamente. Lo que te pedimos es que las bendiciones de la paz las atraigas para ti mismo y nos las concedas a nosotros. Y de ellas contamos con [23] los mejores recuerdos y ejemplos en las personas de Anastasio y Teodorico, que ocuparon el trono no hace mucho y fue la suya una época de plenitud de paz y bienestar. Pues si así lo [24] quisieras, se te podría llamar con razón mi padre y en adelante nos tendrías como aliados tuyos para ir contra quienes fuera tu voluntad». Cuando el emperador estuvo al corriente del [25] mensaje recibido y escuchó todas las palabras de los embajadores, los despidió de inmediato con esta única respuesta y este escrito para Totilas: «Yo he nombrado a Belisario general con plenos poderes[177] en la guerra y por eso él es la autoridad suprema para tratar los asuntos con Totilas como desee».

Mientras estos embajadores iban a Bizancio y de nuevo [**22**] volvían a Italia, en Lucania sucedió lo siguiente. Tuliano reunió [2] a los campesinos de allí y puso vigilancia

al paso que servía de entrada a la región y que era muy estrecho, para evitar que los enemigos pudieran llegar a territorio lucano y causar algún daño. Con ellos colaboraban en esta vigilancia [3] trescientos antas, que coincidía que ya estaban allí con anterioridad porque Juan los había dejado a instancias de Tuliano. Estos bárbaros son los mejores guerreros de todos cuando se [4] trata de luchar en terrenos difíciles. Cuando Totilas lo supo, entendió que no era conveniente asignar esa misión a godos, de modo que reunió a un grupo de campesinos y envió con ellos a unos pocos godos con la orden de intentar el paso a [5] toda costa. Cuando ambos contingentes chocaron, fue grande el ímpetu de unos y otros, pero la bravura de los antas, favorecidos también por lo escabroso del terreno y con la ayuda de los campesinos mandados por Tuliano, provocó la huida de [6] sus adversarios. Hubo entonces una gran matanza.

Al enterarse, Totilas decidió demoler Roma hasta sus cimientos y, luego, dejar por allí la mayor parte de su ejército [7] y con el resto marchar contra Juan y los lucanos. Pues bien, por muchos puntos del recinto efectuó los derribos, que afectaron a casi un tercio del total de la muralla. Incluso estuvo por incendiar los edificios más bellos e importantes y convertir Roma en un pastizal, pero Belisario se enteró y le envió [8] embajadores con una carta. Cuando llegaron a presencia de Totilas, le informaron de la razón de su venida y le entregaron el escrito, cuyo contenido era el siguiente:

«Construir en una ciudad bellas obras de arte, hasta ese momento inexistentes, sería un acierto de personas con buen sentido y que saben vivir con civismo; hacer, por el contrario, que desaparezcan las que existen es cosa naturalmente de necios y de quienes no se avergüenzan de dejarle a la posteridad [9] este indicio por el que se reconozca su condición. Que Roma es, sin duda, de todas las ciudades que el sol viene a [10] alumbrar la más grande y renombrada, nadie lo discute. Lo cierto es que esto no se ha logrado con la especial dedicación de un solo hombre, ni se ha llegado a tal extremo de grandeza y esplendor tras poco tiempo de trabajo, sino que fue un gran número de emperadores, un conjunto de muchos hombres muy cualificados, una larga serie de años y sobreabundancia de recursos económicos lo que valió para reunir aquí todo lo demás de toda la tierra y también a los mejores artistas. De este [11] modo, poco a poco, construyeron esta ciudad, cual la estás viendo, y le dejaron a la posteridad un recuerdo de la valía de todos ellos, de tal manera que dañar estos monumentos sería considerado, y con razón, un gran crimen contra la humanidad en todos los siglos de su existencia: haciéndolo, se les despoja [12] a los antepasados del justo recuerdo de sus méritos y a la posteridad de la contemplación de tales obras.

Como esto es así, ten en cuenta que por fuerza ha de ocurrir [13] una de las dos cosas: o que tú seas derrotado por el emperador en esta guerra o, si te sonríe la fortuna, que salgas victorioso. Pues bien, si eres tú el que vence, al haber asolado [14] Roma te encontrarías, ilustre amigo mío[178], con que habrías arruinado no la posesión de otro

cualquiera, sino la tuya propia; pero si la mantienes a salvo, te enriquecerás, como es lógico, con todo ese bellísimo patrimonio. Por el contrario, si te toca pechar con la peor suerte, al haber conservado Roma, también tú conservarías un gran reconocimiento de gratitud de parte del vencedor; pero si la destruyes, no te quedará ya ningún pretexto para solicitar benevolencia y no estará en tu mano aprovecharte de tu buena acción. En fin, que lo que [15] obtendrás de todo el mundo será una reputación digna de lo que hagas, justo la que venga aparejada con una u otra determinación. Pues según sean las acciones de los que mandan, [16] así será por fuerza el renombren que merezcan». Esto fue lo que le escribió Belisario.

Totilas, después de leer varias veces la carta y dándose [17] perfecta cuenta del consejo, se dejó convencer y no provocó más daños en Roma. Entonces con una nota para Belisario sobre su decisión despidió de inmediato a los embajadores. [18] Luego ordenó que la mayor parte del ejército acampara no muy lejos de Roma, a unos ciento veinte estadios[179] hacia el oeste en un lugar llamado Algedón[180], y que allí permanecieran quietas sus tropas, para que las de Belisario no tuvieran ninguna posibilidad de salir de Porto. Él marchó con el resto del [19] ejército contra Juan y los lucanos. En cuanto a la población romana, lo que hizo fue retener con él a los senadores y a todos los demás los mandó a la región de Campania con sus mujeres e hijos; y no permitió que nadie se quedara en Roma, sino que [20] la dejó absolutamente desierta. Juan, al informarse de que Totilas avanzaba contra él, renunció ya a quedarse en Apulia y llegó a Driunte a toda prisa. Por su parte, los patricios que fueron llevados a Campania enviaron a territorio lucano a algunos de sus sirvientes, por decisión de Totilas, para ordenarles a sus colonos que depusieran su actitud y volvieran a trabajar los campos como solían; pues, según les comunicaban, se [21] quedarían con los beneficios de aquellas propiedades. Ellos, en efecto, abandonaron el ejército romano y permanecieron tranquilamente en sus campos. Tuliano, entonces, huyó y los [22] trescientos antas decidieron retirarse en compañía de Juan. De este modo, toda la zona del interior[181] del golfo Jónico, excepto Driunte, quedó de nuevo en manos de los godos y de Totilas. Y ya los bárbaros fueron cobrando ánimos y, desplegándose por secciones, iban recorriendo en círculos todo el territorio. [23] Cuando Juan lo supo, envió contra ellos un gran contingente de sus tropas que cayó de forma imprevista sobre los enermigos [24] y les causó numerosas bajas. Desde ese momento a Totilas le entró miedo y reunió a todos los suyos en los alrededores del monte Gargano, que se eleva más o menos en el centro de Apulia, y tras acampar en el atrincheramiento de Aníbal, el libio[182], permaneció quieto.

Entretanto, uno de los hombres que habían huido de Roma [**23**] con Conón mientras la ciudad estaba siendo tomada, de nombre Martiniano y bizantino de nacimiento, se presentó ante Belisario y le encareció que lo dejara marchar al campo enemigo simulando haber desertado, con lo que prometía prestarles un gran servicio a los romanos. A

Belisario le pareció bien, y él partió. Totilas, al verlo, se alegró sobremanera, pues [2] había oído que era un joven muy acreditado en el combate singular y lo había visto muchas veces. Y como dos hijos suyos y su mujer estaban entre los cautivos, Totilas le devolvió de inmediato a su mujer y a uno de sus hijos, pero al otro lo mantuvo bajo vigilancia en condición de rehén y a él lo envió con algunos más a Espoleto.

El caso era que los godos, tras la toma de Espoleto, que [3] les fue entregada por Herodiano[183], habían demolido hasta sus cimientos el recinto amurallado de la ciudad, pero habían cerrado perfectamente las entradas del cazadero que había delante de la propia ciudad, eso que suelen llamar anfiteatro[184], y habían instalado allí un puesto de guardia formado por desertores godos y romanos, con el que vigilar aquellos lugares. Pues bien, Martiniano, cuando llegó a Espoleto, pudo ganarse [4] la amistad de quince soldados a los que convenció para llevar a cabo una gran acción contra los bárbaros y regresar tras esto al campamento romano. Luego despachó también a unos emisarios [5] a presencia del comandante de la guarnición de Perusia, por medio de los cuales lo exhortaba a enviar cuanto antes un ejército a Espoleto, después de que le hubieran explicado [6] todo el asunto. Era el huno Hodolgán el que por aquel entonces mandaba la guarnición de Perusia, tras haber perdido Cipriano la vida víctima de la traición de uno de su escolta, como arriba he dejado dicho[185]. Hodolgán en persona marchó [7] con su ejército contra Espoleto. Martiniano, al enterarse de que ese ejército estaba muy cerca, con la ayuda de aquellos quince soldados acabó de improviso con el comandante de la guarnición y abrió las puertas para dejar entrar a todos los romanos en la fortaleza. Mataron a la mayoría de los enemigos y cogieron a algunos prisioneros, que fueron conducidos a presencia de Belisario.

[8] Poco después, Belisario tuvo la idea de subir hacia Roma y ver qué suerte había corrido la ciudad. Así pues, escogió a [9] mil soldados y partió hacia allí. Pero un romano llegó corriendo al campamento enemigo que estaba en Algedón, y dio noticia [10] del ejército de Belisario. Los bárbaros, entonces, montaron emboscadas en los parajes que hay delante de Roma y cuando vieron que las tropas de Belisario estaban en las cercanías, [11] salieron de sus emboscaduras y se les echaron encima. Tras el violento combate que se produjo, la bravura de los romanos logró poner en fuga a los enemigos. Mataron a la mayoría y, acto seguido, se retiraron a Porto. Y así fue como se desarrollaron en Roma los acontecimientos.

[12] En la costa de Calabria está la ciudad de Tarento[186], casi a dos días de camino de Driunte en dirección a Turios y Regio. [13] Allí llegó Juan con unos pocos más, acudiendo a la llamada de los tarentinos, y el resto de sus tropas lo dejó como guarnición [14] en Driunte. Cuando vio que la ciudad era extraordinariamente grande y que carecía de murallas en todo su perímetro, pensó que no sería capaz de defenderla por ningún medio. Pero observó que el mar, al norte de la ciudad, penetraba hasta dos ensenadas,

una a cada lado de una franja de terreno muy estrecha, justo donde está el puerto de los tarentinos, y que el istmo, el espacio que hay en medio como es lógico, tenía no menos de veinte estadios[187]; y se le ocurrió la siguiente idea. Separó del resto de la ciudad el sector que está en el istmo, lo [15] rodeó con una muralla desde una ensenada a la otra y cavó un profundo foso en torno a la muralla. Allí concentró no sólo [16] a los tarentinos, sino también a todos los que habitan aquella zona, y les dejó una guarnición considerable. De esta manera, [17] todos los cálabros, como ya se sintieron seguros, pensaron en hacer defección de los godos. Y así iban allí las cosas.

Totilas, por su parte, se apoderó de una plaza fortificadísima [18] en Lucania, que está situada muy cerca de las fronteras de Calabria y a la que los romanos llaman Aquerontis[188]. Allí instaló una guarnición de no menos de cuatrocientos hombres y él avanzó contra Rávena con el resto del ejército, después de dejar en la región de Campania un contingente bárbaro del que dependía la vigilancia de los romanos[189], senadores incluidos.

A Belisario entonces se le ocurrió un atrevimiento que, [**24**] aunque fue pensado con prudencia, al principio les pareció propio de un loco a quienes primero lo vieron y escucharon. Al final, sin embargo, resultó una acción de gran mérito y de una magnitud extraordinaria por encima de toda ponderación. Consistió en que, tras dejar a unos pocos soldados como guarnición [2] en Porto, avanzó con el resto del ejército a Roma con la pretensión de hacerla suya a toda costa. Pero, como no era [3] capaz de reconstruir en poco tiempo todas las partes del recinto que Totilas había demolido, actuó de la siguiente manera. [4] Recogió las piedras que había por allí cerca y las amontonó una sobre otra sin orden alguno y sin nada en medio para consolidarlas, porque tampoco tenía argamasa ni nada parecido, sino con la única finalidad de que guardara cierta apariencia de obra de fábrica; y en el exterior colocó una gran cantidad de [5] estacas. Coincidía además que ya había cavado con anterioridad un profundo foso en torno a todo el recinto, como quedó [6] dicho en lo que más arriba he relatado[190]. Como el ejército entero se puso manos a la obra afanosamente, en veinticinco días estuvieron terminadas de levantar por este método todas [7] las partes derruidas del recinto. Así, los romanos que habitaban en las cercanías se congregaron allí, tanto por el deseo de vivir en la propia Roma como porque allí encontraron una gran abundancia de las provisiones de las que hasta entonces habían carecido y que Belisario había sido capaz de conseguir cargando de toda clase de vituallas el mayor número de naves que pudo e introduciéndolas en Roma por el río.

[8] Cuando Totilas se enteró, levantó el campo de inmediato y avanzó con todo su ejército contra Belisario y Roma, antes [9] de que aquél hubiera podido ajustar las puertas al recinto. Pues coincidía que también Totilas las había destrozado y Belisario no se había adelantado a construirlas por falta de artesanos. [10] Cuando ya las tropas bárbaras estuvieron cerca, acamparon y pasaron la noche a orillas del río Tíber y, al día

siguiente, a la salida del sol, con muchos bríos y en medio de un gran [11] clamor, avanzaron hasta los alrededores de la muralla. Belisario entonces escogió a los soldados más aguerridos y tomó posiciones en la zona de las puertas y a los demás les ordenó que con todas sus fuerzas desde arriba de la muralla mantuvieran [12] a los asaltantes lejos del recinto. Lo cierto fue que se entabló una violenta batalla. Los bárbaros al principio tenían la esperanza de conquistar la ciudad nada más dar el primer grito de guerra, pero cuando la cosa se les fue poniendo en contra y afianzándose más y más la resistencia de los romanos, se entregaron ya a la furia y cayeron sobre los enemigos con un arrebato que los empujaba a la audacia por encima de sus fuerzas. Los romanos, contra pronóstico, continuaban [13] haciéndoles frente, porque, como era lógico, el propio peligro los impulsaba a cobrar ánimos. Pues bien, aquello fue una [14] matanza de bárbaros y muy grande, pues también les estaban disparando desde arriba; y unos y otros eran víctimas de gran fatiga y agotamiento: la batalla que había empezado al amanecer terminó por la noche. Luego, los bárbaros volvieron a [15] su campamento y allí pernoctaron curando a los heridos; en cuanto a los romanos, unos montaban guardia en el recinto y otros, los que se distinguían por su bravura, vigilaban por turnos la zona de las puertas, tras haber colocado delante un buen número de «tríbolos»[191], para impedir un ataque repentino de los enemigos.

Los «tríbolos» son así: cuatro estacas aproximadamente [16] iguales de largas se ajustan unas a otras por su parte trasera con sus puntas formando un triángulo por todos lados, y se arrojan a tierra, como caigan. De este modo, tres de las estacas [17] están firmemente asentadas en el suelo en toda su longitud y la única que queda hacia arriba sirve de constante obstáculo a hombres y caballos. Cuantas veces se haga rodar el «tríbolo», [18] la estaca a la que le había tocado mantenerse recta hacia arriba se queda ahora asentada en el suelo y es otra la que toma su lugar y se eleva obstaculizando a los atacantes. Así son los «tríbolos». Y de esta manera, ambos ejércitos pasaron la noche [19] tras la batalla. Al día siguiente, Totilas decidió asaltar de nuevo la muralla con todo el ejército, mientras los romanos continuaban defendiéndose del modo descrito. Entonces, como en el choque resultaron vencedores, se atrevieron a efectuar [20] una salida contra los enemigos y, al retroceder los bárbaros, algunos romanos fueron en su persecución y se alejaron a gran distancia del recinto amurallado. Estaban los bárbaros a punto ya de rodearlos y de imposibilitarles que dieran la vuelta para regresar a la ciudad, cuando Belisario, que se dio cuenta de lo que pasaba, mandó allí un gran contingente de su [21] tropa personal y logró salvar a aquellos hombres. Rechazados de esta manera, los bárbaros se retiraron después de perder a muchos de sus mejores guerreros y haberse llevado a muchísimos [22] heridos a su campamento. Allí permanecieron tranquilos, curando sus heridas, preocupándose del armamento (pues era mucho el que había sido destruido) y preparando todo lo demás.

Muchos días después vinieron de nuevo con intención de [23] asaltar el recinto amurallado. Pero los romanos les salieron al encuentro y trabaron combate. Quiso la suerte que el soldado que portaba la enseña de Totilas recibiera una herida mortal, [24] cayera de su caballo y arrojara al suelo la enseña. Entonces, todos los romanos que luchaban en primera fila se lanzaron a agarrar la enseña y el cadáver, pero los guerreros bárbaros más audaces se les anticiparon en agarrar la enseña e incluso le cortaron la mano izquierda al cadáver y se la llevaron consigo. [25] El caso era que en ella el muerto llevaba un brazalete de oro muy valioso y no estaban dispuestos a consentir de ningún modo que los enemigos se vanagloriaran de poseerlo: con aquella acción lograban evitar, claro está, aquella vergüenza. [26] Luego, el ejército bárbaro se batió en retirada en total desorden; los romanos, por su parte, despojaron el resto del cadáver y, tras recorrer una gran distancia persiguiendo a los enemigos, mataron a muchos de ellos para regresar posteriormente a la ciudad sin haber sufrido daño alguno.

Entonces, todos los nobles godos se presentaron ante [27] Totilas para censurarle y echarle en cara sin miramientos su irreflexión, porque, tras haber conquistado Roma, ni la había demolido hasta sus cimientos, para que ya al enemigo le fuera imposible tomarla, ni la mantuvo en su poder, sino que lo que tanto esfuerzo y tiempo les costó conseguir, eso lo había él desperdiciado sin ninguna justificación. Es algo innato en [28] los hombres atemperar siempre su opinión a los resultados de los acontecimientos y que su forma de pensar se amolde al correr de la fortuna, haciendo con esto que sus cambios de parecer sean tan repentinos como voluble es aquélla. Por eso, [29] mientras Totilas tuvo éxito en sus empresas, sintieron por él la misma admiración que por Dios, llamándolo triunfador e invencible cuando de las ciudades conquistadas sólo permitía que destruyeran una parte de sus murallas; pero cuando fracasó, como ya se ha relatado, no creyeron indigno censurarlo y no se acordaron de lo que muy poco antes habían dicho de él, sino que vinieron a todo lo contrario sin la menor vacilación. Pero estos errores y otros tales es imposible que los hombres [30] dejen nunca de cometerlos, porque es una costumbre ínsita en su propia naturaleza.

Totilas y los bárbaros, pues, levantaron el asedio y se marcharon [31] a la ciudad de Tíbur tras haber destruido casi todos los puentes sobre el Tíber, de modo que los romanos no lo tuvieran fácil para atacarlos. Uno solo de los puentes, sin embargo, [32] que se llama Mulvio, no pudo destruirlo, porque coincidía que se encontraba muy cerca de la ciudad. En cuanto a la fortaleza de Tíbur, decidió y puso todo su empeño en reconstruirla, pues el caso era que con anterioridad la había derruido[192]. Allí [33] depositó todos sus bienes y permaneció tranquilo. Belisario, [34] ya con menos temor, ajustó las puertas del recinto amurallado en todos los lugares correspondientes, las recubrió de hierro y de nuevo envió las llaves al emperador. El invierno estaba terminando y cumpliéndose el duodécimo año[193] de esta guerra cuya historia escribió

Procopio.

[**25**] Coincidía que, mucho antes de esto, Totilas mandó contra Perusia un ejército que acampó en torno al recinto de la ciudad y sometía a los romanos que la poblaban a un estrecho cerco. [2] Cuando se dieron cuenta de que a los asediados ya les iban faltando los víveres, enviaron una embajada a Totilas para pedirle que viniera allí con todo su ejército, creyendo que así les sería menos difícil y trabajoso apoderarse de Perusia [3] y de los romanos que la habitaban. Pero Totilas vio que los bárbaros no estaban muy predispuestos a cumplir sus órdenes [4] y quiso dirigirles una arenga. Los convocó, pues, a todos y les dijo lo siguiente:

«Estoy viendo, compañeros de armas, que conmigo, sin razón, estáis enfadados y que es grande vuestro disgusto por las contrariedades de la fortuna que nos han caído encima; y por esto he decidido ahora reuniros, para poder yo quitaros de la cabeza esa opinión totalmente errónea y poner en su lugar una idea más atinada y para que no parezca que sentís hacia mí una ingratitud impropia de vosotros ni que, por pura simpleza, [5] tratáis con desconsideración a la divinidad. Y es que de humanos es fracasar de vez en cuando[194], y de ahí que todo ser humano que se muestre descontento con las cosas que le ocurran, no merecerá sino la reputación, lógica, de ser estúpido y [6] ni siquiera podrá evitar el fatal desenlace de la suerte. Ahora quiero recordaros los hechos sucedidos anteriormente, no tanto por quedar yo exento de culpa en los acontecimientos como para demostrar que esa culpa debe, con más justicia, recaer sobre vosotros. Pues cuando Vitigis al principio empezó esta [7] guerra, demolió las murallas de las ciudades de la costa Fano y Pisauro[195], pero a Roma y a todas las demás ciudades de Italia las libró de cualquier tipo de deterioro. Pues bien, Fano [8] y Pisauro no han sido causa de ningún mal para los godos, sin embargo del recinto amurallado de Roma y del resto de las plazas fuertes, del modo como sabéis, a los godos y a Vitigis sí les han venido problemas.

Yo, en efecto, al tomar el poder que vosotros me concedisteis, [9] consideré que más valía seguir con las actuaciones que, según la opinión general, han sido mejores que dañar nuestros propios intereses con aquello que nos ha perjudicado. Pues en [10] su naturaleza los seres humanos no parece que se diferencien mucho unos de otros, sino que es la experiencia la que se convierte en maestra de algunos para hacer que el instruido por ella supere en todos los aspectos a quienes no han podido recibir su enseñanza. Así, cuando tomamos Benevento[196], demolimos [11] sus murallas e inmediatamente nos apoderamos de otras plazas cuyos recintos decidimos igualmente demoler, para que el ejército enemigo no tuviera la posibilidad de salir de ninguna fortificación de aquéllas empleando cualquier estratagema de guerra, sino para poder nosotros obligarlos muy pronto a bajar a campo abierto y trabar combate. Mientras [12] ellos huían, yo ordenaba destruir las ciudades conquistadas y [13] vosotros admirabais mi

buen criterio, secundando mis decisiones y, lógicamente, haciendo vuestra mi manera de actuar. Y es que quien elogia la acción de alguien se convierte, en no menor medida, también él en autor de los hechos. Pero ahora [14] habéis pasado de un extremo a otro, queridísimos godos, porque Belisario, en un arrebato de audacia disparatada, ha venido a conseguir contra pronóstico aquello que traía entre manos, y por eso os habéis quedado perplejos ante este hombre [15] como si fuera el colmo de la valentía. Con más facilidad se les llama bravos a los audaces que seguros a los prudentes; pues al que se atreve a algo sobrepasando los límites normalmente establecidos se le honra con la consideración de creérsele un hombre enérgico, pero el que ante el peligro vacila en sus decisiones por prudencia y al final fracasa, atrae sobre sí la culpa de lo que está sucediendo, e incluso si tiene éxito en sus planes, les parece, al menos a los más necios, no haber logrado nada por sí mismo.

[16] Aparte de esto, pensáis que no estáis molestos conmigo por lo que realmente ahora causa vuestro enfado. ¿O es que creéis que Belisario ha ganado su fama luchando contra vosotros, que erais sus prisioneros de guerra y os habíais convertido en fugitivos, y que bajo mi mando, sin embargo, os levantasteis en armas y habéis sido capaces de vencerlo [17] muchas veces en combate? Si desde luego hubiera sido mérito mío lo logrado por vosotros, por vergüenza deberíais estar callados, pensando en medio de los tropiezos de toda vida humana que no hay nada perdurable por naturaleza. Si hubiera sido la suerte la que os otorgó el premio de la victoria, más os valdría venerarla que estar descontentos con ella, para no veros obligados a aprender, a fuerza de fracasos, lo que es no [18] contar con su benevolencia. ¿Cómo no daría la impresión de estar lejos de la sensatez el hecho de que quienes no mucho antes se han cubierto de tantos y tan grandes éxitos, ahora, por un tropiezo sin importancia, estén así esclavizados de su propio orgullo? Pues esto no es otra cosa que negarse con desdén [19] a la idea de que somos seres humanos. Que no fracasar nunca es atributo exclusivo de Dios[197]. Así pues, lo que os digo es que debéis deponer vuestra actitud y avanzar resueltamente contra los enemigos en Perusia, porque, en el caso de que podáis capturarlos, otra vez la suerte se pondrá a vuestro favor. Pues lo que ya ha sucedido ni en toda la eternidad podrá dejar [20] de estar ya hecho[198], pero cuando nuevos éxitos les sobrevienen a los que han sufrido algún tropiezo, lo que ocurre es que queda mitigado el recuerdo de sus desgracias.

De Perusia, por otra parte, os adueñaréis sin ningún esfuerzo, ya que a Cipriano, que era allí el comandante de las [21] tropas romanas, la fortuna y nuestros planes se han aliado para quitarlo de en medio[199], y una multitud sin nadie que la mande, especialmente cuando además carece de víveres, es natural que no se comporte con valentía. Lo que es por la retaguardia, [22] tampoco nadie os causará daño alguno, pues por esta razón he decidido destruir los puentes sobre el río, para no sufrir ningún estrago

fruto de una incursión inesperada. En cuanto a Belisario y Juan[200], lo que pasa es que sospechan uno del otro, como puede verse por lo todo lo acaecido, pues a unos caracteres [23] que están entre sí peleados los hechos se encargan de ponerlos en evidencia. Y lo cierto es que hasta este momento ni siquiera han sido capaces de tener trato normal entre ellos, pues ambos se echan atrás por sus mutuos recelos; y cuando éstos nacen entre dos personas, por fuerza se concentran en ellos la envidia y el odio. Si éstos caen en medio de una relación, [24] es imposible que nada de lo necesario se lleve a cabo». Tras estas palabras Totilas condujo a su ejército contra Perusia y, una vez allí, asentaron el campo muy cerca del recinto murado y se dispusieron al asedio.

[**26**] Mientras así sucedía esto, Juan continuaba asediando la fortaleza de Aquerontis y, como no hacía ningún progreso, se le ocurrió una idea temeraria, gracias a la cual no sólo pudo rescatar al senado romano, sino también cubrirse de gran gloria, muy superior a la normal en estos casos, entre todos los [2] hombres. En efecto, tras oír que Totilas y el ejército godo estaban asaltando las murallas del recinto de Roma, escogió a la elite de sus jinetes y, sin decirle nada a nadie y sin descansar ni de noche ni de día, marchó a Campania (pues allí los[201] había dejado Totilas), para caer encima de improviso y así ser capaz de coger a los senadores y rescatarlos, dado que aquellos lugares carecían totalmente de murallas.

[3] Pero ocurrió que por aquel tiempo Totilas empezó a temer que el enemigo, como en efecto sucedió, viniera por los prisioneros y causara daños, y por ello mandó a Campania [4] un regimiento de caballería. Cuando llegaron a la ciudad de Minturna[202], les pareció mejor que el grueso de la unidad permaneciera allí descansando y cuidando de los caballos, pues se encontraban muy fatigados por el viaje, mientras mandaban a unos pocos a explorar la zona de Capua y de toda aquella región (la distancia entre las dos ciudades es de no más de [5] trescientos estadios[203]). Pues bien, enviaron a cuatrocientos [6] exploradores, con sus fuerzas y las de sus caballos intactas, y quiso la suerte que aquel día llegaran a Capua al mismo tiempo el ejército de Juan y esos cuatrocientos soldados bárbaros, sin que ni unos ni otros hubieran oído con anterioridad nada [7] acerca de sus enemigos. De repente se entabló un violento combate, pues, nada más verse, empezaron a luchar; y fueron los romanos quienes vencieron y muy pronto mataron a la mayoría de los enemigos. Sólo unos pocos bárbaros lograron [8] escapar y a todo correr llegaron a Minturna. Cuando los demás los vieron bañados en sangre, unos con las flechas todavía clavadas en el cuerpo y otros que ni hablaban ni contaban nada de lo que había pasado, sino que aún seguían retrocediendo y exteriorizando el miedo que llevaban dentro, presto de un salto se montaron en sus caballos y huyeron con ellos. Cuando [9] estuvieron ante Totilas le informaron de que había una inmensa multitud de enemigos, intentando así reparar, claro está, la vergüenza que sentían por haber huido.

Coincidió, por otra parte, que no menos de setenta soldados [10] romanos que con

anterioridad se habían pasado a los godos vinieron a las tierras de Campania y decidieron unirse a Juan. Éste encontró allí a muy pocos senadores, pero a casi todas [11] sus esposas. Y es que, una vez conquistada Roma, muchos [12] hombres siguieron a las tropas en su huida y llegaron a Porto, pero las mujeres vinieron a ser capturadas en su totalidad. Sin [13] embargo, un patricio llamado Clementino se refugió en uno de los templos que allí había y se negó a seguir al ejército romano, porque con anterioridad les había entregado a Totilas y a los godos una plaza fuerte situada muy cerca de Neápolis y por ello temía la cólera, lógica por lo demás, del emperador. Por otra parte, Orestes, que había sido cónsul de Roma, estuvo a punto de conseguirlo, pero al final se vio obligado a quedarse allí contra su voluntad por falta de caballos. Pues bien, a los [14] senadores junto con los setenta soldados que se habían pasado a sus filas los envió Juan de inmediato a Sicilia.

Totilas, al oír esto, sintió un gran pesar y puso todo su [15] empeño en vengarse de Juan por aquella acción que había llevado a cabo. Por este motivo, con el grueso del ejército marchó contra él, tras dejar allí una parte de sus tropas como guarnición. Coincidió que Juan con los suyos, que eran mil [16] hombres, había acampado en Lucania, adonde previamente había enviado exploradores para reconocer todos los caminos y vigilar que el ejército enemigo no viniera a causarles ningún [17] daño. Pero a Totilas se le metió en la cabeza que era imposible que las tropas de Juan asentaran el campo sin haber mandado por delante exploradores, de modo que dejó los caminos de costumbre y marchó contra ellos a través de las montañas que por allí se elevan, que son muchas, escarpadas y muy altas. Desde luego esto nadie podía sospecharlo, porque de [18] hecho estas montañas se consideran impracticables. Lo cierto fue que los destacados por Juan como exploradores se dieron cuenta de que había un ejército enemigo por aquellos parajes, pero no obtuvieron ninguna información precisa al respecto y, por temor a lo que efectivamente sucedió, marcharon también [19] ellos hacia el campamento romano. Lo que ocurrió fue que llegaron allí por la noche al mismo tiempo que los bárbaros. Pero Totilas, preso ya como estaba de una gran cólera y sin previsión alguna en sus decisiones, no pudo recoger sino los [20] frutos de su loco arrebato. Y es que, aun teniendo un ejército diez veces más numeroso que el de sus adversarios y, aunque es evidente que a unas fuerzas que son superiores les conviene luchar a la luz del día y debía haber entablado combate con los enemigos preferiblemente al amanecer, para que no pudieran escapar en la oscuridad, a pesar de todo no tomó estas precauciones. Es evidente que de inmediato habría cogido a todos los enemigos como en una red. Pero, recreándose en su arrebato, se lanzó cuando aún era noche cerrada sobre el ejército de [21] los enemigos. Aunque ninguno de ellos pensó en resistir lo más mínimo, dado que la mayoría estaba aún durmiendo, aun así, los godos no pudieron acabar con muchos, porque fueron muchísimos los que, levantándose, consiguieron escapar en [22] la

oscuridad. Una vez fuera del campamento, corrieron a las montañas, que eran muchas y se alzaban allí muy cerca, y [23] de este modo se salvaron. Entre ellos estaba el propio Juan y también Arufo, el caudillo de los hérulos. Murieron unos cien romanos.

Con Juan había uno llamado Gilacio, de raza armenia y [24] jefe de un pequeño pelotón de armenios. El tal Gilacio no sabía hablar griego, ni expresarse en latín ni en gótico ni en ninguna otra lengua más que en la armenia. Cuando los godos [25] se toparon con él, le preguntaron quién era, pues no querían de ningún modo ir dando muerte al que les saliera al paso, para no verse abocados a matarse entre sí, lo que era bastante probable en un combate nocturno. Pero no pudo responderles [26] otra cosa sino que él era el «estratego»[204] Gilacio, pues el nombre del cargo que él había recibido del emperador había sido capaz de aprenderlo a fuerza de oírlo muchas veces. Y así [27] los bárbaros, al entender por esta palabra que se trataba de un enemigo, lo tomaron preso al instante y no mucho después lo ejecutaron. Pues bien, Juan y Arufo huyeron con sus tropas y [28] a todo correr alcanzaron Driunte y los godos, tras saquear el campamento romano, se retiraron.

Así les iban las cosas a los ejércitos acantonados en Italia. [**27**] Entonces el emperador Justiniano decidió enviar otro contingente contra los godos y Totilas. Lo hizo movido por una carta de Belisario, que no paraba de insistirle, comunicándole continuamente la situación en que se encontraban. Pues bien, [2] primero envió con unas pocas tropas a Pacurio, el hijo de Peranio, y a Sergio, sobrino de Salomón, quienes, al llegar a Italia, se unieron de inmediato al resto del ejército. Luego [3] mandó a Vero con trescientos hérulos, a Varaces, un armenio, con ochocientos armenios; y a Valeriano, el general de las tropas armenias, lo movió de su destino y le ordenó que marchara a Italia con su escolta de lanceros y escuderos[205], que eran más de mil. Pues bien, Vero fue el primero en llegar a Driunte y [4] en aquel puerto dejó sus naves, pero de ningún modo quiso quedarse allí, donde también estaba el ejército de Juan, sino [5] que avanzó a caballo con sus tropas. Este hombre no era una persona seria[206], sino que se abandonaba en exceso al mal de la embriaguez, y de ahí que siempre estuviera dominado por una [6] temeridad irreflexiva. Cuando llegaron muy cerca de Brentesio, se quedaron allí acampados.

Al enterarse, dijo Totilas: «Vero, una de dos: o cuenta [7] con grandes fuerzas o está poseído por la locura. Marchemos, pues, de inmediato contra él, ya mismo, para tantear sus fuerzas [8] o para que se dé cuenta de su propia locura». Así, Totilas, tras estas palabras, avanzó contra él con un gran ejército y los hérulos, al ver que ya tenían encima al enemigo, se refugiaron [9] en un bosque que había allí cerca. Los rodearon los enemigos y mataron a más de doscientos y estuvieron a punto de agarrar al propio Vero y a los que quedaban vivos escondidos entre los espinos, pero quiso la suerte que se salvaran inesperadamente. [10] Pues las naves en las que venían navegando Varaces y

sus armenios arribaron de repente en aquella zona de la costa; y cuando Totilas los vio, sospechando que el ejército enemigo era mayor de lo que en realidad era, levantó aprisa el campo y se alejó de allí; entonces Vero y sus hombres, llenos de alegría, [11] se fueron corriendo a las naves. Varaces decidió no avanzar más navegando y tomó con ellos rumbo a Tarento, adonde también llegó Juan, el de Vitaliano, con todo su ejército no mucho después. Así marchaban allí las cosas.

[12] Posteriormente el emperador comunicó por escrito a Belisario que le había enviado un gran ejército, con el que debía [13] unirse en Calabria para marchar contra el enemigo. De hecho, Valeriano había llegado ya muy cerca del golfo Jónico, pero consideró que, al menos en aquel preciso momento, no le convenía atravesarlo, porque en aquellas fechas, muy próximas [14] al solsticio de invierno, no habría suficientes provisiones para soldados y caballos. Pero sí le envió trescientos de sus [15] hombres a Juan y le prometió que, cuando pasara el invierno, también iría él en persona a comienzos de la primavera.

Pues bien, Belisario, después de leer la carta del emperador, [16] escogió a novecientos de sus más valientes guerreros, setecientos de caballería y doscientos de infantería, y poniendo a todos los demás bajo las órdenes de Conón para vigilar aquella comarca, salió él de inmediato navegando con rumbo a Sicilia. Zarpó de allí con la idea de arribar al puerto de Tarento, [17] con el paraje llamado Escileo[207] a su izquierda, donde los poetas afirman que vivió Escila, no porque allí existiera una mujerzuela monstruosa[208], como dicen algunos, sino porque había una gran cantidad de «escílaces»[209], que hoy se llaman «ciniscos»[210], en aquella zona del estrecho desde la antigüedad hasta mis propios días. Los nombres en un principio siempre [18] se adecuan a las cosas, pero son las hablillas las que, llevándolos de acá para allá a otros pueblos, originan en aquellos lugares falsas opiniones por desconocimiento de la verdad. De [19] este modo el tiempo, al ir pasando, se convierte de inmediato en un poderoso creador del mito y se alía con los poetas como testigos que son de lo que nunca ha sucedido, lógicamente por las licencias que permite su arte. Así, por ejemplo, los naturales de la isla de Corcira[211] le dieron el nombre de «Cabeza de Perro»[212] a un promontorio que está hacia el este, pero otros a partir de esto mismo pretenden que los seres humanos de allí [20] son unos con cabeza de perro[213]. También llaman «cráneos de lobo»[214] a unos pisidios[215], no porque tengan cabezas de lobo, sino porque la montaña que allí se eleva ha recibido el nombre de «Cráneo de lobo». Pero respecto a esto que cada cual entienda y diga lo que quiera. Por mi parte, volveré justo al punto de donde arrancó esta digresión.

[**28**] Pues bien, Belisario se dirigía a toda prisa a Tarento. Allí la costa tiene forma de media luna: la playa, en efecto, va retrocediendo y el mar avanza tierra adentro, hasta una gran [2] distancia, como en un golfo. Navegar toda esta costa supone recorrer unos

mil estadios[216] y en cada una de los extremos de aquel inmenso brazo de mar hay una ciudad: hacia el oeste [3] Crotón[217] y hacia el este Tarento. En medio de la costa está situada la ciudad de Turios. Pero se levantó una tempestad que con los impetuosos embates de sus vientos no permitió a las naves seguir más lejos y Belisario arribó al puerto de los crotoniatas.

[4] Así pues, como en los alrededores no encontró ninguna plaza fuerte ni hubo de donde obtener provisiones para sus soldados, permaneció en aquel lugar con su mujer y la infantería para desde allí poder llamar al ejército de Juan y ocuparse [5] de organizarlo; pero ordenó que toda la caballería marchara adelante y acampara en los pasos por donde se entraba a aquella comarca; y puso al frente de estas tropas a Fazas el ibero y al lancero[218] Barbación. Pues, dado que creía que de [6] este modo les sería más fácil procurarse todo lo necesario para ellos y sus caballos y, con toda probabilidad, también serían capaces de rechazar al enemigo en aquellas angosturas. [7] Pues las montañas de Lucania se extienden hasta el Brucio y, como van estrechamente unidas unas a otras, forman allí dos desfiladeros muy angostos: uno se llama en latín Roca de Sangre[219]; a la otra los lugareños acostumbran a llamarla Lavula. [8] Allí, cerca de la costa, se encuentra Rusciana, el puerto de Turios, y más arriba, a unos sesenta estadios[220], hay una plaza fortificadísima[221] que en tiempos antiguos construyeron los romanos y Juan, tras haberse apoderado de ella mucho antes, había instalado allí una considerable guarnición.

Pues bien, los soldados de Belisario, al llegar a aquel lugar, [9] se toparon con un ejército de enemigos que Totilas había enviado para intentar el asalto de la plaza. Trabaron combate [10] y con su valentía los derrotaron sin ningún esfuerzo; y aun siendo muy inferiores en número, mataron a más de doscientos. Los demás huyeron y, cuando estuvieron ante Totilas, le [11] informaron de todo lo ocurrido. Los romanos, por su parte, permanecieron acampados en aquel mismo sitio y como de hecho estaban sin mandos y habían obtenido una victoria, su comportamiento rutinario empezó a ser bastante imprudente. En efecto, ni se quedaban tranquilamente reunidos en [12] grupos ni se apostaban muy cerca de las angosturas para vigilar los desfiladeros. Al contrario, se volvieron negligentes y de noche dormían en tiendas muy alejadas unas de otras; y de día se dedicaban a ir de acá para allá buscando víveres, sin mandar a nadie a explorar ni preocuparse en absoluto de su seguridad.

[13] Pues bien, cuando Totilas se enteró de todo esto, escogió a unos tres mil jinetes de su ejército y avanzó contra sus enemigos. [14] Les cayó encima de forma imprevista sin que estuvieran organizados ni en formación, sino dispersos como ya se ha dicho, y sembró entre todos ellos el espanto y la confusión. [15] Entonces, Fazas, que coincidía que estaba en su tienda por allí muy cerca, les hizo frente a los enemigos en un admirable despliegue de valentía y fue realmente por su intervención por lo que pudieron escapar, aunque él y todos sus hombres [16] murieron. Esto fue un gran descalabro para los

romanos, porque todos tenían fundadas esperanzas en aquellos hombres [17] como guerreros especialmente cualificados. Lo cierto fue que los que pudieron escapar, cada uno a su manera, se salvaron. Barbación, el lancero de Belisario, huyó con otros dos a uña de caballo y fue el primero en llegar a Crotón. Informó de la suerte que habían corrido y les dijo además que, en su opinión, [18] los enemigos se presentarían allí muy pronto. Al oírlo, Belisario, muy apesadumbrado, embarcó rápidamente. Zarparon, pues, y como tenían el viento a favor, arribaron aquel mismo día a Mesina en Sicilia, que se encuentra a setecientos estadios[222] de Crotón y enfrente de Regio[223].

[**29**] Por este tiempo un ejército de esclavenos cruzó el río Istro y causó irreparables daños por toda Iliria hasta Epidamno: mataron y esclavizaron a todos los que les salieron al paso, del más joven al más anciano[224], y saquearon sus propiedades. [2] Incluso pudieron capturar muchas plazas fuertes de aquella zona, que estaban totalmente indefensas, pero que al principio parecían ser lugares muy seguros. Continuaron así con sus correrías por todos aquellos territorios, rebuscando por aquí y por allí con absoluta libertad. Los comandantes de Iliria con [3] un ejército de quince mil hombres los siguieron; sin embargo, no se atrevieron a acercárseles demasiado.

Por aquel entonces también se produjeron durante el invierno [4] con mucha frecuencia terremotos[225], de una violencia muy por encima de lo normal, tanto en Bizancio como en otros lugares, y siempre de noche. Los que habitaban en esas [5] ciudades llegaron a creer que morirían sepultados y tenían mucho miedo. Sin embargo, ningún daño vinieron a sufrir por este motivo.

También por entonces el río Nilo subió su nivel más de [6] dieciocho codos[226] e inundó con su crecida todo Egipto. Pero en la Tebaida[227], que está en la parte superior de su curso, reposaron las aguas y se retiraron a su debido tiempo y, así, les permitieron a los habitantes sembrar la tierra y dedicarse a todas las demás ocupaciones como de costumbre. Pero en [7] la región inferior[228], desde que la cubrieron al principio de la crecida, ya no volvieron a refluir, sino que persistieron, con todas las molestias que esto provocaba, durante la época entera de la siembra, cosa que no había sucedido antes en ningún momento. Hubo donde el agua, después de bajar, volvió en un corto plazo a inundar de nuevo el territorio. Por eso [8] se pudrieron todas las semillas que en el ínterin pudieron echarse a la tierra. Los hombres, por lo imprevisto de aquel desgraciado suceso, se vieron reducidos a una gran penuria y los animales en su inmensa mayoría perecieron por la falta de alimento.

[9] También por entonces fue capturado el cetáceo[229] que los bizantinos llamaron Porfirio y que estuvo causando problemas en Bizancio y en los alrededores más de cincuenta años, aunque no de forma continua, sino que a veces entre una aparición [10] y otra pasaba mucho tiempo. Hundió muchos barcos y a las tripulaciones de otros muchos les causaba un gran espanto y los obligaba a alejarse de allí lo más posible. Así,

atrapar a este animal se había convertido en motivo de preocupación para el emperador Justiniano, pero no encontró ningún medio para poder cumplir su propósito. Voy a explicar cómo vino [11] a ser capturado ya en esa ocasión. Coincidió que había en la mar calma chicha y una gran cantidad de delfines afluyó a las [12] cercanías de la boca del Ponto Euxino. De repente, al ver al cetáceo, huyeron, cada uno como pudo. La mayoría llegó cerca de la desembocadura del Ságaris[230] y, en efecto, a algunos de ellos los alcanzó el cetáceo y tuvo la fuerza suficiente para [13] devorarlos en un instante. Ya fuera por hambre o incluso por instinto no paró de perseguirlos, hasta que sin darse cuenta [14] quedó a una distancia muy cerca de la tierra. Allí dio con un légamo muy profundo y aunque se esforzó, moviéndose para todas partes, en salir del sitio lo antes posible, no pudo escapar de aquel fondo cenagoso, sino que aún se hundió más en el [15] lodo. Cuando la noticia llegó a todos los lugareños, fueron derechos a la carrera hacia el animal y, aunque le estuvieron golpeando con sus hachas sin descanso por todos lados, ni así consiguieron matarlo y tuvieron que arrastrarlo con gruesas maromas. Lo montaron en carros y descubrieron que medía [16] unos treinta codos de longitud y diez de anchura[231]. Se dividieron entonces en grupos y unos se comieron la parte que les correspondió en aquel mismo momento y otros decidieron curarla.

Los bizantinos, cuando observaron los terremotos y supieron [17] de lo ocurrido con el Nilo y con aquel cetáceo, enseguida empezaron a predecir muchas cosas que iban a suceder, las que les parecían, a gusto de cada cual. Y es que los seres [18] humanos, cuando es el presente el que los pone en aprietos, suelen presagiar futuros portentos y, por los problemas que los están atormentando, conjeturan sin ningún fundamento lo que va a suceder. Yo, por mi parte, les dejaré a otros las adivinaciones [19] y la interpretación de los prodigios, pues sé bien que el hecho de que el Nilo se estanque en aquella comarca ha sido causa de grandes calamidades siempre en esas ocasiones; y la desaparición del cetáceo es evidente que supuso una liberación de muchas desgracias. Pero hay quien asegura [20] que no fue ese cetáceo, al que me he referido, sino otro el que vino a ser capturado. En fin, volveré al punto donde introduje esta digresión en mi relato[232].

Pues bien, Totilas, tras llevar a cabo la acción que arriba [21] he contado, cuando se enteró de que los romanos carecían ya de víveres en la fortaleza de Rusciana, creyó que acabaría con ellos mucho más rápidamente si se les impedía meter provisiones en la ciudad, y por eso asentó el campo muy cerca y se dispuso a asediarla. El invierno estaba terminando y cumpliéndose el año decimotercero[233] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

[**30**] El emperador Justiniano, entonces, envió naves a Sicilia con no menos de dos mil soldados de infantería y ordenó a Valeriano que sin demora alguna se presentara ante Belisario. [2] Aquél cruzó el mar[234] y arribó a Driunte, donde también [3] encontró a Belisario con su mujer. Por aquel tiempo Antonina, la mujer de Belisario, partió hacia

Bizancio con la intención de pedirle a la emperatriz que les proveyera de [4] mayores recursos para la guerra. Pero la emperatriz Teodora había enfermado y desaparecido de este mundo[235], después de haber sido emperatriz durante veintiún años y tres meses [5] de su vida. Mientras tanto, los asediados en la fortaleza de Rusciana, a los que ya agobiaba la escasez de víveres, entraron en conversaciones con los enemigos y prometieron que a la mediación del verano les entregarían la plaza en caso de que en el ínterin no acudiera nadie en su ayuda y con la condición de que ninguno de todos ellos sufriera daño alguno. [6] Italianos en aquella fortaleza había muchos y de renombre, por ejemplo Deoferón el hermano de Tuliano; y del ejército romano había trescientos jinetes ilirios, que Juan había dejado allí bajo las órdenes de Calazar el lancero (un maságeta de raza, especialmente diestro en la guerra) y del tracio Gudilas; además, cien soldados de infantería, mandados por Belisario para custodiar la plaza.

[7] También por aquel entonces los soldados que había destinado Belisario para formar la guarnición de Roma mataron a su comandante Conón[236], después de haberlo acusado de traficar con el trigo y demás víveres en detrimento de todos [8] ellos. Enviaron como embajadores a sacerdotes para sostener con absoluta firmeza que, si el emperador no les concedía la amnistía de este delito y no les liquidaba en un plazo estipulado todas las pagas que el estado les adeudaba, no vacilarían en desertar y pasarse a Totilas y a los godos. El emperador satisfizo su demanda.

Luego, Belisario mandó a Juan que viniera a Driunte; y [9] con él, con Valeriano y con otros comandantes reunió una gran flota y a toda velocidad zarpó con rumbo a Rusciana, con el decidido empeño de socorrer a los asediados. Los de esta [10] fortaleza, al avistar la flota desde las atalayas, cobraron esperanzas y decidieron no pasarse a las filas enemigas, aunque ya estaba muy próximo el día fijado por ellos. Pero entonces [11] se levantó primero una violentísima tempestad, especialmente peligrosa dado que en aquella parte de la costa no había ni un solo puerto, y sucedió que todas las naves quedaron dispersadas y muy lejos unas de otras; y el caso fue que por [12] este motivo se perdió bastante tiempo. Nuevamente reunidos en el puerto de Crotón, se hicieron a la mar hacia Rusciana y, cuando los bárbaros los vieron, montaron de un salto en sus caballos y se dirigieron a la costa con la intención de impedir el desembarco de los enemigos. Totilas los colocó, a lo largo [13] de una gran extensión de la playa, frente a las proas de las naves, unos con lanzas y otros con los arcos tensados. Cuando lo [14] vieron los romanos, se aterrorizaron y no se atrevieron a acercarse más, sino que fondearon los barcos muy lejos durante algún tiempo y permanecieron quietos. Más tarde, renunciaron ya a desembarcar y remando hacia atrás retrocedieron todos de popa, salieron a mar abierto y arribaron de nuevo al puerto de Crotón.

Allí, tras deliberación común, decidieron que era mejor [15] que Belisario marchara a Roma y lo organizara todo lo mejor que pudiese para traer provisiones, mientras Juan y

Valeriano desembarcaban hombres y caballos y tomaban el camino de Piceno para hostigar a los enemigos que estaban asediando las ciudades de aquella comarca. De esta forma tenían la esperanza [16] de que Totilas levantara el sitio y los persiguiera. Pues [17] bien, Juan con mil de los suyos hizo justamente esto, pero Valeriano, por miedo al peligro, recorrió con sus naves todo el golfo Jónico y navegó recto hacia Ancón. Creía que de esta manera podría llegar sobre seguro a Piceno y unirse a las [18] fuerzas de Juan. Pero ni siquiera así Totilas estaba dispuesto a levantar el sitio, sino que él se quedó allí apostado y, tras escoger a dos mil jinetes de su ejército, los mandó a Piceno con orden de unirse a los bárbaros que allí había y rechazar a los hombres de Juan y Valeriano.

[19] Por su parte, los asediados en la fortaleza de Rusciana, cuando ya se habían quedado absolutamente sin víveres y no tenían la más mínima esperanza de recibir ayuda de los romanos, mandaron al lancero Gudilas y al italiano Deoferón como embajadores ante Totilas para negociar su salvación y [20] con el ruego de que les perdonara lo que habían hecho. Totilas les comunicó que no castigaría a nadie excepto a Calazar por haber desestimado los acuerdos previos; a todos los demás los [21] absolvería de culpa. A Calazar le cortó ambas manos y también las vergüenzas, y seguidamente lo mató. En cuanto a los soldados, ordenó que los que quisieran quedarse conservaran sus propiedades, a condición de que en adelante se sumaran a las filas godas con iguales derechos y obligaciones, cosa que también tenía por costumbre hacer en las demás fortalezas [22] conquistadas; pero a los que no les agradaba la idea de quedarse, a ésos les ordenó que se marcharan sin armas ni equipo a donde quisieran, para que no hubiese ni un solo hombre que [23] militara en su ejército a la fuerza. Pues bien, ochenta soldados romanos dejaron sus pertenencias y se fueron a Crotón; [24] el resto se quedó allí con sus bienes. A los italianos les quitó todas sus posesiones, pero no permitió que sufrieran ningún daño físico.

[25] Por su parte, Antonina, la mujer de Belisario, llegó a Bizancio tras la muerte de la emperatriz y le pidió al emperador que mandara venir allí a su esposo, lo que le fue muy fácil conseguir. Y es que la guerra contra los persas, que ya era inminente[237], apremiaba al emperador Justiniano a hacerlo con urgencia.

En aquel tiempo algunos planearon una conspiración [**31**] contra el emperador Justiniano. Cómo ellos maquinaron ese plan y de qué manera fracasaron rotundamente en llevarlo a cabo, lo voy a explicar a continuación. A Artabanes, después [2] de acabar con el usurpador[238] Gontaris, como he referido en anteriores libros[239], le entró un deseo desmedido de casarse con Preyecta, la sobrina del emperador, que era su prometida. Ésta también quería lo mismo, y antes que ninguna otra cosa, [3] pero no porque la empujara a ello su amor por este hombre, sino por reconocerle una enorme gratitud al haber vengado el asesinato de su esposo Areobindo[240] y además haberla salvado en un

auténtico rescate, cuando era una cautiva y en no mucho tiempo iba a terminar, a la fuerza, en la cama del usurpador Gontaris. Como los dos estaban de acuerdo, Artabanes envió [4] a Preyecta ante el emperador y él, por su parte, aunque ocupaba el cargo de general de toda Libia, solicitó de Justiniano, fingiendo ciertos pretextos nada íntegros, que reclamara su presencia en la corte. A esto, en efecto, lo incitaba la esperanza [5] de aquella boda que, entre otros muchos beneficios, le permitía entrever la posibilidad en el futuro de no estar lejos del trono. Y es que los hombres, cuando inesperadamente reciben [6] un golpe de suerte, no son capaces de dejar entonces de darle vueltas a la cabeza, sino que siguen mirando adelante con impaciencia y con sus esperanzas siempre puestas más allá, hasta que incluso llegan a verse privados de la felicidad que inmerecidamente les tocó.

[7] Sin embargo, el emperador hizo efectiva su petición y mandó venir a Artabanes a Bizancio, tras sustituirlo por otro en el cargo de general de Libia, como ya he contado más arriba[241]. [8] Estando ya Artabanes en Bizancio, el pueblo le rendía admiración por sus hazañas y por tantas otras cosas lo adoraba, [9] pues era alto de estatura y hermoso, un hombre de carácter liberal y de pocas palabras. El emperador, por su parte, lo [10] había honrado como el que más: lo había hecho general de las tropas de Bizancio y comandante de los federados[242] y le había concedido la dignidad de cónsul inscribiéndolo como tal. [11] Con Preyecta, sin embargo, no logró unirse en matrimonio, dado que con anterioridad había tenido una esposa, que era de su misma familia y que ya de niña se había casado con él. [12] Ya hacía mucho que la había repudiado, probablemente por alguna de esas razones que se presentan y por las que vienen [13] a chocar mujeres y hombres. Por su parte ella, mientras a Artabanes no le habían ido bien las cosas, se había quedado en casa sin meterse en nada, a lo suyo y sin que nadie la escuchara. Pero cuando Artabanes ya se había convertido en alguien famoso por sus hazañas e importante por mor de la fortuna, esta mujer no soportó más su deshonra y vino a Bizancio. Acudió, entonces, ante la emperatriz suplicándole lo que creía [14] merecer, que era recobrar a su marido, y la emperatriz (inclinada como estaba por su forma de ser a ponerse de parte de mujeres desdichadas[243]) decidió que se uniera en matrimonio con Artabanes, a pesar de la firme oposición de éste, mientras a Preyecta fue Juan, el hijo de Pompeyo y nieto de Hipacio, el que la hizo su legítima mujer. Artabanes no se tomó con [15] tranquilidad este chasco, sino que se enfureció e iba diciendo que él, de haberles prestado tantos y tan buenos servicios a los romanos [se arrepentía ya si][244] nadie le permitía casarse, como él deseaba, con una mujer que era su prometida y que también deseaba este matrimonio; y, por el contrario, se le obligaba a cohabitar para siempre con quien era su mayor enemiga, cosa que es, sin duda, el tormento por excelencia para el alma de un ser humano. Fue así que sin ningún reparo, [16] no mucho después, nada más morir la emperatriz, la repudió de inmediato y se quedó tan contento.

Coincidió también que Germano, el sobrino del emperador, [17] tenía un hermano llamado Boraides. Pues bien, el susodicho Boraides había muerto hacía muy poco y le había dejado la mayor parte de sus bienes a su hermano y a los hijos de éste. Aunque tenía mujer y una hija, mandó que su hija recibiera [18] sólo lo que la ley estipulaba. Por este motivo, el emperador se dignó defender con preferencia la causa de la hija, lo que molestó sumamente a Germano[245].

Con el emperador, en efecto, éste era el tipo de relaciones [**32**] que mantenían Artabanes y Germano. Había también en Bizancio uno llamado Arsaces, armenio de nacimiento y Arsácida[246], que además era, por su familia, pariente de Artabanes. Este hombre, a quien no mucho antes habían sorprendido [2] cometiendo fechorías contra el estado, había sido convicto y confeso de traición por negociar con Cosroes, el rey persa, un intento de revuelta contra los romanos. El emperador, sin [3] embargo, no le impuso más pena que surcarle la espalda a golpes[247], aunque no muchos, y pasearlo por la ciudad montado en un camello, pero no sufrió ninguna amputación, ni se le privó de sus bienes, ni tampoco se le castigó con el destierro. [4] No obstante, Arsaces soportó muy mal lo sucedido y empezó a discurrir toda clase de maquinaciones contra Justiniano y el [5] estado. Así, cuando vio que Artabanes, que era de su misma familia, también compartía con él la misma pesadumbre, todavía se enojó más y con palabras engañosas lo fue engatusando, al tiempo que le afeaba su actitud y no paraba, ni de día ni de noche, de echarle en cara que hubiera sido unas veces muy hombre y muy poco hombre[248] otras, y siempre a destiempo. [6] Y es que, según le decía, en las desgracias ajenas había demostrado su nobleza acabando con el usurpador y, de hecho, aunque Gontaris era su amigo y anfitrión[249], lo había agarrado con sus propias manos y lo había matado sin ningún motivo[250]. [7] Pero, desde luego, en las presentes circunstancias, estaba acobardado y con una absoluta falta de hombría permanecía allí quieto, aun estando su patria sometida a la más estrecha vigilancia y esquilmada a fuerza de impuestos extraordinarios, y aunque habían asesinado a su padre con la excusa de firmar unos pactos y de llegar a un acuerdo[251], y aunque también habían esclavizado a toda su familia y la mantenían diseminada [8] por todo el imperio romano. A pesar de todo esto, según sus palabras, Artabanes pensaba que tenía bastante con el cargo de general del ejército romano y el mero nombramiento de cónsul. «Y tú —siguió diciéndole— de ningún modo estás compartiendo tu dolor conmigo, aunque soy familiar tuyo y he sufrido males irreparables; yo, por el contrario, sí te compadezco, queridísimo mío, por la suerte que has corrido con ambas mujeres: de una te privaron indebidamente y con la otra te obligaron a cohabitar. Desde luego, no parece lógico que [9] nadie, por poca presencia que tenga de ánimo, se eche atrás cuando se trate de darle muerte a Justiniano, ni por vacilación ni por miedo: que este hombre siempre se encuentra sin protección de escolta en cualquier galería a horas intempestivas de la noche y en compañía de sacerdotes

decrépitos revolviendo afanosamente las escrituras cristianas[252]. Pero, es más, [10] —continuó— ningún miembro de su familia se te opondrá. Y seguro que el más poderoso de todos ellos, Germano, creo yo, incluso estará dispuesto a ayudarte junto con sus propios hijos, que son jóvenes y por su edad y temperamento les hierve la sangre contra Justiniano: de hecho, tengo la esperanza de que éstos lleguen a ejecutar la acción por su propia iniciativa, pues [11] el caso es que por su culpa ya han sido víctimas de injusticias mayores que las que nosotros o cualquier otro armenio haya sufrido.» Con tales palabras embaucaba Arsaces a Artabanes y, en cuanto vio que iba cediendo, le propuso el asunto a otro persarmenio[253] llamado Canaranges[254]. El tal Canaranges era [12] joven y bien parecido, pero era una persona nada seria y con un carácter de lo más pueril.

Pues bien, cuando Arsaces logró que éste y Artabanes fueran [13] los dos a una con él, tanto en sus intenciones como en sus planteamientos, se marchó no sin antes prometerles que conseguiría que Germano y sus hijos se pusieran de acuerdo con ellos para llevarlo todo a cabo. Estaba también Justino, el mayor [14] de los hijos de Germano, que era muy joven —estaba empezando a echar la barba—, pero tan enérgico y resuelto [15] a la hora de actuar que, no mucho antes, se había sentado ya como cónsul en la silla curul. Arsaces, en efecto, se le presentó y le dijo que quería reunirse con él en secreto [16] en algún santuario. Cuando ambos entraron en el templo[255], Arsaces en primer lugar le pidió a Justino que le garantizara bajo juramento que nunca le contaría aquella conversación a nadie en absoluto, excepto, únicamente, a su padre. Después [17] de habérselo jurado, empezó a reprocharle que, siendo como era pariente muy estrecho del emperador, consintiera aquel espectáculo de que fuese gente vulgar y plebeya quien, contra derecho, detentara los altos cargos del estado, mientras él, con bastante edad ya como para administrar sus propios asuntos, hacía la vista gorda respecto al hecho de quedarse para siempre, él mismo y su padre —a pesar de sus grandísimos merecimientos— y su hermano Justiniano, en la [18] condición de simples personas particulares. Ni siquiera se le había permitido entrar en posesión de los bienes de su tío[256], aun siendo el heredero de acuerdo con la última voluntad de Boraides; es más, se le habían expropiado injustamente en [19] su mayor parte. Era de esperar, según él, que sufrieran un desprecio aún mayor muy pronto, en cuanto Belisario llegara de Italia; y las noticias eran que se encontraba ya en algún [20] lugar del centro de Iliria. Tras estas consideraciones previas, Arsaces apremiaba al joven a mojarse en el complot contra el emperador, revelándole el acuerdo tomado entre él, Artabanes [21] y Canaranges en relación con este asunto. Después de oír todo aquello, Justino quedó aturdido, con la cabeza dándole vueltas, y le contestó a Arsaces rotundamente que ni él ni su padre Germano harían eso nunca.

Así, mientras Arsaces informaba de lo ocurrido a Artabanes, [22] Justino le refirió todo el asunto a su padre, que, por su parte, se lo comunicó a Marcelo, comandante de la

guardia de palacio, y al respecto le consultó si era conveniente para ellos notificárselo al emperador. Era el tal Marcelo una persona de [23] carácter grave, que solía mantener silencio sobre la mayoría de las cuestiones, y ni hacía nada por dinero ni se permitía a sí mismo tomarse a risa palabras o acciones, ni por lo demás sentía ninguna satisfacción en llevar una vida disoluta, sino que vivía con austeridad y siempre ajeno a todo tipo de placer y era verdaderamente escrupuloso en la observancia de la justicia y el más fogoso enamorado de la verdad. Lo cierto fue [24] que él en aquel momento no dejó que se le llevara la noticia al emperador. «Y es que a ti —le advirtió— no te conviene denunciarlo, porque si lo que quieres es decirle algo en secreto al emperador, Artabanes y sus cómplices sospecharán de inmediato que se le ha denunciado la trama; y si Arsaces pudiera escapar sin que lo descubran, no habrá ninguna prueba de la acusación. Yo, por otra parte, no tengo por costumbre [25] creer o informarle al emperador de nada que no haya investigado minuciosamente. Así que lo que quiero es o escuchar las [26] palabras con mis propios oídos o que alguno de mis íntimos, sirviéndose de vuestros manejos, escuche a ese hombre decir algo diáfano sobre el asunto.»

Al oír esto, Germano le encargó a su hijo Justino que [27] actuase de modo que se hiciera efectivo el mandato de Marcelo. Pero él ya no tenía posibilidad de hablar con Arsaces al [28] respecto, dado que, como arriba he dicho, le había contestado rotundamente que no. Sin embargo, le preguntó a Canaranges [29] si había sido por consejo de Artabanes por lo que Arsaces se le había acercado. «Pues yo —le dijo— nunca me habría atrevido a confiarle ninguno de mis secretos a un hombre como él. Pero si tú quisieras contarme algo a propósito de todo esto, [30] podríamos tomar una decisión común y quizá llegar a algo que [31] fuera beneficioso.» Canaranges, entonces, conversó sobre la cuestión con Artabanes y le notificó luego a Justino todo lo que Arsaces al principio le había dicho.

[32] Como Justino se comprometió a cumplir personalmente todo lo que hubiera que hacer y a procurar que su padre estuviera conforme, se decidió que Canaranges entablara conversaciones con Germano y se fijó un día para la entrevista. [33] Germano, por su parte, se lo contó a Marcelo y le pidió que les ofreciera a uno de sus íntimos para que escuchase con sus [34] propios oídos las palabras de Canaranges. Le ofreció a Leoncio, el yerno de Atanasio, un hombre que profesaba honestidad [35] y que sabía muy bien lo que era decir la verdad. Germano lo trajo a su casa y lo dejó en un aposento donde había colgada [36] una cortina gruesa que tapaba el lecho[257] donde solía comer. A Leoncio lo ocultó detrás de esa cortina y él y su hijo Justino se [37] quedaron fuera. Cuando llegó allí Canaranges, Leoncio pudo oír claramente todo lo que hablaba y lo que él, Artabanes y [38] Arsaces habían planeado. En medio de la conversación aquél vino incluso a decir que, si mataban al emperador mientras Belisario todavía estaba camino de Bizancio, nada de lo planeado les saldría bien, porque si querían sentar en el trono imperial a Germano,

lo más probable era que Belisario reuniese un gran ejército reclutado de las ciudades de Tracia, y así ellos no iban a ser capaces de resistir su ataque por ningún medio [39] a su alcance. Por tanto, debían posponer la ejecución del plan hasta que Belisario se encontrara allí, pero tan pronto como llegara él a Bizancio y estuviera en compañía del emperador en palacio, entonces en algún momento a la caída de la tarde se presentarían allí de improviso armados con puñales y matarían [40] al emperador y, con él, a Marcelo y a Belisario. De esta manera podrían, de ahí en adelante, sin ningún temor gobernar como quisieran.

Marcelo, después de enterarse por Leoncio de todo esto, ni aun así se decidió a contárselo al emperador, sino que siguió mostrándose muy reacio, no fuera a ser que por las prisas no descubrieran pruebas suficientes para acabar con Artabanes. Germano, sin embargo, se lo reveló todo a Buces y a Constanciano, [41] temiendo que a consecuencia de aquellas dilaciones recayera sobre él alguna sospecha, que fue justo lo que ocurrió.

Muchos días después, al llegar la noticia de que Belisario [42] ya estaba muy cerca, Marcelo le contó todo el asunto al emperador y él de inmediato dio orden de que metieran en la cárcel a Artabanes y a sus compinches y les encargó a algunos de sus oficiales que los torturaran[258]. Una vez que todo el complot [43] salió a la luz y estuvo detalladamente puesto por escrito, el emperador convocó una sesión de todos los miembros del senado en palacio, que es donde acostumbran a instruir las causas sujetas a discusión. Cuando leyeron todo lo que habían [44] venido a confesar los inculpados, pretendían también acusar a Germano y a su hijo Justino, hasta que Germano, presentando el testimonio de Marcelo y Leoncio, pudo librarse de sospecha, pues éstos, junto con Constanciano y Buces, confirmaron bajo [45] juramento que Germano no les había ocultado nada al respecto y que todo había sucedido tal como referí poco más arriba. Así [46] pues, al instante los senadores por unanimidad los declararon absueltos a él y a su hijo de la acusación de haber cometido crímenes contra el estado.

Pero cuando todos estuvieron dentro, en las estancias imperiales, [47] el propio emperador, muy furioso y preso de gran indignación, se mostró extraordinariamente duro con Germano, censurando su lentitud en denunciar la conspiración. Y dos de sus oficiales, por puro servilismo, se pronunciaron en el mismo sentido y daban la impresión de estar tan molestos como él. De este modo no lograron sino aumentar todavía más el enfurecimiento del emperador, con su afán de llevarle la corriente [48] en aquellas desgracias que afectaran a otros. Los demás estaban allí encogidos de miedo y en silencio, suscribiéndolo todo por el mero hecho de no oponerse a sus deseos[259]. Y fue Marcelo el único que habló con absoluta franqueza y consiguió [49] salvar a aquel hombre. En efecto, atrajo sobre sí mismo la acusación y con esa fuerza que le otorgaba todo el poder que tenía, aseguró que Germano le había descubierto los hechos muy oportunamente y que había sido él quien, por quererlos investigar paso por paso, se

había tomado más tiempo en denunciarlos. [50] Fue así como pudo calmar la cólera del emperador y a raíz de esto el tal Marcelo ganó enorme prestigio entre todo el mundo, porque incluso en las situaciones más difíciles demostraba su gran valía:

[51] El emperador Justiniano destituyó a Artabanes del cargo que ocupaba, pero no le causó ningún otro daño, ni tampoco a ninguno de los otros, aparte de mantenerlos a todos encerrados, aunque sin pérdida de sus derechos, y además en el palacio, no en la cárcel pública.

[**33**] En aquellos momentos de la guerra, los bárbaros se hicieron dueños sin discusión de todo el oeste. Pues la guerra gótica para los romanos, a pesar de que al principio sus victorias habían sido rotundas, como arriba he dejado dicho, tuvo este resultado[260], hasta el punto de que no sólo malgastaron dinero y muchas vidas para nada, sino que perdieron además Italia y llegaron a ver cómo casi toda Iliria y Tracia eran asoladas por los bárbaros, que se habían convertido en sus vecinos, y devastadas sin ningún miramiento. Esto sucedió del siguiente modo.

Toda la Galia que estaba sometida a los godos se la entregaron [2] éstos al principio de la guerra a los germanos, creyendo que no iban a ser capaces de enfrentarse a ambos pueblos, como dejé dicho en anteriores libros[261]. Esto no sólo no pudieron [3] impedirlo los romanos, sino que incluso el emperador Justiniano los animó a llevarlo a efecto, para no encontrar a su paso ningún obstáculo por el hecho de estar esos bárbaros metidos en guerra. Pues los francos no vinieron a considerar [4] nunca que su posesión de la Galia fuera segura mientras el emperador no ratificara esta operación en concreto, poniendo su sello en el documento. Por este motivo, los caudillos germanos ocuparon Masalia[262], la colonia de los foceos, y todas las ciudades de la costa y se hicieron dueños del mar en aquella zona. Hasta se sentaron a ver en Arelato[263] las competiciones [5] hípicas y acuñaron una moneda de oro extraído de las minas de la Galia, sin estampar la efigie del emperador en ese estatero[264], como era costumbre, sino sus propias imágenes. En efecto, el rey persa acostumbra a acuñar la moneda de [6] plata como quiere, pero no se considera lícito imprimir en un estatero de oro su propia efigie o la de cualquier otro rey bárbaro (y eso que hay oro en sus dominios), porque ni siquiera a aquéllos con los que comercian son capaces de pagarles con esa moneda, ni aunque coincida que también sean bárbaros. En fin, así iban las cosas en relación con los francos.

Cuando la superioridad de los godos y Totilas en la guerra [7] fue ya un hecho, los francos sin ninguna justificación se apropiaron de la mayor parte del territorio de Venecia, sin que los romanos tuvieran fuerza para mantenerlos a raya por más tiempo, ni los godos fueran capaces de proseguir la guerra [8] contra ambos pueblos. Mientras tanto, los gépidas[265] tomaron la ciudad de Sirmio[266] y prácticamente todas las de Dacia, tan pronto como el emperador Justiniano se las arrebató a los godos. Esclavizaron a los romanos que allí había e incluso en su imparable avance continuaron hacia adelante,

saqueando con [9] enorme violencia el imperio romano. Por esta razón, el emperador no siguió entregándoles los tributos que desde muy atrás [10] estaban acostumbrados a recibir de los romanos. A los longobardos, por su parte, el emperador Justiniano los obsequió con la ciudad de Nórico[267], con las plazas fuertes de Panonia y muchos otros lugares de allí, junto con grandes cantidades [11] de dinero. Fue por esto por lo que los longobardos salieron de sus tierras patrias y se asentaron en el lado de acá del río Istro[268], [12] no muy lejos de los gépidas. Saquearon Dalmacia e Iliria hasta las fronteras de Epidamno e hicieron muchos esclavos. Cuando algunos prisioneros se les escapaban y conseguían regresar a su casa, estos bárbaros recorrían el imperio, como aliados que se consideraban de los romanos, y en cualquier sitio donde vinieran a reconocer a algunos de los fugitivos, los capturaban, como si los huidos fueran sus propios esclavos, y hasta los sacaban a rastras del lado de sus padres y se los llevaban consigo a sus propiedades, sin que nadie se lo [13] impidiera. Además, otros lugares de Dacia, por donación del emperador, los ocuparon los hérulos en las cercanías de la ciudad de Singiduno[269], territorios donde ahora están asentados y desde donde efectúan sus amplísimas correrías y saqueos sobre Iliria y la región de Tracia. Algunos de ellos incluso han llegado a convertirse en soldados del ejército romano, formando en las filas de los que se llaman «federados»[270]. Así [14] pues, siempre que son enviados a Bizancio los embajadores de los hérulos, de esos hombres, sí, que saquean a los súbditos romanos, salen de allí sin ningún problema llevándose todos los tributos que reciben del emperador[271].

Así fue como los bárbaros se repartieron el imperio romano. [**34**] Pero algún tiempo después, entre gépidas y longobardos, dado que habitaban en territorios vecinos, surgieron disensiones irreconciliables. En su mutuo y decidido afán [2] de hacerse la guerra, ambos pueblos se mostraban ansiosos de entrar en combate contra los enemigos y se fijó un día para la batalla. Pero los longobardos, como pensaban que [3] no iban a ser capaces de resistir por sí solos el ataque de los gépidas (pues de hecho eran inferiores en número a sus enemigos), decidieron ofrecerles a los romanos una alianza. De [4] este modo, mandaron embajadores a presencia del emperador Justiniano para pedirle que les enviara un ejército. Cuando los gépidas lo supieron, mandaron también ellos embajadores a Bizancio con la misma petición. El comandante de los gépidas se llamaba Torisin, el de los otros, Auduín. El emperador [5] Justiniano decidió escuchar las proposiciones de unos y otros, pero sin que coincidieran ante él, sino por separado. Primero entraron los longobardos a presencia del emperador [6] y dijeron lo siguiente:

«Estamos consternados, emperador, por el inaudito comportamiento de los gépidas, quienes, a pesar de haber perpetrado tantos y tan grandes crímenes contra el imperio romano, ahora encima se presentan ante vos[272] para acarrearos el [7] mayor de los insultos. Pues los únicos que pueden insultar hasta el colmo a sus vecinos son aquellos que los consideran muy fáciles de engañar y, por eso, se presentan ante ellos [8] para

aprovecharse de la ingenuidad de sus víctimas. Lo que os rogamos es que consideréis sólo esto: qué entienden por amistad los gépidas. Y es que de este modo vos conseguiríais totalmente y de la manera más segura lo que le conviene al imperio romano, porque los hombres, por los hechos pasados, [9] son capaces de conjeturar con seguridad el futuro. Pues bien, si el caso hubiera sido que los gépidas sólo les hubiesen demostrado su ingratitud a otros pueblos, habríamos necesitado largos discursos, mucho tiempo y testimonios ajenos en nuestro deseo de probar la forma de ser de esta gente. Pero lo cierto es que ahora el ejemplo podemos tomarlo de muy cerca: nos lo dais vos mismo.

[10] Considerad esto si no: los godos al principio ocupaban la región de Dacia para ingresarse los tributos, mientras todos los gépidas habitaban desde los orígenes en la otra orilla del Istro. El poder de los godos los tenía tan asustados que nunca tuvieron el valor de cruzar el río, ni siquiera de intentarlo; pero es que incluso eran aliados y sumamente amigos de los romanos y en nombre de esa amistad recibían cada año muchas donaciones de parte de los emperadores precedentes, y no menos, [11] por cierto, de vos. Pues bien, con gusto les preguntaríamos a esos individuos qué favor les han hecho a los romanos a cambio de estos beneficios: pues ni uno, ni pequeño ni grande, [12] podrían decir. En efecto, mientras no tenían con qué causaros daño, permanecían quietos, obligados a ello no por su voluntad [13] sino por su incapacidad. Y es que vos no reclamabais la posesión del territorio más allá del Istro; y de este lado del río los apartaba el miedo a los godos. ¿Quién llamaría, entonces, [14] buena voluntad a la mera impotencia? ¿Qué amistad tan firme es esa que va a nacer sólo de la imposibilidad de cometer un delito? No son así, emperador, las cosas, no son así. Pues el poder es lo único que revela la condición natural de un hombre, porque saca a la luz su verdadera índole cuando tiene libertad de actuación. Y mirad: tan pronto como los gépidas [15] han visto que los godos estaban ya lejos de toda la región de Dacia y que vos os manteníais ocupado en la guerra contra los enemigos, los muy miserables se han atrevido a invadir el territorio de vuestra majestad por todas partes.

¿Cómo se podría explicar con palabras lo inaudito del hecho? [16] ¿No han mostrado su desprecio al imperio romano? ¿No han roto los términos de pactos y alianzas? ¿No han insultado [17] a quienes no debían? ¿No han cometido violencia contra un imperio del que estarían deseando ser esclavos si vos tuvierais tiempo de tratar con ellos del asunto? Los gépidas, emperador, están ocupando Sirmio y esclavizando a romanos, y se ufanan de ser dueños de Dacia entera. Pero, ¿qué guerra han ganado [18] nunca ellos en defensa de vos o con vos o contra vos? ¿O en qué combate han obtenido como recompensa ese territorio? Y eso que a menudo han estado a sueldo vuestro y, como antes se ha dicho, han recibido dinero desde no se sabe cuándo. Y verdaderamente nunca en todo este tiempo ha habido una [19] acción más miserable que su actual

embajada. Y es que en cuanto han visto que estábamos ansiosos por entrar en guerra contra ellos, se han atrevido a venir a Bizancio y a presentarse ante un emperador que ha sido el blanco de sus insultos. Quizá, [20] en el colmo de la desvergüenza, hasta os invitarán a firmar una alianza contra nosotros, que tanto nos hemos interesado por vos. Y lo cierto es que, si vienen para devolver todo ese [21] territorio que han invadido contra derecho, los romanos deberían considerar a los longobardos los auténticos responsables de la ganancia que de ahí se deriva, porque ha sido el miedo a nosotros lo que los ha obligado en el último momento a cambiar de actitud y revestirse de una generosidad involuntaria: [22] pues quien ha creado la obligación es el que lógicamente debe recibir el agradecimiento del beneficiario. Pero si ni siquiera ahora han decidido salir de esas tierras que no les pertenecen, ¿qué maldad podría superar a ésta?

[23] En fin, dicho queda, aun con la simplicidad propia de unos bárbaros como nosotros, en pocas palabras y de una [24] forma que no alcanza a la magnitud de los hechos. Vos, emperador, reflexionad sobre cuanto hemos dicho nosotros, aunque más apocadamente de lo que se requeriría, y actuad como convenga a sus pueblos, el romano y el longobardo. Y tened siempre en cuenta, aparte de todo lo demás, que los romanos habrán formado con toda justicia desde el principio en las filas de quienes, como nosotros, están de acuerdo con ellos en lo que a Dios concierne[273], y que van a avanzar contra los arrianos, que también son adversarios por este mismo motivo.»

[25] Así hablaron los longobardos. Al día siguiente también se presentaron ante el emperador los embajadores gépidas y dijeron estas palabras: «Justo es, emperador, que quienes han acudido a sus vecinos a pedirles una alianza primero demuestren que vienen a pedir algo justo y conveniente para los que van a ser sus aliados, y luego hablen sobre el asunto de su embajada.

[26] Pues bien, en qué nos estaban tratando injustamente los [27] longobardos, es algo que se deja ver por sí solo; pues nuestro afán no es otro que dirimir las diferencias con arreglo a la justicia. Y quienes se afanan por seguir el dictamen de la justicia [28] ningún interés tienen en la violencia. Además, si el hecho es que los gépidas somos muy superiores en número de hombres y en valor, ¿para qué largos discursos ante quienes ya lo saben? En cuanto a entrar en combate del lado de los que están [29] en inferioridad e ir derecho, así, a un desastre previsible, cuando uno tiene en su mano llevarse la victoria sin ningún peligro formando en las filas de los más poderosos, esto no creemos que lo escogiera nadie con un mínimo de prudencia. De modo [30] que, cuando vos avancéis contra algún otro, los gépidas de aquí en adelante se alinearán a vuestro lado, tanto por deber de gratitud en pago de lo que vos habéis hecho, como por facilitaros el más que probable triunfo sobre los enemigos, dada la superioridad de las fuerzas. Además, también convendría que [31] tuvierais vos en cuenta este detalle: los longobardos se han hecho amigos de los romanos ahora de repente; los gépidas, por el contrario, coincide

que han sido sus aliados y gente bien conocida por vos desde muy atrás. Y la amistad que se ha ido [32] estrechando con el paso del tiempo no es fácil romperla. De modo que no sólo conseguiréis unos aliados poderosos sino también seguros. Éstas son, pues, nuestras justificaciones para [33] invitaros a firmar la alianza.

Observad, por otra parte, cuál es la forma de ser de los longobardos. Lo de dirimir las diferencias con arreglo a la [34] justicia, a pesar de nuestros continuos ofrecimientos, es algo a lo que no estuvieron dispuestos en absoluto, dominados por una audacia absurda. Y cuando ya la guerra les había pisado los talones, dieron marcha atrás en sus posturas, al comprender su propia debilidad, y se presentaron ante vos para pediros que los romanos aceptaran la batalla, sin tener por qué, en defensa de ellos. Con toda seguridad esos bandidos [35] están poniendo el caso de Sirmio y el de algunos otros lugares de Dacia como pretexto para que vos entréis en esta guerra. Lo cierto es que tantas son las ciudades y tierras que [36] están alrededor de vuestro trono que incluso vos estáis buscando hombres a quienes darles alguna porción de todo este enorme imperio para que la habiten. A los francos, por ejemplo, [37] al pueblo hérulo y a esos mismos longobardos los habéis obsequiado, emperador, con ciudades y tierras en cantidad, [38] tantas que no se podrían enumerar. Pero nosotros nos hemos atrevido, por contar con vuestra amistad, a llevar a término precisamente lo que vos queríais. Cuando alguien tiene decidido ofrecer algo de lo que es suyo, piensa que mejor que esperar a recibir el favor de su propia mano es adelantarse uno y tomar el regalo por propia iniciativa, siempre que no parezca que éste se ha dignado hacerlo como un insulto al propietario sino que se ha atrevido por su grandísima amistad con él; y esto es justo lo que les ha ocurrido a los romanos [39] con los gépidas. Os pedimos, por tanto, que vos tengáis esto en cuenta y, muy especialmente, que, de acuerdo con nuestra alianza, os unáis a nosotros para ir contra los longobardos con todo su potencial bélico; y si no, que os mantengáis al margen, tan apartados de los unos como de los otros. Pues si vos tomáis esta decisión, estaréis haciendo lo que es justo y muy ventajoso para el imperio romano.»

[40] Éstas fueron las palabras de los gépidas. El emperador Justiniano, después de mucho pensar, decidió despedirlos sin que hubieran logrado su cometido, pero sí hizo una alianza, comprometiéndose por juramento, con los longobardos y les envió más de diez mil soldados de caballería bajo las [41] órdenes de Constanciano, Buces y Aracio. Con ellos también estaba Juan, el sobrino de Vitaliano, a quien previamente el emperador le había ordenado que, tan pronto como librara la batalla contra el pueblo gépida, partiera de allí a toda prisa con sus tropas hacia Italia, de donde, por cierto, había llegado [42] no hacía mucho[274]. Los siguieron, asimismo, como aliados, mil quinientos hérulos con sus comandantes, Filemut entre [43] éstos. Todos los demás hérulos, unos tres mil, se habían pasado a las filas gépidas, pues coincidía que no mucho antes habían desertado de los

romanos por la razón que más arriba expuse[275].

Pues bien, un destacamento romano que, como tropa [44] aliada, marchaba a unirse con los longobardos, se encontró de improviso con algunos hérulos que estaban con Aordo, el hermano de su caudillo. Tras un violento combate salieron [45] victoriosos los romanos, que mataron a Aordo y a muchos hérulos. Los gépidas, por su parte, al saber que el ejército romano estaba muy cerca, dirimieron de inmediato sus diferencias con los longobardos y así ambos pueblos bárbaros acordaron firmar un tratado de paz, contra la voluntad de los romanos. Cuando el ejército romano se enteró, se quedó [46] sin la más mínima idea de qué hacer, pues los generales ya ni podían continuar avanzando, ni tenían posibilidad de dar la vuelta para regresar, por temor a que los gépidas y los hérulos en una incursión saquearan Iliria. Lo que hicieron [47] fue quedarse allí y comunicarle al emperador su situación. Así se iban desarrollando los acontecimientos. Yo, por mi parte, volveré al punto donde introduje esta digresión en mi relato[276].

Belisario hizo su camino hacia Bizancio sin gloria alguna. [**35**] Durante cinco años no había desembarcado en ningún lugar de Italia ni había podido efectuar allí ninguna marcha por tierra, sino que todo ese tiempo había estado huyendo a escondidas, siempre navegando sin parar de una plaza fuerte de la costa a cualquier otra también a la orilla del mar. De ahí lo que [2] había ocurrido: que los enemigos, ya a sus anchas, habían esclavizado Roma y todo lo demás, por así decirlo. También por entonces abandonó a su suerte Perusia, que coincidía que era la principal ciudad de los tuscos, a pesar de que estaba sufriendo un durísimo asedio[277]. De hecho fue capturada a sangre y fuego, mientras él estaba aún camino de Bizancio. [3] Una vez allí, mantuvo en aquel lugar su residencia habitual, cubierto de inmensas riquezas y recibiendo la admiración de todos por los éxitos anteriormente cosechados, justo lo que la divinidad vino a predecirle por una señal muy clara antes de la campaña de Libia[278].

[4] La señal fue la siguiente. Tenía Belisario una heredad en el suburbio de Bizancio llamado Pantiquio[279], que está situado en la zona continental de enfrente. Allí, poco antes de que Belisario se dispusiera a guiar al ejército romano contra Gelimer y Libia, sucedió que sus vides se llenaron de uvas hasta los topes. [5] Del vino que produjeron, los sirvientes llenaron una gran cantidad de tinajas, que depositaron en una bodega, enterradas por su parte inferior y con las bocas perfectamente cerradas [6] con tapas de barro. Pero a los ocho meses el vino en algunas tinajas empezó a fermentar e hizo añicos la tapa de barro con la que cada una había sido cubierta. Rebosó y corrió en tanta abundancia que bañó todo el terreno que había alrededor y [7] llegó a formar una gran balsa. Cuando los sirvientes lo vieron, se quedaron asombrados. De ahí pudieron llenar muchas ánforas y luego cerraron de nuevo las tinajas con las tapas de [8] barro y guardaron silencio sobre lo sucedido. Pero cuando ya vieron que el fenómeno ocurría muchas veces y más o menos en el mismo plazo, le contaron al propietario lo que estaba

pasando y él reunió allí a muchos de sus amigos íntimos para mostrarles el hecho. Fueron precisamente ellos quienes, conjeturándolo por aquella señal, vinieron a predecirle que sobre aquella casa caerían grandes bendiciones.

En efecto, así le fueron las cosas a Belisario. Pero Vigilio, [9] el obispo de Roma, junto con los italianos que allí estaban en aquel momento, que eran muchos y muy ilustres, no dejaba de pedirle al emperador que reclamara para sí el dominio de Italia con todo su poder. Y más que ninguno lo empujaba [10] a ello Gotigo[280] (un patricio que mucho antes ya se había sentado como cónsul en la silla curul), porque coincidía que éste era el motivo por el que en fechas recientes había llegado a Bizancio. El emperador les prometió que se ocuparía [11] personalmente de Italia, pero la mayor parte del tiempo lo dedicaba a las doctrinas de los cristianos, estudiando con muchísimo empeño la manera de conciliar las contradicciones entre ellas[281].

Esto era lo que estaba sucediendo en Bizancio. Mientras [12] tanto, un longobardo huyó a los gépidas por las siguientes razones. Cuando Vaces era el caudillo de los longobardos, [13] había un primo suyo llamado Risiulfo, a quien, a la muerte de Vaces, correspondería por ley el trono. Pero lo cierto fue [14] que Vaces tomó sus medidas para que el poder recayera en su propio hijo y, valiéndose de una acusación falsa, condenó a Risiulfo al destierro. Él, entonces, se marchó de sus propiedades [15] familiares con unos pocos más, después de dejar allí a sus dos hijos, y se refugió entre los varnos. Pero Vaces sobornó [16] a esos bárbaros para que mataran a Risiulfo. En cuanto a sus dos hijos, uno murió de enfermedad y el otro, llamado Ildiges, huyó a los esclavenos.

Pues bien, no mucho después cayó enfermo Vaces y perdió [17] la vida, con lo que Valdaro, el hijo de Vaces, se sentó en el trono de los longobardos. Pero como era muy joven, le fue [18] impuesto como tutor y regente Auduín, a raíz de lo cual éste disfrutó de un enorme poder y en no mucho tiempo se adueñó del trono, porque el niño muy pronto enfermó y perdió la vida. [19] Lo cierto fue que, cuando gépidas y longobardos entraron en guerra, como ya he dicho, Ildiges se fue de inmediato con los gépidas y se llevó consigo a su séquito de longobardos y a muchos esclavenos. Los gépidas, por su parte, tenían esperanzas [20] de restituirlo en el trono. Pero en virtud de los tratados existentes en aquel momento con los longobardos, Auduín les exigió también de inmediato a los gépidas, como amigos que eran, la entrega de Ildiges. Ellos se negaron a entregárselo y le aconsejaron a Ildiges que para salvarse se marchara de allí [21] a donde quisiera. Él sin vacilar, en compañía de su séquito y de algunos voluntarios gépidas, volvió de nuevo con los esclavenos. [22] Luego salió de allí para irse con Totilas y los godos, con un ejército de no menos de seis mil hombres con él. Al llegar a Venecia, se topó con algunos romanos a las órdenes de Lázaro y, tras combatir, los puso en fuga y mató a muchos. Sin embargo no se unió a los godos, sino que cruzó el río Istro y regresó de nuevo con los esclavenos.

[23] Mientras ocurría todo esto tal como he contado, uno de los lanceros de Belisario, de nombre Indulfo y de raza bárbara, un hombre violento y enérgico, que se había quedado en Italia, [24] se pasó a Totilas y los godos sin ningún motivo. Totilas lo envió de inmediato con un numeroso ejército y con naves al [25] territorio de Dalmacia. Al llegar a un sitio llamado Muicuro, que está en la costa muy cerca de Salones, primero entabló relación con las gentes de allí, como romano que era y allegado de Belisario, pero luego él mismo levantó su espada y ordenó [26] a su séquito matarlos a todos al instante. Saqueó también todas sus posesiones y se marchó de aquel lugar. A continuación, cayó sobre otra fortaleza a la que llaman los romanos Laureata, [27] situada también en la costa. Lo que hizo fue entrar allí y acabar con los que encontró.

Cuando lo supo Claudiano, que por aquel entonces mandaba la guarnición de Salones, envió contra él un ejército embarcado en las naves que se llaman dromones[282] y, en cuanto [28] llegaron a Laureata, trabaron combate con los enemigos. Pero fueron ampliamente derrotados en la lucha y huyeron a donde pudo cada uno, abandonando las «corredoras» en el puerto, donde coincidió, por cierto, que había otras naves llenas de [29] grano y demás provisiones. De todas se adueñaron Indulfo y los godos y, después de matar a todos los que le salieron al paso y saquear sus posesiones, volvieron con Totilas. El [30] invierno estaba terminando y cumpliéndose el año decimocuarto[283] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

Posteriormente, Totilas dirigió todo su ejército contra [**36**] Roma y, tras asentar el campo, se dispuso al asedio. Pero el caso era que Belisario había escogido a tres mil de los más bravos guerreros y los había instalado como guarnición de Roma, a las órdenes de Diógenes, uno de sus lanceros y un hombre que se distinguía por su inteligencia y destreza para la guerra. Por este motivo era mucho el tiempo que duraba aquel [2] cerco, pues los asediados, con una extraordinaria valentía, se mostraban capaces de resistir al ejército godo al completo y Diógenes, por su parte, se encargaba de mantener estricta vigilancia para que nadie se acercara a causar ningún daño en la muralla y además mandó sembrar trigo por toda la ciudad, en el interior del recinto, para lograr así que de ninguna manera faltara el alimento necesario. Muchas veces intentaron los [3] bárbaros asaltar la muralla y probar la seguridad del recinto, pero otras tantas fueron rechazados y expulsados de allí por la valentía de los romanos. Sin embargo, sí capturaron Porto y el asedio de Roma se fue haciendo más duro. Y así era como se iban desarrollando los acontecimientos.

[4] Cuando el emperador Justiniano vio a Belisario de vuelta en Bizancio, fue pensando en enviar a otro comandante con [5] un ejército contra los godos y Totilas. Y si esta ida la hubiera llevado a efecto, creo que, como Roma aún estaba bajo su poder, se habrían salvado las tropas que allí tenía y habrían podido unirse con las que habían venido en su ayuda desde Bizancio, con lo cual habría superado a sus adversarios en la

[6] guerra. Pero lo cierto fue que, aunque al principio escogió a Liberio, un patricio de Roma, y le ordenó que estuviera preparado, luego cejó en su propósito, quizá porque le surgió algún otro asunto por atender.

[7] Duraba ya mucho el tiempo el asedio de Roma y unos isáuricos que montaban guardia en la puerta que lleva el nombre del apóstol Pablo[284] (unos hombres que no sólo se quejaban de que desde hacía muchos años el emperador no les había pagado nada, sino que, además, veían que los isáuricos que con anterioridad habían entregado Roma a los godos, ahora se adornaban con montones enormes de riquezas) entraron con el mayor sigilo en conversaciones con Totilas y acordaron entregarle [8] la ciudad, para lo que se fijó un día concreto. Cuando llegó la fecha, Totilas trazó el siguiente plan. Botó en el río Tíber dos grandes naves durante la primera guardia nocturna [9] y embarcó a unos hombres que sabían tocar la trompeta, con la orden de que avanzaran remando por el Tíber y que, en cuanto estuviesen muy cerca del recinto amurallado, hiciesen [10] resonar allí las trompetas con todas sus fuerzas. Él, mientras, tendría listo el ejército godo, oculto a los centinelas enemigos, muy cerca de la puerta ya mencionada, la que lleva el nombre [11] del apóstol Pablo. En la idea de que si algún soldado romano llegaba a escapar de la ciudad, amparándose en la oscuridad de la noche, se marcharía a Centucelas (dado que de las plazas de aquella comarca era la única que les quedaba), decidió emboscar a algunos guerreros en ciertos parajes del camino que conduce hacia allí y les dio orden de acabar con los fugitivos. Pues bien, los de las naves, cuando llegaron cerca de la [12] ciudad, empezaron ya a tocar las trompetas, como se les había mandado. Los romanos quedaron sobrecogidos y, como el [13] miedo y la confusión se apoderaron de ellos, abandonaron de repente y sin ningún motivo sus puestos de guardia y acudieron a aquel lugar a la carrera, creyendo que el ataque se estaba produciendo por aquel punto de la muralla. Los únicos que [14] permanecieron en sus posiciones fueron los traidores isáuricos quienes, con completa libertad, abrieron las puertas y dejaron entrar a los enemigos en la ciudad. Allí hicieron una auténtica [15] matanza de todos los que fueron encontrando a su paso, aunque muchos salieron huyendo por otras puertas. Pero los que tomaron el camino de Centucelas fueron aniquilados por las tropas que estaban emboscadas. A pesar de todo, algunos lograron escapar a duras penas, entre ellos Diógenes quien, según cuentan, fue herido pero acabó salvándose.

Había en el ejército romano uno llamado Pablo, cilicio [16] de nacimiento, que al principio había sido intendente de la casa de Belisario y que luego estuvo en la campaña de Italia al mando de un regimiento de caballería y fue destinado con Diógenes a la guarnición de Roma. El tal Pablo, mientras la [17] ciudad estaba siendo entonces tomada, se lanzó al galope con cuatrocientos jinetes hacia la Tumba de Adriano y se apoderó del puente que lleva al templo[285] del apóstol Pedro. El ejército [18] godo, todavía al amanecer, cuando ya iba a despuntar el día, trabó combate contra estos

hombres, pero su resistencia allí contra el asalto enemigo fue de lo más firme y consiguieron superarlos; incluso lograron matar a muchos bárbaros, porque eran muy numerosos pero tenían muy poco espacio entre ellos para maniobrar. Cuando lo supo Totilas, puso fin de inmediato [19] a la batalla y ordenó a los godos quedarse en aquel lugar asentados frente al enemigo, creyendo que los rendiría por [20] el hambre. Pablo y los cuatrocientos estuvieron, por tanto, todo el día sin comer y así también pasaron la noche. Pero a la mañana siguiente decidieron comerse algunos caballos, si bien la repugnancia que sentían a aquel inusual alimento los retrajo hasta la caída de la tarde, a pesar de que el hambre [21] los atormentaba a más no poder. Pero ya entonces, después de mucho pensarlo, se envalentonaron unos a otros y determinaron que lo mejor para ellos era acabar su vida de golpe [22] con una muerte honrosa. Decidieron, pues, lanzarse de repente contra los enemigos y matar a tantos como cada uno pudiera [23] y así encontrar todos la muerte con valentía. En efecto, de inmediato se agarraron y se besaron la cara unos a otros, fundiéndose en el último abrazo, en la idea de que todos iban a morir muy pronto.

[24] Pero Totilas, que lo vio, sintió miedo de que unos hombres, dispuestos a morir y sin esperanza futura de salvación, [25] pudieran causarles a los godos daños irreparables. Así pues, a través de emisarios les propuso que escogieran entre dos opciones: o dejar allí los caballos y deponer las armas y, jurando no guerrear ya más contra los godos, marcharse a Bizancio sin sufrir ningún mal; o conservar sus pertenencias y de ahí en adelante sumarse al ejército godo con iguales derechos y [26] obligaciones. Los romanos escucharon con agrado aquellas palabras y al principio todos eligieron la alternativa de volver a Bizancio, pero luego la vergüenza de regresar a pie y sin armas y el miedo a caer en alguna emboscada durante el camino y ser aniquilados, junto con su protesta porque el estado romano les debía muchas pagas atrasadas, hicieron que todos se alistaran voluntariamente en el ejército godo, a excepción de Pablo y un isáurico llamado Mindes, quienes vinieron a presencia de Totilas y le rogaron que les permitiera irse a Bizancio, [27] repitiéndole que tenían hijos y esposas en su patria y que no podían vivir sin ellos. Totilas acogió sus plegarias [28] con benevolencia, convencido de que decían la verdad, y los despidió no sin antes ofrecerles provisiones para el viaje y el acompañamiento de una escolta. Hubo también otros del ejército romano, en particular los que se refugiaron en los santuarios[286] de la ciudad, unos trescientos, que se pasaron con las debidas garantías a Totilas. En cuanto a Roma, Totilas no [29] quiso ni destruirla ni dejarla en adelante desierta[287], sino que decidió que se quedaran allí habitándola godos y romanos, tanto los senadores como todos los demás. Esto fue por la siguiente razón.

No mucho antes, Totilas le había mandado embajadores [**37**] al caudillo de los francos para pedirle que le diera a su hija en matrimonio. Pero éste rechazó la

proposición, afirmando que [2] él ni era ni sería nunca rey de Italia, porque, tras conquistar Roma, no había sido en absoluto capaz de conservarla bajo su poder, sino que había demolido una parte de la ciudad y de nuevo la había dejado en manos de los enemigos[288]. Por eso [3] en esta ocasión se había apresurado a introducir provisiones en la ciudad y había ordenado reconstruir lo más rápidamente posible todo lo que había demolido e incendiado en su anterior conquista de Roma; y a los senadores y a todos los demás romanos, que mantenía bajo vigilancia en Campania, los estaba trayendo de vuelta. Después de contemplar allí las competiciones [4] hípicas, estaba preparando todo su ejército para una expedición contra Sicilia. A la vez, también estaba poniendo [5] a punto para una batalla naval sus cuatrocientos barcos de guerra, así como una flota muy numerosa de grandes naves, que habían sido enviadas allí desde oriente por el emperador y que él, durante todo aquel espacio de tiempo, había tenido la suerte de capturar junto con sus tripulaciones y cargamentos. [6] Asimismo, continuaba el caudillo franco, había mandado en embajada a Estéfano, un romano, ante el emperador para pedirle que terminara aquella guerra y firmase un tratado de paz con los godos, con el compromiso de que lucharían en sus filas [7] como aliados cuando él marchara contra otros enemigos. Pero el emperador Justiniano ni le concedió audiencia al embajador, ni había dado la menor importancia a sus palabras.

[8] Cuando Totilas escuchó todo esto, empezó de nuevo a prepararse para la guerra. Pensó que lo más conveniente era hacer primero una tentativa contra Centucelas y luego mandar [9] la expedición contra Sicilia. En aquel momento el que estaba al mando de la guarnición de la plaza era Diógenes, el lancero de Belisario[289], que contaba con fuerzas muy considerables. [10] El ejército godo, tras llegar a Centucelas, acampó muy cerca [11] de su recinto amurallado y se dispuso a asediarla. Totilas le envió, entonces, una embajada a Diógenes y los retó a él y a sus soldados a emprenderla cuanto antes, si querían que la [12] cosa se decidiera luchando contra ellos. Les advertía también que no abrigasen ninguna esperanza de que les fueran a llegar [13] refuerzos del emperador, pues era imposible que Justiniano pudiera proseguir esta guerra contra los godos, si es que para esta suposición bastaba lo sucedido en Roma durante tanto [14] tiempo. Así pues, lo que les ofrecía era elegir la que quisieran de estas dos alternativas: o unirse al ejército godo con iguales derechos y obligaciones o marcharse de allí sin sufrir [15] ningún daño y partir para Bizancio. Pero los romanos y Diógenes le dijeron que ni querían que la cuestión se decidiera en una batalla, ni tampoco unirse al ejército godo, porque sin [16] sus hijos y esposas no podrían vivir. En cuanto a la ciudad, cuya vigilancia tenían encargada, no encontraban en aquel preciso momento ningún motivo admisible para entregarla, porque tampoco tenían ninguna excusa, en especial si querían presentarse luego ante el emperador. No obstante, le rogaron [17] que aplazara por algún tiempo el asunto para poder, mientras, comunicarle al emperador su situación, y le

aseguraron que, si en el ínterin no les llegaba del emperador ninguna ayuda, se marcharían entonces. Y así entregarían la ciudad a los godos, pero su retirada no carecería de justificación. Como a Totilas [18] le pareció bien, fijaron un día y, para cerrar este pacto, se intercambiaron mutuamente rehenes, treinta hombres por cada bando. Entonces los godos levantaron el sitio para dirigirse hacia Sicilia.

Cuando llegaron a Regio no cruzaron de inmediato el estrecho [19] que hay allí[290], sino que, antes, tantearon las defensas de aquella plaza fuerte. Mandaban su guarnición Turimut e [20] Himerio, a los que había destinado en ese puesto Belisario. Como contaban con muchos y muy buenos soldados, pudieron [21] rechazar a los enemigos en el asalto a la muralla e incluso efectuaron una salida y fueron superiores en el combate. Posteriormente, sin embargo, dado que eran muy inferiores [22] en número a sus adversarios, se encerraron en el interior del recinto y permanecieron quietos. Por su parte, Totilas dejó allí [23] de guardia una sección de su ejército, confiando en que algún tiempo después lograría capturar a los romanos de la fortaleza por la falta de provisiones; y, mientras, envió tropas a Tarento y se apoderó de aquella plaza sin ninguna dificultad. También los godos que había dejado en la región de Piceno tomaron por entonces la ciudad de Arímino, valiéndose de una traición.

Al enterarse, el emperador Justiniano determinó nombrar [24] a su sobrino Germano general con plenos poderes[291] para la guerra contra los godos y Totilas y le ordenó que estuviera preparado. Cuando esta noticia llegó a Italia, los godos se preocuparon bastante, porque se daba el caso de que la opinión [25] que todo el mundo tenía de Germano era muy favorable. En cuanto a los romanos, todos se quedaron enseguida muy esperanzados y el ejército imperial iba ya afrontando los peligros [26] y las fatigas con mucha mayor entereza. Pero el emperador, no sé cómo, mudó de parecer y decidió nombrar a Liberio, un romano a quien he mencionado en anteriores páginas[292], para [27] aquel cometido en lugar de Germano. Liberio se preparó lo más rápidamente que pudo, porque era previsible que muy pronto se haría a la mar con un ejército. Pero de nuevo se arrepintió el emperador y también aquél permaneció allí quieto. [28] Fue por entonces cuando Vero con algunos hombres, unos extraordinarios guerreros que había logrado reunir en torno a su persona, vino a trabar combate, no muy lejos de la ciudad de Rávena, con los godos que estaban en Piceno: perdió a muchos de los suyos y también murió él tras demostrar su valentía en aquel choque.

[**38**] Por aquel tiempo un ejército de esclavenos, que reunidos no hacían más de tres mil hombres, cruzó el río Istro sin que nadie se les opusiera y al cruzar también sin ninguna dificultad, acto seguido, el Hebro[293], sus tropas quedaron partidas en [2] dos. Uno de los grupos tenía mil ochocientos hombres y el [3] otro, el resto. Lo cierto fue que, aun separados unos de otros, al entrar contra ellos en combate en Iliria y Tracia, los comandantes del ejército romano fueron vencidos inesperadamente: unos cayeron

muertos allí mismo y otros se salvaron huyendo [4] a la desbandada. Después de que todos los generales hubieran acabado de esta o de aquella manera tras chocar contra cada una de las dos partes del ejército bárbaro, a pesar de que los esclavenos eran muy inferiores en número, uno de los grupos [5] enemigos trabó batalla con Ásbado. Era éste uno de los lanceros[294] del emperador Justiniano desde que vino a prestar sus servicios entre los llamados «candidatos»[295], y mandaba los escuadrones de caballería, muchos y muy buenos, que desde tiempo atrás estaban destinados en la fortaleza de Tzurulo[296], en Tracia. También a éstos los pusieron en fuga los esclavenos [6] sin ninguna dificultad y mataron a la mayor parte de ellos mientras huían de la más vergonzosa de las maneras. A Ásbado lograron capturarlo y al momento lo dejaron preso, pero posteriormente lo quemaron arrojándolo a las llamas de una hoguera, después de haberle arrancado la piel de la espalda a tiras. Tras estos éxitos, se entregaron sin ningún [7] temor al saqueo de todas las ciudades, tanto de Tracia como de Iliria, y ambos grupos conquistaron muchas plazas fuertes asediándolas, sin tener experiencia previa en asaltar fortalezas, ni haberse atrevido a salir a campo abierto, porque de hecho estos bárbaros nunca habían intentado una incursión contra el territorio romano. Incluso parece que tampoco en anteriores [8] tiempos habían cruzado con un ejército el río Istro, excepto desde aquella ocasión que yo he referido más arriba[297].

Por su parte, los que habían vencido a Ásbado lo saquearon [9] absolutamente todo hasta la misma orilla del mar y tomaron por asalto una ciudad de la costa, llamada Topiro[298], aunque contaba con una guarnición de soldados. Es la primera de las localidades costeras de Tracia, a doce días de camino de Bizancio, y la tomaron del siguiente modo. El grupo, casi [10] al completo, se ocultó en un terreno escabroso delante del recinto amurallado y unos pocos se quedaron cerca de las puertas que están hacia el este y empezaron a hostigar a los [11] romanos de las almenas. Estos soldados, que montaban allí guardia, supusieron que no eran más que los que desde arriba se podían ver y, cogiendo de inmediato las armas, efectuaron [12] todos a la vez una salida contra ellos. Los bárbaros retrocedieron, haciendo creer a sus atacantes que se retiraban presos del pánico, y los romanos, lanzados en su persecución, llegaron [13] muy lejos del recinto. Salieron entonces los emboscados y, situándose detrás de los perseguidores, les cortaron el paso [14] hacia la ciudad. Se volvieron también los que parecían huir y dejaron ya así a los romanos entre dos fuegos y, después [15] de aniquilarlos a todos, asaltaron el recinto. Los habitantes de la ciudad, privados de sus fuerzas militares, se quedaron prácticamente indefensos, pero, así y todo, iban rechazando [16] los ataques en la medida de sus posibilidades. Al principio calentaron aceite y pez hasta hervir y desde arriba lo echaban sobre los asaltantes; y también todo el pueblo se puso a lanzar [17] piedras y a punto estuvieron de repeler el peligro. Pero, luego, los bárbaros los redujeron con una lluvia de proyectiles y los obligaron a abandonar las almenas;

apoyaron entonces escalas sobre el muro y tomaron finalmente la ciudad a sangre y [18] fuego. Mataron, en efecto, a todos los hombres de inmediato, unos quince mil; se llevaron como botín todos sus bienes y a [19] sus hijos y esposas los hicieron esclavos. Antes de esta operación, sin embargo, no habían respetado ninguna edad, sino que tanto este grupo como el otro, desde que se abatieron sobre el territorio romano, fueron matando a todos los que encontraban a su paso, del más joven al más anciano[299]. De tal modo que toda la tierra de ilirios y tracios quedó en su mayor parte sembrada de cadáveres insepultos.

[20] A los que caían en sus manos los mataban no con espada ni lanza ni con ningún otro de los métodos habituales, sino que clavaban muy firmemente en el suelo unas estacas, las afilaban muchísimo y sobre ellas sentaban con gran violencia a esos miserables[300], introduciéndoles la punta de la estaca por entre las nalgas. Después empujaban hasta que les llegara a los intestinos y así era como se dignaban acabar con ellos. Estos [21] bárbaros también metían cavando en el suelo a gran profundidad cuatro gruesos maderos y a ellos ataban las manos y los pies de los que habían capturado, para luego golpearles una y otra vez en la cabeza con garrotes y así matarlos como a perros, serpientes o cualquier animal. A otros los encerraban en [22] las chozas con bueyes y ovejas (con todo el ganado que les era absolutamente imposible llevarse a su patria) y les prendían fuego sin miramiento alguno. Así era como los esclavenos iban constantemente aniquilando a aquéllos con los que se topaban. Pero ya desde entonces los de uno y otro grupo, borrachos [23] como estaban de tanta sangre, creyeron conveniente hacer prisioneros a algunos de los que habían caído en sus manos y por eso regresaron todos a sus casas llevándose miles y miles de cautivos.

Posteriormente los godos asaltaron la plaza de Regio, pero [**39**] los asediados, defendiéndose con la mayor energía, lograron rechazarlos. Turimut, por su parte, no paró de demostrar su valor en muchas acciones de gran mérito contra aquéllos. Pero [2] Totilas, al enterarse de que los asediados carecían de provisiones, dejó allí una sección del ejército vigilando, para que así los enemigos no pudieran en adelante introducir nada en la ciudad y por la falta de víveres tuvieran que rendirse y entregar la fortaleza a los godos. Él, mientras, con el resto del ejército cruzó a Sicilia y asaltó las murallas de Mesina. El [3] sobrino de Buces, Domencíolo, que mandaba la guarnición romana de allí, se le enfrentó delante del recinto y en el choque no llevó la peor parte. Pero regresó de nuevo a la ciudad y [4] permaneció allí quieto ocupándose de la vigilancia. Los godos, como nadie salía a su encuentro, saquearon casi toda Sicilia; [5] y los romanos asediados en Regio, bajo el mando de Turimut e Himerio, como ya he dicho, al quedarse absolutamente sin víveres, se rindieron y entregaron por capitulación la plaza a los enemigos.

[6] Cuando el emperador escuchó la noticia, reunió una flota y embarcó en las naves

un ejército considerable formado por varios regimientos de infantería. Nombró comandante de estas fuerzas a Liberio y le ordenó navegar velozmente hacia Sicilia [7] y salvar la isla a toda costa. Pero nada más designar a Liberio comandante de la flota, se arrepintió, porque era un hombre extremadamente viejo y falto de práctica en asuntos bélicos. [8] Así que absolvió a Artabanes de los cargos que había contra él[301], lo nombró general de los regimientos de Tracia y lo envió de inmediato a Sicilia con un ejército no muy grande a su disposición, pero con orden de hacerse cargo de la flota mandada por Liberio, cuya presencia, al mismo tiempo, reclamaba él [9] en Bizancio. Como general con plenos poderes para la guerra contra Totilas y los godos designó a Germano, su sobrino[302]. Aunque el contingente que le proporcionó no era muy grande, sí le entregó considerables cantidades de dinero, encomendándole que reclutara un ejército lo mayor posible en las ciudades de Tracia e Iliria y de este modo se dirigiera ya a toda prisa [10] hacia Italia. También le ordenó que se llevara consigo a Italia a Filemut, el hérulo, con sus tropas, y a Juan, yerno del propio Germano[303] y sobrino de Vitaliano, pues como general que era de los regimientos de Iliria estaba allí destinado.

[11] Fue entonces cuando se apoderó de Germano una gran ambición: la de ceñirse la corona del trono de los godos, con el fin de obtener como resultado la recuperación de Libia e Italia para el imperio romano. Pues cuando, en anteriores tiempos, [12] Estotzas[304] había usurpado el poder absoluto en Libia y lo mantenía ya firmísimamente, fue él a quien envió el emperador y, tras vencer en combate, contra todo pronóstico, a los rebeldes, puso fin a su tiranía y recuperó de nuevo Libia para el imperio romano, como he contado en los libros precedentes[305]. Ahora [13] que las cosas en Italia habían llegado a esta situación que acabo de explicar, quería sacar provecho de ello y cubrirse de gloria, siendo capaz de recuperar también esas tierras para el emperador. Lo primero que hizo (dado que su mujer, llamada [14] Pasara, había muerto mucho antes) fue tomar por esposa a Matasunta, hija de Amalasunta[306] y nieta de Teodorico, cuando ya Vitigis había desaparecido de entre los vivos. Él tenía la [15] esperanza de que, si su mujer se encontraba a su lado en el ejército, los godos sintieran vergüenza de alzarse en armas contra ella, acordándose del reino de Teodorico y Atalarico. Luego, a base de gastar con largueza grandes sumas de dinero, [16] tanto las del emperador como, en mayor cantidad incluso, las de su propio peculio, fue capaz de reclutar fácilmente y en poco tiempo un ejército más numeroso de lo que cabía pensar y de extraordinarios guerreros. Pues lo componían soldados [17] romanos, hombres expertos en la guerra, que en muchos casos abandonaron desdeñosamente a los oficiales cuya escolta formaban en calidad de lanceros y escuderos[307], y siguieron a Germano. Procedían no sólo de Bizancio, sino, en no menor medida, de las ciudades de Tracia e Iliria; y de esto se ocuparon con mucho empeño Justino y Justiniano, sus hijos, porque [18] cuando se marchó también se los había llevado consigo. Alistó en sus filas, asimismo, con permiso del emperador, a

algunos de los destinados en los regimientos de infantería de [19] Tracia. Aparte, también muchos bárbaros que estaban asentados en las cercanías del río Istro vinieron atraídos por la fama de Germano y, tras haber obtenido grandes sumas de dinero, para unirse al ejército romano. Acudieron, además, en masa [20] otros bárbaros de toda la tierra y allí se fueron congregando, e incluso el caudillo de los longobardos había hecho que estuvieran dispuestos mil hoplitas y prometió que los enviaría de inmediato.

[21] Cuando estas noticias fueron llegando a Italia, incrementadas con los naturales añadidos que acostumbra a introducir el rumor a medida que se difunde entre los hombres, los godos no sólo sintieron cierto recelo, sino que se quedaron indecisos ante la posibilidad de tener que ir a la guerra contra el propio [22] linaje de Teodorico. Por su parte, los soldados romanos que se encontraban contra su voluntad sirviendo en el ejército godo, le mandaron un mensajero a Germano con el encargo de comunicarle que, tan pronto como lo vieran en suelo italiano y a su ejército allí acampado, también ellos sin dudarlo un instante [23] y con total seguridad se pasarían a sus filas. Todo esto, en efecto, les daba ánimos a las fuerzas del ejército imperial que estaban en Rávena y en las demás ciudades que aún permanecían bajo su poder, y ya con las más firmes esperanzas pensaron encarecidamente en custodiar aquellos lugares con sumo cuidado para que continuaran perteneciendo al emperador. [24] Pero, es más, los que a las órdenes de Vero y de otros comandantes habían luchado con anterioridad contra los enemigos y, tras ser vencidos en el combate, habían salido huyendo y se hallaban entonces dispersos y rodando por donde a cada cual lo llevaba la suerte, todos ésos, cuando oyeron que Germano venía de camino, se congregaron en Istria y se quedaron allí quietos a la espera de aquel ejército.

Fue por entonces cuando Totilas, llegado el día que fijó [25] con Diógenes respecto a Centucelas[308], le envió una embajada instándole a que le entregara la ciudad conforme a lo pactado. Pero Diógenes le contestó que él ya no tenía autoridad para [26] ello, porque había oído que Germano había sido nombrado general con plenos poderes para la guerra y que se encontraba no muy lejos con su ejército. En cuanto a los rehenes, le dijo que [27] quería recuperar los suyos y, a cambio, devolver los que les habían sido entregados por los godos. De esta forma despachó [28] a los embajadores y puso toda su atención en la vigilancia de la ciudad, mientras aguardaba con impaciencia a Germano y su ejército. Así iban desarrollándose los acontecimientos. El [29] invierno estaba terminando y cumpliéndose el año decimoquinto[309] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

Mientras Germano estaba reuniendo y organizando su ejército [**40**] en la ciudad iliria de Sárdica[310] y disponía con el máximo cuidado todos los preparativos para la guerra, un multitudinario tropel de esclavenos, tan grande como nunca antes, penetró en territorio romano y, después de cruzar el río Istro, llegó a las cercanías de Naiso[311]. Una vez que

estaban unos pocos de [2] ellos separados del grueso del ejército y recorriendo solos y sin rumbo fijo aquella región, vinieron a ser capturados por tropas romanas. Los ataron y empezaron a preguntarles por qué este ejército de esclavenos en concreto y con qué propósito había cruzado el río Istro. Ellos aseguraron que habían venido a tomar [3] por asedio Tesalónica[312] y las ciudades de sus cercanías. Al escuchar esto el emperador, se inquietó bastante y le escribió de inmediato a Germano para que aplazara por el momento su expedición a Italia y se encargara de defender Tesalónica y las demás ciudades y de rechazar a toda costa la invasión de los esclavenos. Y Germano empezó a ocuparse de esta misión.

[4] Pero a los esclavenos, cuando por sus cautivos se enteraron claramente de que Germano estaba en Sárdica, les entró [5] miedo. Y es que era grande la fama que Germano tenía entre aquellos bárbaros por el siguiente motivo. Cuando ya Justiniano, que era el tío de Germano, estaba sentado en el trono, los antas, que habitan muy cerca de los esclavenos[313], cruzaron el río Istro e invadieron con un gran ejército el territorio romano. [6] Coincidía que el emperador había nombrado no mucho antes a Germano general de toda Tracia y fue por esto por lo que él trabó combate contra el ejército enemigo y, tras una contundente victoria, los mató a casi todos. A raíz de este hecho Germano se cubrió de gloria a los ojos de todo el mundo y, en [7] especial, entre esos bárbaros. Así pues, por miedo a él, como ya he dicho, pero también por creer que las fuerzas que traía eran más que considerables, dado que lo que le encomendó el emperador era marchar contra Totilas y los godos, los esclavenos al instante desistieron de seguir su camino hacia Tesalónica y no se atrevían ya a bajar a campo abierto, sino que, tras atravesar todas las montañas de Iliria, llegaron a Dalmacia. [8] Ante esto, Germano ya se despreocupó de aquella misión y le ordenó a todo su ejército que se equipara para emprender en dos días el camino desde allí hacia Italia.

[9] Pero el caso fue que vino a enfermar y repentinamente perdió la vida[314]. Así, tan de sopetón, salió de este mundo Germano, un hombre cabal y enérgico como el que más; en la guerra, un general extraordinario y con gran capacidad para obrar por sí mismo; y en tiempo de paz y bienestar, sabía igualmente guardar con la mayor firmeza la ley y el orden del estado. Como juez, era el más recto y a todos los que le pedían les prestaba grandes cantidades sin ganar nunca, ni mencionarlo siquiera, ningún interés por su dinero. Tanto en palacio como en la plaza pública era una persona muy seria y de mucho empaque, mientras que, como anfitrión, en el día a día de su casa era afable, generoso y cordial. En palacio no permitía, en lo que estaba en su mano, ninguna infracción de las normas establecidas, ni nunca tomó parte en planes ni juntas de conspiradores, aunque muchos de los que tenían poder habían llegado a esos desafueros. Pues bien, así marchaban las cosas.

El emperador quedó muy afectado por aquel suceso y le [10] mandó a Juan, el

sobrino de Vitaliano y yerno de Germano, que en compañía de Justiniano, el otro hijo de Germano, se dirigiera con ese ejército hacia Italia. Emprendieron ellos el [11] camino a Dalmacia para pasar el invierno en Salones, porque pensaron que en aquella época del año les sería imposible rodear el golfo y trasladarse a Italia (y es que no tenían manera de cruzarlo al no disponer de naves). En cuanto a Liberio, [12] como no se había enterado aún de que el emperador había cambiado de parecer respecto a aquella flota[315], atracó en Siracusa, que estaba siendo asediada por los enemigos. Forzó, [13] pues, allí la línea enemiga y, tras arribar al puerto, penetró con toda la flota dentro del recinto. Por su parte, Artabanes llegó [14] no mucho después a Cefalonia[316] y cuando supo que las naves de Liberio ya habían zarpado de allí con rumbo a Sicilia, levó anclas y atravesó de inmediato aquel mar llamado Adriático. Pero cuando ya estaba cerca de Calabria, le sorprendió una [15] violenta tempestad y era tan recio el viento que les venía de frente, que todas las naves se fueron dispersando, hasta el punto de parecer que muchos de los barcos habían sido arrojados hacia la costa de Calabria y habían caído en manos de los enemigos. Pero no fue así, sino que, empujados por la [16] gran violencia del viento, se vieron forzados a dar la vuelta y de nuevo alcanzaron el Peloponeso. Del resto de las naves, unas quedaron destruidas y otras se salvaron, según la suerte [17] que corrieron. Pero a uno de los barcos, en el que navegaba el propio Artabanes, se le rompió el mástil en medio de la marejada y en tan peligroso estado lo arrastraron los embates del mar y así siguió la dirección del oleaje hasta arribar a la isla de Melita[317]. De esta forma tan inesperada fue como se salvó Artabanes.

[18] Liberio, por su parte, no fue capaz ni de hacer ninguna salida contra los sitiadores ni de librar contra ellos una batalla decisiva y, como las provisiones no daban para más tiempo, porque eran muchos, zarpó de allí con sus tropas y a escondidas de los enemigos se retiró a Panormo.

[19] Mientras, Totilas y los godos habían saqueado la práctica totalidad del territorio siciliano: se llevaban consigo una gran cantidad de caballos y de otros animales y habían arramblado con el trigo y con todos los demás frutos que producía la isla y, además, con todas las riquezas, que eran sumamente grandes. Tras cargar las naves, abandonaron de repente la isla para volver a Italia. Lo que los empujaba a obrar de este modo era [20] lo siguiente. No mucho antes coincidió que Totilas había nombrado a un romano, de nombre Espino y procedente de Espoleto, [21] asesor suyo. Este hombre residía en la ciudad de Catana, que no estaba amurallada. El caso fue que tuvo la mala suerte [22] de caer allí en manos de los enemigos. Entonces Totilas, que estaba ansioso por liberarlo, quería intercambiárselo a los romanos por una mujer muy distinguida que era su prisionera. [23] Pero los romanos no consideraron de justicia canjear a una mujer por un hombre que tenía el cargo de cuestor[318], que así se llama. Pues bien, Espino sintió miedo de acabar [24] pereciendo entre los enemigos y llegó con los romanos al acuerdo de que

convencería a Totilas para que se retirara inmediatamente de Sicilia y con todo su ejército de godos cruzara el estrecho hacia Italia. Ellos, tras obligarlo a que se [25] comprometiera bajo juramento a cumplir aquel acuerdo, se lo entregaron a los godos y, a cambio, se trajeron a la mujer. Él, por su parte, se presentó ante Totilas y le insistió en que [26] los godos no estaban mirando por sus propios intereses al haber saqueado casi toda Sicilia y estar aún allí entretenidos con unas fortalezas sin importancia. Además, según le [27] aseguraba, hacía poco que había oído, mientras estaba entre los enemigos, que Germano, el sobrino del emperador, había desaparecido de este mundo y que Juan, su yerno, y Justiniano, su hijo, con todo el ejército reclutado por Germano, estaban ya en Dalmacia y, pertrechándose bien y aprisa, partirían de allí directamente a Liguria, con el propósito de efectuar incursiones sobre los godos, esclavizar a niños y mujeres y saquear todas sus posesiones. «Y mejor será —le seguía diciendo— que nosotros allí les salgamos al encuentro y pasemos el invierno seguros con nuestras familias. Pues si los [28] derrotamos, podremos de nuevo a comienzos de la primavera poner los pies en Sicilia sin ningún temor y sin estar pensando en el enemigo.» Convencido por este consejo, Totilas dejó [29] guarniciones en cuatro plazas fuertes, se llevó todo el botín y con el resto de su ejército cruzó el estrecho hacia Italia. Así se iban desarrollando los acontecimientos.

Por su parte, Juan llegó a Dalmacia con el ejército del [30] emperador y decidió pasar el invierno en Salones, con la intención de tomar desde allí el camino derecho a Rávena tras [31] la estación invernal. Pero los esclavenos, tanto los que anteriormente habían penetrado en el territorio del emperador, según he explicado poco más arriba, como también otros que no mucho después atravesaron el río Istro y se unieron a los de antes, estaban haciendo correrías, con absoluta libertad, por [32] los dominios romanos. Había quien sospechaba que era Totilas el que había convencido a esos bárbaros a fuerza de mucho dinero y los había mandado contra los romanos de aquella zona, para que al emperador le fuera imposible dirigir con acierto la guerra contra los godos mientras estuviera además preocupado [33] por esos bárbaros. Pero si los esclavenos le estaban prestando un servicio a Totilas o habían venido allí sin llamarlos nadie, eso no sé decirlo. Lo cierto fue que esos bárbaros se dividieron en tres cuerpos y causaron irreparables estragos en Europa entera, y no ya por sus incursiones y saqueos en aquellos lugares, sino porque se quedaban a pasar el invierno como si [34] fuera su propia tierra, sin miedo al enemigo. Posteriormente, el emperador Justiniano envió contra ellos un ejército muy considerable, guiado, entre otros, por Constanciano, Aracio, Nazares, Justino, el hijo de Germano, y Juan, al que apodaban [35] «el Glotón»[319]. Por encima de todos ellos nombró como general en jefe a Escolástico, un eunuco de palacio.

[36] Este ejército sorprendió a una parte de los bárbaros cerca de Adrianópolis[320], que está situada en el interior de Tracia a [37] cinco días de camino de Bizancio; y los

bárbaros ya no pudieron seguir avanzando, porque llevaban consigo un cuantiosísimo botín de hombres y también de animales, y de toda clase [38] de riquezas. Se quedaron allí, ansiosos por trabar combate contra los enemigos, pero sin dejar que se dieran cuenta lo más mínimo. Los esclavenos acamparon en el monte que allí se eleva y los romanos no muy lejos, en la llanura. Pero fue [39] mucho el tiempo que pasaron en este bloqueo y los soldados se fueron incomodando y tomándoselo a mal, y empezaron a acusar a sus generales de tener todo tipo de provisiones y en gran abundancia, en su calidad de comandantes del ejército romano, y no prestarle ya atención a la tropa, que estaba agobiada por la escasez de víveres, ni querer entrar en combate contra el enemigo. Ante esto, los generales se vieron obligados [40] a chocar con los adversarios y, tras una dura batalla, los romanos sufrieron una derrota aplastante. Allí murieron [41] muchos y muy buenos soldados y a los generales poco les faltó para caer en manos de los enemigos, pero lograron escapar a duras penas con los supervivientes y así se salvaron, cada uno como bien pudo. Los bárbaros se apoderaron de [42] la enseña de Constanciano y, despreocupados ya del ejército romano[321], continuaron su avance. Fueron saqueando a placer [43] la comarca llamada Ástica[322], que desde tiempos antiguos no había sido devastada, y de ahí que vinieran a encontrar allí un enorme botín. De este modo saquearon un extenso territorio y llegaron hasta los Muros Largos[323], que están a poco más de un día de distancia de Bizancio. No mucho después, el ejército [44] romano, en persecución de estos bárbaros, se topó con un grupo de ellos y, tras un repentino combate, los puso en fuga. No sólo mataron a muchos enemigos, sino que rescataron a [45] un gran número de cautivos romanos. Encontraron también la enseña de Constanciano y la recuperaron. En cuanto a los bárbaros supervivientes, regresaron a su tierra con la otra parte del botín.

[1] Cf. B. RUBIN, «Prokopios von Kaisareia, Mitarbeiter Belisars und Historiker», *RE* 23-1 (1957), cols. 466 ss. (=*Prokopios von Kaisareia,* Stuttgart, 1954). El pasaje VII (*Bello Gothico* III) 1, 1-22 lo traduce J. VALERO GARRIDO en su *Poema e Historia de Belisario,* Barcelona, 1983, págs. 218-223 (con el texto editado por HAURY-WIRTH en páginas enfrentadas). Como se verá por la lectura de estas líneas, se trata de un auténtico elogio de Belisario. No debe aquí dudarse de la sinceridad de nuestro autor, dado que Procopio se muestra por lo común muy poco propenso a las alabanzas, y en concreto de Justiniano y de su famoso general. De nuevo es muy interesante la lectura de la célebre novela *Count Belisarius* de ROBERT GRAVES (Londres, 1938: *El conde Belisario,* Buenos Aires, 1981 [Ed. Sudamericana]; Barcelona, 1982 [Edhasa; trad. A. CASALS], con muchas reimpresiones; cf. de esta última edición, por ejemplo, págs. 154 ss. y 334).

Siguiendo nuestra costumbre (cf. nuestra traducción de la *Guerra persa,* B.C.G. 280, pág. 19, n. 47), apuntaremos aquí un nuevo dato que en cierta manera relaciona a Procopio y Belisario con Jerez de la Frontera, donde escribimos estas páginas: el padre carmelita LUIS M.ª LLOP publicó en esta ciudad una novela muy poco conocida con el título *La hija de Belisario,* Tipografía de «El Santo Escapulario», 1923.

[2] Tras la entrada de las tropas bizantinas en Rávena, con la victoria sobre Vitigis y el consecuente dominio de toda Italia, en el año 540.

[3] Sobre Vitigis (Vitiges o Witichis), rey de los ostrogodos («jefe o caudillo *[hēgoúmenos]* de los godos» lo llama PROCOPIO), vencido por Belisario en ese mismo año 540, cf. *Historia de las guerras* II 2, 1 ss.; 4, 13; y 14, 10 ss. En adelante, al citar la *Historia de las guerras* se suprimirá el nombre del autor y de la obra.

[4] Se trataba del tesoro real (el tesoro de Teodorico que abajo se menciona) y todo el botín obtenido.

[5] Ildiger (yerno de la esposa de Belisario, Antonina) y los generales Valeriano y Martino aparecen con frecuencia, sobre todo estos dos últimos, en los libros I-IV (*Guerras persa y vándala;* cf. también *Historia secreta* II 30 y IV 13, en la excelente traducción de J. SIGNES CODOÑER. B.C.G. 279). Sobre Herodiano, comandante, como se ha visto, en la campaña de Italia, puede consultarse J. R. MARTINDALE, *The Prosopography of the Later Roman Empire III-A,* «Herodianus 1», Cambridge, 1992, págs. 593-595; también *Historia secreta* V 5 s.

[6] Cf. las palabras de SINESIO DE CIRENE en su tratado *Sobre la realeza* 18a, acerca de la guardia personal del emperador (los *doryphóroi,* que eran casi todos germanos: cf. *infra* n. 15): «bien altos, de cabello rubio y gallardos».

[7] De la pasión por el dinero y de la avaricia de Justiniano habla PROCOPIO en su *Historia secreta* VIII 26 y 31 ss.

[8] Como se sabe, era el más alto honor que se podía conceder a un general victorioso, que (aparte de otros detalles) desfilaba con sus tropas, los prisioneros y el botín. A pesar de sus grandes servicios a Justiniano y a su patria, Belisario cayó varias veces en desgracia y otras tantas fue rehabilitado, aunque siempre entre sospechas. De las calumnias y la envidia de sus oficiales y de algunos personajes de la corte se hacen eco el mismo Procopio (cf. I 25, 11 ss.; II 3, 52; IV 8, 1 s.) y otros escritores contemporáneos (Malalas las y Agatías). Por supuesto, también la *Diēgēsis* o *Poema de Belisario* 534 ss., de finales del siglo XIV, cuya edición y traducción junto con un completo estudio se hallará en la obra (arriba citada en n. 1) de J. VALERO GARRIDO (para la cuestión que comentamos cf. págs. 25-29). Sin embargo, el Belisario ciego y mendigo, que ya conoce TZETZES (*Chiliades* III 339 ss.) y que es el centro de la *Diēgēsis,* es un personaje forjado por la leyenda. En el siglo XX la recogerá la novela *Count Belisarius* de ROBERT GRAVES (cit. en n. 1).

[9] Cf. IV 9, 1 ss. (cf. la traducción de la *Guerra Vándala* de J. A. FLORES RUBIO, B.C.G. 282).

[10] El vándalo Gelimer y el godo Vitigis: cf. II 21, 28.

[11] Recordemos que el emperador de Bizancio era el *basileùs Rhōmaíōn.*

[12] Sobre Gicerico, rey de los vándalos y alanos (desde el 428), cf. III 3, 23 ss. (y el comentario de J. A. FLORES RUBIO en su ya citada traducción de la *Guerra vándala,* B.C.G. 282, pág. 81, n. 82).

[13] Antonina. Aunque, por lo general, PROCOPIO habla favorablemente de ella en la *Historia de las Guerras* (III 13, 24; V 18, 43; etc.), su tono cambia radicalmente en *Historia secreta* I 11 ss.

[14] El norte de África: cf. I 26, l.

[15] *Hypaspistaí* y *doryphóroi.* Los *hypaspistaí* ya constituían un cuerpo especial de soldados «con escudo» (por tanto, impropiamente «escuderos») en el ejército macedonio (cf., por ejemplo, ARRIANO, *Anábasis* II 4, 3). Los *doryphóroi* aparecen con anterioridad (cf. HERÓDOTO I 59, 5) como guardias de corps de personajes importantes y así se llamó en griego a los pretorianos. Aquí y en otros lugares de su obra el autor se refiere con estos términos a los «bucelarios» o guardia privada de las personalidades y, en concreto, de los generales y de los cargos de palacio, de quienes recibían sueldo y alimentación (el término se deriva del lat. *buccella,* «panecillo, bizcocho»): cf. I 24, 40; 25, 7; II 19, 15; etc.; y también *Historia secreta* III 5 (y el comentario de J. SIGNES CODOÑER en su traducción de esta obra, B.C.G. 279, pág. 163, n. 48).

[16] En el asedio de Roma (537-538).

[17] Se refiere a los sucesos en suelo italiano.

[18] Los *logothétai* en esta época eran funcionarios de la hacienda pública: cf. *Historia secreta* XVIII 15; XXIV 1 y 5 ss.

[19] *Psalídion:* cf. *Historia secreta* XXIV 9. Cf. *infra* n. 264.

[20] Treviso.

[21] La *proskýnēsis:* cf. I 3, 17; *Historia secreta* XXX 23.

[22] Cf. VII 1, 18, n. 15.

[23] Cf. I 5, 35.

[24] Era el 541 (desde el 536, con el cómputo inclusivo): cf. VI 2, 38.

[25] Cf. la expresión con el verbo *apokrínō* en TUCÍDIDES I 3, 3.

[26] Es decir, no pocos pensaban que Erarico había sido cómplice de Velas en el asesinato de Ildibado.

[27] Su primo (VII 2, 7).

[28] Gr. *Pádos:* cf. también ERÍDANO, V 1, 18; VII 3, 22; 13, 9.

[29] Será rey de los ostrogodos entre el 541 y el 552.

[30] «El Tijeras»: VII 1, 28 ss.

[31] Algo más de 10 km.

[32] Actualmente a unos 35 km. Recuérdese (cf. III 1, 17) que una jornada de viaje, unos doscientos diez estadios, equivale a 37 km. aproximadamente.

[33] Cf. II 19, 2,4, 23 ss.

[34] Algo más de 7 km.

[35] El Po: cf. VII 2, 15.

[36] La moderna Faenza.

[37] Entre el Po, el Adriático y los Apeninos.

[38] Algo más de 20 km.

[39] Aquí *syngeneîs* parece traducir una forma de tratamiento o título honorífico («parientes») que dieran los reyes godos. Es el mismo término que JENOFONTE (por ejemplo, *Ciropedia* I 4, 27) emplea referido a la nobleza persa más cercana al rey. Cf. el tratamiento de «primo» que el rey daba a los grandes de España.

[40] Cf. la expresión con la misma forma *apokekrísthai* en II 29, 35.

[41] Cf. VII 1, 27.

[42] Unos 3,5 km.

[43] Suceso y narración se repiten de forma casi idéntica en I 13, 29, cuando un persa desafía a los romanos. Allí será el *paidotribēs* Andreas quien acepte el reto y lo mate.

[44] Para la expresión *týchēi tiní* cf. I 14, 53; II 17, 16; etc.; y J. A. S. EVANS, «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 12 (1971), 93 ss.

[45] La arteria carótida o la vena yugular.

[46] Realmente se trata de una exageración. Sólo hay que recordar el desastre de las Horcas Caudinas en las guerras contra los samnitas (321 a. C.) o los del triunviro M. Licinio Craso vencido en Osroena por los partos (53 a. C.; los *vexilla* de Craso serían restituidos en el año 20 d. C.) y de Varo, derrotado por el germano Arminio

en Teutoburgo (9 d. C.: *Vare, legiones redde!.* SUETONIO, *Aug.* 23).

[47] Actualmente el valle de Mugello.

[48] Cf. *supra* n. 15.

[49] Cf. I 14, 14 (y la n. 115 de nuestra traducción de la *Guerra persa,* B.C.G. 280, págs. 90 ss.).

[50] Cf. *supra* VII 4, 27, n. 44.

[51] Era el 542: cf. VII 1, 49.

[52] Toscana, la antigua Etruria.

[53] Nápoles.

[54] Cf. I 18, 5.

[55] *Brittíous kaì Leukanoús:* los brucios (lat. *Brittii, Bruttii*), son los habitantes del Brucio (lat. *Bruttium*), la moderna Calabria; la Lucania corresponde a la región actualmente llamada Basilicata, entre el golfo de Tarento y la Campania. Cf. RODRIGO JIMÉNEZ DE RADA, *Historia Ostrogothorum* VI 1 ss. (ed. J. FERNÁNDEZ VALVERDE, *Habis* 15 [1984], 173-183): *«Deinde Totilam elegerunt. Hic fuit strenuus et crudelis, qui suorum exercitu congregato cepit Ytaliam impugnare, et per Campaniam et montem Cassinum, per Lucaniam et per Briciam transeuntes ad regnum Calabrie pervenerunt».*

[56] *Spolítion* en Procopio; lat. *Spoletium, Spoletum*, hoy Spoleto, en la Umbría.

[57] Hoy Perugia.

[58] Cf. VII 4, 32.

[59] *Praitōríōn éparchos:* cf. *aulês éparchos,* I 24, 11.

[60] Cf. I 10, 1.

[61] Cf. I 12, 11.

[62] Cf. V 5, 3.

[63] Cf. VII 6, 2.

[64] El término *athyróglōssos* («que tiene una lengua sin puertas, que nunca tiene la boca cerrada») es poco usado: cf. EURÍPIDES, *Orestes* 903 y escritores cristianos como CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Pedagogo* III 4, 29, etc. (*athyroglōttía* está, por ejemplo, en POLIBIO VIII 10, 1).

[65] *Drómōnas* («corredores»): los navíos de guerra bizantinos descritos en III 11, 15 s.

[66] Por el contexto se deduce que con estas «sorpresas» o «cosas inesperadas» se está aludiendo a las victorias bizantinas.

[67] Era el 543: cf. VII 1, 49.

[68] Cf. *supra* n. 15.

[69] Cf. *supra* n. 39.

[70] Cf., al respecto, el muy explícito pasaje de TUCÍDIDES III 82, 4 ss.

[71] Para el problema de la relación entre Dios y *týchē* en Procopio y en concreto en todo este pasaje, cf. II 9, 13; III 2, 35; e *Historia secreta* IV 44.

[72] Es decir, «vemos con malos ojos nuestro propio éxito»: una especie de variación del conocido tópico del *phthónos theôn*, la «envidia de los dioses» (cf. *Odisea* IV 181 ss., V 118 ss.; HERÓDOTO I 32; PÍNDARO, *Píticas* X 19 ss.; EURÍPIDES, *Hipólito* 20; JULIANO, *Contra los galileos* 93d ss.; etc.).

[73] O sea, el comportamiento de cada cual en su vida.

[74] Amalasunta, hija de Teodorico, ya aparece en III 14, 5 ss.

[75] Aquí de nuevo *Graikoí* con el matiz despectivo habitual en esta época: cf. V 8, 40.

[76] Psalidio, «el Tijeras»: cf. VII 1, 28 ss.

[77] El sobrino de Vitaliano: cf. VII 6, 8.

[78] Recuérdese que los godos eran arrianos: cf. III 2, 5.

[79] Lat. *Hydrus* o *Hydruntum,* hoy Otranto.

[80] Cf. II 26, 1 ss.

[81] Era el 544: cf. VII 1, 49.

[82] En la *Historia secreta* IV 39, Procopio nos informa de que Belisario, a la sazón *comes sacri stabuli* (jefe de palafreneros imperiales), se comprometió a no pedirle dinero al emperador para esta guerra y a que todos los preparativos corrieran a su cargo.

[83] Lat. *Salonae* o *Salona* (hoy Solin), capital de la antigua Dalmacia, en la costa del Adriático cerca de Spalato (hoy Split). Era la ciudad donde había nacido el emperador Diocleciano.

[84] En Istria. Hoy Pula, en Croacia.

[85] Lat. *Genua,* Génova.

[86] Hoy Tívoli.

[87] Parece que Procopio aquí confunde el Tíber con su afluente por la izquierda el *Anio,* hoy Aniene (o Teverone), que forma la «Gran cascada» de la Villa Gregoriana y alimenta las fuentes de la Villa d'Este.

[88] Algo más de 20 km. La distancia en la actualidad desde Tívoli a Roma es de 32 km.

[89] En el pasaje (y más abajo) se juega con el verbo *epanorthô* y el adverbio *orthôs.*

[90] Recuérdese, por ejemplo, SÓFOCLES, *Antígona* 1023 s. (y cf. el conocido *humanum est errare*).

[91] Cf. el término *týrannos* en I 24, 44.

[92] Quizá esté jugando aquí Procopio, por boca de Belisario (para subrayar el poder de Justiniano), con la expresión *ho mégas basileús.* el «gran rey», por antonomasia el rey de Persia: cf. I 4, 24.

[93] Recuérdese su función de guardia de corps: cf. *supra* n. 15.

[94] Cf. *supra* n. 37.

[95] Hoy Bolonia.

[96] Hoy Ósimo: cf. VI 10, 3 ss.

[97] Algo más de 5 km.

[98] Hoy Rimini: cf. VI 10, 5 ss.;

[99] Hoy Pesaro.

[100] Lat. *Fanum* o *Fanum Fortunae,* hoy Fano.

[101] En VII 6, 8 se encontraba en Espoleto.

[102] Lat. *Firmum Picenum,* hoy Fermo.

[103] Hoy Ascoli Piceno.

[104] Era el 545: cf. VII 1, 49.

[105] Aquí y en VII 13, 20 *anépsios* (cf. *infra* n. 110 acerca de Germano), aunque en las demás menciones Procopio usa normalmente el término *adelphidoûs:* cf. también *Historia secreta* V 7. Sin embargo, en VII 27, 11; VIII 21, 4; 26, 24; 33, 18; y 35, 34 no añade el parentesco (sólo *ho Bitalianoû*).

[106] Cf. *supra* VII 10, 1 ss.

[107] Es una alusión *(tà hópla [...] rhípsantes)* a la deshonrosa *rhípsaspis,* el acto de tirar el escudo para huir: cf., por ejemplo. LISIAS X 9; PLATÓN, *Leyes* 944 b; y cf. en el mismo PROCOPIO I 14, 52.

[108] Entiendo que es oportuno emplear aquí y en el contexto el pronombre de tratamiento.

[109] Cf. VII 1, 18, n. 15.

[110] El término empleado aquí y en otras menciones para el parentesco de Germano con Justiniano es *anépsios* (cf. *supra* n. 105 acerca de Juan) y en VII 40, 5 se dice claramente que Justiniano era tío *(theîos)* de Germano. Para ese matrimonio y las figuras de Germano, su hija Justina y Juan cf. *Historia secreta* V 9 ss., y los comentarios de J. SIGNES CODOÑER en su traducción de esta obra, B.C.G. 279, págs. 176 ss., nn. 72-74.

[111] *Asísē* en Procopio; lat. *A(s)sisium,* hoy Asís.

[112] Según *Historia secreta* V 5 ss., Herodiano desertó y entregó la ciudad porque Belisario le pidió dinero y lo amenazó.

[113] Literalmente «uno de sus lanceros», es decir, uno de los bucelarios de Cipriano: cf., de nuevo, VII 1, 18, n. 15.

[114] Hoy las islas Lípari.

[115] El puerto de Ostia.

[116] Lat. *Placentia,* hoy Piacenza.
[117] Cf. VII 3, 22, n. 35.
[118] Lat. *Centumcellae,* hoy Civitavecchia.
[119] De nuevo para la relación entre Dios y *týchē* cf. *supra* n. 71.
[120] En el Epiro, Lat. *Dyrrachium,* hoy Durrës (ital. Durazzo) en Albania.
[121] Cf. *supra* n. 105.
[122] Este Narsés, como ya se ha visto, era el eunuco intendente del emperador (cf. I 15, 31 y 25, 24), favorito de la emperatriz Teodora y rival de Belisario.
[123] O «el Tragón» *(ho Phagâs):* cf. II 19, 15; 24, 15 (y *supra* VI 23, 3); e *Historia secreta* IV 4 (donde aparece como acusador de Belisario).
[124] Ya han aparecido estos esclavenos en V 27, 2; VI 15, 2; y 26, 18. Sobre los pueblos eslavos antas (transcripción que preferimos a «antes») y esclavenos cf. *Historia secreta* XI 11 y el comentario de J. SIGNES CODOÑER en su traducción de esta obra B.C.G. 279, pág. 217, n. 133 (sólo recordaremos aquí que de los términos griegos *sklavinós* y *sklávos* [lat. *sclavus*] han derivado finalmente tanto el español «eslavo» como «esclavo»).
[125] Cf. la expresión con el verbo *epibaleúō* en HERÓDOTO III 63, 3. Veremos que, en realidad, el usurpador, un guerrero anta, también se llamaba Quilbudio y lo que usurpó fue la personalidad del general romano del mismo nombre.
[126] Lo hizo el 1 de agosto del 527. Era, por tanto, el año 531.
[127] El término griego empleado es *dēmiourgós.*
[128] De forma similar, por tanto, a la aruspicina.
[129] Para los vestidos de estos pueblos Procopio usa los conocidos términos griegos *chitṓn y tribṓnion.*
[130] Para esta prenda, *anaxyrídes* (calzones o pantalones bombachos), pero entre los persas, cf. HERÓDOTO I 71, 2; III 87; V 49, 3; VII 61, 1.
[131] Cf. HERÓDOTO I 202, 1 ss.
[132] Cf. *supra* VII 14, 24. Al nombre «bárbaro» se le da una explicación etimológica por el griego *spóros,* «siembra» (verbo *speirō,* «sembrar, esparcir, diseminar»).
[133] Cf. VII 13, 26.
[134] Cf. VII 13, 20.
[135] Papa del 537 al 555.
[136] Era el 546: cf. VII 1, 49.
[137] Cf. TUCÍDIDES II 51, 5.
[138] Cf. I 15, 23; II 2, 4, etc.
[139] Sicilia.
[140] Literalmente «con las palmas de las manos hacia arriba» (*hyptíais chersí,* expresión que aparece en otros autores).
[141] Cf. *supra* n. 108.
[142] El «medimno» griego equivalía a unos cincuenta y dos litros.
[143] «Sólidos» («sueldos») de oro *(solidi aurei).* El «sólido» es llamado en Procopio *nómisma* (VII 1, 30; 17, 15; 33, 6) o *statḗr* (VII 33, 6). Cf. *infra* n. 264.
[144] Cf. TEOFRASTO, *Historia de las plantas* VII 7, 2.
[145] Cf. VII 13, 19 ss.
[146] El golfo Jónico (el mar Adriático).
[147] Procopio se refiere al sur.
[148] Cf. el intento de VII 9, 22 ss.
[149] Lat. *Brundisium,* hoy Brindisi.
[150] El canal de Otranto. Se entiende que los godos creían que Belisario iría hacia el sur.

[151] Unos 16 km.
[152] Hoy Canosa di Puglia.
[153] Algo más de 4 km.
[154] En el año 216 a. C., durante la Segunda Guerra Púnica.
[155] Cf. *supra* VII 6, 5, n. 55.
[156] Cf. *supra* n. 147.
[157] El estrecho de Mesina: cf. V 8, 1.
[158] Cf. *infra* n. 223. Para el término *autángelos* («anunciándose con su misma presencia») cf. I 7, 3.
[159] Hoy Cervaro.
[160] Cf. VII 18, 9 s.
[161] Cf. *supra* n. 65.
[162] Antonina.
[163] *Phthonerôn daimónōn:* cf. arriba n. 72.
[164] Cf. *supra* VII 19, 7. Las cadenas para impedir el acceso a los barcos enemigos se usaban, por ejemplo, en el llamado Cuerno de Oro de Constantinopla (cf. también III 20, 3).
[165] Cf. *supra* VII 5, 1.
[166] Para el término *énersis* cf. TUCÍDIDES I 6, 3.
[167] Cf. V 19, 4 y 22, 21.
[168] *Tà Christianôn lógia,* es decir, la Biblia (IV 26, 27 s.: *tà theîa lógia).* Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *De vita Constantini* 3, I; SINESIO DE CIRENE, *Carta* 13; etc.
[169] La expresión es comparable a Joel 2, 17 («Perdona a tu pueblo, señor»).
[170] Cf. VII 1, 11, en el elogio de Belisario. Roma cayó en manos de Totilas en diciembre del 546 (cf. *Historia secreta* V 3). Belisario la recuperará, como veremos (VII 24, 1 ss.) al año siguiente, para ser de nuevo conquistada por los godos en el 550 (VII 36, 1 ss.). Finalmente Narsés se la devolverá a Justiniano en el 552 (VIII 33, 24 ss.).
[171] En el original *geróntōn*, como en latín *veterani.*
[172] *Graikôn* en el original: cf. *supra* n. 75.
[173] Cf. n. anterior.
[174] Cf. *supra* n. 18.
[175] Cf. de nuevo n. 75.
[176] Cf. *supra* n. 39.
[177] *Autokrátōr:* cf. I 8, 20.
[178] Ya hemos visto en el mismo Procopio este común tratamiento de cortesía *(béltiste)* y otros semejantes entre generales enemigos: cf., por ejemplo, I 5, 5 *(phíltatoi)*; 1 14, 6 (*phíloi:* y VII 9, 11); II 7, 20 *(hetaîre)* y 21 *(béltiste)*.
[179] Unos 20 km.
[180] Quizá la ciudad de *Algidum* (cf. monte *Algidus*) en el Lacio (hoy Ceraso), aunque se encuentra al este de Roma y a considerable distancia.
[181] Cf. *supra* n. 147.
[182] Tras la batalla de Cannas: cf. *supra* n. 154.
[183] Cf. VII 12, 13 ss.
[184] Procopio está refiriéndose al anfiteatro como lugar en el que se celebraban las conocidas *venationes* o cacerías de animales salvajes.
[185] Cf. VII 12, 19 s.
[186] En el original griego *Táras.*
[187] Aproximadamente 3,5 km. En efecto, la descripción del lugar donde se encuentra Tarento es aquí bastante precisa.

[188] Hoy Acerenza.

[189] Cf. VII 22, 19. A los senadores los dejó luego Totilas en Campania, según se nos dice en VII 26, 2.

[190] Cf. V 14, 15.

[191] *Tríbolos* en griego y «abrojo» en español es tanto la planta como el ingenio defensivo; cf. lat. *ferreos murices:* VALERIO MÁXIMO, *Hechos y dichos memorables* III 7, 2; QUINTO CURCIO, *Historia de Alejandro Magno* IV 13, 36.

[192] En VII 10, 19 ss. no consta este dato.

[193] Era el 547: cf. VII 1, 49.

[194] Cf. VII 11, 4.

[195] Cf. VII 11, 32.

[196] Cf. VII 6, 1.

[197] Cf. VII 25, 5.

[198] La expresión es semejante, incluso en su vocabulario *([…] aiȍn apoíēton títhesthai dýnaito)*, a PÍNDARO, *Olímpicas* II 15 ss. *([…] apoíēton […]/ Chrónos […] dýnaito thémen […])*. Para la idea cf. *Ilíada* IX 249 s.; TEOGNIS I 583 s.; etc.

[199] Cf. VII 12, 19 s.

[200] Como anota J. SIGNES CODOÑER en su traducción de la *Historia secreta* V 9 ss. (B.C.G. 279, en especial pág. 177, n. 74), los enfrentamientos entre Belisario y Juan fueron constantes: cf. *supra* VII 12, 11.

[201] A los senadores: cf. VII 23, 18.

[202] Gr. *Mentoúrna,* lat. *Minturnae.* Recibió el nombre de Traetto hasta el siglo XIX y hoy de nuevo se llama Minturno.

[203] Unos 53 km.

[204] La única palabra griega que había aprendido era *stratēgós,* «general».

[205] Cf. VII 1, 18, n. 15.

[206] Para la expresión cf. HERÓDOTO II 174, 1. En este mismo pasaje herodoteo también se lee el término *philopótēs*, «amigo de la bebida, bebedor», comparable a lo que Procopio escribe a continuación: *méthēs nósōi aneiménos*, «enviciado con la bebida» (en traducción más libre).

[207] Cf. PLINIO, *Historia natural* III 73, 4 s.

[208] Cf. *supra* n. 157.

[209] Podría tratarse de delfines (*skýlax* es el nombre que recibe el delfín en Arión I 8, Bergk, *PLG* III 79) o de algún pez del grupo de los escualos (*skýlion* es el «perro de mar» o «escualo» en ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* en 565a 16 ss.).

[210] Literalmente «perritos»: cf. *kýna thalássion* en I 4, 37 («perro de mar, escualo, tiburón»: cf. OPIANO, *De la pesca* I 373 ss.).

[211] Hoy Corfú.

[212] *Kynòs Kephalȇn,* es decir, Cinoscéfalas en Tesalia.

[213] «Cinocéfalos»: cf., por ejemplo, HERÓDOTO IV 191, 4.

[214] *Lykokranítas* y abajo la montaña *Lýkou Krános:* por etimología popular derivado de *lýkos,* «lobo», y *kraníon.* «cráneo» (aunque el término *krános,* usado por Procopio, es «casco» y por su *ă* no parece que esté emparentada con *kraníon.* que tiene *ā*).

[215] Pisidia era una región de Asia Menor entre Frigia y Panfilia.

[216] Unos 175 km. (cf. VIII 2, 21 ss.).

[217] Hoy Crotona. Realmente Tarento no está en el extremo oriental, sino más arriba.

[218] Un *doryphóros:* cf. *supra* n. 15.

[219] Procopio escribe *Pétra Háimatos (Petra Sanguinis).*

[220] Algo más de 10 km.

[221] Quizá hoy Rossano.

[222] Unos 123 km.

[223] Hoy Reggio di Calabria, prácticamente en la punta de la bota de Italia.

[224] *Hēbēdòn hápantas:* cf. HERÓDOTO I 172, 2; y PROCOPIO I 5, 13; II 8, 34; etc.

[225] Cf. II 14, 6; *Historia secreta* XII 17, XVIII 41 ss. (y el comentario de J. SIGNES CODOÑER en su traducción de esta obra, B.C.G. 279, pág. 269, n. 236).

[226] Más de 8 m. (el codo, *pêchys,* equivale a 0,444 m.). Cf. *Historia secreta* XVIII 39.

[227] Al sur, en el Alto Egipto.

[228] El Bajo Egipto.

[229] Por los detalles del relato parece que se trataba de una orca (cf., por ejemplo, ELIANO, *Historia de los animales* XV 2).

[230] O Sangario, río de la antigua Frigia que desembocaba en el Ponto Euxino, el mar Negro (lat. *Sagaris, Sangarius*): cf. APOLONIO RODIO II 722; PLINIO, *Historia natural* VI 4, 2 ss.

[231] 13,5 m. por 4,5 m. aproximadamente.

[232] La expresión es idéntica a la de TUCÍDIDES I 97, 2.

[233] Era el 548: cf. VII 1, 49.

[234] Cf. VII 27, 13.

[235] El 28 de junio del 548: cf. *Historia secreta* V 23.

[236] Cf. VII 27, 16.

[237] La guerra contra los medos o persas: *ho Mēdikòs pólemos.* El tratado de paz por cinco años que se firmó en el 545 llegaría a su fin en un plazo relativamente breve y había que estar preparado (cf. II 28, 11; 30, 48 s.).

[238] Cf. el término *týrannos* en I 24, 44; VII 11, 7.

[239] Cf. IV 28, 29 s.

[240] Cf. IV 26, 33; 27, 20; 28, 42 s.

[241] A Juan Troglita: cf. IV 28, 45.

[242] Los *foederati* eran tropas privadas a las órdenes de un *comes:* cf. III 11, 2 s. (y el comentario de J. A. FLORES RUBIO en su ya citada traducción de la *Guerra vándala,* B.C.G. 282, pág. 131, n. 194).

[243] Cf. *Historia secreta* XVII 24 s. (y el comentario de J. SIGNES CODOÑER en su traducción de esta obra B.C.G. 279, págs. 257 s., n. 208).

[244] Hay una laguna en los manuscritos que Haury corrige en parte y completa con la conjetura que traducimos.

[245] Cf. *supra* n. 110.

[246] Es decir, de la dinastía parta de los Arsácidas, que reinaron en Armenia: cf. I 5, 10 (y II 3, 32). Artabanes también pertenecía la familia de los Arsácidas: cf. IV 27, 16.

[247] Para la expresión cf. DEMÓSTENES XIX 197.

[248] Intentamos reproducir el juego de palabras del original: *andreîón te kaì andrógynon* («valiente y afeminado»).

[249] Cf. IV 28, 1 ss.

[250] Cf. IV 27, 9 ss.

[251] Cf. II 3, 28 ss.

[252] Cf. *supra* n. 168 (y VII 35, 11).

[253] Cf. I 10, 1.

[254] PROCOPIO nos informa en I 5, 4 que el término persa «canaranges» equivalía a «general» (como nombre propio cf., por ejemplo, I 21, 4). Cf. «mirranes» en I 13, 16 (y como nombre propio en II 30, 7).

[255] Sobre *hierón,* «santuario», y *neṓs*, «templo» (ambos por «iglesia»), cf. *supra* n. 167.

[256] Cf. VII 31, 17 s.

[257] Cf. I 5, 35.

[258] Y así lograr su confesión.
[259] Procopio viene a decir: el que calla otorga.
[260] Cf. la expresión, por ejemplo, en II 30, 54.
[261] Cf. V 13, 15 ss.
[262] Hoy Marsella.
[263] Hoy Arles.
[264] «Sólido» o *nómisma* en Procopio: cf., por ejemplo, VII I, 30; 17, 11 y 15; *Historia secreta* XXV 12.
[265] Cf. III 2, 2.
[266] En la antigua Panonia. Hoy Mitroviça: cf. *Historia arcana* XVIII 18.
[267] Seguramente la capital de la provincia de *Noricum,* la ciudad de *Noreia,* hoy Neumarkt.
[268] Es decir, en la orilla sur del Danubio.
[269] Hoy Belgrado.
[270] Cf. *supra* n. 242.
[271] Sobre el pago de tributos a los bárbaros (cf. I 22, 3 ss.; II 10, 24; VII 33, 9, etc.) a cambio de la paz cf. *Historia secreta* VIII 5 s. (y el comentario de J. SIGNES CODOÑER en su traducción de esta obra, B.C.G. 279, pág. 195, n. 103, donde califica este procedimiento de «principio de la diplomacia imperial» a lo largo de su historia).
[272] Cf. *supra* n. 108. En este discurso se deja ver especialmente la cortesía, interesada por supuesto, de los embajadores.
[273] O sea, en materia religiosa, puesto que no eran arrianos como los godos.
[274] En VII 30, 15 ss. estaba en Piceno.
[275] Cf. VI 14, 37.
[276] La digresión comenzó en VII 31. Para la expresión cf. *supra* n.
[277] Cf. VII 25, 24. De la inutilidad de esta segunda campaña italiana también se hace eco PROCOPIO en *Historia secreta* V 1.
[278] La guerra vándala.
[279] *Panteíchion* («todo amurallado»), hoy la turca Pendik, en la orilla asiática del Bósforo.
[280] Quizá, por error, Cetego (VII 13, 12), en opinión de Haury.
[281] Entre monofisitas y calcedonianos. Cf. VII 32, 9; e *Historia secreta* XIII 7 (y el comentario de J. SIGNES CODOÑER en su traducción de esta obra. B.C.G. 279, págs. 234 ss., n. 170).
[282] *Drómōnes:* cf. *supra* n. 65.
[283] Era el 549: cf. VII 1, 49.
[284] La *Porta Ostiensis.*
[285] Cf. *supra* n. 167.
[286] Cf. *supra* n. 167.
[287] Cf., por el contrario, VII 22, 19.
[288] Cf. VII 24, 27.
[289] Cf. VII 36, 1 ss.
[290] El de Mesina.
[291] Cf. *supra* n. 177.
[292] Cf. VII 36, 6.
[293] Hoy el Maritza.
[294] Recuérdese nuevamente lo dicho en n. 15.
[295] Los *candidati* eran oficiales que servían en la corte y que se distinguían por sus túnicas blancas (lat. *candidus*.)
[296] Hoy la turca Chorlou.
[297] Cf. VII 14, 2 s. (aunque ahí mismo escribe Procopio que hunos, antas y esclavenos ya habían cruzado

muchas veces el Istro).

[298] En la zona de la actual Kavala, frente a la isla de Taso.

[299] Cf. *supra* n. 224.

[300] Otros casos de empalamiento se leen en II 11, 37 s.; 17, 11 s.

[301] Tras el complot contra Justiniano: cf. VII 32, 42 ss.

[302] Cf. VII 37, 24 ss.

[303] Cf. *Historia secreta* V 9 s.

[304] La guerra vándala se desarrolló entre el 532 y el 548. Para Estotzas cf. III 11, 30; y IV 15, I ss.

[305] Cf. IV 16, 8 ss.; y 17, 1 ss.

[306] Cf. III 14, 5.

[307] Es decir, «bucelarios», como se ha repetido en varias ocasiones: cf. *supra* n. 15.

[308] Cf. VII 37, 17 s.

[309] Era el 550: cf. VII 1, 49.

[310] Hoy Sofía, capital de Bulgaria.

[311] Hoy Nis, en Serbia y Montenegro.

[312] Hoy Salónica.

[313] Sobre antas y esclavenos cf. VII 14, 22 ss.

[314] En el año 550.

[315] Que en un principio estaba bajo su mando: cf. VII 39, 6 ss.

[316] La mayor de las islas Jónicas.

[317] Hoy Meleda (Mljet), casi enfrente de Dubrovnik.

[318] *Koiaístōr:* PROCOPIO equipara su cargo (para el que arriba ha usado el término griego *páredros,* que hemos traducido por «asesor») con el de *quaestor,* alto magistrado del imperio bizantino que se denominaba *quaestor sacri palatii* y ejercía en buena medida el poder judicial (cf. *Historia secreta* VI 13, XIV 3, XX 15).

[319] Cf. *supra* n. 123. Estos acontecimientos se encuadran en el invierno del 550-551.

[320] Hoy la turca Edirne.

[321] Para la construcción *([…] stratoû es oligōrían trapómenoi)* cf. TUCÍDIDES II 52, 3.

[322] Antigua comarca de Tracia entre Adrianópolis y Bizancio.

[323] Cf. II 4, 8; y *Sobre los edificios* IV 9, 6.

LIBRO VIII
(GUERRA GÓTICA IV)

SINOPSIS

1. El plan que Procopio ha seguido en sus obras anteriores y la organización del presente libro. Al año siguiente de la tregua por cinco años con los persas, un ejército medo invade Cólquide. Amplia digresión sobre los habitantes y las regiones del Ponto Euxino.—2-3. Continúa la digresión. Noticias sobre los hunos y los abasgos.—4. Sigue la digresión. Los abasgos le piden un obispo a Justiniano.—5. Sobre los godos tetraxitas y los escitas. La Táurica y el Bósforo.—6. Distintas opiniones sobre los límites de Europa y Asia. Sobre el Ponto Euxino, sus límites y su corriente en el Bósforo.—7. Por qué Cosroes intentó conquistar Daras. Fin de la digresión.—8. En una orilla del río Hipis acampa el ejército persa y en la otra el de los lazos y los romanos. Discurso de Gubaces a las tropas lazas que querían atacar en vanguardia. El ejército del emperador y la batalla. Fin de la invasión persa de la Cólquide.—9. Los lazos acusan a Dagisteo ante el emperador, quien lo encarcela y nombra a Besas general de Armenia. Por qué los abasgos hicieron defección de los romanos. Justiniano ordena a Besas que envíe un ejército contra los abasgos. La batalla en la fortaleza de Las Quebradas. La victoria romana.—10. Los apsilios hacen defección de los lazos, pero tras algunos incidentes y la llegada de Juan Guces vuelven a quedar sometidos a ellos. El hijo de Cosroes, Anasozado, se alza contra su padre y sufre un cruel castigo.— 11. Termina la tregua de cinco años. El embajador persa Isdigusnas. El asedio romano de Petra y sus dificultades. En el ejército romano hay guerreros sabiros, que inventan allí mismo un nuevo tipo de ariete. La batalla más feroz de aquellos tiempos. Los romanos toman Petra. Unos quinientos bárbaros se hacen fuertes en la acrópolis.— 12. Los bárbaros de la acrópolis no aceptan la propuesta romana, pero Besas manda a un soldado romano para convencerlos. Los persas no ceden y perecen en las llamas de un incendio. La importancia de Petra para Cosroes. El ingenioso sistema de conducción de aguas de la ciudad. Besas gana de nuevo la admiración del pueblo.—13. Merméroes, que se dirigía con su ejército a Petra, se entera de lo ocurrido y regresa a la orilla derecha del Fasis. Las plazas de Escanda y Sarapanis. Merméroes avanza contra los romanos acampados en la desembocadura del Fasis y, como se habían retirado, se dirige contra Arqueópolis. —14. La ciudad de Arqueópolis. El plan de Merméroes: los sabiros y los dolomitas de su ejército. El ataque con elefantes. El resultado favorable a los romanos. Merméroes se retira a Moqueresis.—15. Una nueva tregua de cinco años firmada entre romanos y persas. Justiniano paga a Cosroes grandes sumas de dinero. Las quejas de los romanos. El embajador Isdigusnas goza en la ciudad de plena libertad en todos los aspectos. El calor sofocante del verano se prolonga hasta el otoño. Algunos lo tomaron como una señal.—16. La fortaleza de Utiméreo y toda Lázica quedan bajo dominio persa. Gubaces

y los lazos se esconden en las montañas. Merméroes le escribe una carta a Gubaces para que luche en campo abierto, se entregue o se marche del país. Gubaces, sin embargo, se decide a esperar la ayuda romana.—17. Unos monjes vienen de la India y le enseñan a Justiniano cómo se produce la seda. Traen a Bizancio los huevos de los gusanos. Cosroes firma la tregua tras recibir el dinero, aunque manda tropas a Merméroes para que gane las fortalezas de Lázica. Al final se retira sin conseguir nada. La favorable situación en Libia.—18. Los acontecimientos en Europa. Gépidas y longobardos. Firman un pacto, pero vuelven a entrar en guerra. Los gépidas se alían con los hunos cutriguros y los romanos recurren a los utiguros, que vencen a aquéllos en una batalla.—19. Los esclavos romanos de los cutriguros logran huir y el emperador entra en conversaciones con estos hunos para llegar a un acuerdo. Les concede a los cutriguros algunos terrenos en Tracia. El rey de los utiguros manda una embajada para quejarse ante Justiniano. El emperador se limita a consolarlos con regalos.—20. La guerra entre los varnos y los de la isla de Britia. Situación de esta isla y pobladores. El jefe de los varnos, Hermegisclo, enviuda y se casa con la hermana del jefe de los francos. Como veía más útil establecer vínculos matrimoniales con los francos que con los britios, antes de morir aconseja que su hijo Radigis, el que tuvo con su primera mujer, se case con su madrastra. La prometida del hijo de Hermegisclo era de la isla de Britia y, al verse insultada, entra en guerra con los varnos. Las tropas de la joven capturan a Radigis que, ya ante su anterior prometida, le pide perdón y le promete que se casará con ella. Ésta accede a soltarlo y él repudia a su esposa, antes su madrastra. Una muralla divide la isla de Britia en dos partes. Una leyenda sobre Britia como «Isla de los Muertos».—21. Continúa la guerra gótica. Belisario en Bizancio. Fin del decimosexto año de la guerra. Justiniano no nombra a Juan (el de Vitaliano) general de la guerra contra los godos, sino a Narsés. Las supuestas razones del emperador.—22. Preparativos de Totilas. El amor de los romanos a su ciudad. La nave de Eneas. Totilas manda una flota a Grecia. La geografía y los datos actuales en relación con los que ofrece la antigüedad: el ejemplo de Odiseo y Agamenón. La flota de los godos llega a Corcira y al continente griego.—23. Los godos bloquean por tierra y mar Ancón. Valeriano y Juan acuden en su ayuda. Ambos ejércitos frente a frente. Arengas de los comandantes. La batalla. La falta de experiencia de los godos en el combate naval y su derrota. Esta batalla supuso un duro golpe para Totilas.—24. La situación en Sicilia. Artabanes al mando del ejército. Los francos aprovechan la guerra entre godos y romanos para adueñarse de territorios. Alianza entre godos y francos. Después de morir el caudillo franco Teodiberto, lo sucede su hijo Teodibaldo y Justiniano intenta una alianza con él. Teodibaldo manda embajadores a Bizancio. Totilas ocupa Córcega y Cerdeña. Juan Troglita acude con una flota pero es rechazado. Algunas singularidades de estas islas.—25. Los esclavenos se lanzan sobre Iliria, apoyados por los gépidas. Romanos y gépidas firman una alianza, pero Justiniano con ciertas excusas la

rompe y continúa aliado con los longobardos. En Grecia se producen violentos terremotos. Hechos extraordinarios a raíz de esto. Sucesos en Italia. Fin del decimoséptimo año de la guerra.—26. El emperador envía tropas a Italia. Los bárbaros se retiran de Crotón. Narsés marcha contra Totilas con un gran ejército y con los aliados. Los godos impiden su avance excepto por la costa.—27. El longobardo Ildigisal (Ildiges) se traslada a Bizancio y Justiniano le dispensa honores. Ildigisal huye de Bizancio con Goar. Tras varios sucesos, se van con los gépidas. Ustrigoto huye de los gépidas a los longobardos. Gépidas, longobardos y romanos firman la paz. La historia de Ildigisal y Ustrigoto.—28. Narsés en Rávena. Carta del godo Usdrilas. El puente de Arímino. Usdrilas muere en la escaramuza.—29. Totilas sale al encuentro de los romanos y ambos ejércitos acampan cerca de Taginas *(Tadina)*. Cincuenta hombres de Narsés defienden con éxito una posición estratégica contra los godos.—30. Arengas de Narsés y Totilas antes de la batalla.—31. Ambos ejércitos se colocan en formación. Combate singular entre Cocas y Anzalas. Totilas pretende retrasar la batalla evolucionando con su caballo delante del ejército enemigo.—32. Totilas intenta sorprender a los romanos. Narsés cambia la formación. Desventaja del ejército godo. Ataque y derrota de la caballería de Totilas, que se repliega en desorden y provoca el caos y el desastre de la infantería. Huida y muerte de Totilas. Sus soldados lo entierran en Capras. Los romanos se enteran y acuden a aquel lugar. Lo desentierran, vuelven a enterrarlo e informan de todo a Narsés. Otra versión sobre la muerte de Totilas.—33. Narsés despide a las tropas longobardas. Los godos supervivientes nombran como jefe a Teyas, quien se va ocupando de restablecer la situación. Narsés marcha contra Roma. Se le rinde Perusia. Los preparativos de los godos en Roma. La muralla de Roma y el asalto. Consideraciones de Procopio acerca de cómo la fortuna juega con los hombres: los casos de Besas y Dagisteo. Narsés avanza contra la fortaleza en la que los godos se habían atrincherado. Los godos se rinden y Narsés envía las llaves de Roma al emperador.—34. En su retirada los godos causan grandes daños. El caso del godo Ragnaris. Teyas busca una alianza con el franco Teodibaldo, pero los francos pretendían quedarse con Italia ellos solos. Narsés asedia Cumas. Teyas renuncia a aliarse con los francos y marcha hacia Campania para enfrentarse a sus enemigos. Allí también acude Narsés con todo su ejército.—35. El monte Vesubio. Posiciones de ambos campamentos. Los romanos les cortan a los godos la llegada de suministros por mar y éstos se refugian en un monte cercano. Pero los godos, acuciados por la falta de víveres, se lanzan contra el ejército romano. El heroísmo de Teyas y su muerte. Los godos siguen luchando, pero finalmente se rinden con la condición de que les dejen marcharse con su dinero y vivir luego como un pueblo independiente. Narsés, por consejo de Juan el de Vitaliano, se lo concede. Mientras, mil godos bajo el mando, entre otros, de Indulfo se retiran a Ticino y a las tierras al norte del Po. Los demás bárbaros confirman bajo juramento el acuerdo. Acaba

el año decimoctavo de la contienda y con él la guerra gótica.

Todo lo que hasta aquí he referido, lo he puesto por escrito, [**1**] en la medida en que me ha resultado posible, separando los contenidos de mis libros y adecuándolos a los lugares en los que vinieron a suceder las acciones de guerra[1]. Asimismo dichos libros ya han aparecido publicados en todas partes del imperio romano. Pero a partir de ahora la organización de las materias ya no la haré de dicha manera. Pues, [2] como mis escritos han salido a la luz en su totalidad, no tenía ya forma de ir añadiéndoles adecuadamente los sucesos posteriores, sino que los acontecimientos de cada una de estas campañas, incluida también la guerra contra el pueblo medo (ahora que ya he publicado las anteriores partes), los pondré por escrito todos juntos en este libro[2], de modo que aquí el relato histórico necesariamente se organiza sin unidad temática[3].

[3] Pues bien, todo lo que ocurrió hasta el cuarto año de la tregua por un quinquenio, firmada por romanos y persas, ya lo he referido en los anteriores libros[4]. Pero al año siguiente[5], un enorme ejército persa invadió la tierra de Cólquide[6]. [4] Estas tropas iban a las órdenes de un persa llamado Corianes, un hombre curtido en muchísimas batallas, y lo seguían como aliados, en gran número, guerreros bárbaros del pueblo [5] alano[7]. Este ejército, al llegar a la región de Lázica que se conoce como Moqueresis, permaneció allí acampado en [6] un lugar a propósito. Corre por allí el río Hipis, que no es grande ni navegable y puede ser vadeado tanto por jinetes como por infantería, y fue a su derecha donde construyeron la empalizada, pero no en la ribera, sino a mucha distancia.

[7] Pero con el fin de que a los lectores les quede clara la geografía de Lázica y qué pueblos están en ella asentados, y no se vean en el aprieto de tener que discutir sobre materias que les son desconocidas, como quienes persiguen fantasmas[8], no me ha parecido desacertado describir en este punto de mi relato cómo se reparten las gentes que habitan el llamado Ponto Euxino. Y no es que yo ignore que sobre esta cuestión ya han escrito algunos autores antiguos, sino que pienso que no todo lo han dicho con la suficiente rigurosidad. Algunos [8] de ellos[9], por ejemplo, afirmaron que los colindantes con los trapezuntinos son o los sanos, que ahora reciben el nombre de tzanos, o los colcos, y a otros los llamaron lazos, a quienes hoy también se les da aquel nombre[10]. Pero no es cierto ni lo uno ni lo otro, pues los tzanos habitan muy lejos de la costa, [9] junto a los armenios en el interior. Hay muchas montañas situadas en medio, que son intransitables y muy escarpadas, y un amplio territorio siempre deshabitado y desfiladeros sin salida[11], colinas muy boscosas y barrancos por donde no se puede pasar: todo esto es lo que separa del mar a los tzanos. Además, no hay forma de que los lazos no sean colcos, porque [10] habitan junto al río Fasis, y lo único que han cambiado los colcos es su nombre por el de lazos en la actualidad, como ocurre con ciertos pueblos y muchas otras realidades. [11] Aparte de esto, también el largo tiempo transcurrido desde

que escribieron aquellas obras ha ido introduciendo continuas novedades en el desarrollo de los acontecimientos y ha podido transformar en buena medida el anterior estado de cosas, con migraciones de pueblos y sucesivos cambios de gobernantes y de nombres. Fue precisamente esto lo que [12] me pareció muy necesario examinar, sin pararme en explicaciones míticas sobre estas regiones o en datos, por lo demás anticuados, ni en discutir sobre el sitio del Ponto Euxino donde dicen los poetas que fue atado Prometeo[12], que yo creo [13] que la historia es algo muy distinto de la mitología[13]. Mi intención, por el contrario, es repasar detenidamente los nombres y los hechos que atañen hoy día a cada uno de aquellos lugares.

[**2**] Pues bien, el Ponto[14] empieza desde Bizancio y Calcedón[15] [2] y termina en la tierra de Cólquide. Cuando se va navegando hacia este mar, la zona que queda a la derecha la habitan los bitinios y, a continuación, los onoriatas y los paflagones, que ocupan, entre otros lugares, las ciudades costeras de Heraclea y Amastris[16]. Más allá se encuentran los que se llaman pónticos, hasta las fronteras de la ciudad de Trapezunte[17]. Allí hay otras localidades habitadas en la costa, como Sínope y Amiso[18], y muy cerca de Amiso la llamada Temiscuro y el río Termodonte[19], donde, por cierto, afirman que tuvo su original asentamiento el ejército de las Amazonas. Pero sobre las Amazonas [3] escribiré un poco más abajo[20]. El territorio trapezuntino se extiende hasta la aldea de Susúrmena y el lugar llamado Riceo[21], que está a dos jornadas de Trapezunte por el camino de la costa hacia Lázica. Pero ahora que menciono Trapezunte, [4] no debo pasar por alto una cosa extrañísima que allí ocurre. En efecto, la miel que se produce en todos los lugares de las cercanías de Trapezunte es amarga[22] y sólo aquí se aparta de lo que es la opinión generalizada sobre esta sustancia[23]. A [5] la derecha de esta comarca se elevan todas las montañas de Tzánica y más allá habitan los armenios, que están sometidos a los romanos[24].

De estas montañas de Tzánica baja el río de nombre Boas, [6] que viene por parajes llenos de espesura y, tras recorrer una región montañosa, se acerca bastante al territorio de Lázica y desemboca en el que se conoce como Ponto Euxino[25], pero sin llamarse ya Boas. Cuando llega a las proximidades del [7] mar, pierde ese nombre y toma otra denominación acorde con aquel sitio: el nombre que recibe le viene de sus características. Pues desde allí hasta su desembocadura lo llaman [8] Acampsis los lugareños y es por esto: porque no hay manera de pasar por él[26] en el punto donde su caudal se mezcla con el mar. En efecto, es tan fuerte y rápida la corriente en la desembocadura y provoca delante una agitación tal de las aguas que se adentra muchísimo en el mar y hace que sea imposible atravesarlo navegando. Los barcos que van por esa zona del Ponto, ya naveguen en dirección a Lázica o hayan [9] zarpado de allí, no pueden mantener el rumbo recto, pues no tienen potencia en absoluto para pasar la corriente del río, sino que

se internan muchísimo en aquel mar y avanzan hasta la parte central del Ponto y es así como pueden sortear la desembocadura del río. Esto es lo que cabe decir respecto al río Boas.

[10] Más allá de Riceo se hallan los confines de unos pueblos independientes que habitan justo entre romanos y lazos. Hay allí una aldea llamada Atenas[27], y no, como algunos creen, porque unos colonos atenienses se asentaran ahí, sino porque una mujer de nombre Atenea en tiempos pasados había sido dueña y señora de este lugar y su tumba aún está allí hasta [11] hoy día. Más allá de Atenas se encuentran Arcabis y Apsarunte[28], una antigua ciudad a tres días de camino, más o menos, [12] de Riceo. Se llamaba primitivamente Apsirto[29] y se le había puesto el mismo nombre que el del joven por la desgracia que éste sufrió. Pues fue ahí, según cuentan los lugareños, donde Apsirto desapareció de entre los vivos, víctima de las maquinaciones de Medea y Jasón, y por eso tomó su nombre este lugar: en efecto, él murió allí y el sitio recibió de él su [13] nombre. Pero el larguísimo tiempo que ha transcurrido desde entonces y durante el que han tenido sucesivo apogeo incontables generaciones humanas, ha conseguido, por una parte, borrar toda la serie de acontecimientos de los que se gestó ese nombre y, por otra, modificar la denominación del lugar en la forma en que actualmente aparece. Del tal Apsirto hay incluso [14] una tumba al este de la ciudad. En la antigüedad era muy populosa y en su momento llegó a rodearla una gran extensión de murallas. Estaba embellecida con teatro e hipódromo y con todas las demás cosas que suelen manifestar la grandeza de una ciudad. Pero ahora ya no queda nada de esto, salvo los cimientos de sus trazas.

De modo que con razón podría uno extrañarse de que haya [15] quienes afirman que el territorio de los colcos confina con el de los trapezuntinos. Si así fuera, parecería que Jasón, tras llevarse el vellocino en compañía de Medea, no huyó hacia Grecia y su tierra patria[30], sino en dirección contraria, hacia el río Fasis y los pueblos bárbaros de las regiones más interiores. Lo cierto es que, según dicen, en tiempos del emperador Trajano[31] [16] había tropas romanas instaladas allí y en toda la comarca hasta los lazos y saginas. Pero en la actualidad quienes habitan [17] allí no son ni súbditos de los romanos ni del rey de los lazos, si exceptuamos el hecho de que los obispos lazos les ordenan a sus sacerdotes, dado que son cristianos. Como quieren ser [18] aliados y amigos de ambos, firmaron el acuerdo para siempre de ponerles escolta cada vez que unos viajeros pasaran de una zona a la otra, cosa que, al parecer, siguen haciendo hasta nuestros días, pues a los mensajeros que un monarca [19] envía al otro los escoltan, en efecto, embarcándolos en sus propias naves. Pero, desde luego, hasta este momento no han quedado sometidos al pago de ningún tributo. A la derecha [20] de estos lugares se elevan unas montañas muy abruptas y se abre una inmensa extensión de territorio yermo. Más allá habitan los llamados persarmenios y los armenios, que son súbditos de los

romanos y que se extienden hasta los confines de Iberia[32].

[21] Desde la ciudad de Apsarunte a la de Petra[33] y las fronteras de Lázica, donde acaba el Ponto Euxino, hay un día de camino. La costa en la que allí termina este mar tiene forma [22] de media luna[34]. La travesía de esta media luna supone navegar unos quinientos cincuenta estadios[35]: toda la región de [23] detrás es Lázica y por este nombre se la conoce. Más allá, en el interior, están Escimnia y Suania, pueblos que son súbditos de los lazos. De hecho, quienes gobiernan a esas gentes son de la misma raza que los lazos, y cuando alguno de ellos llega al fin de sus días, es siempre el rey de Lázica quien acostumbra [24] a designarles a otro en su lugar. Al lado de este territorio, muy cerca de la misma Iberia, son los mescos, súbditos de los iberos desde época antigua, quienes habitan en las montañas. [25] Pero las montañas de los mescos no son ni escabrosas ni infértiles, sino que producen en abundancia todo tipo de buenos frutos, porque no sólo son los mescos expertos agricultores [26] sino que también coincide que allí hay viñedos. Pero este territorio está encerrado por montañas muy altas, de mucha espesura y tan inaccesibles que dan miedo. Esta cordillera se extiende hasta el Cáucaso y detrás, hacia el este, se encuentra Iberia, que llega hasta Persarmenia.

[27] A través de las montañas que allí se elevan baja el río Fasis, que nace en el Cáucaso y desemboca en el centro de la media [28] luna del Ponto[36]. Por eso algunos creen que sirve de frontera a ambos continentes: lo de la izquierda, en el sentido descendente de su curso, es Asia, y lo de la derecha se llama Europa. Pues bien, el caso es que toda la zona habitada por los [29] lazos cae hacia la parte de Europa, mientras que en la otra no tienen los lazos ni ciudad, ni fortaleza ni aldea digna de consideración, si se exceptúa Petra, anteriormente edificada allí por los romanos. En algún sitio de esta parte de Lázica se guardaba, [30] al decir de los lugareños, el famoso vellocino[37] por causa del cual quedó construida y torneada, según el mito que cuentan los poetas, la nave Argo. Pero, en mi opinión, lo que dicen no es verdad en absoluto. Pues Jasón, creo yo, no habría [31] podido esconderse de Eetes y salir de allí con el vellocino en compañía de Medea, a no ser que el palacio y las demás zonas habitadas por los colcos hubieran estado separados por el río Fasis del lugar donde coincidía que se hallaba el vellocino, que es también lo que dan a entender los poetas que escribieron sobre tal asunto[38]. El Fasis, pues, corre por donde he [32] explicado y desemboca en el Ponto Euxino, aproximadamente en su punto más extremo[39]. En la punta del creciente que está en el lado de Asia[40], se encuentra la ciudad de Petra y en la costa de enfrente, hacia la parte de Europa, está la tierra de los [33] apsilios. Estos apsilios son súbditos de los lazos y cristianos ya de antiguo, al igual que todos los demás pueblos que he mencionado en este pasaje.

[**3**] Por encima de este territorio está el monte Cáucaso. Este monte, el Cáucaso, se

eleva a tan gran altura que en sus cumbres no la tocan nunca ni lluvia ni nieve, porque resulta que están por encima de todas las nubes. Pero las laderas centrales [2] hasta su falda están constantemente nevadas. De esto se verifica que sus estribaciones están muy altas, y no por debajo de los riscos más elevados del resto de las montañas. [3] En cuanto a las estribaciones del monte Cáucaso, unas están en dirección noroeste y llegan hasta Iliria y Tracia[41]; las otras en dirección sureste y alcanzan hasta los mismos pasos a través de los cuales se comunican los pueblos hunos que allí [4] habitan con el territorio persa y romano. Uno de estos pasos recibe el nombre de Tzur; y el otro se llama de antiguo la Puerta Caspia[42]. Estas tierras que se extienden desde el monte Cáucaso hasta las Puertas Caspias las ocupan los alanos[43], un pueblo independiente que la mayoría de las veces se alía con los persas para entrar en guerra contra los romanos u otros enemigos. Esto es, en efecto, lo que cabe decir en relación con el monte Cáucaso.

[5] Los hunos llamados sabiros[44] habitan allí, y también otros pueblos hunos. De allí afirman que proceden las Amazonas y que luego asentaron su campamento en las cercanías de Temiscuro y del río Termodonte, como poco más arriba he dicho[45], donde está actualmente la ciudad de Amiso. Pero hoy [6] día en ningún lugar de las inmediaciones del monte Cáucaso se conserva el recuerdo o el nombre de las Amazonas; aun así, tanto Estrabón[46] como algunos otros han hablado mucho sobre ellas. Pero a mí me parece que en lo relativo a las Amazonas [7] quienes dijeron más verdad que nadie son los que afirmaron que nunca ha existido una raza de mujeres varoniles[47] y que tampoco la naturaleza humana sobresaliera en el Cáucaso, sólo allí, de sus normas establecidas, sino que unos bárbaros de aquellas tierras con un gran ejército y en compañía de sus mujeres marcharon en expedición a Asia y acamparon junto al río Termodonte. Allí dejaron a las mujeres y, mientras ellos efectuaban sus correrías por gran parte del territorio de Asia, se toparon con los pobladores de aquellas regiones y todos perdieron la vida, de modo que ni uno sólo de ellos regresó al atrincheramiento donde estaban las mujeres. Así pues, en adelante, estas mujeres se vieron forzadas, por miedo a los habitantes de los alrededores y por falta de víveres, a revestirse de hombría contra su voluntad y a coger todos los avíos y las armas que los varones habían dejado en el campamento. De esta manera, perfectamente armadas, hicieron alarde de valor en hazañas de gran mérito, propias de hombres, y a esto las impelía no otra cosa que la necesidad, hasta que todas fueron aniquiladas. Que esto ocurrió más o menos así y que [8] las Amazonas integraron la expedición junto con los hombres, es lo que yo creo, basándome en lo que también coincide que ocurre ahora en mi propia época. Pues las costumbres que se [9] van transmitiendo a los descendientes vienen a ser una clara muestra de la índole de sus antepasados. Lo cierto es que, [10] cuando con frecuencia los hunos han efectuado incursiones en el territorio romano y han entrado en combate con quienes les salían al paso, algunos de ellos han resultado muertos allí y, tras la

retirada de los bárbaros, los romanos han examinado los cadáveres de los caídos y han encontrado mujeres entre [11] ellos. Desde luego, ningún otro ejército de mujeres ha hecho su aparición en ningún sitio de Asia o de Europa. Ni tampoco tenemos noticias de oídas de que en las montañas del Cáucaso no haya habido nunca población varonil. En fin, sobre las Amazonas baste con lo dicho.

[12] Más allá de los apsilios y de la otra punta del creciente[48], en la costa, habitan los abasgos, que se extienden hasta las montañas del Cáucaso. Los abasgos estaban de antiguo sometidos a los lazos, pero los gobernantes que tenían siempre [13] eran dos de su misma sangre. Uno de ellos residía en la parte de su territorio que se encuentra hacia el oeste y el otro en la [14] oriental. Estos bárbaros rendían culto, incluso hasta mi propia época, a sotos y bosques, pues en su simpleza de bárbaros suponían [15] que los árboles eran dioses. A manos de sus gobernantes sufrían un trato terrible por la gran avaricia de éstos. Y es que sus dos reyes, a todos los niños de su pueblo que se veían con cara bonita y bello cuerpo, se los arrancaban sin vacilar de los brazos a sus progenitores y los convertían en eunucos para venderlos en el territorio romano por mucho dinero a quienes [16] quisieran comprarlos. A sus padres los mataban de inmediato para que ninguno de ellos intentara nunca vengarse del rey por el crimen cometido contra sus niños y para que no hubiera allí ningún súbdito a quien tuvieran por sospechoso. Fue la hermosura [17] de sus hijos lo que resultó la ruina de sus padres, pues los infelices eran aniquilados por esa fatalidad que constituía para ellos el mortal atractivo físico de sus niños. Por eso, en su mayoría, los eunucos de los romanos y, especialmente, los de la corte imperial coincidía que eran abasgos de origen. Pero [18] el caso ha sido que durante el reinado del actual emperador Justiniano los abasgos han reformado todas sus costumbres y las han vuelto más civilizadas. En efecto, adoptaron el cristianismo [19] e incluso el emperador Justiniano les envió a uno de los eunucos de palacio, abasgo de origen, llamado Éufratas, y les prohibió expresamente a sus reyes que en adelante privaran de sus atributos masculinos a ningún hombre de su pueblo, cometiendo con un cuchillo lo que era una violación de la naturaleza. Esto lo escucharon gratamente los abasgos y, animados por la imposición del emperador romano, fueron [20] ya oponiéndose con todas sus fuerzas a esta práctica, pues el miedo que cada cual tenía era llegar alguna vez a ser padre de un hijo bien parecido. También por entonces el emperador [21] Justiniano mandó erigir en territorio abasgo un santuario[49] de la Madre de Dios[50], designó a sus sacerdotes e hizo que se instruyeran en toda la doctrina cristiana. E inmediatamente los abasgos destronaron a sus dos reyes y su decisión fue la de vivir en libertad. Así fue como resultaron las cosas.

Más allá de los confines de Abasgia, a lo largo del Cáucaso, [**4**] habitan los brucos, que están entre los abasgos y los alanos[51], mientras que, a lo largo de la costa del Ponto Euxino, están asentados los cecos. A los cecos, en la antigüedad, era el [2] emperador

romano quien les imponía un rey, pero hoy estos bárbaros ya no están en absoluto sujetos a los romanos. Tras [3] ellos habitan los saginas y una parte de su litoral la ocuparon antiguamente los romanos, quienes habían construido dos plazas [4] fuertes junto al mar, Sebastópolis y Pitiunte[52], a dos días de camino una de la otra, y desde un principio establecieron allí [5] un puesto de guardia. Y es que con anterioridad destacamentos de soldados romanos ocupaban todas las ciudades de la costa, desde las fronteras de Trapezunte hasta los saginas, como arriba he dicho[53]; pero en época actual sólo les quedaban estas dos plazas fuertes, donde seguían manteniendo sus guarniciones hasta hace muy poco, ya en mis propios días, porque Cosroes, el rey persa, cuando vino a Petra[54] acudiendo a la llamada de los lazos, se apresuró a enviar allí tropas persas para que se apoderaran de estas plazas y se instalaran en sus puestos de [6] guardia. Pero, como los soldados romanos lograron enterarse de esto con antelación, se anticiparon a incendiar las casas y a demoler las murallas hasta sus cimientos y luego, sin dudarlo un instante, subieron a las barcas y se retiraron derechos a la franja continental de enfrente, a la ciudad de Trapezunte. Así, aunque perjudicaron al imperio romano con la destrucción de aquellas plazas, le procuraron al mismo tiempo un beneficio: que los enemigos no quedaran adueñados del territorio. Frustrados en su intento, en efecto, volvieron a Petra los persas. Pues bien, así fue como sucedió todo esto.

[7] Encima de los saginas están asentadas muchas tribus de hunos. A partir de ahí ese territorio recibe el nombre de Eulisia y son pueblos bárbaros los que ocupan el litoral y el interior hasta el lago llamado Meótide[55] y el río Tanais[56], que precisamente [8] desemboca en el lago. Este lago desagua en la costa del Ponto Euxino. Quienes habitan allí se llamaban antiguamente [9] cimerios, pero ahora se llaman utiguros. Por encima de ellos, hacia el norte, están asentadas las innumerables tribus de antas. Pero junto al lugar mismo donde empieza la zona en la que desagua el lago, habitan los godos llamados tetraxitas, que no son muchos y que observan muy respetuosamente y más que nadie los ritos cristianos. (Los lugareños llaman también [10] Tanais a esa desembocadura, que empieza desde el lago Meótide y se extiende hasta el Ponto Euxino, a una distancia, según dicen, de veinte jornadas. E incluso al viento que de allí sopla le dan el nombre de «tanaítes».) Si estos godos alguna [11] vez fueron de creencias arrianas, como los demás pueblos godos, o si fueron otras sus prácticas religiosas, no puedo decirlo, porque ni siquiera ellos lo saben; en la actualidad, desde luego, observan nuestras creencias con gran simpleza y bastante inercia.

Estos bárbaros, hace poco tiempo (me refiero al año vigésimo primero del reinado del emperador Justiniano[57]), enviaron cuatro embajadores a Bizancio con la petición de que les concedieran un obispo. Pues el que había sido su sacerdote había muerto no hacía mucho y se enteraron de que también a los abasgos el emperador les había mandado un sacerdote[58]. Igualmente a ellos, y con la mejor de las disposiciones, el

emperador Justiniano les hizo efectiva su petición antes de despedirlos. Pero fue por miedo a los hunos utiguros por lo que estos embajadores no revelaron en público, porque eran muchos los oyentes, el motivo de haber venido y, excepto lo concerniente al sacerdote, ningún otro mensaje le transmitieron entonces al emperador; sin embargo, en una reunión muy secreta con él, le explicaron todas las ventajas que le iba a reportar al imperio romano el hecho de que los pueblos bárbaros, que confinaban con su territorio, estuvieran constantemente enemistados entre sí. Pero de qué modo y desde dónde emigraron los tetraxitas para asentarse allí, es lo que ahora voy a contar.

[**5**] En época antigua una gran muchedumbre de hunos, llamados entonces cimerios, ocupaba estas regiones que acabo [2] de mencionar y era un rey el que estaba al frente de todos. En cierta ocasión ocupaba el trono uno de ellos que había tenido [3] dos hijos, uno de nombre Utigur y el otro Cutrigur. Cuando su padre llegó al fin de su vida, ambos se repartieron el poder y les dieron su nombre a aquellos sobre los que cada cual gobernaba. [4] En efecto, unos se han llamado utiguros y los otros cutriguros hasta mis propios días. Todos ellos continuaban habitando allí con costumbres que eran comunes, pero sin mezclarse con los pueblos asentados al otro lado del lago y del lugar por donde desagua, porque ni cruzaban nunca ese canal ni sospechaban que fuese posible cruzarlo, temerosos como estaban de algo que en realidad era muy fácil, por el mero hecho de no haberlo intentado jamás y de no mostrar el más mínimo interés por esta posibilidad.

[5] Cuando se rebasa el sitio por donde desagua el lago Meótide, toda esa costa seguida la habitaban antiguamente los godos llamados tetraxitas, que mencioné poco más arriba. Muy lejos de ellos estaban asentados los godos, los visigodos, los [6] vándalos y todas las demás naciones góticas. Aquéllos, los tetraxitas, también eran llamados escitas en anteriores tiempos, porque todos los pueblos que ocupaban aquellas regiones reciben en general el nombre de escitas, si bien algunos de ellos eran llamados saurómatas o melanclenos[59] o de cualquier otra manera.

[7] Pero tiempo después, según dicen (y si es cierto lo que cuentan), algunos jóvenes cimerios estaban de cacería y una [8] cierva que huía de ellos saltó a estas aguas. Los jóvenes, ya fuera por alardear o por una especie de competencia entre sí, o porque incluso los empujó una fuerza divina, persiguieron a la cierva sin darle descanso alguno, hasta que alcanzaron junto con ella la costa de enfrente. Al instante la presa, comoquiera [9] que fuese, desapareció (y es que me figuro que su aparición allí no tuvo otro motivo que causarles la ruina a los bárbaros que habitaban en ese lugar), pero los jóvenes, aunque fracasaron en su cacería, hallaron, no obstante, un incentivo para la batalla y el botín. Regresaron, pues, a la mayor velocidad [10] a su territorio y les dejaron bien claro a todos los cimerios que podían cruzar aquellas aguas. Y, en efecto, de inmediato tomaron las armas y, cruzando todos en masa, llegaron sin la más mínima dilación a la zona continental de enfrente, cuando ya los vándalos habían emigrado de allí y se habían

asentado en Libia y los visigodos se habían establecido en Hispania[60]. Fueron, entonces, los godos[61] que habitaban aquellas llanuras [11] sobre los que repentinamente cayeron: a muchos los mataron y a todos los demás los pusieron en fuga. Cuantos lograron [12] escapar, emigraron de allí junto con sus hijos y mujeres, abandonando sus ancestrales dominios, cruzaron el río Istro y entraron en territorio romano.

Muchas fueron las atrocidades que cometieron contra los [13] que allí habitaban, pero, luego, con permiso del emperador se establecieron en la región de Tracia. Durante un tiempo lucharon en las filas romanas y recibieron del emperador, como los demás soldados, las correspondientes pagas todos los años y se los llamó *foederati*[62], pues así fue como los llamaron entonces en latín los romanos, para indicar, creo yo, que los godos no habían sido vencidos por ellos en la guerra, sino que se habían hecho aliados suyos sobre la base de algún tipo de tratado. Pues los latinos llaman *foedera* a los tratados de [14] guerra, como ya se ha explicado en anteriores libros[63]. Pero, tras ese primer período, prosiguieron la guerra contra los romanos sin ninguna causa justificada, hasta que se marcharon de allí a Italia guiados por Teodorico. Así es como les han ido las cosas a los godos.

[15] Fueron, pues, los hunos[64] los que, tras las matanzas y expulsiones que llevaron a cabo, como ya se ha dicho, se apoderaron del territorio. Los cutriguros, por su parte, hicieron venir a sus hijos y mujeres y se asentaron en el lugar donde [16] hasta mis propios días han continuado habitando. Aunque todos los años reciben del emperador muchos regalos, aun así cruzan el río Istro y efectúan correrías constantemente en el [17] territorio del emperador, siendo a la vez aliados y enemigos de los romanos. Los utiguros, por el contrario, volvieron con su caudillo a sus dominios para establecerse allí en adelante [18] ellos solos. Pero justo cuando llegaron a las cercanías del lago Meótide, se toparon allí con los godos llamados tetraxitas. [19] Entonces lo primero que hicieron los godos fue protegerse con sus escudos y con esta defensa frente a sus atacantes se mantuvieron firmes, confiados en su propia fuerza y en la ventaja que les daba su posición; y es que son los más vigorosos [20] de todos los bárbaros de aquella zona. También, el tramo inicial del lugar por el que desagua el lago Meótide, donde precisamente estaban entonces asentados los tetraxitas, comprende una ensenada en forma de media luna y de este modo los envolvía casi por completo y sólo ofrecía a sus atacantes [21] un acceso, y no muy ancho. Pero después, como ni los hunos querían perder tiempo allí ni los godos tenían esperanzas de poder resistir mucho contra aquel tropel de enemigos, entraron en conversaciones y acordaron mutuamente que se unirían para cruzar juntos y que los godos se establecerían en la franja continental de enfrente, en especial a lo largo de la costa de la desembocadura del lago, donde todavía ahora continúan asentados, y también que ya para siempre vivirían allí como amigos y aliados en adelante de los utiguros y en términos de igualdad con ellos. En efecto, así fue como

los godos se [22] asentaron allí y, al haberse quedado los cutriguros, según he dicho, en las tierras que están al otro lado del lago, los utiguros fueron los únicos que ocuparon la región, sin ocasionarles ya ningún problema en absoluto a los romanos, porque no habitan cerca y, estando como están separados por otros muchos pueblos que hay en medio, se ven forzados a mantener una actitud de indiferencia con respecto a ellos.

Más allá del lago Meótide[65] y el río Tanais los hunos cutriguros [23] se establecieron, como ya he dicho, en la práctica totalidad de esas llanuras. Detrás de ellos, los escitas y los tauros ocupan toda aquella región, una parte de la cual todavía hoy se llama Táurica, donde dicen que estaba el templo de Ártemis que una vez presidió Ifigenia, la hija de Agamenón[66]. Sin embargo, los armenios aseguran que ese templo estaba en [24] la región llamada Celesena, dentro de sus dominios[67], y que en aquel entonces a todos los de allí se les llamaba escitas, aduciendo como prueba lo relativo a Orestes y la ciudad de Comana, que yo he expuesto en el pasaje correspondiente de mi historia[68]. Pero sobre esto que cada cual diga lo que quiera, [25] pues muchas cosas que han ocurrido en otros sitios o incluso que, quizá, nunca han sucedido, los hombres suelen adjudicárselas a su propia patria y se enfadan si todos los demás no se adhieren a su opinión.

[26] Tras estos pueblos se encuentra una ciudad marítima llamada Bósforo[69], que no mucho antes había quedado sometida [27] a los romanos. Según se va desde la ciudad de Bósforo a la de Quersón[70], que está en la costa y también sometida de antiguo a los romanos, todo el territorio que hay en medio lo ocupan [28] pueblos bárbaros, hunos en concreto. También otras dos ciudades próximas a Quersón, llamadas Cepos y Fanaguris, han estado de antiguo sometidas a los romanos, incluso hasta mis propios días, pero no hace mucho que fueron conquistadas por unos bárbaros de las cercanías y demolidas hasta sus cimientos. [29] Desde la ciudad de Quersón hasta la desembocadura del río Istro, que también llaman Danubio, hay diez días de [30] camino[71] y toda aquella zona la ocupan los bárbaros. El río Istro nace en las montañas Célticas[72], recorre las fronteras de Italia, pasa por Dacia, Iliria y Tracia, y desemboca en el Ponto Euxino. Todo el territorio desde allí hasta Bizancio es posesión del emperador romano.

[31] Así es como queda el perímetro del Ponto Euxino desde [32] Calcedón hasta Bizancio. Respecto a la extensión de este perímetro, no puedo hablar de toda ella con exactitud, porque es muy grande, como ya he dicho, la cantidad de bárbaros que allí habitan y los romanos no mantienen prácticamente relación con ninguno de estos pueblos, salvo la que se establece por medio de embajadas. Ni siquiera los que han intentado anteriormente medir esa distancia han venido tampoco a decirla [33] con exactitud[73]. Sin embargo, lo que sí está claro es que la parte derecha del Ponto Euxino, lo que sería de Calcedón al río Fasis, tiene cincuenta y dos días de viaje para un buen

andador[74], por lo que no está fuera de lugar el que se pueda admitir, como conjetura, que la otra parte del Ponto no difiere mucho de ésta en extensión.

Una vez llegados a este punto de nuestro relato, no me ha [**6**] parecido inoportuno recoger por escrito todas las opiniones enfrentadas entre sí que respecto a los límites de Asia y Europa defienden los expertos en la materia. Pues unos dicen que [2] es el río Tanais el que delimita estos continentes, manteniendo con firmeza que las líneas divisorias deben ser producto de la naturaleza y aducen como prueba que el mar se extiende de oeste a este y el río Tanais corre de norte a sur entre ambos continentes; y lo mismo, pero en dirección contraria, el egipcio Nilo que va de sur a norte entre Asia y Libia. Otros, sin [3] embargo, en oposición a éstos, sostienen que el razonamiento no es correcto y dicen que estos continentes desde un principio los delimita el estrecho de Gadira[75], que se abre desde el océano[76], y el mar que desde allí se extiende[77]; y que lo que está a la derecha del estrecho y del mar se denomina Libia y Asia, y todo lo de la izquierda se llamó Europa hasta el lugar aproximado donde termina el que llaman Ponto Euxino.

Siendo así, el río Tanais nace en Europa y desemboca [4] en el lago Meótide y este lago tiene su desembocadura en el Ponto Euxino, pero no donde acaba y ni siquiera por el centro, sino más allá aún[78]. El lado izquierdo de este mar se considera [5] incluido en la parte de Asia[79]. Además, el río Tanais mana de las montañas llamadas Ripeas, que están en Europa, como [6] reconocen quienes de antiguo han escrito al respecto[80]. De estas montañas Ripeas coincide que está lejísimos el océano[81]. Así pues, todo lo que está detrás de ellas y del río Tanais, a [7] uno y otro lado, necesariamente es de Europa. En qué punto empieza, entonces, a delimitar el Tanais uno y otro continente, es algo que no es fácil de decir. Pero en caso de que deba decirse que un río es el que delimita ambos continentes, éste [8] desde luego sería el susodicho Fasis[82]. Y es que su curso se halla justo en el extremo opuesto al estrecho de Gadira por medio de los dos continentes, porque el estrecho se abre desde el océano y forma este mar de aquí[83] con uno de estos continentes a cada lado, y el Fasis corre por donde más o menos termina precisamente el Ponto Euxino y desemboca en el centro de la media luna[84], con lo que claramente continúa esa [9] línea divisoria del territorio trazada por el mar. Éstas son las opiniones enfrentadas que unos y otros defienden con empeño.

Pero que no sólo el anterior razonamiento, sino también el que acabo de exponer puede presumir de antigüedad y de haber merecido la consideración de algunos hombres de épocas muy remotas, es lo que yo ahora voy a mostrar. Pues sé bien que, la mayoría de las veces, todos los que previamente han tenido conocimiento de alguna opinión razonada que se mantiene de antiguo, ya no quieren enfrascarse en la búsqueda de la verdad, con el esfuerzo que conlleva, ni mudar de parecer proponiendo uno nuevo sobre

la materia, sino que siempre les parece que es lo más antiguo lo correcto y lo digno de estimación, mientras lo contemporáneo se considera que es desdeñable y que roza lo ridículo. Además, en este caso la [10] investigación no versa sobre una de esas cuestiones intelectuales o inteligibles[85] o, en general, abstrusas, sino sobre un río y un territorio, que son cosas que el tiempo ni ha podido cambiar ni ocultar de ninguna manera. La prueba la tenemos [11] a mano y son nuestros ojos los que bastan y sobran para dar testimonio y no creo que haya que ponerles obstáculos a quienes se afanan por descubrir la verdad. Pues bien, Heródoto [12] de Halicarnaso en el libro cuarto de sus *Historias* afirma que toda la tierra es una sola, pero se considera que está dividida en tres partes, cada una con su nombre[86]: Libia, Asia y Europa; que entre Libia y Asia corre el Nilo, el río egipcio; y [13] que Asia y Europa las delimita el colco Fasis. Pero sabiendo que algunos pensaban que esto lo hacía el río Tanais, lo añadió también a continuación. No me ha parecido inoportuno [14] insertar en este pasaje mío las propias palabras de Heródoto que son más o menos así[87]: «Tampoco sé conjeturar por qué se ponen a una única tierra tres nombres, que son nombres de mujeres; y como límites se le establecieron el Nilo, el río egipcio, y el colco Fasis. Pero otros mencionan el río Tanais, [15] el de Meótide, y el estrecho cimerio[88]». Sin embargo, también el trágico Esquilo en el *Prometeo liberado*[89], justo al principio de la tragedia, llama al río Fasis «confín de la tierra de Asia y Europa».

[16] También diré aquí lo siguiente, que algunos de los entendidos en esta cuestión creen que el lago Meótide forma el Ponto Euxino y que una parte de éste se extiende a la izquierda del lago y la otra a la derecha, y por eso al lago lo [17] llaman «la madre del Ponto». Lo afirman basándose en que desde el lugar llamado Hierón[90], en la zona donde desagua el Ponto, la corriente baja como si fuera un río hacia Bizancio; [18] y de ahí que crean que éste es el final del Ponto. Pero los que impugnan este razonamiento declaran que todo el mar es uno solo, desde el océano[91], y que no termina en ninguna otra parte sino en la tierra de los lazos, hasta donde se extiende, a menos que el cambio de nombre, dicen también ellos, signifique una diferencia, puesto que desde allí[92] el mar recibe el nombre de Ponto.

[19] Pero que baje o no la corriente desde el lugar llamado Hierón hasta Bizancio, no hace al caso. Pues esto que coincide que ocurre en todos los estrechos parece algo que no se deja comprender bien y nadie ha sido nunca capaz de explicarlo. [20] Incluso Aristóteles, el estagirita[93], sabio como el que más, fue a Calcis de Eubea justo por este motivo, para observar el estrecho de allí, que se llama Euripo, con la intención de buscarle una razón física y rigurosa a por qué y de qué modo unas veces la corriente del estrecho viene del oeste y otras del este, fenómeno que condiciona allí la navegación de todos los barcos. En el caso de que la corriente venga del este, y los marineros hayan

empezado su travesía desde allí a favor del oleaje, como es su costumbre, y luego tome la dirección contraria, cosa que ahí suele suceder a menudo, de inmediato a esos barcos les hace volverse al sitio de donde han zarpado, mientras que los que vienen del oeste van navegando hacia el otro lado, aunque no sople el más mínimo viento y haya calma chicha y no corra allí ni aire. Tras observarlo, el estagirita le estuvo dando vueltas mucho tiempo y de tanto cavilar se fue consumiendo hasta llegar al fin de su vida[94]. Pero no sólo esto, [21] sino que incluso en el estrecho que separa Italia y Sicilia[95] la naturaleza produce efectos fuera de toda lógica. Pues parece que la corriente hacia allí baja del mar llamado Adriático, a pesar de que el movimiento que traen las aguas viene del [22] océano y Gadira[96]. Pero también se forman de improviso en aquel lugar continuos remolinos sin ninguna causa aparente y hacen zozobrar las naves. Por eso, los poetas dicen que son [23] engullidos por Caribdis[97] los barcos que en ese momento tengan la mala suerte de encontrarse en ese estrecho. Aquellos [24] otros[98], sin embargo, creen que todo eso que es tan ilógico y que ocurre en todos los estrechos, ocurre precisamente por la gran cercanía de la tierra firme a uno y otro lado. Pues aseguran que la falta de espacio obliga a las aguas a moverse sujetas a unas fuerzas sin norma ni lógica alguna.

De modo que, si la corriente parece venir del lugar llamado [25] Hierón hasta Bizancio, nadie podría justificadamente mantener que el mar[99] y el Ponto Euxino acaban allí. Y es [26] que este razonamiento no está basado en una sólida observación del marco natural, sino que aquí también debe prevalecer la explicación de la falta de espacio. Pero lo cierto es que la [27] cosa no acaba ahí. Pues los pescadores dicen que no es toda la masa de agua la que baja hacia Bizancio, sino que sólo la parte de arriba, la que vemos claramente, es la que coincide que viene en esta dirección, sin embargo la corriente del fondo, allá donde está lo que se llama el abismo, se mueve justo al contrario de la de superficie y siempre va al revés de la que [28] es visible[100]. Por eso, cuando pretenden coger peces, echan las redes allí en cualquier sitio y empujadas por la corriente se mueven siempre hacia Hierón.

[29] Pero en Lázica, por todas partes la tierra refrena el avance del mar, haciendo que su curso retroceda, y es allí por primera y única vez donde tiene su término, porque en ese lugar el [30] Creador[101], claro está, les puso sus límites a tierra y mar. Pues el mar, al tocar esa orilla, ni sigue avanzando ni eleva en modo alguno su nivel, aunque no para de afluir a él por todos lados el desagüe de innumerables ríos extraordinariamente caudalosos, sino que se refluye y de nuevo vuelve y, con una especie de cálculo de las dimensiones propias de esa playa, respeta el límite que ésta le fija, como temiendo infringir alguna ley, a cuya imposición tiene que ajustarse estrictamente, para que [31] no parezca que está transgrediendo lo estipulado. Y es que las demás zonas de costa de este mar no le dan de frente, sino que coincide que se extienden flanqueándolo. Pero sobre

esta cuestión que cada cual opine y diga lo que quiera.

[7] El motivo por el que Cosroes se empeñaba en adueñarse de Lázica, ya lo he explicado antes[102]; pero lo que por encima de todo lo empujó a él a y a los persas a este intento lo voy a revelar ahora que he descrito todo este territorio y he hecho una clara exposición al respecto. A menudo estos bárbaros, [2] guiados por Cosroes, habían invadido con un gran ejército los dominios romanos pero, aun habiéndoles infligido a sus enemigos daños difíciles de detallar, los que precisamente he contado yo en los libros respectivos[103], la realidad fue que no sacaron de esto ninguna ventaja en absoluto; es más, resultaron perjudicados por la pérdida de dinero y de vidas, pues siempre se retiraban del territorio romano tras haber sufrido muchas bajas. Por eso, al regresar a su patria censuraban, [3] aunque muy a escondidas, la actitud de Cosroes y lo tildaban de «destructor del pueblo persa». Incluso en una ocasión en [4] que habían vuelto de Lázica con la desgracia de haberse enfrentado a daños irreparables, estuvieron a punto de conspirar abiertamente en su contra y de acabar con él con la más miserable de las muertes; y lo habrían hecho si él no se hubiera enterado y no se hubiera precavido buscándoles las vueltas a los principales de la nobleza a base de lisonjas. A raíz de esto, [5] su propósito era librarse de aquella acusación y todo su empeño, rendirle un gran servicio al imperio persa. Pues bien, de momento hizo una intentona contra la ciudad de Daras, pero fracasó allí, como ya he dicho[104], y llegó a perder toda esperanza de adueñarse de la plaza. Pues ni podía ya en adelante [6] conquistarla al asalto, tan vigilada estaba por su guarnición, ni tenía esperanzas ni forma alguna de salir airoso en un asedio. Pues en la ciudad de Daras siempre hay abundancia de todo [7] tipo de provisiones, almacenadas a conciencia para que haya bastantes suministros durante mucho tiempo, y muy cerca, en un paraje abrupto, brota también una fuente y forma un gran río que corre derecho a la ciudad, sin que los que pretenden alguna estratagema puedan, por lo escarpado del terreno, desviarlo [8] o interceptar su curso de cualquier otra manera. Una vez que el río está dentro del recinto amurallado, recorre la ciudad entera, llena los aljibes del lugar y luego sale muy pegado a la propia muralla para caer en una sima y desaparecer. Por [9] dónde mana de allí es algo que hasta el día de hoy a nadie le ha quedado claro. El caso es que esta sima no ha existido de antiguo, sino que, mucho tiempo después de que el emperador Anastasio fundara esta ciudad, fue la naturaleza misma la que espontáneamente lo produjo en aquel sitio y de ahí lo que sucede: que los que quieren poner cerco a la ciudad de Daras se ven apurados por la extrema escasez de agua.

[10] Así pues, Cosroes, como ya he dicho, fracasó en esa intentona y llegó a la conclusión de que, aun pudiendo ganar alguna otra ciudad romana, con todo nunca sería capaz de establecerse en medio de los romanos mientras quedaran detrás, en [11] manos de los enemigos, tantas plazas fuertes. Por este motivo demolió hasta sus cimientos[105]

Antioquía una vez conquistada y luego partió del territorio romano. También por eso levantó castillos en el aire y se dejó llevar por las más vanas esperanzas, [12] buscando imposibles. Pues cuando oyó de qué modo aquellos bárbaros de la zona izquierda del Ponto Euxino, que habitaban en las cercanías del lago Meótide, efectuaban sus correrías sin miedo alguno sobre el territorio romano, empezó a decir que a los persas, si ocupaban Lázica, también les sería posible sin ningún esfuerzo ir derechos a Bizancio cuando quisieran y sin cruzar el mar, como lo hacían continuamente [13] todos los demás pueblos bárbaros que allí están asentados. He aquí la razón por la que los persas pretendían apoderarse de Lázica. Pero volveré al punto donde introduje esta digresión en mi relato[106].

Pues bien, Corianes y el ejército medo acamparon cerca [**8**] del río Hipis. Cuando se enteraron Gubaces, el rey de los colcos, y Dagisteo, el general del ejército romano, se pusieron de acuerdo y guiaron contra los enemigos al ejército romano y lazo. Al llegar a la otra orilla del río Hipis, acamparon allí [2] mientras iban pensando si en aquella situación les era más ventajoso quedarse allí y aguardar el ataque enemigo o avanzar ellos contra los enemigos para así hacer ostentación de audacia ante los persas y dejarles claro a sus adversarios qué desprecio sentían por ellos, con lo que, al tomar la iniciativa en el choque, serían capaces de humillar la altanería de sus oponentes. Como prevaleció la decisión de los que animaban [3] a cargar contra el enemigo, todas las tropas estaban ya dispuestas a lanzarse de inmediato contra ellos. Pero, entonces, los lazos dieron en no considerar digno formar en las filas romanas, alegando que los romanos, al entrar en combate, no estaban arriesgándose ni por su patria ni por sus posesiones, mientras que ellos corrían el peligro en defensa de sus hijos, sus mujeres y la tierra de sus padres. De modo que sería ante [4] sus propias mujeres ante quienes tendrían que avergonzarse si resultaban vencidos por sus adversarios. Era esto lo que los forzaba a suponer que iban a improvisar el valor que en realidad no tenían y estaban ansiosos por avanzar ellos solos, [5] los primeros, contra los enemigos, para que los romanos en medio de la operación no les sembraran el desorden, dado que no iban tan resueltos como ellos a afrontar el peligro. Con esa [6] infantil temeridad de los lazos Gubaces estaba muy contento y, convocándolos a alguna distancia de las tropas romanas, los exhortó de la siguiente manera:

«Una arenga para daros alientos no sé si la necesitáis, [7] soldados. Pues a quienes la propia urgencia de los hechos les despierta el ánimo, creo que no necesitan además exhortación alguna; y éste es justo nuestro caso, al menos en este momento. Y es que son nuestras mujeres, nuestros hijos, la tierra de [8] nuestros padres, en una palabra, todo lo nuestro lo que nos estamos [9] jugando y por lo que se nos echan encima los persas. Y ante quienes pretenden arrebatarle violentamente a alguien lo que es suyo, nadie en el mundo transigiría, porque es la propia naturaleza la que obliga a luchar por las

pertenencias de uno. [10] Bien sabéis vosotros que nada refrena la ambición de los persas una vez que han detentado el poder: como ahora nos ganen en la guerra, no se limitarán a gobernarnos o a imponernos tributos o, en general, a hacernos súbditos suyos, por si nos hemos olvidado de la intentona de Cosroes contra nosotros [11] hace poco. Pero no dejéis que me alargue hablando de nuestra experiencia con los persas, ni que se extinga el nombre de los lazos. No nos resulta dura a nosotros, soldados, la lucha contra los medos: que muchas veces con ellos hemos entablado batalla [12] y somos superiores en el combate. Lo cierto es que en lo que uno tiene costumbre no hay ninguna dificultad, porque la fatiga que conlleva el trabajo ya se ha pasado con la práctica y la experiencia. De modo que, por esta razón, incluso habrá que menospreciar a nuestros enemigos por haberlos vencido en [13] anteriores choques y no ser tan audaces como nosotros. Que la altanería, una vez humillada, no acostumbra a engallarse de nuevo. Pensad, pues, en todo esto y avanzad pletóricos de esperanza contra vuestros adversarios».

[14] Así habló Gubaces y se dispuso a guiar al ejército lazo, que formó en el siguiente orden de batalla. En vanguardia habían formado los jinetes lazos y así marcharon de frente contra las líneas enemigas; detrás pero no muy cerca, más bien muy [15] lejos, los seguía la caballería romana. Estas fuerzas romanas, en concreto, las guiaban Filegago, gépida de nacimiento y muy enérgico, y Juan de Armenia, hijo de Tomás y un hombre especialmente diestro en la guerra, que recibía el sobrenombre de Guces y a quien ya he mencionado en anteriores libros[107]. En retaguardia los seguían con la infantería de ambos ejércitos [16] Gubaces, el rey de los lazos, y Dagisteo, el general de los romanos, con la idea hecha de que, si la caballería resultaba derrotada, podría salvarse mucho más fácilmente metiéndose entre sus filas. Así fue como formaron romanos y lazos. Conrianes, [17] por su parte, escogió de entre sus tropas a mil soldados con coraza y, en general, muy bien armados y los mandó por delante en exploración, mientras él marchaba detrás con el resto del ejército, después de haber dejado en el campamento un retén de unos pocos hombres. Pero la caballería de los [18] lazos que iba delante desacreditó las promesas que había hecho, dejando en nada con su comportamiento las esperanzas de antes. Y es que, al toparse de repente con la avanzadilla [19] enemiga, fue sólo verla y no aguantar nada, sino en ese mismo instante tirar de sus caballos, dar la vuelta y retroceder en total desorden. A empellones, entonces, se mezclaron entre los romanos, sin considerar ya indigno[108] refugiarse entre aquéllos a cuyo lado antes se resistían a formar. Pero cuando ambos [20] ejércitos estuvieron muy próximos entre sí, ninguno de los dos fue el primero en trabar batalla ni enzarzarse, sino que, ante la acometida de sus adversarios, reculaban los otros, y el terreno que aquéllos cedían, éstos lo ocupaban. Así, entre retiradas, contraataques y vaivenes repentinos pasó mucho tiempo.

Pero había un tal Artabanes en ese ejército romano, persarmenio [21] de

nacimiento, que mucho antes había venido a desertar para pasarse a los armenios súbditos de los romanos[109]; y no sólo esto, sino que había matado a ciento veinte guerreros persas como garantía de su lealtad a los romanos. En efecto, se presentó ante Valeriano, que en aquel entonces [22] era general de Armenia, le pidió que le diera cincuenta soldados romanos y, tras obtener lo que quería, marchó hacia [23] una fortaleza situada en Persarmenia. Allí una guarnición de ciento veinte persas lo recibió dentro del fuerte en compañía de su séquito, cuando aún no se había descubierto su deserción y su propósito de cambio en el gobierno de la plaza. [24] Mató entonces a los ciento veinte guerreros, saqueó todas las riquezas del fuerte, que eran extraordinariamente grandes, y volvió a las tropas de Valeriano para, después de haber demostrado de este modo su lealtad, formar en adelante en [25] las filas romanas. El tal Artabanes en esta batalla se llevó consigo a dos soldados romanos y se colocó entre ambos ejércitos, en un lugar adonde también acudieron unos cuantos [26] enemigos. Cargó contra ellos Artabanes y a uno de los persas, que sobresalía por su entereza de ánimo y su fuerza física, lo mató al instante con su lanza tirándolo del caballo al suelo. [27] Pero uno de los bárbaros se plantó junto al cadáver y con su espada hirió en la cabeza a Artabanes, aunque el golpe no fue mortal. Otro, entonces, de los del séquito de Artabanes y godo de nacimiento, acabó con ese bárbaro acertándole en la ijada izquierda, cuando todavía tenía su mano sobre la cabeza [28] de Artabanes. Entonces los mil guerreros[110], espantados por lo sucedido, fueron retrocediendo y esperaron a Corianes y al resto del ejército de persas y alanos[111], quienes no mucho tiempo después se les unieron.

[29] Ya en aquel momento también la infantería mandada por Gubaces y Dagisteo alcanzó a su caballería y entre ambos [30] ejércitos se entabló un combate cuerpo a cuerpo. Entonces, Filegago y Juan, creyendo que eran demasiado pocos para resistir el ataque de la caballería bárbara, más que nada porque desconfiaban de la fuerza de los lazos, desmontaron de sus caballos y les obligaron a hacer lo mismo a todos los romanos [31] y lazos. Formó, pues, la infantería en falange de muchas filas[112] y se plantó frente a los enemigos con las lanzas tendidas hacia ellos. Los bárbaros no sabían cómo responder, pues ni [32] podían cargar contra sus adversarios, que estaban a pie, ni eran capaces de descomponer su formación porque los caballos, atosigados por las puntas de las lanzas y el estruendo de los escudos, reculaban; y fue entonces cuando echaron mano de sus arcos: los animaba la esperanza de que con una lluvia de flechas pondrían muy fácilmente en fuga a los enemigos. También los romanos y todos los lazos hicieron lo mismo. [33] Constantemente volaban los dardos de un lado al otro y por ambos bandos estaban cayendo muchos guerreros. Persas y [34] alanos, en efecto, disparaban de un modo mucho más continuo incluso que sus adversarios, pero lo que sucedía era que la mayor parte de las flechas chocaba contra los escudos.

En este combate resultó herido de muerte Corianes, el comandante [35] persa. Pero por quién fue alcanzado, nadie lo tiene claro. Y es que por una fatalidad la flecha[113] que salió de entre la multitud de soldados se clavó en su cuello y acabó con él en el acto; y por morir un solo hombre se inclinó el peso de la batalla y la victoria cayó del lado romano. Se desplomó de [36] su caballo al suelo boca abajo y así quedó tendido. Entonces los bárbaros a todo correr se fueron hacia su atrincheramiento, pero los romanos los persiguieron junto con los lazos y mataron a muchos de ellos, con la esperanza de conquistar el campamento enemigo nada más lanzar el primer grito de guerra. Sin embargo, un alano, que andaba bien de valor y [37] de fuerza física y era especialmente diestro en disparar flechas sin descanso a uno y otro lado, se plantó en la puerta de la empalizada, que era muy estrecha, y sin esperárselo nadie impidió durante muchísimo tiempo el paso a los atacantes. [38] Pero Juan, el hijo de Tomás, se le puso muy cerca él solo y de inmediato lo mató con su lanza. De esta forma romanos y lazos se apoderaron del campamento y los bárbaros, en su mayoría, fueron aniquilados allí mismo; el resto regresó a su patria, [39] cada cual como le fue posible. Y así fue como concluyó la invasión persa de la Cólquide. También otro ejército persa, después de reforzar la guarnición de Petra con abundancia de víveres y con todos los demás avíos, se retiró de allí.

[**9**] Mientras tanto sucedió lo siguiente. Los lazos vinieron a Bizancio y empezaron a calumniar a Dagisteo ante el emperador, [2] acusándolo de traición y de ser filopersa. Pues aseguraban ellos que se había dejado convencer por los persas y por eso no había querido entrar dentro del recinto de Petra, derrumbado como estaba, y en el ínterin los enemigos habían podido rellenar de arena sacos y, colocándolos unos sobre otros, en vez de piedras, consolidaron de este modo las zonas que estaban [3] derrumbadas del recinto. Decían también que Dagisteo, ya fuera por motivo de un soborno o por mera negligencia, había pospuesto hasta otra ocasión el ataque y así había desperdiciado la oportunidad que en aquel justo momento había tenido [4] y que ya no había podido volver a disfrutar. El emperador, pues, lo metió en la cárcel y le puso vigilancia. A Besas, que no mucho antes había llegado de Italia, lo nombró general de Armenia y lo despachó a Lázica con orden de tomar el mando del ejército romano que se hallaba en aquella región. [5] Coincidía que allí había sido enviado previamente Venilo, el hermano de Buces, con un ejército y también Odónaco, Babas el tracio y Uligago, hérulo de raza.

[6] Nábedes, por su parte, había invadido Lázica con un ejército, pero no había realizado ninguna operación de importancia, aunque sí estuvo algún tiempo establecido con ese ejército en el territorio de los abasgos, tras haber hecho éstos defección de las filas romanas y lazas, y tomó en condición de rehenes a sesenta hijos de sus familias nobles. Fue entonces cuando, de [7] paso en su viaje, capturó a Teodora, casada con Opsites (que era tío de Gubaces y rey de los lazos), al encontrarla entre los apsilios, y se

la llevó a tierra persa. Esta mujer resultaba que [8] era romana de nacimiento, porque de antiguo los reyes lazos habían despachado embajadores a Bizancio para concertar, con permiso del emperador, sus matrimonios con las hijas de algunos senadores y traérselas de allí como esposas, y, sin ir [9] más lejos, Gubaces había nacido de una mujer romana. Pero por qué hicieron defección los susodichos abasgos, es lo que ahora voy a explicar.

Después de haber destronado a sus reyes, como poco más [10] arriba he expuesto[114], se fueron estableciendo entre ellos, por la mayor parte de su territorio, soldados romanos mandados por el emperador que pretendían anexionar la región al imperio romano imponiéndoles un nuevo régimen; y por esta insoportable [11] coacción los abasgos estaban sencillamente agobiados. Así pues, temiendo no ser en el futuro más que esclavos de los romanos, restablecieron de nuevo en el poder a sus gobernantes: a uno llamado Opsites en la región oriental de su país y a Esceparnas en la occidental. Y es que, como se habían [12] desengañado de lograr su bienestar, volvieron lógicamente a la situación que antes les había parecido penosa, en vez de tolerar la que les vino después y que fue más angustiosa aún; y de ahí que, por temor a la potencia bélica de los romanos, se arrimaron, lo más secretamente que les fue posible, a los persas. Cuando el emperador Justiniano se enteró, le ordenó a Besas que condujera un ejército considerable contra ellos. Él, entonces, escogió a un buen número de soldados romanos [13] y, a las órdenes de los comandantes Uligago y Juan, el hijo de Tomás, los envió de inmediato por mar contra los abasgos. Coincidía que uno de los dos gobernantes abasgos, el llamado [14] Esceparnas, se encontraba en tierra persa, pues Cosroes lo había llamado y él había acudido a su presencia. Pero el otro, al tener conocimiento de la expedición romana, reunió a todos los abasgos y se apresuró a salirles al paso.

[15] Hay un lugar más allá de las fronteras de Apsilia en la entrada al territorio de Abasgia, que puede describirse así: una montaña elevada que empieza en el Cáucaso y poco a poco se hunde, descendiendo a medida que avanza, como una escalera, [16] para acabar en el Ponto Euxino. Antiguamente habían construido los abasgos una plaza fortificadísima y de dimensiones [17] muy considerables en la falda de aquella montaña. Allí, en efecto, era donde siempre se refugiaban y desde donde rechazaban las incursiones de los enemigos, que no tenían ninguna manera de superar lo escarpado del terreno. Uno solo, además, es el acceso que permite la entrada en esta plaza fuerte y al resto del territorio abasgo y resulta, por cierto, intransitable si [18] los hombres van de dos en dos; pues no hay medio de pasar desde allí sino en fila de uno y a pie, y esto con dificultad. Sobre esta trocha se levanta un despeñadero muy abrupto que [19] llega desde el fuerte hasta el mar. El lugar lleva un nombre acorde con el despeñadero, porque las gentes de allí lo llaman en griego Las Quebradas[115].

[20] Pues bien, la flota romana arribó a la zona fronteriza entre los abasgos y los apsilios. Juan y Uligago desembarcaron sus tropas y fueron avanzando a pie, mientras los

marineros [21] siguieron al ejército con todas las barcazas por la costa. Cuando llegaron muy cerca de Las Quebradas, vieron a todos los abasgos bien armados y puestos en formación a lo largo de todo el borde del despeñadero sobre la trocha que acabo de mencionar. Los romanos se quedaron absolutamente perplejos, sin saber qué medidas tomar en su situación, hasta que Juan, después de darle muchas vueltas, vino a discurrir un remedio para aquel desastre. En efecto, dejó allí a Uligago con la mitad [22] del ejército y él se llevó al resto de las tropas para tripular las barcazas. Remando, luego, rodeó el lugar de Las Quebradas hasta pasarlo del todo y de esta manera se situó a la espalda del enemigo. Enarbolaron, entonces, los estandartes y avanzaron [23] contra ellos. Los abasgos, al ver que los enemigos se les echaban encima por los dos flancos, ya no atendieron a resistir ni mantuvieron la formación, sino que huyeron retirándose de allí en una marcha completamente desordenada hacia adelante. Pero los dificultaba tanto en su avance el miedo y el embarazo que éste les ocasionaba que ni siquiera podían ya reconocer el camino a través de las fragosidades de su propio territorio ni salir de allí fácilmente. Los romanos fueron en [24] su persecución por uno y otro lado, lograron coger a muchos de ellos y los mataron. Así llegaron corriendo a la fortaleza junto con los que huían y allí se encontraron la portezuela aún abierta, pues los guardias no tenían forma de cerrar las hojas porque aún estaban dejando entrar a los que venían huyendo. Mezclados los perseguidores con los fugitivos, todos juntos [25] se precipitaron hacia la puerta, con el deseo unos de salvarse y otros de conquistar la plaza. De modo que, como hallaron [26] la puerta abierta, se lanzaron hacia ella enzarzados unos con otros; y es que los guardianes ni podían distinguir a los abasgos de los enemigos ni cerrar la puerta ante el violento empuje de aquella masa de gente.

En realidad, los abasgos, aunque contentos por estar [27] dentro del recinto, estaban siendo capturados a la vez que la propia fortaleza; y los romanos, creyendo que ya tenían dominados a sus adversarios, se vieron allí envueltos en un aprieto bastante peliagudo. Y es que había muchas casas y [28] no estaban muy separadas entre sí, sino apiñadas como si se tratara de una muralla que se prolongaba por todas partes; y los abasgos se subieron a ellas y se defendían con todas sus fuerzas disparándole al enemigo desde arriba a la cabeza, apremiados por la fatiga, el terror, la compasión que sentían hacia sus hijos y mujeres, y por el apuro que esto les creaba, [29] hasta que a los romanos se les ocurrió incendiar las casas. Y, en efecto, les prendieron fuego por todas partes y así salieron totalmente victoriosos de esa batalla. Pues bien, Opsites, el gobernante de los abasgos, consiguió escapar con un pequeño grupo y se retiró al vecino país de los hunos y al Cáucaso. [30] Pero lo que pasó con los otros fue que o quedaron abrasados y reducidos a cenizas junto con las casas o cayeron en manos de los enemigos. Los romanos capturaron también a las mujeres de los gobernantes junto con toda su descendencia, demolieron el recinto amurallado de la fortaleza hasta sus cimientos y

dejaron devastada una enorme extensión de su territorio. Éste fue, por tanto, el desenlace de la defección de los abasgos. Pero entre los apsilios sucedió lo siguiente.

[**10**] Los apsilios han estado de antiguo sometidos a los lazos. Hay en ese territorio una plaza extraordinariamente fortificada, [2] que los lugareños llaman Tzíbila. Pero uno de los nobles de Lázica, Térdetes de nombre, que ostentaba el cargo del que en este pueblo llaman «magistro»[116], había tenido algún tropiezo con Gubaces, el rey de Lázica, y se llevaba mal con él. Por este motivo se puso en secreto de acuerdo con los persas para entregarles, precisamente, esa plaza fuerte y al mando de un ejército persa marchó a Apsilia para cumplir esa misión. [3] Cuando ya estuvo muy cerca del fuerte, se adelantó con su séquito de soldados lazos y entró en el recinto amurallado, habida cuenta de que el puesto de guardia no tenía por qué desconfiar del comandante de los lazos, dado que no había nada que sospechar de él. De este modo, al llegar el ejército [4] persa, Térdetes lo recibió dentro de la fortaleza. A raíz de esto, los medos pensaron que no sólo tenían bajo su poder Lázica sino también Apsilia. Y ni los romanos ni los lazos, preocupados como estaban por la agobiante situación en Petra y por el ejército medo[117], no tuvieron forma de acudir en ayuda de los apsilios.

Pero había allí una mujer, la esposa del comandante de [5] aquella guarnición y apsilia de nacimiento, con un físico de lo más atractivo. Y lo cierto fue que de esta mujer se enamoró de repente como loco el comandante del ejército persa. Al principio empezó a tirarle los tejos, pero luego, como no conseguía nada con ella, intentó ya sin reparo alguno forzarla. Naturalmente [6] el marido de esta mujer montó en cólera y de noche los mató a todos, a aquél y a los que con él habían entrado en la fortaleza, que se convirtieron así en víctimas accidentales de la lujuria de su comandante, con lo que la fortaleza quedó bajo el poder de ese hombre. Entonces, los apsilios, por lo ocurrido, hicieron defección de los colcos[118], alegando que éstos no querían saber nada de ellos mientras estaban siendo maltratados por los persas. Pero Gubaces mandó a Juan, el hijo de Tomás, [7] al que poco más arriba mencioné[119], con mil soldados romanos contra ellos. Fue él precisamente quien, a base de mucho contemporizar, pudo ganárselos sin lucha y así los hizo de nuevo súbditos de los lazos. En cuanto a los apsilios y la fortaleza de Tzíbila así fue como resultaron las cosas.

También por ese tiempo sucedió que ni siquiera la prole [8] de Cosroes dejó de padecer su inhumana crueldad. El caso fue que el mayor de sus hijos, de nombre Anasozado (que en lengua persa significa «Inmortal»), tuvo algunos roces con él porque, aparte de otros muchos delitos que cometía con un comportamiento abusivo, sin ningún reparo mantenía relaciones sexuales con las esposas de su padre. Pues bien, la primera medida de Cosroes fue la de condenar a su hijo al [9] destierro. Hay una comarca persa, Vazaina, que es de lo mejor, donde se encuentra la ciudad llamada Belapatón, a siete [10] días de camino de Ctesifonte[120]; y allí, por orden de su padre, residía Anasozado.

Pero por entonces Cosroes cayó terriblemente enfermo, hasta el extremo de que se llegó a decir que había salido de [11] este mundo; y es que Cosroes era de natural enfermizo. La verdad es que en torno a él reunía con frecuencia a médicos de todas partes, entre los que estaba también Tribuno[121], el [12] médico palestino. El tal Tribuno era un personaje famoso y muy por encima de todos en conocimientos médicos, un hombre [13] además prudente, piadoso y el colmo de la honradez. En cierta ocasión incluso había curado a Cosroes de una grave dolencia y salió de tierra persa con muchos y muy valiosos [14] regalos que aquél le ofreció. Lo cierto es que, cuando se firmó la anterior tregua[122], Cosroes pidió al emperador Justiniano que le entregara a este médico para que viviera allí con él durante un año. Una vez satisfecha su petición, como arriba [15] dije[123], Cosroes instó a Tribuno a pedirle lo que quisiera. Él no le pidió ninguna otra cosa salvo que Cosroes le soltara a [16] algunos de los cautivos romanos. Le soltó, entonces, a tres mil de ellos y, además, a todos los que le reclamó por su nombre y que eran cautivos pertenecientes a la nobleza. Este hecho le deparó a Tribuno gran fama entre todos los hombres. Y esto fue, en fin, lo que sucedió.

Cuando Anasozado supo que su padre Cosroes había caído [17] enfermo, se subió al trono y se propuso usurpar el poder. Aunque su padre se restableció, no cesó ni por un momento [18] de amotinar a la ciudad y, tras alzarse en armas, fue a la guerra con todo su potencial bélico. Al oírlo, Cosroes envió contra [19] él al general Fabrizo con un ejército. Y en efecto, Fabrizo quedó vencedor en la batalla, apresó a Anasozado y lo trajo no mucho después ante Cosroes. Él mandó desfigurarle los [20] ojos a su hijo, pero no quitarle la vista, sino hacer que se le retrajeran[124] los párpados, el inferior y el superior, de una manera horrible; pues ordenó poner al rojo una especie de broche [21] de hierro y, rozándole con él la parte exterior de sus dos ojos cerrados, pudo de esta forma dejar desfigurada la normal disposición de sus párpados. Esto lo hizo Cosroes sólo para [22] que quedaran frustradas las esperanzas de su hijo de sentarse en el trono, pues la ley no le permite a nadie que tenga un defecto llegar a ser rey de los persas, como ya dije en anteriores libros[125].

Este fue el triste final que a Anasozado le deparó la fortuna [**11**] y su propio carácter. Se cumplió entonces el quinto año[126] de la tregua y el emperador Justiniano envió a Pedro, un patricio [2] que tenía el cargo de «magistro»[127], a presencia de Cosroes con la misión de gestionar en su totalidad los tratados relativos al oriente. Pero el rey lo despachó prometiéndole que en breve [3] lo seguiría una persona autorizada a tramitar el asunto del [4] modo más conveniente para ambos. No mucho después mandó nuevamente[128] a Isdigusnas, un hombre altanero y de una presunción indescriptible, cuyos aires de grandeza y vanidad [5] no había ningún romano que pudiera soportar. Se trajo con él a su mujer, sus hijas y su hermano junto con un numerosísimo [6] séquito de

sirvientes[129]. ¡Uno podría haberse imaginado que estos pobres hombres iban en orden de combate! Le seguían también dos persas de altísimo rango que llevaban [7] hasta diademas de oro en la cabeza. A la gente de Bizancio le molestaba que el emperador Justiniano lo tratara no como correspondía a cualquier embajador, sino con más gentileza y boato de la cuenta[130].

[8] Braducio, sin embargo, no vino ya con él a Bizancio, porque dicen que Cosroes lo quitó de en medio[131] sin otra inculpación que la de haber sido compañero de mesa del emperador [9] romano[132]. «Y es que —decía él— siendo como era un simple intérprete, no habría alcanzado del emperador este privilegio, si no hubiera resultado ser un traidor a la causa persa.» Pero hay quien dice que Isdigusnas lo difamó con la calumnia de haber entrado en conversaciones secretas con los romanos. [10] Pero la primera vez que este embajador se entrevistó con el emperador no habló ni poco ni mucho de la paz, sino que acusó a los romanos de haber violado la tregua, afirmando que Aretas[133] y los sarracenos, que eran aliados de los romanos, habían cometido diversos atropellos contra Alamundaro durante el armisticio, además de imputarles otros cargos indignos de consideración y que no me ha parecido necesario mencionar aquí.

Pues bien, esto era lo que estaba pasando en Bizancio. [11] Besas, mientras tanto, se disponía a asediar Petra con todo el ejército romano[134]. Así, los romanos primeramente fueron cavando una zanja en torno a la muralla, justo donde también Dagisteo había cavado con anterioridad y por donde derribó el recinto. Por qué estaban cavando en el mismo lugar es lo que ahora explicaré. Los que en un principio edificaron esta [12] ciudad pusieron sobre roca la mayor parte de los cimientos del recinto amurallado, pero ocurría también que ciertas zonas quedaban sobre tierra. Había un tramo de la muralla que se [13] encontraba hacia el sector occidental de la ciudad y que no era muy extenso, a ambos lados del cual habían construido los cimientos del recinto murado sobre una piedra dura y contra la que no se podía hacer nada[135]. Fue ese tramo el que Dagisteo, [14] la vez anterior, e igualmente ahora Besas cavaron, porque la naturaleza del terreno no les permitía seguir avanzando, pero sí calcular la longitud de la zanja y darle la dirección adecuada.

Pues bien, cuando los persas, tras la retirada de Dagisteo[136], [15] se propusieron reconstruir la zona de la muralla que se había derrumbado, no levantaron la construcción como antes, sino que procedieron de la siguiente manera. Llenaron [16] de grava el hueco de terreno excavado y colocaron encima unas gruesas vigas de madera, que alisaron muy meticulosamente hasta dejarlas del todo pulidas; luego las sujetaron unas a otras hasta cubrir una gran extensión y, usándolas de recalzo en vez de cimientos, sobre ellas levantaron con mucha maña la construcción del recinto, cosa que no entendieron los romanos, quienes creían que ellos estaban haciendo la zanja [17] por debajo de los

cimientos. Y, en efecto, tras haber excavado todo el terreno bajo las vigas que acabo de mencionar en la mayor parte del espacio de tierra que cubrían, lograron derribar un buen trecho del recinto y de repente un sector de él se desplomó por completo. Sin embargo, el tramo caído no se volcó hacia ninguno de los dos lados ni se desbarataron las hileras de piedras, sino que el lienzo entero descendió intacto en línea recta, como si se hubiera empleado una máquina, y se quedó en pie dentro del espacio excavado conservando su [18] particular disposición, aunque no tan alto como antes, sino algo más bajo. De modo que, una vez excavado todo el terreno bajo las vigas, lo que ocurrió fue que éstas se hundieron allí con toda la construcción que tenían encima.

[19] Pero ni así pudieron los romanos franquear la muralla, pues las numerosas tropas persas que llegaron allí con Merméroes[137] colocaron un buen añadido sobre la anterior construcción [20] y levantaron el muro hasta una gran altura. Los romanos, entonces, cuando vieron de nuevo en pie el trecho derribado [21] de la muralla, se quedaron perplejos sin saber qué hacer. Y es que ya no podían continuar cavando, habida cuenta del resultado de su excavación, y tampoco tenían forma de usar un ariete porque intentaban un asalto a una muralla que estaba cuesta arriba y esta máquina de guerra no es posible arrastrarla salvo en terreno sin asperezas ni declive.

[22] Quiso la suerte que se encontraran en este ejército romano [23] unos pocos bárbaros sabiros por la siguiente razón. Los sabiros son un pueblo huno[138] y habitan en las cercanías del Cáucaso; son muchísimos en número y están convenientemente [24] divididos en distintas gobernaciones. Algunos de estos gobernantes mantienen de antiguo relaciones amistosas con el emperador romano y otros con el rey persa. Y cada uno de estos dos soberanos acostumbraban a pagar una suma de oro estipulada, pero no anualmente, sino cuando la necesidad los obligaba. Pues bien, en aquel entonces el emperador Justiniano [25] despachó a un embajador para invitar a sus amigos a firmar una alianza y llevarles el dinero. Pero este hombre, puesto que [26] no tenía ninguna posibilidad, entre enemigos como estaba, de entrar en las montañas del Cáucaso, sobre todo trayendo dinero, llegó al campamento romano de Besas, que estaba asediando Petra, y por medio de emisarios mandó a los sabiros que vinieran algunos de ellos, cuanto antes, a su presencia para recibir el dinero. Los bárbaros, pues, escogieron a tres de sus gobernantes y los enviaron de inmediato con un pequeño séquito a Lázica; y ésos eran los que precisamente estaban allí dispuestos para el consabido asalto a la muralla junto con el ejército romano.

Éstos, cuando vieron a los romanos desesperados y sin [27] saber cómo manejar la situación, inventaron una máquina, que a ningún romano ni persa se le había ocurrido nunca, desde que el mundo es mundo; y eso que en ambos estados siempre ha habido y también ahora hay un buen montón de ingenieros. Con mucha frecuencia, a lo largo de toda su historia, [28] unos y otros se hallaron en la necesidad de esta máquina, cuando

asaltaban fortalezas situadas en terreno abrupto y de difícil acceso; pero ni por eso tuvo ninguno de ellos la idea que tuvieron entonces estos bárbaros. Es así que, a la vez que el tiempo va pasando sin parar, la naturaleza humana suele ingeniar nuevas soluciones a los problemas. El caso es que [29] esos sabiros improvisaron un ariete, no como el de costumbre, sino modificado con ciertas innovaciones. En efecto, no montaron [30] dicha máquina con vigas, ni en pie ni atravesadas, sino con unas varas gruesas atadas entre sí y bien ajustadas por todas partes, en vez de las vigas. Cubrieron luego con pieles la máquina entera, conservando la forma de un carnero[139], y colgaron de cadenas, que iban sueltas[140], una sola viga, como de costumbre, en medio de la máquina, con su extremidad afilada y recubierta de hierro, como la punta de un arma arrojadiza, [31] para lanzarla repetidamente contra el recinto amurallado. Tan ligera lograron hacer la máquina que ya no era necesario que la arrastraran o la empujaran los que estaban dentro, sino que cuarenta hombres, que eran los que debían tirar de la viga y lanzarla contra la muralla, iban en el interior de la máquina y cubiertos por las pieles llevando sobre los hombros el ariete sin ningún esfuerzo.

[32] Tres máquinas de este tipo hicieron los bárbaros, quitándoles las vigas con sus extremos de hierro a los arietes que los romanos tenían preparados, pero que no podían arrastrar hacia la muralla. Se introdujeron en cada una de ellas no menos de cuarenta soldados romanos escogidos por su valor y se [33] colocaron muy cerca de la muralla. A uno y otro lado de cada máquina se apostaron otros más, con corazas y las cabezas perfectamente protegidas con cascos, y con pértigas a cuyos extremos se les habían adaptado unos hierros en forma de gancho, así dispuestos para que, cuando la embestida del ariete contra el recinto removiese las hileras de piedras, con esas pértigas pudieran ir apartando y tirando abajo las piedras removidas. [34] Pues bien, los romanos emprendieron la tarea e iban sacudiendo la muralla con sus repetidos embates, mientras los que estaban a uno y otro lado de las máquinas con las pértigas en forma de gancho iban tirando las piedras desencajadas de su sitio en la construcción. En fin, parecía que la ciudad sería conquistada muy pronto.

[35] Pero los persas idearon lo siguiente. Una torre de madera que tenían preparada de mucho antes, la pusieron sobre el recinto, con los soldados más belicosos en su interior, que llevaban la cabeza y el resto del cuerpo protegidos por cascos tachonados con clavos de hierro y por corazas. Llenaron también [36] unos recipientes de azufre y asfalto[141] y de la sustancia que los medos llaman nafta y los griegos «aceite de Medea»[142], y prendiéndoles fuego los lanzaron sobre el armazón de los arietes, y les faltó poco para incendiarse por completo. Pero [37] los que estaban a los lados, como ya he dicho, con esas pértigas que acabo de mencionar iban apartando de allí y limpiando sin parar lo que les arrojaban, tirándolo todo enseguida de encima de las máquinas al suelo. Pero no pensaban ellos que [38] pudieran resistir mucho en este empeño, pues el

fuego prendía de inmediato en donde tocaba, si no lo quitaban al instante. Y así se iban desarrollando allí los acontecimientos.

Besas, entonces, con su coraza puesta, ordenó a todo el [39] ejército que cogiera sus armas y aproximó una gran cantidad de escalas a la zona de la muralla que se había desplomado. Enardeciéndolos con las palabras justas para no perder lo decisivo [40] de aquella oportunidad, dio el resto de los ánimos con sus propios actos. En efecto, él, un hombre de más de setenta años y tan pasado ya de edad, fue el primero en subirse a la escala. Allí se libró tal batalla y hubo tal despliegue de [41] valentía por parte de romanos y persas como nunca en estos tiempos, creo yo, se ha dado. Y es que el número de bárbaros [42] llegaba a unos dos mil trescientos, mientras los romanos venían a ser sobre seis mil; y por uno y otro bando, de los que [43] no mataron casi todos fueron heridos: el caso fue que muy pocos salieron ilesos. Pues bien, los romanos forcejeaban por subir con todo su ímpetu y los persas hacían por rechazarlos con enorme fatiga. Muchos sucumbieron por ambos bandos y [44] los persas estuvieron a punto de conjurar aquel peligro, pues se entabló un violento combate en la parte superior de las escalas y los romanos morían en masa, al estar luchando con el enemigo encima; pero además cayó Besas, el general, y [45] quedó tendido en el suelo. Entonces unos y otros levantaron un griterío descomunal: los bárbaros vinieron corriendo de todos los sitios a disparar contra él y los lanceros[143] de su escolta se apresuraron a apiñarse a su alrededor, todos con cascos en las cabezas y cubiertos por sus corazas, e incluso con los escudos por encima se apretaron unos a otros hasta tocarse, formando una especie de techo y tapando así del modo más seguro a su general, mientras rechazaban con todas sus fuerzas [46] los disparos. Era enorme el fragor de los proyectiles que no dejaban de caer y de romperse contra los escudos y el resto de las armaduras; y cada uno de ellos continuaba gritando y [47] jadeando por el esfuerzo. Todos los romanos ponían también su empeño en defender a su general disparando contra la muralla, sin parar un momento, y de esta manera intentaban repeler al enemigo.

[48] Entonces Besas (y es que no podía ni levantarse, porque se lo impedía la armadura y, entre otras cosas, su cuerpo no se movía con facilidad —que era un hombre metido en carnes y, como he dicho, extremadamente viejo—) no se vino abajo por la impotencia, a pesar del gran peligro que corría, sino que de repente tomó una determinación con la que pudo salvarse [49] él mismo y también la causa romana. En efecto, mandó a sus lanceros que le tiraran de los pies y lo arrastraran lo más lejos [50] posible de la muralla. Y así lo hicieron. Mientras unos tiraban de él, otros iban retrocediendo a la vez, con los escudos por encima hombro con hombro, y manteniendo el mismo paso que quienes lo arrastraban, para que no se quedara al descubierto [51] y lo hirieran los enemigos. Cuando ya estuvo Besas en lugar seguro, se levantó y, entre gritos de ánimo, se dirigió a la muralla para montarse en la escala e intentar de nuevo la

subida. Todos los romanos lo siguieron e hicieron alarde [52] de valentía en hazañas de gran mérito contra los enemigos. Los persas se quedaron aterrorizados y les rogaron a sus adversarios que les concedieran algún tiempo para preparar el equipaje y marcharse de allí después de entregarles la ciudad. Pero Besas, con la sospecha de que estuvieran tramando ardides [53] para, mientras tanto, reforzar las defensas del recinto, les dijo que era incapaz de detener el ataque, pero que los que quisieran llegar a un acuerdo con él se dirigieran en su compañía, mientras las tropas luchaban, a alguna otra parte de la muralla: y les indicó un sitio.

Pero ellos no aceptaron la propuesta y se entabló de nuevo [54] un violenta batalla con una feroz arremetida. Todavía el choque estaba indeciso, cuando lo que ocurrió fue que la muralla, en otro punto, justo donde habían cavado anteriormente los romanos, se desplomó de repente. Hacia allí, pues, fueron muchos los que corrieron de uno y otro bando. Los romanos, que [55] eran muy superiores en número al enemigo, aun estando divididos en dos grupos, continuaban disparando más aún y arremetiendo contra sus adversarios con la mayor violencia que podían. Los persas, en cambio, ya no resistían igual que antes, [56] hostigados como estaban por los dos puntos, pero además con la evidencia de que sus escasas tropas se hallaban divididas entre los dos frentes. Mientras así seguían aún peleando ambos [57] ejércitos, en el trance de que ni los persas podían repeler el ataque enemigo ni los romanos forzar en modo alguno la entrada, un armenio llamado Juan, que era hijo de Tomás y recibía el sobrenombre de Guces[144], abandonó el asalto por la pared derrumbada del recinto y, con unos pocos armenios de su séquito que se llevó consigo, se fue por la zona de la escarpadura, precisamente por donde todos suponían que la ciudad era inexpugnable, y logró forzar la subida a los retenes [58] de guardia allí apostados. Una vez en las almenas, mató con su lanza a un persa de los que defendían la posición y que parecía ser el más bravo de todos. De esta manera pudieron entrar los romanos.

[59] Por su parte, los persas que estaban en la torre de madera le prendieron fuego a una gran cantidad de recipientes inflamables para, lanzándolos a espuertas, poder incendiar las máquinas con los hombres en su interior, incapaces como serían [60] sus defensores de ir quitándolo todo con las pértigas. Mas, de repente, se levantó un ventarrón del sur de extraordinaria intensidad y cayó de frente sobre ellos con un enorme bramido y, sea como fuere, prendió el fuego en una de las tarimas de la [61] torre. Pero los persas que allí estaban no se dieron cuenta en ese momento, pues todos estaban bajo la presión de la fatiga, el tumulto, el miedo y una inmensa confusión; y la angustia les arrebataba el sentido. Las llamas, entonces, fueron poco a poco elevándose por ese aceite que lleva el nombre de Medea[145] y por todos los demás avíos allí dispuestos, y quemaron [62] la torre entera y a los persas de dentro. Todos cayeron carbonizados, unos en el interior del recinto y otros fuera de él, justo donde estaban situadas las

máquinas con los soldados romanos a su alrededor. De esta forma, también los demás romanos que luchaban en la parte derrumbada del recinto, como los enemigos iban cediendo terreno y ya les daba igual, penetraron en su interior y Petra fue conquistada por completo.

[63] Pues bien, unos quinientos persas subieron corriendo a la acrópolis y haciéndose fuertes en la ciudadela de aquel lugar, se quedaron allí. Del resto, a los que no mataron en el combate los romanos los cogieron prisioneros, unos setecientos treinta [64] más o menos. El caso fue que sólo a dieciocho los encontraron ilesos, a todos los demás heridos. De los romanos también cayeron muchos y muy buenos, entre ellos Juan, el hijo de Tomás, golpeado en la cabeza por uno de los bárbaros con una piedra cuando ya estaba entrando en la ciudad después de una admirable demostración de valentía en sus acciones contra los enemigos.

Al día siguiente los romanos, mientras asediaban a los [**12**] bárbaros que se habían hecho fuertes en la acrópolis, les presentaron una propuesta por la que les ofrecían la salvación y acordaban darles garantías de ello, esperando que de este modo los persas se les rendirían. Pero ellos no aceptaron la [2] propuesta y se prepararon para resistir, aunque no porque pensaran que podrían aguantar mucho en su angustiosa situación, sino porque buscaban una muerte heroica. Pero Besas, que [3] quería disuadirlos de aquella idea y disponerlos, por el contrario, a que desearan su propia salvación, le ordenó a uno de los soldados romanos acercarse lo más posible a ellos y hacerles una recomendación. Y le indicó lo que quería decirles. El soldado, [4] cuando estuvo ya muy cerca, habló de la siguiente manera: «¿Qué es lo que os ha pasado, ilustrísimos persas, para que pretendáis con tanto afán esta perdición, empeñados en morir con un ahínco irracional y despreciando a las claras el auténtico empeño en el valor? Que no es de hombres oponerse a lo inevitable, ni sensato negarse a ceder ante los vencedores. Ni tampoco es deshonroso vivir acomodándose a la suerte según se presente. Pues cuando en una situación de fuerza [5] mayor no se encuentra resquicio para la esperanza, uno con toda justicia se libra de la deshonra, aun en el caso de que se vea envuelto en los hechos más vergonzosos: que de una mala acción que es inevitable la consecuencia natural es el perdón. Así que no queráis emular a los locos en un peligro que se ve [6] de antemano ni os quedéis con la fanfarronería a cambio de vuestra salvación; pensad, por el contrario, que a los muertos les es imposible volver a la vida, pero los que sobreviven incluso podrán acabar con su propia existencia más tarde, si [7] es que esto parece mejor. Tomad, pues, la última decisión y considerad lo que os conviene, sabiendo que las mejores decisiones serían aquéllas de las que tienen la posibilidad de [8] arrepentirse quienes las han tomado. Y es que, por lo menos nosotros, nos compadecemos de vosotros, a pesar de que estáis luchando contra vuestros compañeros, y os miramos con clemencia porque buscáis vuestra propia muerte; incluso nos dignamos sentir piedad,

como es norma de romanos cristianos, por quienes se muestran tan pródigos y desdeñosos[146] ante la [9] vida. El resultado que os saldrá no será otro que un cambio a mejor en el régimen político y tener como señor a Justiniano en vez de Cosroes. De esto, por cierto, hasta prometemos [10] daros garantías. Así que no acabéis con vuestra propia vida, pudiendo salvaros. Que en mala hora le tiene uno querencia al peligro cuando no se va a sacar ningún provecho en absoluto, porque eso, desde luego, no es portarse como un valiente sino [11] sólo buscar la muerte. La nobleza, por el contrario, reside en perseverar en los mayores peligros, siempre que se espere de ello alguna utilidad. Pues los hombres no alaban la muerte voluntaria cuando por encima del riesgo que la provoca aún queda una esperanza fundada; pero la inútil destrucción de la propia vida no es sino una necedad atolondrada y la loca temeridad que lleva a la muerte, bajo la apariencia de enérgica bravura, no parece ser algo decoroso, al menos para la gente [12] sensata. Mirad, debéis tener también esto en cuenta: que no parezca que sois ingratos para con Dios. Pues si Él quisiera vuestra perdición, guerreros, nos os habría entregado, creo yo, [13] a quienes están ansiosos por salvaros. Así pues, esto es lo que hay por nuestra parte; en cuanto a vosotros, está claro que vais a decidir lo que coincide que os merecéis».

Ésta fue la recomendación. Pero los persas no sólo no [14] querían prestar oídos a sus palabras, sino que se hacían los sordos y fingían no entender al mensajero. Entonces, a una [15] orden del general, los romanos prendieron fuego a la acrópolis, pensando que, de este modo, los enemigos se rendirían. Al [16] ir avanzando las llamas, los bárbaros, con la muerte ante sus propios ojos y con la seguridad de que muy pronto quedarían reducidos a cenizas, ni albergaban ya ninguna esperanza ni sabían cómo luchar para salvarse; pero ni aun así estuvieron dispuestos a someterse a los enemigos, sino que todos ellos junto con la acrópolis perecieron de inmediato víctimas de las llamas, mientras el ejército romano miraba atónito lo que estaba pasando. Fue en aquel momento cuando resultó evidente [17] qué gran importancia concedía Cosroes a Lázica. Sí, había escogido a la elite de todos sus soldados para formar la guarnición de Petra y había guardado allí tanta cantidad de armamento que, cuando los romanos se lo llevaron como botín, a cada soldado le correspondió el equipo de cinco hombres, y eso que muchas cosas se habían quemado en la acrópolis. Se encontró también gran abundancia de trigo, de carne curada [18] y de otras provisiones, tanto como para que todos los asediados tuvieran suficiente durante cinco años. Vino, sin [19] embargo, coincidió que no habían almacenado allí los persas, salvo vinagre, pero sí bastante provisión de habas. Cuando [20] encontraron allí los romanos agua corriente que venía del sistema de conducción, se quedaron sorprendidos y perplejos, hasta que lo supieron todo acerca de las tuberías ocultas. Qué era esto, es lo que enseguida voy a explicar.

Cuando Cosroes conquistó Petra e instaló allí la guarnición, [21] como estaba seguro

de que los romanos la cercarían con todos los recursos disponibles e intentarían, sin dudarlo un momento, cortar la conducción de agua, se le ocurrió la siguiente idea. El agua que se llevaba a la ciudad la dividió [22] en tres ramales y cavó una zanja muy profunda donde construyó tres tuberías: una en la parte más baja de la excavación, que después cubrió de estiércol y piedras hasta la mitad de la zanja; ahí ocultó la segunda y por encima hizo la tercera, que estaba ya sobre el suelo y bien visible para todo el mundo. De modo que la conducción tenía tres pisos[147] pero a solapo. [23] De esto no se dieron cuenta los romanos al principio del asedio, así que cortaron la tubería que se podía ver y, como no siguieron adelante con la labor de zapa, no destruyeron nada de ese nivel hacia abajo; sin embargo, ellos creían que a los sitiados les faltaba el agua, con lo que era su propio descuido al trabajar lo que los inducía a error en sus planteamientos. [24] Pero como el cerco se iba prolongando, los romanos capturaron a algunos enemigos y se enteraron de que los sitiados [25] se abastecían de agua por el sistema de conducción. Cavaron, entonces, en aquel sitio y al descubrir allí la segunda tubería la cortaron inmediatamente y creyeron que de esta forma quedaba desbaratada la resistencia de los enemigos, sin que para esta segunda vez hubieran aprendido nada de la lección [26] anterior. Cuando conquistaron la ciudad y vieron que el agua corriente venía del sistema de conducción, como ya he dicho, [27] fue una sorpresa para ellos y se quedaron perplejos. Cuando de boca de los cautivos escucharon lo que había pasado, ya fueron comprendiendo, a raíz de los hechos, la esmerada labor de los enemigos y su propio descuido en el trabajo.

[28] Pues bien, todos los cautivos se los mandó Besas al emperador y demolió hasta sus cimientos el recinto de Petra, para que los enemigos no volvieran a causarles problemas. [29] Entonces a él el emperador lo ensalzó por el valor desplegado y por su excelente decisión de demoler la muralla por entero. [30] Así pues, Besas, por el éxito obtenido y por haber hecho una demostración de valor, volvió a ser el foco de admiración de todo el mundo[148]. Pues cuando fue destinado a la guarnición [31] de Roma, fueron muchas las esperanzas que pusieron en él los romanos porque con anterioridad siempre había quedado como un hombre de lo más valeroso. Pero después de haber [32] sufrido allí aquel revés de la fortuna, al haber caído Roma, como así fue, en manos de los godos, según he contado en el libro anterior[149], y haber sido en su mayor parte aniquilado el pueblo romano, el emperador Justiniano, una vez que Besas ya regresó a Bizancio, lo nombró general contra los persas. Todos, por así decirlo, criticaban este nombramiento y se burlaban [33] de la decisión del emperador, si es que al dichoso Besas, que había sido aplastado por los godos y que era un viejo ya con un pie en la tumba, pretendía ahora en el ocaso de su vida confiarle la guerra contra los medos. Pero aunque éste era el [34] parecer de casi todos, sucedió que este general tuvo buena suerte y el consabido valor. De modo que no es conforme al parecer de los hombres como se

gobiernan los asuntos humanos, sino que se inclinan según el peso que Dios pone en su balanza[150], que es lo que los hombres suelen llamar fortuna[151], sin saber por qué se desarrollan los acontecimientos tal como se les manifiestan. Y es que gusta que el nombre de la fortuna [35] vaya ligado a lo que parece no estar sujeto a lógica[152]. Pero al respecto que cada cual piense como prefiera.

[**13**] Por otra parte, Merméroes, temiendo que a lo largo del tiempo a la ciudad de Petra y a los persas que allí había dejado les sucediera algún percance, levantó el campo y se dirigió con su ejército hacia allí, puesto que lo propicio del momento, [2] ya después del invierno, le daba pie para ello. Pero durante la marcha se enteró de todo lo ocurrido y desistió totalmente de seguir su camino, porque sabía bien que más allá del río Fasis los lazos no tenían otra plaza fuerte que la de Petra[153]. [3] Regresó, entonces, y tomó los pasos que comunican Iberia con la tierra de Cólquide, justo por donde el Fasis es vadeable, y lo cruzó a pie y también un río llamado Reonte, que por aquel sitio no es navegable. De esta forma, una vez en la ribera derecha del Fasis, guio su ejército hacia la ciudad llamada [4] Arqueópolis[154], que es la primera y la mayor de Lázica. Salvo unos pocos todas las tropas eran de caballería y les acompañaban ocho elefantes, sobre los que se ponían los persas para desde allí, como desde torres, disparar a la cabeza de [5] sus enemigos. De modo que bien podría uno asombrarse y con razón de los esfuerzos y de la inventiva de los persas en materia de guerra. En efecto, el camino que lleva de Iberia a la Cólquide, que por todas partes es un continuo de cañadas escabrosas y terreno abrupto lleno de maleza y que está oculto por bosques tan frondosos que incluso a un buen andador[155] le parecería a primera vista intransitable, ese camino lo dejaron tan llano que no ya la caballería al completo podía pasar por allí sin ninguna dificultad, sino hasta hacer su marcha [6] llevando a la par tantos elefantes como quisieran. Vinieron a ellos también como aliados doce mil hunos de los llamados [7] sabiros. Pero Merméroes, por temor a que estos bárbaros, al ser tantos en número, no quisieran obedecer a sus mandos y además le causaran algún daño irreparable al ejército persa, sólo a cuatro mil de ellos les permitió formar en sus filas, mientras que a los restantes los dejó irse a su tierra patria tras ofrecerles mucho dinero.

En cuanto al ejército romano, eran doce mil hombres, pero [8] no todos reunidos en el mismo sitio, sino que en la guarnición de Arqueópolis había tres mil, comandados por Odónaco y Babas, buenos guerreros ambos; mientras que los demás permanecían [9] acampados en el lado de acá[156] de la desembocadura del río Fasis, con un plan predeterminado, de manera que, en caso de que el ejército enemigo atacara en algún lugar, pudieran salir de allí y acudir en su ayuda con todo su potencial bélico. Sus comandantes eran Venilo y Uligago, y estaba también [10] con ellos Varaces el persarmenio, que acababa de llegar de Italia con una tropa de ochocientos tzanos. Besas, por su [11] parte, en cuanto conquistó Petra ya no quiso seguir luchando y se retiró a la

región de pónticos y armenios, preocupándose más que nada de la recaudación de tributos del territorio bajo su mando y con la misma mezquindad de siempre fue otra vez la ruina de la causa romana. Y es que, si inmediatamente [12] después de haber conseguido aquella victoria y de haber conquistado Petra, como antes relaté, hubiera venido a las fronteras de lazos e iberos y cerrado aquellos pasos tan abruptos que allí existían[157], me parece que el ejército persa no habría entrado ya en Lázica. Pero lo cierto fue que este general, [13] desatendiendo el que era su trabajo, podría decirse que con su propia mano les había entregado Lázica a los enemigos, sin inquietarse mucho por la cólera del emperador. Pues, [14] de hecho, el emperador Justiniano tenía costumbre de ser muy condescendiente con las faltas de sus oficiales y de ahí que las más de las veces fueran culpables de delitos tanto en su vida privada como en la función pública.

[15] Pues bien, junto a la mismísima frontera de Iberia había dos plazas fuertes, Escanda y Sarapanis[158]; y el caso era que, por estar situadas en una zona bastante abrupta y muy accidentada, [16] tenían un acceso extraordinariamente difícil. En épocas anteriores los lazos las guarnicionaban con grandes esfuerzos, porque allí el suelo no producía nada en absoluto que fuera comestible, sino que eran los habitantes quienes introducían [17] las provisiones cargándolas sobre sus hombros. Pero el emperador Justiniano al principio de esta guerra desalojó de allí [18] a los lazos e instaló una guarnición de soldados romanos. Lo cierto fue que no mucho después, agobiados por la escasez de víveres, abandonaron estas plazas fuertes, porque de ningún modo podían subsistir por más tiempo a base de mijo, como los colcos, pues no estaban acostumbrados; y los lazos desistían ya de hacer un camino tan largo para llevarles todas las [19] provisiones. Los persas, entonces, se apoderaron de ellas y las ocuparon, pero por la firma del tratado los romanos las recobraron tras haber entregado a cambio la plaza de Bolo y Farangio, como quedó todo dicho en anteriores libros[159]. [20] Así pues, los lazos demolieron estas plazas fuertes hasta sus cimientos, con objeto de que los persas no las ocuparan como puestos fronterizos contra ellos. Pero los persas reconstruyeron y ocuparon una de las dos, la llamada Escanda; y Merméroes siguió avanzando a la cabeza del ejército medo.

[21] Había en la llanura una ciudad, cuyo nombre era Rodópolis[160], que es la primera con la que uno se topa cuando desde Iberia penetra en la Cólquide. Se trata de una plaza de fácil [22] acceso y tan expugnable como la que más. Precisamente por esto, los lazos la demolieron mucho antes hasta sus cimientos por temor a la invasión persa. Cuando los persas lo supieron, avanzaron derecho hacia Arqueópolis. Pero Merméroes, al [23] enterarse de que los enemigos estaban acampados cerca de la desembocadura del río Fasis, marchó contra ellos. Y es que le [24] pareció mejor quitarlos de en medio antes y posteriormente disponerse al asedio de Arqueópolis, para que no pudieran venir por detrás y causarle algún daño al ejército persa. En [25] cuanto ya estuvo muy cerca del

recinto de Arqueópolis, saludó burlonamente a los romanos que allí había y soltó la bravata de que muy pronto estaría de vuelta con ellos: «Es que antes [26] —seguía diciendo— quiero hablar con los otros romanos que están acampados cerca del río Fasis». Los romanos, en respuesta, [27] lo invitaban a que se fuese a donde quisiera, no sin asegurarle antes que, si se encontraba con los romanos de allí, nunca jamás regresaría con ellos. Pero cuando los comandantes [28] del ejército romano se enteraron, les entró miedo y, pensando que estaban en inferioridad para contrarrestar el potencial bélico de los atacantes, subieron a las barcazas que tenían allí preparadas y cruzaron todos el río Fasis, tras haber cargado en las barcazas las provisiones a su disposición que eran capaces de transportar y haber tirado las demás al río, para que los enemigos no pudieran disfrutar de ellas. Así [29] pues, una vez que llegó allí Merméroes con todo su ejército no mucho después, al ver que el campamento enemigo estaba completamente desierto se indignó y se lo tomó muy a mal, sin saber qué hacer. Incendió entonces la empalizada romana [30] y, con la sangre hirviendo de ira, dio de inmediato media vuelta y condujo su ejército contra Arqueópolis.

Arqueópolis está situada sobre una colina muy escabrosa [**14**] y la baña un río que baja de las montañas que dominan la ciudad. De sus dos puertas, una, la de la parte baja, lleva al pie de [2] las montañas y no es, desde luego, inaccesible, si se prescinde de que la subida hacia allí desde la llanura es bastante desigual; pero la otra, que conduce hacia la zona más escarpada, es de acceso extremadamente difícil, pues el terreno delante de la puerta está cubierto de maleza y alcanza una enorme [3] extensión. Como sus habitantes no tienen más agua que aquélla, quienes edificaron la ciudad levantaron dos muros desde allí hasta el río, para así poder sacar agua del río con seguridad.

Pues bien, Merméroes, con el decidido empeño de asaltar las murallas de aquel lugar con todas sus fuerzas, hizo lo [4] siguiente. Primero ordenó a los sabiros construir un buen número de arietes de tal clase que los soldados pudieran llevarlos sobre sus hombros, puesto que no tenía forma humana de acercar las máquinas de costumbre al recinto de Arqueópolis, situada como estaba en la estribación de la montaña, y además había oído todo lo que habían hecho ante la muralla de Petra no mucho antes los sabiros que eran aliados de los romanos, e imitando aquel invento pretendía aprovecharse de aquella [5] experiencia. Y ellos ejecutaron sus órdenes. Construyeron de inmediato una gran cantidad de arietes tal como los sabiros los hicieron para los romanos, según he explicado poco más arriba[161]. Luego mandó a los llamados dolomitas a la zona más escarpada con la misión de hostigar con todo su potencial bélico [6] a los enemigos de aquella parte. Estos dolomitas son unos bárbaros que viven en el centro del territorio persa, pero nunca [7] han sido súbditos del rey persa. Y es que habitan en montañas abruptas y absolutamente inaccesibles, por lo que, desde la antigüedad hasta hoy día, han continuado siendo independientes; pero siempre luchan en las filas persas como

mercenarios [8] cuando éstos van contra sus enemigos. Todos son de infantería y cada uno lleva espada, escudo y tres venablos en las manos. [9] Correr a gran velocidad por zonas escarpadas y por las cimas de las montañas, como si fuera por llano, es algo que saben a la perfección. Por eso Merméroes les ordenó que asaltaran la [10] muralla por allí, mientras él con el resto del ejército se dirigía a la puerta de abajo con los arietes y los elefantes. Así pues, [11] los persas junto con los sabiros iban disparando sin descanso contra la muralla: con las flechas llegaban a ocultar aquella parte del cielo y a punto estuvieron de obligar a los soldados romanos de aquella posición a abandonar las almenas. Los [12] dolomitas, a su vez, lanzaban sus venablos desde las peñas del exterior del recinto y de esta manera hostigaban más aún a los enemigos situados frente a ellos. Por todos lados la situación [13] de los romanos se había vuelto angustiosa y llena de peligros, sufriendo como estaban unas penalidades que eran lo peor de lo peor[162].

Fue entonces cuando Odónaco y Babas, ya fuera por demostrar [14] su valentía o por querer poner a prueba a sus soldados, o incluso porque los empujó una fuerza divina, dejaron allí a unos pocos con la misión de rechazar a los asaltantes desde las almenas y, mientras, convocaron al grueso de sus tropas y en una breve arenga les dijeron los siguiente: «Veis, compañeros de armas, el actual peligro y los apuros que nos agobian. Pero en modo alguno debéis ceder ante estos reveses, pues [15] a quienes ya no creen en su salvación, lo único que podría salvarlos es esto: no buscar su salvación; porque el apego a la vida es natural que traiga como consecuencia, la mayoría de las veces, la propia destrucción. También será preciso que en [16] esta terrible situación os deis cuenta de que, aun rechazando a los enemigos de estas almenas de aquí, nuestra seguridad no estará garantizada, ni siquiera aunque prosigamos la lucha con el mayor arrojo. Pues una batalla que se entabla por [17] contrincantes que están distanciados no le permite a ninguno portarse como un valiente, sino que la victoria, por lo general, depende de la fortuna. Sin embargo, en el caso de que el [18] combate sea cuerpo a cuerpo, casi siempre será el arrojo el que [19] prevalezca y la victoria vendrá de la mano del valor. Pero, sin contar esto, aunque a los que luchan desde el recinto les sonría la suerte en el combate, no disfrutarán mucho de esa suerte, porque, si bien por el momento pueden haber rechazado a los enemigos, mañana el peligro volverá a ser crítico; y por otra parte, si caen derrotados en un punto, por pequeño que sea, todos serán destruidos, como es de prever, junto con la propia [20] fortaleza. Pero una vez que hayan vencido a sus adversarios en el cuerpo a cuerpo, su salvación la tendrán en adelante asegurada. Pensando en esto, vayamos contra los enemigos con todo nuestro arrojo, no sin haber reclamado la ayuda de arriba y mostrarnos llenos de esperanza ante este desaliento [21] que ahora se nos ha venido encima. Que la divinidad siempre acostumbra a salvar, antes que a nadie, a quienes no tienen en sí mismos ninguna esperanza de salvación».

[22] Esta fue la arenga; y Odónaco y Babas ordenaron abrir las puertas y sacaron su ejército a la carrera, tras haber dejado [23] allí sólo a unos pocos por la siguiente razón. Uno de los lazos, un hombre de gran reputación en este pueblo y que vivía en Arqueópolis, estuvo el día antes intrigando con Merméroes [24] para traicionar a su patria. Pero éste el único favor que le pidió para los persas fue que, cuando se dispusieran a asaltar la muralla, a escondidas prendiera fuego a los almacenes [25] donde se guardaban el grano y las demás provisiones. Se lo encargó así calculando que ocurriría una de estas dos cosas: o que los romanos se ocuparían de ese fuego, prestándole toda su atención, y les permitirían subir a la muralla con plena libertad; o que, por su empeño en repeler el asalto de los persas, [26] no les concederían importancia a esos almacenes y, de este modo, al quemarse el grano y las demás provisiones, sin ningún esfuerzo conquistarían en poco tiempo Arqueópolis [27] sitiándola. Con esta idea le dio Merméroes el encargo a aquel lazo y él prometió hacer efectiva su orden en cuanto viera en su punto álgido el asalto a la muralla, y prenderle fuego lo más ocultamente posible a aquellos depósitos. Al ver los [28] romanos cómo se elevaban de repente las llamas, unos pocos acudieron allí a prestar auxilio y a duras penas consiguieron apagar el fuego, que había producido algún que otro daño; pero todos los demás, como ya he dicho, avanzaron contra los enemigos.

Les cayeron encima de improviso y, sobresaltándolos [29] con aquel ataque tan inesperado, lograron matar a muchos, porque ni se resistieron ni se atrevieron siquiera a alzar las manos contra ellos. Y es que los persas, como no se esperaban [30] en absoluto que los enemigos, tan escasos en número, los atacaran, estaban distanciados unos de otros con vistas a asaltar la muralla y por eso las filas de combate se hallaban muy desordenadas. Por su parte, los que llevaban los arietes [31] sobre sus hombros estaban lógicamente desarmados y sin el equipo necesario para la batalla; mientras los demás, con los arcos tensados en sus manos, no tenían, de hecho, ninguna posibilidad de resistir a los enemigos que marchaban en orden cerrado. De esta forma, los romanos con las evoluciones [32] de sus tropas los iban batiendo y acabando con ellos. Entonces sucedió que uno de los elefantes, herido, según dicen algunos, o porque se asustó solo, se revolvió desmandado y vino a retroceder, tirando a los que estaban montados encima y desbaratando las filas de los demás. Por este motivo, los [33] bárbaros iban reculando y, sin ningún miedo, los romanos no paraban de matar a quienes les salían al paso. Con razón uno [34] se podría haber extrañado allí de que los romanos, buenos conocedores de cómo había que repeler el ataque con elefantes de los enemigos, no hicieran nada de lo que se debía en tales casos, por la confusión, claro está, que entre ellos reinaba en aquel momento. No obstante, el resultado que perseguían se produjo por sí solo. Y cómo fue esto es lo que voy a explicar a continuación.

[35] Cuando Cosroes y el ejército medo estaban asaltando la muralla de Edesa, uno

de los elefantes, con un gran grupo de los más belicosos guerreros persas montados encima, se acercó al recinto y a todos les pareció que en muy poco tiempo arramblaría con los que se estaban defendiendo allí desde la torre, en medio de una lluvia de flechas que les caían desde arriba, y que de este modo lograría conquistar la ciudad. [36] Verdaderamente aquello se les asemejaba a un ingenio bélico «tomaciudades»[163]. Pero los romanos colgaron de la torre un [37] cerdo y así consiguieron escapar de aquel peligro. Pues, como es natural, el cerdo, al verse suspendido en el aire, lanzaba gruñidos que asustaban al elefante y lo hacían echarse atrás [38] reculando poco a poco. Así fue como resultó la cosa. Pero, esta vez, en Arqueópolis, fue la fortuna la que vino a completar lo que los romanos dejaron de hacer por mera negligencia. Mas, ahora que me he acordado de Edesa, no me callaré sobre [39] el portento que allí acaeció antes de esta guerra. Pues cuando Cosroes estaba a punto de romper la llamada «paz indefinida»[164], una mujer parió en la ciudad una criatura que, aun con el aspecto de un ser humano normal en todo lo demás, tenía dos cabezas. Lo que esto quería decir quedó claro por lo que [40] ocurrió luego, pues Edesa, casi todo el oriente y una gran zona del imperio romano se los disputaron dos soberanos. Y eso fue lo que sucedió. Pero volveré al punto de donde partió esta digresión.

[41] Cuando del modo dicho la confusión se adueñó del ejército medo, los que estaban formados en retaguardia, al observar el barullo de los de delante, pero no estar informados de lo ocurrido, dieron la vuelta aterrorizados y retrocedieron en total [42] desorden. Lo mismo les pasó también a los dolomitas (pues por luchar desde una posición elevada[165] veían todo lo que estaba aconteciendo): se entregaron a una huida vergonzosa y la derrota ya fue evidente. Cuatro mil bárbaros cayeron muertos [43] allí y el caso fue que entre ellos había incluso tres comandantes. Se apoderaron además los romanos de cuatro estandartes persas, que inmediatamente le enviaron a Bizancio al emperador. Cuentan que perdieron no menos de veinte mil caballos, [44] y no por disparos o golpes de los enemigos, sino por el largo camino que habían recorrido y por encontrarse muy agotados, sin haber podido saciarse de comida desde que entraron en Lázica, hasta el punto de perecer víctimas del hambre y de una gran debilidad.

Merméroes, entonces, tras fracasar en este intento, se retiró [45] con todo su ejército hacia Moqueresis, porque, aun después de su fracaso en Arqueópolis, los persas seguían teniendo el dominio sobre la mayor parte del resto de Lázica. Moqueresis [46] está a un día de camino de Arqueópolis, comprende muchas aldeas muy pobladas y es, más que ninguna otra, la mejor tierra de la Cólquide: allí se obtiene vino y otros buenos productos, aunque en el resto de Lázica no es así. Baña esa comarca el río [47] llamado Reonte, donde antiguamente también construyeron una fortaleza los colcos, pero más tarde la demolieron hasta sus cimientos casi entera porque, al estar situada en terreno muy llano, les parecía muy fácil de atacar. En aquel entonces [48] la fortaleza recibía en

griego el nombre de Cotiayo, pero ahora los lazos la llaman Cotais[166], perdiendo la sonoridad del nombre por su desconocimiento de la lengua. Así lo contó Arriano[167]. Pero otros dicen que en tiempos pasados ese sitio [49] fue una ciudad y que se llamaba Ceteo[168], que allí nació Eetes y por eso los poetas lo llamaban a él cetayeo y a la tierra de Cólquide, Cetais[169].

[50] Ahora Merméroes estaba empeñado en reconstruirlo, pero como no tenía los avíos necesarios para esa tarea y, además, el invierno ya se estaba echando encima, a toda prisa hizo de madera las partes de la fortaleza que estaban caídas y se quedó [51] allí. Pero muy cerca de Cotais hay una plaza fortificadísima llamada Utiméreo, en la que los lazos montaban guardia muy [52] alerta. Colaboraban también con ellos en la vigilancia de la [53] fortaleza unos pocos soldados romanos. En fin, que Merméroes con todo su ejército se instaló allí, ocupando la mejor zona de la tierra de Cólquide e impidiéndoles a sus adversarios introducir provisiones en la fortaleza de Utiméreo o venir a la región llamada de Suania y Escimnia, a pesar de que eran [54] súbditas suyas[170]. Pues, cuando hay enemigos en Moqueresis, lo que ocurre es que a los lazos y romanos se les cierra el paso hacia ese territorio. De modo que ésta era la situación de los ejércitos en Lázica.

[**15**] En Bizancio, mientras tanto, el embajador de Cosroes, Isdigusnas, empleó mucho tiempo en las conversaciones de [2] paz con el emperador Justiniano. Tras muchas serias discusiones, al final llegaron al acuerdo de que la tregua por cinco años se observaría en los dominios de ambos soberanos y que durante este tiempo irían y vendrían mensajeros de un territorio al otro sin ningún temor para negociar las [3] diferencias existentes respecto a Lázica y los sarracenos. Se convino también en que los persas recibirían de los romanos veinte centenarios[171] de oro por esos cinco años de tregua y otros seis por los dieciocho meses que vinieron a transcurrir entre el final de la anterior tregua y ésta, hasta el momento en que unos y otros empezaron a mandarse embajadores. Pues los persas sostenían que sólo bajo estas condiciones [4] habían consentido en negociar el tratado. Aquellos veinte [5] centenarios Isdigusnas exigió cobrarlos allí mismo, pero el emperador quería dar cuatro cada año, para así tener la seguridad de que Cosroes no violaría los acuerdos. Sin [6] embargo, después los romanos les dieron enseguida a los persas todo el dinero convenido, con objeto de que no pareciera que les estaban pagando un tributo cada año. Y es [7] que es la infamia de los nombres y no la de los hechos en sí, de la que suelen avergonzarse los seres humanos casi siempre.

Había, por otra parte, entre los persas uno llamado Bersabus, [8] de excelente reputación y amigo íntimo del rey Cosroes. Precisamente a éste lo sorprendió una vez Valeriano en [9] un combate en Armenia, lo tomó prisionero y se lo envió de inmediato al emperador a Bizancio. Pasó mucho tiempo mientras [10] estuvo allí bajo vigilancia.

Cosroes estaba dispuesto a entregar una gran suma de dinero por él, para ver a Bersabus de vuelta en tierra persa. Pero en esa ocasión el emperador [11] Justiniano lo dejó libre ante los ruegos de Isdigusnas, pues este embajador le prometió al emperador que convencería a Cosroes para que trasladara fuera de Lázica al ejército persa.Se firmó, entonces, la tregua entre romanos y persas en el año [12] vigésimo quinto desde el ascenso del emperador Justiniano al trono imperial[172]. Los romanos, en su mayoría, estaban bastante [13] molestos por este tratado, pero si sus quejas eran razonables o injustificadas, como acostumbran a serlo, al menos, las de los sometidos al poder, eso no sé decirlo.

[14] Lo que decian era que estos acuerdos se habían firmado justo cuando Lázica estaba firmísimamente dominada por los persas, para que nadie los inquietara durante cinco años y, por el contrario, ellos sin ningún temor ni esfuerzo pudieran [15] habitar todo ese tiempo en la mejor zona de la Cólquide. En el futuro los romanos no tendrían nunca manera alguna de expulsarlos de allí; es más, en adelante desde ese lugar Bizancio sería para los persas muy fácil de atacar. Esto era, en definitiva, lo que la mayoría consideraba y por eso estaban disgustados y se lo tomaban muy a mal, sin saber cómo reaccionar. [16] También respecto a que aquello en lo que los persas se habían empeñado desde antiguo, pero que les había parecido imposible de conseguir ni por guerra ni de ningún otro modo, me refiero al hecho de que los romanos les quedaran sujetos al pago de un tributo, eso en el presente lo habían logrado [17] con absoluta seguridad so pretexto de la tregua[173]. Y es que Cosroes, al imponerles a los romanos un tributo anual de cuatro centenarios, que era claramente lo que desde el principio pretendía, se había llevado hasta ahora con disimulo, en once años y seis meses[174], cuarenta y seis centenarios[175] bajo la excusa de la tregua, dándole a ese tributo el nombre de tratado, a pesar de que, mientras tanto, había traído la violencia y la [18] guerra a Lázica, como se ha dicho. De esto los romanos no tenían ninguna esperanza de poder librarse en el futuro, sino que eran conscientes de haberse vuelto meros vasallos tributarios [19] de los persas, ya sin tapujo alguno. Así era como se habían desarrollado las cosas.

Isdigusnas, en fin, rodeado por tanto dinero como nunca lo había estado un embajador y convertido, creo yo, en el más rico de todos los persas, partió hacia su patria después de que el emperador Justiniano lo hubiera honrado más que a nadie y haberlo despedido agasajándolo con grandes riquezas. Fue el único de todos los embajadores que no llegó a experimentar [20] la sensación de estar vigilado en ningún momento; al contrario, tanto él como todos los bárbaros de su séquito, que eran muchísimos, gozaron de plena libertad durante un gran período de tiempo para entrevistarse y reunirse con quienes quisieran, para dar paseos por todas partes de la ciudad, para comprar y vender lo que les viniera en gana, para hacer cualquier contrato y

ocuparse de las cuestiones respectivas con total tranquilidad, como si estuvieran en su propia ciudad y sin que los siguiera, acompañara o considerara conveniente vigilarlos ningún romano, como era la costumbre.

Durante ese tiempo vino a suceder una cosa que nunca [21] antes había ocurrido, al menos que nosotros sepamos. Pues aunque era otoño, el calor fue extraordinario, tan seco y sofocante como en mitad del verano, de tal suerte que, por ejemplo, floreció una gran cantidad de rosas, lo mismo que en primavera, que no se diferenciaban en absoluto de las normales. Además, casi todos los árboles dieron nuevos frutos, [22] por segunda vez en el año, y también se vieron racimos en las vides, a pesar de que no muchos días antes ya se había hecho la vendimia. Los entendidos en estas materias, a raíz de estos [23] indicios, llegaron a predecir que acontecería algo grande e inesperado, según unos bueno, según otros lo contrario. Lo [24] que yo creo es que aquello se debió a una coincidencia: los vientos del sur, los que normalmente soplaban, se abatieron sobre la región durante muchísimo tiempo y de ahí que sobreviniera en ella aquel intenso calor fuera de lo acostumbrado y antinatural para la estación. Pero si efectivamente, como [25] decían algunos, era una señal de algo inesperado que iba a ocurrir, lo sabremos con la mayor seguridad por los posteriores acontecimientos.

[**16**] Mientras se desarrollaban en Bizancio las negociaciones referentes al tratado entre romanos y persas, en Lázica vino a [2] suceder lo siguiente. Gubaces, el rey de los lazos, tenía buena disposición hacia los romanos porque se enteró de que Cosroes maquinaba su muerte, como he contado en anteriores [3] libros[176]. Pero casi todos los demás lazos, que sufrían daños irreparables por culpa de los soldados romanos y estaban especialmente molestos con los comandantes del ejército, eran por lo general partidarios de los medos, y no por inclinación a la causa de los persas, sino por querer librarse del yugo romano y preferir las contrariedades que hasta entonces no se les habían [4] presentado. Había entre los lazos un hombre ilustre llamado Teofobio, que muy en secreto entró en conversaciones con Merméroes y acordó con él entregarle la plaza de Utiméreo. [5] Éste alimentó sus esperanzas para que pusiera manos a la obra y le aseguró que por esa hazaña se convertiría en amigo íntimo del rey Cosroes y para los persas quedaría para siempre inscrito en la lista de los benefactores, con lo que llegaría ser una persona importante por su reputación, riqueza y poder. Con tales incentivos Teofobio se mostraba mucho más ansioso aún de llevar a cabo su empresa.

[6] En aquel entonces romanos y lazos no tenían ningún trato, sino que eran los persas los que con total libertad recorrían todo aquel país, mientras que romanos y lazos estaban unos escondidos junto al río Fasis y otros ocupando Arqueópolis o cualquier otra de las plazas fuertes del lugar, donde se mantenían ocultos. Incluso el propio Gubaces, el rey de los lazos, [7] permanecía tranquilo en la cima de las montañas. Así pues, Teofobio sin ningún problema pudo cumplir su promesa a Merméroes. En efecto, entró en la

fortaleza y fue diciéndoles a los lazos y romanos que allí montaban guardia que todo el ejército romano había perecido, que la causa del rey Gubaces y de todos los lazos que iban con él se había arruinado, que la Cólquide entera estaba bajo poder persa y que ni los romanos ni Gubaces tendrían ya jamás esperanza alguna de recuperar el dominio del territorio. Y es que anteriormente, según él, [8] Merméroes había conseguido esto en solitario, al frente de más de setenta mil guerreros persas y de numerosos bárbaros sabiros; pero ahora también había llegado allí el rey Cosroes con un ejército incontable y de inmediato había unido sus tropas a aquéllas, de modo que en adelante ni siquiera la propia tierra de la Cólquide les daría abasto. Con estas espantosas [9] falsedades Teofobio sembró en los ánimos de aquella guarnición un gran terror y una sensación de desvalimiento. Le [10] imploraban con insistencia, rogándoselo por el Dios de sus padres, que intentara, en la medida de sus fuerzas, resolver su apurada situación. Él, entonces, prometió que iba a traerles de [11] Cosroes las garantías de su salvación a cambio de entregarles la plaza a los persas.

Como les pareció bien, partió de allí al instante y, de nuevo en presencia de Merméroes, se lo contó todo. Éste escogió [12] a los persas más ilustres y los mandó con él a Utiméreo para ofrecer las garantías concernientes a sus bienes y a la inmunidad de la guarnición y para apoderarse de aquella plaza. Así [13] se hicieron los persas con la plaza de Utiméreo y aseguraron firmísimamente su dominio sobre Lázica. Pero no sólo Lázica [14] había quedado sometida a los persas, sino que también Escimnia y Suania y todo aquel territorio desde Moqueresis hasta Iberia se convirtió ya, de este modo, en inaccesible para los romanos y el rey de los lazos. Ni romanos ni lazos fueron [15] capaces de rechazar a los enemigos, puesto que no se atrevían ni a descender de las montañas ni a salir de sus fortalezas ni tampoco a llevar a cabo incursiones contra los enemigos.

[16] Merméroes, como se le echó encima el invierno, construyó la muralla de Cotais de madera e instaló allí una guarnición de no menos de tres mil guerreros persas, tras haber dejado en [17] Utiméreo un número suficiente de tropas. También reedificó la otra plaza fuerte de los lazos que llaman Sarapanis[177], situada [18] en la mismísima frontera de Lázica, y se quedó allí. Pero luego, al enterarse de que romanos y lazos estaban juntos acampados cerca de la desembocadura del río Fasis, avanzó contra [19] ellos con todo su ejército. Cuando se enteraron Gubaces y los comandantes del ejército romano, no demostraron disposición de resistir el ataque enemigo, sino que salieron a la desbandada [20] y así se salvaron, cada cual como pudo. Gubaces, por su parte, subió a todo correr a la cima de las montañas y allí pasó el invierno con sus hijos, su mujer y sus amigos más allegados: se enfrentaba a los rigores de la estación por no saber a qué recurrir en medio de aquel desastre, pero confiado en las esperanzas que le brindaba Bizancio en el futuro, con las que se consolaba en su actual infortunio, como es propio

de lo humano, [21] y aguardando tiempos mejores. Los demás lazos, por vergüenza[178] de cara a su rey Gubaces, también vinieron a pasar la estación invernal entre los peñascos, sin temer allí ninguna contrariedad a manos de los enemigos (porque para quienes intentan algún tipo de asechanza, y especialmente durante el invierno, estas montañas resulta que son impracticables, sin un solo camino hacia ellas), pero, eso sí, estando siempre al borde de la muerte por el hambre, el frío y cualquier otra penalidad.

[22] Mientras, Merméroes fue construyendo a sus anchas muchas casas en las aldeas de Moqueresis y por todos aquellos lugares almacenó provisiones; mandó también algunos desertores a las zonas altas de las montañas y, a base de ofrecer garantías, consiguió ganarse a otros muchos. Y es que, faltos como estaban de víveres, él se los suministró en cantidad y se preocupó de ellos como de su propia gente; y por lo demás, todo lo iba administrando con absoluta seguridad, como si se hubiera convertido en el amo del territorio. A Gubaces le envió [23] el siguiente escrito: «Estas dos cosas son la pauta en la vida de los seres humanos: el poder y la inteligencia. Pues unos, al ser superiores a sus vecinos por lo poderosos que son, viven a sus anchas y siempre llevan por donde quieren a sus inferiores; otros, sin embargo, aun sometidos en razón de su debilidad a sus superiores, compensan su impotencia con lo inteligentes que son y van tras los fuertes adulándolos y no menos pueden vivir de sus propios recursos, de modo que gracias a su adulación disfrutan de todo aquello de lo que se ven privados por su debilidad. Esto no es que ocurra así en unos pueblos [24] y en otros no, sino que, en pocas palabras, es algo propio de todos los hombres en todas partes del mundo habitado, como cualquier otra cosa ínsita en la naturaleza humana. Por tanto, [25] querido Gubaces, si tú crees que vas a superar a los persas en la guerra, ni vaciles ni permitas que nada te lo impida. Pues [26] nos encontrarás en el lugar de Lázica que quieras, dispuestos a resistir tu ataque y en orden de batalla para luchar por esta tierra en la medida de nuestras fuerzas. De manera que en tu mano estará portarte como un valiente en el combate contra nosotros. Si, por el contrario, te sabes impotente para resistir [27] al poderío[179] persa, buen amigo, prueba lo segundo, lo de 'conócete a ti mismo'[180], y arrodíllate[181] ante tu amo Cosroes, [28] como rey, vencedor y señor tuyo que es. Pídele que, a pesar de tus actos, sea clemente contigo, para que en el futuro sí tengas el poder de librarte de los males que te perturben. [29] Porque yo me comprometo a que el rey Cosroes sea clemente contigo y te garantice, entregándote como rehenes a los hijos de los nobles jefes persas, que aparte de otros beneficios te vas a salvar tú y vas a conservar con total seguridad tu reino [30] para siempre. Si no quieres ninguna de estas dos cosas, márchate tú a otro lugar y concédeles a los lazos, maltrechos como están por tu insensatez, que recobren el aliento a la postre y se repongan de las calamidades que tienen encima; y no vayas a querer que los aflija esta perdición sin fin, dejándote llevar por falsas esperanzas: me estoy refiriendo a la [31] ayuda de los romanos, pues nunca

podrán defenderte como tampoco lo han podido hasta el día de hoy». Esto fue lo que [32] escribió Merméroes. Pero ni así logró convencer a Gubaces, que permaneció en las cumbres de los montes, aguardando la ayuda de los romanos, sin que, por odio a Cosroes, quisiera [33] inclinarse lo más mínimo a desconfiar de ellos. Y es que los hombres, la mayoría de las veces, adaptan su forma de pensar a las exigencias de su voluntad: siempre se adhieren a la opinión que les agrada, aceptando todo lo que de ella se derive, sin preocuparse de que pueda ser falsa; y, por el contrario, se incomodan con la que les molesta, sin investigar la posible verdad que encierra.

[**17**] Por aquel tiempo llegaron algunos monjes de la India y, al saber que Justiniano ya no quería que los romanos les siguieran comprando la seda[182] a los persas, se presentaron ante el emperador y le prometieron que ellos se encargarían del comercio de la seda, de tal modo que los romanos ya no se la comprarían a los persas, enemigos suyos, o a cualquier otro [2] pueblo. Y es que, según decían, ellos habían pasado mucho tiempo en la región que está más allá de los numerosos pueblos de los indios, la que recibe el nombre de Serinda[183], y allí habían aprendido perfectamente de qué manera se podría producir la seda en tierra romana. El emperador no paró de [3] hacerles preguntas y de investigar si aquello era verdad y los monjes le repetían que había unos gusanos que eran los que fabricaban la seda[184], porque la naturaleza era su maestra y los obligaba a trabajar sin descanso. Y aunque no había forma, [4] seguían diciendo, de traer allí los gusanos vivos, lo que producían sí era posible y muy fácil; y lo que producían estos gusanos era un número incontable de huevos cada uno. Estos [5] huevos, mucho tiempo después de la puesta, los metían unos hombres en estiércol y, calentándolos así durante un tiempo suficiente, obtenían seres vivos. Tras estas explicaciones, [6] el rey prometió recompensarlos con grandes regalos y los convenció para darles a sus palabras la fuerza de los hechos. Ellos se fueron de nuevo a Serinda, trajeron a Bizancio los [7] huevos y, una vez conseguido de la forma susodicha que se metamorfosearan en gusanos, los alimentaron con hojas de morera y a partir de entonces dejaron ya establecida la producción de seda en tierra romana. Pues bien, así más o menos [8] se desarrollaron en aquel entonces los asuntos relacionados con la guerra entre romanos y persas y los concernientes a la seda.

[9] Después del invierno Isdigusnas llegó con el dinero a presencia de Cosroes y le comunicó los acuerdos tomados. El rey, una vez recibido el dinero, firmó con su sello la tregua sin [10] vacilar, pero aun así no quería dejar de lado Lázica. Es más, con ese dinero se buscó la alianza de un gran número de hunos sabiros y junto con algunos persas los envió directamente a Merméroes, cuya misión era emprender la tarea[185] con todas sus fuerzas; y además le mandó muchos elefantes.

[11] Merméroes con todo el ejército de persas y hunos, tras salir de Moqueresis, avanzó hacia las fortalezas de Lázica y [12] se llevó a los elefantes. No hallaron la más

mínima resistencia de los romanos; éstos, a las órdenes de Martino, se hicieron fuertes cerca de la desembocadura del río Fasis, del modo más seguro que pudieron, aprovechando lo muy protegido que de [13] por sí estaba el paraje, y allí permanecieron quietos. Con ellos estaba también Gubaces, el rey de los lazos. Pero el ejército medo, por azares de la fortuna, no le causó daño alguno a [14] ningún romano ni lazo. Y es que, primeramente, Merméroes, al enterarse de que la hermana de Gubaces se encontraba en cierta fortaleza, condujo hacia aquel lugar su ejército para [15] conquistarlo a todo trance. Pero como la guarnición de la plaza ofreció una vigorosísima resistencia al amparo de la propia naturaleza del sitio, los bárbaros fueron rechazados y se retiraron de allí sin conseguir nada. Luego, se apresuraron a [16] marchar contra los abasgos. Pero los romanos de la guarnición de Tzíbila se apoderaron del camino, que era muy estrecho y abrupto, como ya he dicho antes[186], y absolutamente impracticable; [17] y así les impidieron el paso. Por eso, Merméroes no tuvo manera de batir a sus oponentes, así que retrocedió con su ejército y avanzó contra Arqueópolis con intención de sitiarla. Pero, como sus tentativas contra el recinto no prosperaron, dio la vuelta y se retiró de nuevo. Los romanos, entonces, [18] persiguieron a los enemigos en su retirada y en un paraje muy accidentado mataron a muchos, entre ellos incluso vino a caer muerto el comandante de los sabiros. En torno a su cadáver [19] se entabló un violento combate y, por último, los persas, ya al anochecer[187], batieron a sus adversarios y los pusieron en fuga; y ellos se retiraron a Cotais y Moqueresis. Así les fueron las cosas a romanos y persas.

Por su parte, en Libia la situación para los romanos estaba [20] francamente bien. Y es que a Juan, que había sido destinado allí por Justiniano como general, le vino un golpe de buena suerte como nunca se había comentado ni oído[188]. En efecto, [21] tras aliarse con uno de los comandantes moros, de nombre Cutcinas[189], primeramente venció a los demás en una batalla y no mucho después hizo súbditos suyos a Antalas y Yaudas, los que tenían el poder sobre los moros de Bizacio y Numidia[190]; y le seguían en condición de esclavos. Y de ahí que, durante [22] este tiempo, lo que era en Libia, no quedara ni un resquicio hostil a los romanos. Sin embargo, por las anteriores guerras y revueltas este territorio continuó estando en su mayor parte deshabitado.

Mientras todo esto iba ocurriendo así, en Europa vino a [**18**] suceder lo siguiente. Los gépidas, como he dicho en el anterior libro[191], coincidía que habían firmado unos pactos con los longobardos, [2] sus enemigos. Pero como eran totalmente incapaces de resolver sus diferencias con ellos, no mucho después consideraron [3] que debían hacerles la guerra. Y en efecto, gépidas y longobardos, en masa, avanzaron unos contra otros en el [4] apogeo de su potencial bélico. Guiaba a los gépidas Torisin y a los longobardos el que tenía por nombre Auduín; y a cada uno de ellos lo seguían muchos miles de hombres. Pues bien, estaban ya muy cerca ambos ejércitos, pero aún no podían

verse, [5] y fue entonces cuando ese miedo que llaman «pánico»[192] se abatió de repente sobre unos y otros llevándolos a todos a retroceder y huir sin ningún motivo: sólo se quedaron allí los [6] comandantes con unos pocos soldados. Aunque éstos intentaron tirar de ellos y contener su retirada, no consiguieron nada ni con halagos quejumbrosos ni con terribles amenazas.

[7] Lo cierto fue que a Auduín le entró mucho miedo al ver así dispersas y en total desorden sus tropas (pues no sabía que a los enemigos les había tocado la misma suerte) e inmediatamente envió ante sus adversarios a algunos de su séquito [8] en embajada para pedir la paz. Cuando llegaron ante Torisin, el comandante de los gépidas, vieron lo que estaba pasando y comprendieron, por lo que les había ocurrido a ellos, lo que les había sucedido a los enemigos. Se acercaron, pues, a Torisin y le preguntaron dónde estaban las numerosas tropas [9] que mandaba. Sin negar nada de lo sucedido, les contestó: «Están huyendo sin que les persiga nadie». Y ellos respondieron: «Lo mismo les ha pasado a los longobardos; pues como tú, rey, nos estás diciendo la verdad, tampoco nosotros [10] te ocultaremos nada de lo nuestro. Y bien, puesto que Dios no quiso en absoluto que estos pueblos perecieran y por eso desbarató las formaciones infundiéndoles a ambas un miedo que ha sido su salvación, ¡venga!, cedamos también nosotros a la voluntad de Dios y acabemos con la guerra». «Pues que así sea», dijo Torisin. De esta manera firmaron una tregua por [11] dos años, con objeto de, en el ínterin, entablar negociaciones y con continuas entrevistas resolver perfectamente todas sus diferencias. Y fue de este modo como en aquel momento unos y otros se retiraron.

Pero como durante esta tregua no habían sido capaces de [12] llegar a un acuerdo para solucionar sus mutuas discusiones, nuevamente estaban ya a punto de entrar en guerra. Los gépidas, [13] por miedo al imperio romano (pues suponían que se iban a sumar a las filas de los longobardos[193]), pensaron en atraerse a ciertos hunos para que se aliaran con ellos. Mandaron, [14] pues, una embajada ante los gobernantes de los cutriguros, que habitan al oeste del lago Meótide[194], y les pidieron que se les unieran en la guerra contra los longobardos. Les enviaron, [15] entonces, de inmediato doce mil soldados a los que mandaba, entre otros, Quinialón, un hombre especialmente diestro en la guerra. Pero los gépidas en aquel momento se sintieron [16] molestos por la presencia de aquellos bárbaros, dado que aún no era inminente la ocasión para la batalla por quedarle todavía un año a la tregua, y los convencieron para que, mientras, hicieran correrías en las tierras del emperador, con lo que de su inoportunidad habían sacado de paso el provecho de aquel plan tramado contra los romanos. Pero como los romanos vigilaban [17] estrechamente si alguien cruzaba el río Istro tanto en Iliria como en la región de Tracia, los propios gépidas llevaron a estos hunos a atravesar el río Istro por sus dominios y los dejaron en territorio romano.

[18] Saquearon casi todos aquellos lugares, pero, mientras, el emperador Justiniano

fue planeando lo siguiente. Envió una embajada a los hunos utiguros, que habitan al este del lago Meótide[195], para reprocharles y tacharles de injusta su pasividad en relación con los cutriguros, si realmente debía catalogarse como la más injusta de las actitudes el que uno se mantuviera impasible viendo cómo los amigos eran aniquilados. [19] «Pues los cutriguros —se les dijo— despreocupándose de quiénes son sus vecinos, los utiguros, y aunque reciben todos los años grandes sumas de dinero de Bizancio, no quieren de ningún modo dar fin a sus injusticias contra los romanos, sino que diariamente los someten a sus correrías y saqueos sin [20] ningún motivo. Vosotros, además, no sacáis de esto provecho alguno ni compartís el botín con los cutriguros, pero tampoco os ponéis del lado de los romanos, que son las víctimas, aunque [21] de antiguo sois muy buenos amigos suyos.» Éste fue el mensaje del emperador Justiniano a los utiguros. Les regaló también dinero y, recordándoles todos los obsequios que antes en tantas ocasiones habían recibido de él, los convenció así para lanzar de inmediato un ataque contra las tropas cutriguras que se habían quedado atrás.

[22] Se buscaron, entonces, una alianza con dos mil godos de los que habitan junto a ellos y que se llaman tetraxitas[196], y [23] cruzaron en masa el río Tanais. Los mandaba Sandil, un hombre de lo más sagaz, curtido en mil batallas y por naturaleza [24] bastante dotado de vigor y valentía. Una vez que cruzaron el río, trabaron combate con un gran número de cutriguros que encontraron a su paso. Como éstos ofrecieron la más enérgica resistencia a sus atacantes, la lucha se prolongó largo tiempo, pero al final los utiguros derrotaron a sus adversarios y mataron a muchos de ellos. Unos pocos lograron huir, cada cual como pudo, y salvarse. Y sus enemigos esclavizaron a sus hijos y mujeres y se los llevaron a su patria.

Mientras estos bárbaros luchaban entre sí, tal como he [**19**] referido, y corrían en su enfrentamiento el peligro más extremo, sucedió que los romanos disfrutaron de una buena suerte inmensa. Y es que todos los que de ellos estaban reducidos por [2] los cutriguros a la condición de esclavos y que, según dicen, sumaban muchos miles[197], en medio de la refriega salieron de allí a toda prisa sin ser vistos y sin que nadie los persiguiera lograron alcanzar sus territorios patrios, aprovechándose de una victoria ajena en la más angustiosa de las situaciones. El [3] emperador Justiniano, entonces, despachó al general Aracio para que se presentara ante Quinialón y los demás hunos con orden de comunicarles lo que les había ocurrido en su propia tierra y mediante el pago de una cantidad persuadirlos a alejarse cuanto antes del territorio romano. Al enterarse de [4] la incursión de los utiguros y tras haber recibido de Aracio grandes sumas de dinero, llegaron al acuerdo de no efectuar ya en adelante ninguna matanza ni esclavizar a ningún romano ni causar ningún otro daño, sino llevar a cabo su retirada como si fueran amigas las gentes que encontraran a su paso. También convinieron en que, si estos bárbaros eran capaces de [5] regresar y establecerse en su tierra patria, se quedarían allí y mantendrían

lealtad en el futuro a los romanos; pero, en caso de que les fuera imposible quedarse en aquel lugar, volverían de nuevo a los dominios romanos y el emperador, por su parte, los obsequiaría con algunos territorios en Tracia para que se asentaran allí y, como aliados ya para siempre de los romanos, colaboraran con ellos en defender cuidadosamente la región del ataque de cualquier otro pueblo bárbaro.

También en aquel entonces dos mil hunos, de los que habían [6] sido vencidos en el combate y habían escapado de los utiguros, penetraron en territorio romano con sus hijos y mujeres. [7] Entre sus comandantes estaba Sinión, el que mucho antes había marchado con Belisario contra Gelimer y los vándalos[198]. Se presentaron como suplicantes ante el emperador Justiniano, quien los acogió con muy buena disposición y los invitó a establecerse [8] en las tierras de Tracia. Pero cuando Sandil, el rey de los utiguros, lo supo, montó en cólera, lleno de ira: él había castigado a los que eran sus congéneres, los cutriguros, por sus injusticias contra los romanos y los había arrojado de su tierra patria; y ellos, sin embargo, habían sido acogidos por el emperador, se habían asentado en territorio romano e iban a tener una vida más cómoda. Así que envió al emperador embajadores para quejarse. No les entregó una carta (porque los hunos nada saben de escritura ni la practican hasta el día de hoy, y ni sus hijos tienen maestros ni se esfuerzan en aprender las letras a medida que van creciendo), sino que dijeron de memoria, muy al estilo bárbaro, todo lo que él les encargó.

[9] Pues bien, al llegar los embajadores a presencia del emperador Justiniano le dijeron que era el rey Sandil el que hablaba por su boca como si se tratara de una carta: «Hay un proverbio que desde niño sé de oídas y que, si no se me ha [10] olvidado, viene a ser una cosa así: «Esa fiera que es el lobo —según dicen— quizá no sea incapaz de cambiar su pelaje, pero, desde luego, lo que no puede es transformar su instinto»[199], [11] porque la naturaleza no le permite ese reajuste[200]. Esto —añade Sandil sirviéndose del proverbio— es lo que he oído de mis mayores, quienes con esta forma indirecta de hablar aluden a lo humano. Sé también, porque he aprendido por experiencia lo que era lógico que aprendiera un bárbaro rudo, de campo: los pastores cogen a los perros cuando aún están [12] mamando y los crían en sus casas con sumo cuidado; y es que el perro es un animal muy agradecido con quienes le dan de comer y con muy buena memoria para devolver un favor. Así que los pastores lo hacen con el propósito de que, si alguna vez se les vienen encima los lobos, los perros rechacen su ataque, convertidos en guardianes y salvadores del ganado. Y esto creo que sucede en toda la tierra. Pues nadie en el mundo [13] ha visto jamás ni perros que acechen un rebaño ni lobos que lo defiendan, sino que la naturaleza, cual legisladora, puso como esta especie de ley para perros, ganado y lobos. Y creo [14] que ni siquiera en tu imperio, donde resulta que hay, por lo general, abundancia de todo tipo de cosas, quizá hasta de las imposibles, ni siquiera en él existe la más mínima variación de esta norma. Si esto no es verdad, demostrádselo a mis [15]

embajadores para que ya en el umbral de la vejez[201] podamos aprender algo fuera de lo de costumbre. Pero si es algo que en todas partes está firmemente unido a la naturaleza, no está bien que tú acojas con hospitalidad, creo yo, al pueblo cutriguro, acercándote a unos vecinos de conducta tan turbia y metiendo ahora dentro de tu mismo pueblo a quienes antes no soportaste cuando estaban más allá de tus fronteras. Y es que [16] muy pronto les mostrarán a los romanos su auténtica forma de ser; y aparte de esto, no faltarán nunca enemigos que arrasen el imperio romano, porque siempre lo harán con la esperanza de que, en caso de ser derrotados, tú los tratarás mejor; ni tampoco les quedarán a los romanos amigos que vayan a impedirles el paso a quienes invadan vuestra tierra, por recelo a que, cuando la fortuna les depare el éxito, tengan que ver cómo a los vencidos los tratáis más espléndidamente que a ellos mismos, si es verdad, como lo es, que mientras nosotros luchamos por la vida en una región desierta y, además, improductiva, los cutriguros pueden comprar trigo en abundancia, correrse juergas de borrachos y tomar todo tipo de manjares [17] exquisitos. Seguro que tienen baños, donde sea, a su disposición y que esos vagabundos llevan joyas de oro y no carecen [18] de vestidos finos, bordados y recamados[202] en oro. Y eso que los cutriguros han esclavizado anteriormente a un número incontable [19] de romanos y se los han llevado a su tierra; y lo cierto es que esos malditos no han desechado ni una sola medida de las que se les imponen a los esclavos, y lo más probable es que estuvieran siempre dispuestos a darles latigazos sin haber cometido ninguna falta, a condenarlos a muerte y a hacer con ellos todo lo que su forma de ser y su poder en esa situación [20] le permiten a un amo bárbaro. Y somos nosotros quienes, con nuestras fatigas y los peligros que corremos por seguir vivos, los hemos librado de esa fatal condición que entonces los subyugaba y se los hemos devuelto a sus progenitores, con lo que ellos se han convertido en nuestra recompensa [21] por las fatigas de la guerra. Por todo esto unos y otros hemos recibido de vuestra parte un pago muy distinto, si es verdad que mientras nosotros aún ‘disfrutamos’[203] de nuestras ancestrales miserias, ellos tienen la suerte de compartir un territorio que pertenece a quienes precisamente por nuestro valor han [22] logrado escapar de la esclavitud». Éstas fueron las palabras de los embajadores utiguros. Pero el emperador no paró de aplacarlos y de consolarlos a base de regalos y poco después los despidió. Y así fue como se sucedieron los acontecimientos.

Por aquel tiempo, entre el pueblo de los varnos[204] y unos [**20**] soldados que habitan en la isla llamada Britia[205] estalló la guerra y la batalla por el siguiente motivo. Los varnos están asentados [2] más allá del río Istro y se extienden hasta el océano del norte[206] y el río Rin[207], que los separa de los francos y de los demás pueblos allí establecidos. Todos éstos que de antiguo [3] habitaban a uno y otro lado del Rin tenían un nombre, cada uno el suyo propio, pero en general todos se llamaban germanos[208]. La isla de Britia, por su parte, está situada en dicho [4] océano, no muy lejos de la costa,

como a unos doscientos estadios[209], más o menos enfrente de la desembocadura del Rin y entre Britania y la isla de Tule[210]. Pues Britania está [5] situada hacia occidente en línea con el extremo de Hispania[211] y separada del continente no menos de cuatro mil estadios[212], mientras que Britia se encuentra detrás de la zona de la Galia que está orientada hacia el océano, o sea, al norte de Hispania [6] y Britania. Tule, según se sabe, está situada en el extremo septentrional del océano. Pero respecto a Britania y Tule ya he hablado en anteriores libros[213]. La isla de Britia la habitan tres naciones muy populosas y sobre cada una de ellas gobierna [7] un rey. Los nombres de estas naciones son angilos[214], frisones [8] y britones, cuyo nombre es el mismo que el de la isla. Tan numerosa es evidentemente la población de estas naciones que todos los años emigran de allí en masa con sus mujeres e hijos [9] y se trasladan a la región de los francos. Éstos los instalan en el territorio que parece el más desértico de sus dominios y por [10] eso dicen que están haciendo suya la isla. De tal manera que, por ejemplo, no mucho antes el rey de los francos mandó a algunos de sus amigos más allegados como embajadores ante el emperador Justiniano a Bizancio y envió con ellos a algunos angilos, presumiendo así de que esta isla estaba bajo su gobierno. En fin, esto en cuanto a la isla llamada Britia.

[11] A los varnos, por su parte, no mucho antes los gobernaba un hombre llamado Hermegisclo. Y éste, empeñado en asegurar el trono, se casó con la hermana de Teodiberto, el jefe de [12] los francos; pues hacía poco que había muerto su anterior esposa, que había sido madre de un hijo, de nombre Radigis, que le dejó a su padre. Y fue en efecto su padre quien le concertó el matrimonio con una joven doncella, nacida en Britia, cuyo hermano era por entonces rey del pueblo angilo: Hermegisclo le había dado a ella una gran suma de dinero por cuenta de [13] su compromiso[215]. Este hombre, mientras un día montaba a caballo en cierto lugar en compañía de las más nobles personalidades varnas, vio un ave posada en un árbol y graznando sin parar. Y ya fuera porque comprendía el lenguaje del ave o [14] porque sabía alguna otra cosa y fingió interpretar al ave como si estuviese profetizando, les dijo de inmediato a los que con él se encontraban que iba a morir a los cuarenta días, y que se [15] lo había revelado aquella predicción del ave. «Yo, por tanto —dijo— poniendo todo mi cuidado en que en adelante viváis seguros y sin preocupaciones, he concertado un parentesco matrimonial con los francos trayéndome a una mujer de esa nación para que sea mi esposa y a mi hijo le he colocado una prometida de Britia. Pero ahora mismo, como sospecho [16] que voy a morir muy pronto y de esta mujer en concreto no tengo descendencia ni masculina ni femenina, y además mi hijo tampoco ha celebrado la boda y aún está soltero, dejadme comunicaros mis planes y si os parece que en ellos hay alguna utilidad, en cuanto llegue al final de mi vida, sancionadlos vosotros y llevadlos felizmente a término. Pues bien, lo que [17] creo es que a los varnos les será más útil establecer vínculos matrimoniales con los francos que con los isleños. Pues los [18] britios no pueden venir a unirse a vosotros

sino tras demasiado tiempo y muchas dificultades; varnos y francos, sin embargo, lo único que tienen en medio es el agua del Rin, de modo que éstos, al ser vecinos vuestros muy cercanos y haber alcanzado tal grado de poder, tienen a mano tanto el haceros el bien como el causaros daño, siempre que quieran. Y de todas todas [19] que os causarán daño, a menos que la alianza matrimonial se lo impida. Pues muy penoso es para los hombres, y es natural, el poder de sus vecinos cuando sobrepuja al suyo y siempre está muy dispuesto a cometer injusticias, porque a alguien cercano y poderoso le es más fácil buscarse motivos de guerra contra vecinos inocentes. De manera que, como las cosas [20] son así, dejaos de esposa isleña para este muchacho[216] y todo el dinero que ha conseguido ella obtener de nosotros con ese propósito[217], que se lo lleve en compensación por el insulto, tal como quiere una ley que es la común para todos los seres humanos. En cuanto a mi hijo Radigis, que se case luego con su madrastra, de acuerdo con lo que nos permite nuestra ley ancestral.»

[21] Éstas fueron sus palabras y a los cuarenta días de aquella predicción cayó enfermo y cumplió su destino. Entonces, el hijo de Hermegisclo, tras recibir por sucesión el trono de los varnos y ateniéndose a la voluntad de los miembros de la nobleza de estos bárbaros, llevó a cabo el consejo del fallecido: renunció de inmediato al matrimonio con su prometida [22] y se casó con su madrastra. Cuando lo supo la prometida de Radigis, no soportó aquel desdichado proceder y se propuso [23] vengarse de él por haberla insultado. Y es que tan grande es el valor que aquellos bárbaros consideran que tiene la castidad que con sólo haber pronunciado entre ellos la palabra matrimonio, si éste no llega a celebrarse, la mujer parece ya haberse [24] prostituido. Pues bien, primeramente le envió una embajada con algunos de sus amigos de confianza para preguntarle por qué la había insultado a ella, que ni le había sido infiel ni había [25] cometido ninguna otra falta. Pero como así no pudo conseguir nada, adoptó el comportamiento de los hombres y pasó a la acción con las armas.

[26] Reunió, pues, de inmediato cuatrocientas naves y embarcó en ellas un ejército de no menos de cien mil guerreros. Y ella [27] misma era quien guiaba esta expedición contra los varnos. Se llevó también a uno de sus hermanos para que la ayudara a arreglar la situación, pero no por estar él ocupando el trono, pues aún su condición era la de un particular.

[28] Estos isleños son los bárbaros más valerosos de todos los [29] que conocemos y entran en combate a pie. Y no sólo porque no practican la equitación, sino porque resulta que ni siquiera saben lo que es un caballo, dado que en esa isla no se ve nada que se parezca a un caballo y está claro que este animal nunca ha existido en Britia. Y si en alguna ocasión coincide [30] que cualquiera de ellos, en embajada o por otro motivo, visita a los romanos, a los francos o alguna otra nación que tenga caballos, y allí entonces obligatoriamente deben ir a caballo, no tienen ni idea de cómo montarse de un salto y son

otros quienes los elevan en el aire y los suben sobre los caballos y, cuando quieren bajarse, de nuevo los levantan y los ponen en el suelo. Pero el caso es que tampoco los varnos montan [31] a caballo, sino que todos van a pie. En fin, que así son estos bárbaros. En cuanto a su flota, no hay soldado que no sea a la vez remero[218]; y tampoco usan velas estos isleños, sino que siempre navegan sólo a remo.

Cuando arribaron al continente, la joven que iba capitaneándolos [32] mandó fijar una sólida empalizada junto a la mismísima desembocadura del Rin y se quedó allí con unos pocos guerreros, mientras su hermano, por orden suya, dirigió al resto de las tropas contra los enemigos. Los varnos estaban [33] entonces acampados no muy lejos de la costa del océano y de la desembocadura del Rin, y allí llegaron rápidamente los angilos: ambos ejércitos trabaron combate y los varnos sufrieron una derrota aplastante. Muchos de ellos cayeron en esa batalla [34] y todos los demás, junto con su rey, volvieron las espaldas en retirada. Los angilos, por su parte, fueron en su persecución un corto trecho, como es costumbre de la infantería, y luego regresaron a su campamento. Pero, ya a la vuelta, la joven les [35] afeó su conducta y fue a su hermano a quien dirigió los más amargos reproches, insistiéndole en que no había hecho nada meritorio, porque no le había traído vivo a Radigis.

Ella, entonces, escogió a sus soldados más aguerridos y [36] los mandó directamente con la misión de que lo trajeran prisionero [37] a toda costa. Para cumplir su orden, recorrieron toda aquella región explorándola minuciosamente, hasta que encontraron a Radigis escondido en un bosque muy frondoso; y [38] lo ataron y se lo llevaron a la joven. Estaba él de pie ante sus ojos, temblando y con la sospecha de que muy pronto iba a morir de la más miserable de las muertes; pero, contra lo que cabía esperar, no lo mató ni le hizo ningún daño, sino que lo reprendió por haberla insultado y le preguntó por qué había despreciado su compromiso y se había metido en la cama con [39] otra mujer, a pesar de que ella no le había sido infiel. Él, para defenderse de la acusación, alegó las órdenes de su padre y el interés de sus súbditos, pronunció palabras de súplica y entremezcló su defensa con continuos ruegos, achacando su [40] culpa a lo inevitable de las circunstancias. Le prometió también que, si quería casarse con él, todas las ofensas que le había [41] hecho las repararía con su futuro comportamiento. Como a la joven le pareció bien, a Radigis le soltaron las ataduras y, además, se le trató con benevolencia. Entonces, repudió a la hermana de Teodiberto y se unió en matrimonio[219] con la britia. Así fue como resultaron las cosas.

[42] En esa isla de Britia sus antiguos habitantes construyeron una larga muralla, que cortaba en dos sectores la mayor parte de la isla; y ni el clima ni el suelo ni nada en absoluto es igual [43] a uno y otro lado de la muralla. Pues en el sector oriental el clima es bueno y va cambiando con las estaciones: moderadamente [44] cálido en verano y fresco en invierno. Y son muchos los que allí habitan y viven de la misma manera que el

resto de los seres humanos: los árboles dan sus frutos en sazón y las [45] mieses crecen allí tan lozanas como en ningún otro sitio; pero es que parece que aquella comarca se engríe de la suficiente agua que tiene. Sin embargo, en el oeste es todo lo contrario, hasta el extremo de que allí un ser humano es incapaz de vivir ni media hora: hay innumerables víboras y serpientes, y fieras de todas clases se han repartido aquel territorio. Y lo [46] más disparatado: las gentes del lugar dicen que, si alguien cruza al otro lado de la muralla, muere de repente, porque no se puede soportar lo más mínimo la pestilencia de aquel aire y que incluso las fieras que allí entran se ven al instante sorprendidas por la muerte.

Llegado a este punto de mi historia, tengo por fuerza que [47] hacer mención de un relato que es lo más semejante a un mito y que a mí no me pareció que fuera fidedigno en ningún caso, aunque andaba continuamente de boca en boca de muchísimas personas, que aseguraban haber sido ellos mismos actores de aquellos hechos y haber escuchado con sus mismos oídos aquellas palabras; pero tampoco consideré que debía pasarlo por alto, para no ganarme, escribiendo como estoy sobre la isla de Britia, reputación perenne de ignorante de lo que allí ocurre.

Pues bien, dicen que las almas de los difuntos son transportadas [48] siempre a ese lugar[220]. De qué forma, es lo que voy a explicar enseguida, por haber escuchado muchas veces a las gentes de allí referírmelo muy en serio, aunque he terminado por pensar que esos cuentos no son más que una respuesta al poder de los sueños. A lo largo de la costa del océano situada [49] frente a la isla de Britia coincide que hay numerosas aldeas. Las habitan gentes que pescan con redes, cultivan la tierra y comercian por mar con esta isla. Aun siendo súbditos de los francos, jamás les han ofrecido el pago de ningún tributo, por habérseles condonado desde antiguo ese gravamen, en consideración, según afirman, a una especie de servicio que prestan y que ahora mismo pasaré a exponer.

[50] Dicen las gentes del lugar que ellos se encargan por turnos del traslado de las almas. En efecto, quienes a la noche siguiente deben tomar el relevo en el servicio y acudir a esa ocupación, tan pronto como oscurece se retiran a sus casas y se echan a dormir, esperando al que los reúne para la tarea. [51] Y a una hora muy intempestiva de la noche oyen golpes en la puerta y escuchan una voz muy confusa que los llama al [52] trabajo. Ellos, entonces, sin vacilar un momento se levantan de sus camas y caminan hacia la orilla del mar, sin comprender qué fuerza es la que los impulsa a esto, pero, en cualquier [53] caso, forzados a hacerlo. Allí ven que están preparadas, sin ninguna persona a bordo, unas barcazas, pero no las suyas, [54] sino otras distintas; y suben a ellas y cogen los remos. Se dan cuenta de que pesan, por ir cargadas de una gran cantidad de pasajeros y anegadas por el oleaje hasta la cubierta y los bancos de los remeros, y de que apenas un solo dedo las separa del agua. Sin embargo, ellos no observan a nadie y, después [55] de remar una sola hora, arriban a Britia, a pesar de que cuando navegan en sus propias barcazas, sin usar velas sino remando, difícilmente logran

cruzar allí en una noche y un día. Luego, tras tomar puerto y descargar, zarpan a toda prisa y ya las barcazas que eran tan pesadas se vuelven ligeras de repente y se elevan sobre las olas, sin hundir en el agua nada más que la quilla.

[56] Ellos, repito, no ven a nadie ni navegar a su lado ni salir del barco, pero sí afirman oír una voz desde allí que parece anunciarles a los que vienen a recoger las almas el nombre de cada uno de los que han hecho juntos la navegación, añadiendo la dignidad de la que antes disfrutaban y llamándolos además por el nombre de sus padres. En el caso de que también [57] los hayan acompañado mujeres en la travesía, pronuncian los nombres de sus esposos, con quienes estuvieron casadas en vida. Y esto es lo que las gentes del lugar aseguran que ocurre. [58] Pero yo voy a volver ya a mi anterior relato.

Pues bien, así fueron desarrollándose las guerras en cada [**21**] territorio. En cuanto a la guerra gótica, continuó de la siguiente manera. El emperador reclamó a Belisario en Bizancio, como ya dije en el libro anterior[221], lo trató con gran honor y ni siquiera a la muerte de Germano pensó en enviarlo a Italia, sino que, como general que era de oriente, lo nombró comandante de la guardia de corps imperial y lo retuvo allí. En dignidad era Belisario el primero de todos los [2] romanos, por mucho que algunos de ellos, antes que él, estuvieran inscritos entre los patricios y se hubieran sentado en la silla consular. Pero, aun así, todos le cedían el primer puesto, [3] avergonzándose, a la vista de sus méritos, de aprovecharse de la ley y de investirse del derecho que de ésta procedía, cosa que agradaba al emperador sobremanera. Mientras tanto, [4] Juan el de Vitaliano[222] estaba pasando el invierno en Salones y durante este tiempo permanecían inactivos los comandantes del ejército romano que estaban esperándolo en Italia. El invierno estaba terminando y cumpliéndose el año decimosexto[223] de esta guerra contra los godos cuya historia escribió Procopio.

Al año siguiente Juan estaba ya pensando en marcharse [5] de Salones y en dirigir su ejército lo más rápido posible contra Totilas y los godos, pero el emperador se lo impidió, ordenándole [6] quedarse allí hasta que llegara Narsés, el eunuco[224], pues había decidido nombrarlo general con plenos poderes[225] [7] para esta guerra. Por qué lo querría así el emperador es algo que a nadie en absoluto le quedó totalmente claro; y es que las decisiones de un emperador no hay manera de poder comprenderlas salvo que él lo desee. No obstante, expondré [8] aquí las sospechas que iba comentando la gente. El emperador Justiniano pensó que los demás comandantes del ejército no estarían dispuestos en modo alguno a obedecer a Juan, por no [9] resignarse a tener rango inferior al suyo; y de ahí su temor a que discutieran sus órdenes o por envidia se mostraran voluntariamente cobardes, haciendo así fracasar las operaciones.

[10] También escuché la siguiente razón, apuntada por un romano, cuando estuve yo en Roma[226]. El tal hombre era uno de [11] los miembros del senado. Decía este

romano que en aquella época en que Atalarico[227], el nieto de Teodorico por parte de madre, gobernaba Italia, un hato de ganado bovino entró en Roma desde el campo, cuando ya caía la tarde, a través de la [12] plaza que los romanos llaman el Foro de la Paz, pues allí está de antiguo situado el templo de la Paz, que fue golpeado por un rayo. Hay también delante de la plaza una vieja fuente y sobre ella se levanta un toro de bronce, obra del ateniense Fidias, [13] creo, o de Lisipo. Y es que en este lugar hay muchas estatuas que son creaciones de estos dos hombres. Precisamente allí hay otra obra de Fidias, pues así lo dice la inscripción de la [14] estatua. En ese sitio también está la *Ternera* de Mirón[228]. Y es que los antiguos romanos tuvieron la preocupación de convertir todas las cosas más bellas de Grecia en ornamentos de Roma. Y afirmaba él que un toro castrado[229] de la manada, que [15] en aquel momento estaba pasando, abandonó el hato, subió a aquella fuente y se puso sobre el toro de bronce. Dio la casualidad [16] de que uno que pasaba por allí, etrusco de nacimiento y que parecía ser muy rudo, fue interpretando lo ocurrido y dijo (pues incluso hasta mis propios tiempos los etruscos siguen siendo gente con facultades adivinatorias[230]) que un día un eunuco acabaría con el gobernante de Roma. En aquel entonces [17] el tal etrusco y las palabras que pronunció sólo merecieron risa. Pues, antes de que pase algo, los hombres siempre suelen burlarse de las profecías, mientras la evidencia no los reprime, porque ni los hechos han sucedido aún ni es creíble lo que se cuenta al respecto, sino que parece asemejarse a algún mito ridículo.

Pero ahora ya todos, rindiéndose ante la realidad de los [18] acontecimientos, se asombran de ese presagio. Quizá por esa [19] razón Narsés vino a ser el general del ejército contra Totilas, ya fuera porque la voluntad del emperador acertó en lo que iba a suceder o porque la fortuna estaba controlando lo que tenía que ser necesariamente. Pues bien, Narsés, después de haber [20] recibido del emperador un ejército muy considerable y grandes sumas de dinero, se puso en camino. Pero cuando llegó [21] con las tropas que le seguían al centro de Tracia, se quedó un [22] tiempo en Filipópolis porque le cerraron el paso. En efecto, un ejército huno se lanzó sobre los dominios romanos y arrambló con todo lo que se pudo llevar, sin que nadie se les opusiera. Cuando algunos de ellos se dirigieron ya hacia Tesalónica y otros tomaron el camino de Bizancio, Narsés logró finalmente salir de allí y continuar avanzando.

[**22**] Mientras Juan aguardaba en Salones a Narsés, quien, obstaculizado por la incursión de los hunos, iba avanzando con bastante lentitud, Totilas, en ese ínterin, estaba a la espera del ejército de Narsés y actuando de la siguiente manera. [2] Instaló en Roma a una parte de los ciudadanos romanos y, además, a algunos senadores, después de haber dejado al resto [3] en Campania. Les ordenó que velasen por la ciudad tanto como pudieran, demostrando así que estaba arrepentido de lo que anteriormente había hecho con Roma[231], porque coincidía que había incendiado muchas zonas de ella, en

especial la [4] que está más allá del río Tíber. Pero reducidos como estaban a la condición de cautivos de guerra y despojados de todo su dinero, no sólo no podían reclamar los fondos públicos sino ni siquiera sus propias pertenencias.

[5] Desde luego, el caso cierto es que los romanos son los más amantes de su ciudad de todos los hombres que conocemos y se afanan por cuidar y conservar el conjunto de su patrimonio, para que no desaparezca en Roma nada de su antiguo esplendor. [6] Y a pesar de haber estado bajo dominio bárbaro durante un largo período, conservaron los edificios de la ciudad y la inmensa mayoría de sus ornamentos, en tanto en cuanto les fue posible, por la extraordinaria calidad de las obras, hacer [7] frente al paso de tanto tiempo y a la incuria. Más aún, todos los monumentos que habían quedado como recuerdos de su estirpe persisten hasta hoy día, incluida entre ellos la nave de Eneas[232], el fundador de la ciudad[233], un espectáculo absolutamente increíble. Pues construyeron un muelle[234] en medio [8] de la ciudad en la ribera del Tíber y allí colocada la guardan desde entonces. Y de qué tipo de nave se trata, es lo que voy a explicar, dado que la he visto con mis propios ojos.

Es de un solo orden de remos[235] y resulta que es muy larga. [9] Tiene ciento veinte pies de eslora y veinticinco de manga[236], y su altura es la mayor que puede ser como para que sea factible moverla a remo. Pero allí no hay nada, ni lo más mínimo, [10] que pegue los maderos, ni ninguna espiga de hierro[237] con la que se ensamblen entre sí los tablones del barco, sino que son todos de una sola pieza, algo inexplicable y nunca oído y que sólo ha pasado, al menos que sepamos, en este barco. La quilla, que es enteriza, se extiende desde el extremo de [11] la popa hasta la proa; poco a poco se va hundiendo de una manera asombrosa hasta la parte más baja y desde allí sube de nuevo muy bien proporcionada hasta llegar a la vertical en perfecta disposición. Todos los gruesos maderos ajustados a [12] la quilla (los que los poetas llaman «armazón de roble»[238] y los demás «cuadernas»[239]) se extienden, cada uno de ellos, de un costado al otro de la nave. Éstos también, a medida que [13] van descendiendo de cada uno de los dos lados, forman una curvatura extraordinariamente estética, para que el casco de la nave resulte contorneado a la perfección, ya sea porque la naturaleza misma cortó los maderos y adaptó con anterioridad ese arqueo de acuerdo con lo que precisaba su futuro uso, o porque sus desigualdades quedaron arregladas por la habilidad [14] y la industria de los artífices. Además, cada tabla llega desde el extremo de la popa hasta la otra punta de la nave y todas son de una sola pieza con clavos de hierro añadidos sólo con el fin de que se ajustaran a las vigas de las cuadernas [15] y formaran los costados. Así construida, esta nave ofrece un aspecto indescriptible, porque la constitución natural de las cosas siempre hace que para los hombres no sean fáciles de explicar aquellas obras que más se apartan de lo corriente, sino que con sus novedosos designios prevalece sobre lo rutinario [16] y somete nuestra capacidad de expresión. Lo cierto es que ninguno de esos maderos

se ha podrido ni tampoco ninguno da la más mínima impresión de estarlo; al contrario, la nave entera se mantiene intacta, como si acabara de salir de las manos de su artífice, quienquiera que fuese, y conserva su robustez asombrosamente, hasta mis propios días. En fin, esto respecto a la nave de Eneas.

[17] Totilas, por su parte, embarcó a unos trescientos godos en buques de guerra y les ordenó ir a Grecia con la misión de [18] despojar a toda costa a quienes encontraran a su paso. Pero dicha flota hasta llegar a la tierra de los feacios, que ahora se [19] llama Corcira[240], no logró causar ningún estrago. Pues lo que ocurre es que no hay ninguna isla habitada en esa travesía desde el estrecho de Caribdis[241] hasta Corcira, hasta el punto de que yo, que he estado allí muchas veces, me preguntaba dónde [20] podía estar la isla de Calipso[242]. Y es que en ninguna parte de ese mar he visto yo más islas que las tres que hay no muy lejos de Feacia, a unos trescientos estadios[243]: están muy próximas entre sí, son pequeñísimas y ni están habitadas por seres humanos ni hay animales ni nada en absoluto. Hoy día estas islas se llaman Otonos[244]. Podría decirse que allí vivió Calipso y que [21] Odiseo, como no estaba muy lejos de la tierra de Feacia, cruzó desde allí en una balsa, como dice Homero[245], o por cualquier otro medio sin nave alguna. Pero esto digámoslo sólo como conjetura. Y es que no es fácil que la verdad se ajuste a la [22] perfección a los datos más antiguos, porque el mucho tiempo trascurrido suele por lo general cambiar los nombres de los lugares y lo que se cree de ellos.

Por ejemplo, aquel barco que está colocado en la costa de [23] la tierra de los feacios, hecho de piedra blanca, algunos creen que es el que transportó a Odiseo a Ítaca, de cuando fue allí acogido como huésped[246]. Sin embargo, este barco no es monolítico, [24] sino que está compuesto de muchísimas piedras. En [25] él hay grabada una inscripción que explícitamente proclama que un comerciante tiempo atrás consagró esta ofrenda a Zeus Casio[247], pues los habitantes de este lugar veneraban antaño [26] a Zeus Casio, porque también la ciudad en la que está ese barco se llama hasta hoy día Casope[248]. De esa misma manera [27] también está hecha de muchas piedras la nave aquella que Agamenón, el hijo de Atreo, dedicó en Geresto[249], ciudad de Eubea, a Ártemis como ofrenda expiatoria por haberla ofendido[250], cuando por el sacrificio de Ifigenia Ártemis les permitió [28] a los griegos que emprendieran su navegación[251]. Esto es precisamente lo que reza una inscripción hexamétrica[252] grabada, en aquel entonces o después, en ese barco. Está en su mayor parte borrada por el paso del tiempo, pero el principio todavía en la actualidad se lee claramente y dice así:

A mí, barco de piedra, me colocó en este lugar Agamenón, monumento a la navegación del ejército griego.

[29] Y al pie tiene esto: «Tínico lo hizo para Ártemis Bolosia»; pues así llamaban a Ilitía[253] tiempo atrás, porque también a los dolores de parto les daban el nombre de «bolás»[254]. Pero debo volver de nuevo al punto de donde partió esta digresión.

[30] Cuando esta flota de godos llegó a Corcira, arramblaron en una repentina incursión con todo lo que se pudieron llevar de allí y también de las demás islas cercanas a ella, que se [31] llaman Sibotas[255]. Cruzaron luego de súbito al continente y fueron saqueando todo el territorio en torno a Dodona[256] y, en especial, Nicópolis y Anquíalo, donde dicen los lugareños que Anquises, el padre de Eneas, dejó el mundo de los vivos[257] mientras iba navegando con su hijo tras la toma de Ilio[258] y, así, le dio su nombre a este lugar. Recorriendo la costa entera, [32] se tropezaron con muchas naves romanas y se apoderaron de todas ellas, cargamentos incluidos. Coincidió que entre éstas se encontraban también algunas de las que transportaban desde Grecia las provisiones para el ejército de Narsés. Y así fue como sucedió todo esto.

Totilas, mucho antes, vino a enviar un ejército de godos [**23**] al Piceno, para que tomaran Ancón[259]. Al frente de estas tropas puso a los comandantes más reputados entre los godos: Escipuar, Gibal y Gundulfo, que antaño había sido lancero[260] de Belisario (algunos lo llamaban Indulfo[261]). Les dio cuarenta y [2] siete naves de guerra con el fin de que, asediando la fortaleza por tierra y mar, no tuvieran problemas en conquistarla con más facilidad. Como este bloqueo se prolongó durante mucho [3] tiempo, lo que ocurrió fue que a los asediados ya los iba agobiando la escasez de víveres.

Cuando se enteró Valeriano, que aún permanecía en Rávena, [4] como no podía socorrer por sí solo a los romanos de Ancón, le envió una carta a Juan, el sobrino de Vitaliano[262], que estaba en Salones, en la que le escribió lo siguiente: «Sólo Ancón nos queda en el interior del golfo[263], como tú sabes, si [5] es que ahora mismo todavía nos queda. Y es que tan grave es la situación de los romanos allí asediados que temo que acudamos tarde a socorrerlos, porque estamos demostrando empeño a destiempo y nuestra preocupación por la ciudad llega con [6] retraso. Pero punto final; que el apuro de los asediados no permite que la carta sea más larga: tiene estrictamente delimitado el tiempo que le corresponde, mientras que el peligro que aquéllos corren reclama un ayuda más expeditiva que las [7] palabras». Juan, después de haber leído esta carta y a pesar de que se lo había prohibido el emperador, se atrevió a emprender la marcha por propia iniciativa, en la idea de que lo angustioso de las circunstancias se anteponía a los mandatos del soberano. [8] Escogió a los hombres que creyó que eran los guerreros más cualificados de todos y los embarcó en treinta y ocho buques de guerra, unas naves rapidísimas e inmejorablemente construidas para la guerra en el mar. Cargó luego algunos víveres y tras zarpar de Salones arribó a Escardón[264]. Y justo allí llegó no mucho después Valeriano con doce naves.

[9] Una vez unidas sus respectivas fuerzas, se pusieron de acuerdo en los planes que creyeron más ventajosos y desde allí se hicieron a la vela. Alcanzaron la zona continental de enfrente y fondearon en un lugar que los romanos llaman Senogalia[265], [10] no muy lejos de Ancón. Cuando se enteraron los generales godos, embarcaron también ellos de inmediato a sus mejores tropas en las naves de guerra que tenían, que eran [11] cuarenta y siete. Al resto de su ejército lo dejaron sitiando la fortaleza, mientras ellos avanzaban derechos contra el enemigo. [12] El comandante de los que se habían quedado en el asedio [13] era Escipuar; los de los embarcados, Gibal y Gundulfo. Cuando estuvieron muy cerca unos de otros, los oficiales pararon sus naves y, concentrándolas en un espacio muy reducido, se pusieron a arengar a sus soldados.

Los primeros en hablar fueron Juan y Valeriano, que dijeron [14] lo siguiente: «Que ninguno de vosotros crea, compañeros de armas, que la lucha ahora va a ser sólo por esta plaza de Ancón y por los romanos en ella asediados, ni que a esto va a quedar reducido para nosotros este combate, no, sino que todo en conjunto, por resumir, todo el meollo de la guerra aquí radica y al lado al que venga a inclinarse la balanza de la batalla le va a tocar también el remate que imponga la fortuna. Y es que respecto a las presentes circunstancias debéis hacer [15] esta consideración: una buena parte del peso de la guerra está reservada a los recursos de intendencia y, por fuerza, a quienes sufren escasez de provisiones los superan los enemigos. Con [16] el hambre, desde luego, no sabe convivir el valor, porque estar famélico y comportarse como un hombre son cosas que no admite juntas la naturaleza. Y, siendo así, ninguna otra plaza [17] fuerte permanece en nuestro poder desde Driunte[266] a Rávena donde podamos almacenar víveres, cuando sea preciso, para nosotros y nuestros caballos y, además, tanto se han adueñado los enemigos del territorio que no conservamos ahí ni una sola ciudad donde conseguir algunas provisiones, aunque sean pocas, cuando nos veamos en la necesidad. En Ancón, [18] pues, descansan todas nuestras expectativas de que los que zarpen desde la zona continental de enfrente sean capaces de arribar aquí y de hacerlo con seguridad. Por consiguiente, si [19] en el combate de hoy nos va bien y, como es previsible, le aseguramos Ancón al emperador, cabe quizá que tengamos en adelante fundadas esperanzas también en lo que quede de guerra contra los godos. Por el contrario, si caemos derrotados [20] en esta batalla, no habría nada más amargo a lo que referimos y sólo Dios entonces podría concederles a los romanos una posesión duradera de Italia. También debemos reparar en esto: como nos volvamos unos cobardes en esta operación, ni siquiera [21] será posible escapar, pues no tendréis la tierra para huir, al estar controlada por nuestros adversarios, ni el mar será navegable para vosotros, tal es el dominio que los enemigos ejercen sobre él. De modo que nuestra esperanza de salvación reside en nuestros propios brazos y depende de nuestro comportamiento [22] en el combate. Demostrad, pues, vuestra hombría a todo trance, convencidos de que, si sois

derrotados en este momento, será la última derrota que os toque en suerte, pero si salís victoriosos, ganaréis, además de la gloria, un puesto entre los muy dichosos».

[23] Así hablaron Juan y Valeriano. Los comandantes godos, por su parte, pronunciaron la siguiente arenga: «Como estos malditos, después de haber sido expulsados de toda Italia y haberse escondido durante mucho tiempo en no sabemos qué rincones de la tierra y del mar, se han atrevido ahora a presentarnos batalla y han llegado con la intención de renovar la lucha contra nosotros, por fuerza debemos poner todo nuestro empeño en refrenar la osadía que nace de su locura, para que por nuestra permisividad no vayan a más las consecuencias de su [24] insensatez. Que si la necedad al principio no se controla, crece y crece hasta un atrevimiento sin límites y termina por causar calamidades irremediables a quienes se le crucen por delante. [25] Así que demostradles cuanto antes que no son más que unos grieguchos[267] y unos cobardes por naturaleza y que, cuando son derrotados, entonces se envalentonan, y no permitáis [26] que os sigan echando un pulso. Que la cobardía, si no se le hace caso, se deja llevar a las mayores fanfarrias, porque la [27] temeridad, a fuerza de tomar vuelo, ya no vacila ante nada. Y no creáis en absoluto que van a resistir mucho si os comportáis como hombres. Pues a esa altivez que no se corresponde con el poder de quienes se dejan dominar por ella, antes de entrar en acción se la ve ensoberbecida hasta el colmo, pero nada más empezar el combate, acostumbra a venirse abajo. Y [28] como las cosas son así, recordad de qué manera han escapado muchas veces los enemigos tras poner a prueba vuestro valor y tened en cuenta que no se han vuelto mejores de repente y se han lanzado contra vosotros, sino que la temeridad que han demostrado es casi igual que la de antes y por tanto también les tocará ahora la misma suerte».

Tras esta arenga, los comandantes godos fueron al encuentro [29] de los enemigos y sin la menor dilación se enzarzaron. La batalla naval fue extremadamente dura, muy parecida a un combate en tierra. Y es que unos y otros colocaron las naves [30] de frente con las proas mirando a las de sus adversarios y empezaron a dispararse flechas; y todos los que pretendían hacer alarde de valor acercaron tanto los barcos entre sí que llegaban a tocarse y luchaban cuerpo a cuerpo desde los puentes con espadas y lanzas, como si estuvieran en llano. Así fueron los [31] preliminares de la contienda.

Pero, luego, los bárbaros por su inexperiencia en el combate naval dieron en proseguir esta batalla con gran desorden: unos se apartaban tanto que permitían a los enemigos embestirlos a ellos solos, mientras que otros estaban muy juntos, apiñados en el mismo sitio, y se estorbaban por la falta de espacio entre los barcos. Se podría haber creído que las cubiertas [32] de las naves estaban componiendo como la trama de un tejido. Y así, sólo demasiado tarde y con mucha dificultad podían disparar las flechas contra los enemigos que estaban más retirados, y tampoco les era posible usar sus espadas y lanzas cuando veían que se les echaban encima, sino que toda su atención la

tenían fija en el griterío y los empujones que se metían, porque no paraban de chocar entre sí y de separarse de nuevo a empellones con los botadores en absoluto desorden: unas veces formaban un barullo de proas en un reducido espació, y otras se alejaban mucho, en ambos casos para perjuicio [33] de sus propios intereses. Cada cual daba órdenes a los que tenía más cerca a grandes gritos, y no para acometer a los enemigos [34] sino para mantener las distancias entre sí. Preocupados con los problemas que entre sí se causaban, se estaban convirtiendo ellos solos en los principales responsables de la victoria enemiga.

Los romanos, por su parte, se manejaron con valentía en lo referente al combate y de manera muy experta en las maniobras navales: colocaron de frente sus barcos y ni muy distanciados unos de otros ni más juntos de lo necesario, sino que guardaban una constante coordinación en sus movimientos alternativos de cerrar y desplegar la línea. Cuando observaban que una nave enemiga se separaba de las demás, embistiéndola la hundían sin ningún esfuerzo; y si en otro momento veían que la confusión reinaba entre algunos de los barcos enemigos, lanzaban allí una lluvia de flechas y, en cuanto les caían encima, desordenados como estaban y agotados por la fatiga que les provocaba el propio desorden, acababan con ellos en [35] el acto. Pues bien, los bárbaros habían desistido ya ante las contrariedades de la suerte y los errores que se sucedieron durante la batalla, y no sabían de qué modo seguir luchando, ni con maniobras navales, ni tampoco a pie firme sobre las cubiertas como en un combate en tierra, sino que abandonaron la pelea y permanecieron peligrosamente quietos, dejándolo [36] todo a expensas de la suerte. Fue por esto por lo que los godos dieron la vuelta y se entregaron a una retirada vergonzosa en total desorden, sin haber pensado ya en resistir, ni en huir como convenía hacerlo, ni en nada que los llevara a salvarse, sino que, desperdigados en su mayoría entre los barcos enemigos, [37] no tenían escapatoria. Unos pocos huyeron en once naves, sin que nadie lo advirtiera, y se salvaron, pero todos los [38] demás cayeron en poder de los enemigos. A muchos de éstos los romanos los masacraron con sus propias manos y a otros muchos los mataron hundiéndolos con sus propias naves. De los generales logró huir Gundulfo con las once naves, sin que nadie lo advirtiera, pero al otro[268] lo capturaron los romanos. Los de aquellas once naves, luego de desembarcar en tierra, [39] incendiaron de inmediato los barcos para que no cayeran en manos de los enemigos y se trasladaron a pie hacia el campamento que estaba asediando Ancón. Tras informarles de lo [40] sucedido, efectuaron todos juntos la retirada en línea recta, dejándoles el campamento a los enemigos, y a la carrera y en medio de un gran tumulto se precipitaron hacia el interior de la región, a la ciudad de Áuximo[269], que está cerca de allí. Al [41] llegar los romanos a Ancón no mucho después, se apoderaron del campamento abandonado por los enemigos y, una vez que les llevaron las provisiones a los de la fortaleza, zarparon de allí. Valeriano marchó a Rávena y Juan regresó a Salones.

En [42] definitiva, fue especialmente esta batalla la que echó abajo la altivez y el poder de Totilas y los godos.

Por aquel tiempo la situación de los romanos en Sicilia [**24**] era la siguiente. Liberio[270], reclamado por el emperador, acudió desde allí a Bizancio, mientras Artabanes, puesto que así lo había decidido Justiniano, tomaba el mando de todo el ejército romano de Sicilia. Éste, poniéndoles cerco a los [2] godos que en muy escaso número se habían quedado en las fortalezas de aquella isla, los venció en combate en las salidas que efectuaron y, después de dejarlos en la más extrema carencia de víveres, los capturó a todos por capitulación. Ante [3] esto, los godos se encontraban llenos de miedo y sumamente afectados por lo sucedido en la batalla naval, hasta el punto de que iban ya desistiendo de la guerra y su desesperación era total, porque pensaban que, vergonzosamente batidos por el enemigo como lo estaban en las presentes circunstancias y absolutamente quebrantados, en el caso de que llegaran tropas en ayuda de los romanos, por pocas que fueran, no serían capaces en modo alguno de resistir ni un momento, o de mantener sus posiciones en Italia. Ni tampoco tenían esperanzas de conseguir nada del emperador negociando por medio de una [4] embajada. Pues el caso era que Totilas ya le había mandado embajadores muchas veces, para, en presencia del emperador Justiniano, informarle de que los francos habían ocupado la mayor parte de Italia y el resto se había quedado casi totalmente desierto por culpa de la guerra; y también de que los godos estaban retirándose de Sicilia y Dalmacia, que eran los únicos territorios que permanecían en su entero poder, y que se comprometían a pagar pechos y tributos anualmente por las tierras que quedaran deshabitadas y que lucharían en sus filas contra quienes quisiera el emperador, como súbditos [5] suyos en cualquier otro respecto. Pero el emperador no prestaba ninguna atención a lo que decían y echaba a todos los embajadores, con una gran hostilidad al nombre de los godos y la idea fija de expulsarlos de parte a parte de los dominios del imperio romano. Y así estaban las cosas.

[6] Pero Teodiberto, el caudillo franco, no hacía mucho que había dejado este mundo por una enfermedad, dejando sujetos al pago de un tributo, sin ninguna justificación, algunas localidades de Liguria, los Alpes Cotios[271] y la mayor parte [7] de Venecia. Y es que los francos habían aprovechado la oportunidad de que las dos naciones estuvieran enzarzadas en la guerra para enriquecerse sin peligro alguno con las tierras [8] que aquéllos se disputaban. En poder de los godos permanecían algunas ciudades de Venecia y en el de los romanos las localidades costeras; pero todos los demás territorios los habían sometido los francos. En tanto que romanos y godos [9] continuaban con esta guerra entre ellos, tal como he dicho, sin tener la posibilidad de sumar a sus enemigos otros nuevos, los godos y los francos entraron en conversaciones y llegaron al acuerdo de que, mientras los godos continuaran en guerra con los romanos, ambos pueblos se mantendrían tranquilamente dueños de sus posesiones y no romperían hostilidades entre

ellos. E incluso si se diera el caso de que Totilas venciera en [10] la guerra al emperador Justiniano, en ese momento godos y francos lo arreglarían todo de la forma que les pareciera más conveniente para unos y otros. Así quedó pactado. Pero a Teodiberto [11] lo sucedió en el trono su hijo Teodibaldo y el emperador Justiniano le envió como embajador a Leoncio, yerno de Atanasio y miembro del senado, para proponerle una alianza contra Totilas y los godos y pedirle que saliera de aquellos lugares de Italia que Teodiberto indebidamente se había empeñado en invadir.

Leoncio, cuando llegó ante Teodibaldo, dijo lo siguiente: [12] «Quizá a otros se les haya dado el caso de ocurrirles algo en contra de lo que esperaban, pero, desde luego, lo que ahora les ha pasado a los romanos de parte vuestra, eso, creo yo, no le ha ocurrido nunca a nadie en el mundo. Pues el emperador [13] Justiniano no entró en esta guerra y ni siquiera con anterioridad dejó patente que pretendía luchar contra los godos, hasta que los francos, tras haber recibido grandes sumas de dinero a cambio de su amistad y alianza, se comprometieron a secundarlo en la contienda. Pero ellos no sólo no se han dignado [14] hacer nada de lo prometido, sino que además les han causado a los romanos un daño como nadie podría haber fácilmente sospechado. Pues tu padre Teodiberto se atrevió a invadir [15] contra derecho un territorio del que el emperador se había adueñado tras muchas fatigas y peligros de guerra, y eso que entonces todos los francos se mantenían al margen. Por esta [16] razón, ahora vengo a vosotros no para reprocharos nada ni para acusaros, sino para pediros y aconsejaros lo que más os [17] va a convenir a vosotros mismos. Lo que os digo es que conservéis lo más firmemente posible vuestra actual prosperidad [18] y que les permitáis a los romanos tener lo que es suyo; pues a quienes están revestidos de gran poder una adquisición ilícita, incluso de algo insignificante, muchas veces ha valido para desposeerlos de los bienes que de antiguo disfrutaban, porque la felicidad y la injusticia no acostumbran a andar nunca juntas. Y además os digo que os unáis a nosotros para proseguir la guerra contra Totilas, cumpliendo así el acuerdo [19] firmado por tu padre. Pues lo más propio de un hijo legítimo es corregir las faltas de sus progenitores, si alguna vinieron a cometer, pero respetar y consolidar las mejores cosas que [20] hayan realizado. Porque lo que principalmente rogarían los hombres más sensatos es esto: que sus hijos quieran emularlos en sus mejores acciones y, si algo incorrecto han hecho, que [21] eso no vaya a enmendarlo nadie más que sus hijos. Lo cierto es que deberíais haber secundado a los romanos en esta guerra sin que os hubieran tenido que llamar, pues nosotros luchamos contra los godos, que desde siempre han sido enemigos de los francos y absolutamente desleales con ellos, haciéndoles [22] todo el tiempo la guerra sin tregua y sin previo aviso[272]. Y ahora, desde luego, es por miedo a nosotros que no renuncian a mostrarse lisonjeros con vosotros. Pero, si en alguna ocasión llegaran a librarse de nosotros, entonces demostrarán [23] enseguida su verdadera actitud hacia los francos. Y es que los

malvados no pueden cambiar su carácter ni en la dicha ni en la adversidad, pero por lo general acostumbran a ocultarlo en los malos momentos, especialmente si precisan algo de los vecinos, porque la necesidad los obliga a encubrir su vileza. [24] Así que, teniendo esto en cuenta, renovad vuestra amistad con el emperador y defendeos de vuestros antiguos enemigos con todas vuestras fuerzas».

Esto dijo Leoncio. Teodibaldo le respondió así: «Al llamarnos [25] como aliados contra los godos no estáis haciendo lo correcto ni lo justo, porque resulta que ahora los godos son amigos nuestros. Y si los francos fueran desleales con ellos, tampoco serán nunca dignos de vuestra confianza. Pues la intención [26] de alguien, con sólo una vez que se haya visto que es malévola hacia los amigos, siempre tiene ya propensión a apartarse del camino de la justicia. Además, respecto a los territorios que mencionáis únicamente diremos esto: que mi padre Teodiberto ni puso nunca empeño en ejercer violencia contra ninguno de los pueblos confinantes ni en lanzarse sobre posesiones ajenas. La prueba: que yo no soy rico. No, en absoluto, [27] les quitó a los romanos esos territorios, sino que tomó posesión de ellos porque Totilas, que ya los tenía de antes, se los dio sin reserva; y por ello el emperador Justiniano debería haberse sentido tan satisfecho como los francos. Pues el que ve [28] que quienes le quitaron sus propiedades privadas han sufrido la violencia de algún otro, sería lógico que se alegrara ante la idea de que quienes han sido injustos con él han pagado con razón y justamente su pena, a menos que él mismo se sienta envidioso de quienes cometieron esa violencia, porque los hombres piensan que el hecho de apropiarse de algo que los enemigos reclaman para sí acaba de ordinario provocando envidia. Sin embargo, estamos dispuestos a dejar en manos de [29] los jueces la decisión al respecto, de tal modo que, si resulta evidente que mi padre quitó algo a los romanos, tengamos obligatoriamente que devolverlo sin la más mínima dilación. Y por este motivo mandaremos embajadores a Bizancio muy pronto». Tras estas palabras, despidió Leoncio y mandó como [30] embajador a Leudardo, un franco, en compañía de otros tres, a presencia del emperador Justiniano. Y una vez que llegaron a Bizancio, fueron negociando los asuntos por los que habían ido.

[31] Por su parte, Totilas estaba ya ansioso por conquistar las islas que pertenecen a Libia. Y así, reunió de inmediato una flota, embarcó un ejército considerable y marchó hacia Córcega[273] [32] y Sardo[274]. Primero hicieron rumbo a Córcega y como nadie la defendía, ocuparon la isla; y luego se apoderaron [33] también de Sardo. A ambas islas Totilas las dejó sujetas al pago de un tributo. Al enterarse Juan[275], el que mandaba el ejército de Libia, envió una flota con una gran cantidad de [34] soldados a Sardo. Cuando estuvieron muy cerca de la ciudad de Caranalis[276], acamparon y planearon ponerle cerco. Y es que no se creían capaces de asaltar la muralla, porque los godos [35] tenían allí una guarnición bastante numerosa. En cuanto los bárbaros lo supieron, efectuaron una salida de la ciudad y, cayendo de improviso sobre los enemigos, los

pusieron en [36] fuga y mataron a muchos de ellos sin ningún esfuerzo. Los demás se salvaron refugiándose al instante en los barcos, pero poco después zarparon de allí y llegaron a Cartago[277] con toda [37] la flota. Allí permanecieron durante el invierno, para dirigir de nuevo al comienzo de la primavera una expedición contra Córcega y Sardo con mayores preparativos. Esta isla de Sardo [38] se llama ahora Sardinia[278]. En ese lugar resulta que se cría una hierba que produce de inmediato en quienes la prueban un espasmo mortal y al poco tiempo mueren[279], con el gesto aparente, causado por el espasmo, de estar riéndose. A esta risa la llaman «sardónica»[280] por el nombre de aquella tierra. Por su parte a Córcega los antiguos la llamaban Cirno[281]. Allí [39] existen unos monos que son como hombres y también hay manadas de caballos que son un poco mayores que las ovejas. Y así es en efecto.

En aquel tiempo, un numeroso tropel de esclavenos[282] se [**25**] lanzó sobre Iliria, provocando allí desastres inenarrables. El emperador Justiniano, entonces, envió contra ellos un ejército, cuyos comandantes eran, entre otros, los hijos de Germano[283]. Pero como estas fuerzas eran muy inferiores en número a las [2] de los enemigos, de ningún modo pudieron avanzar a su encuentro, sino que siempre permanecían a la zaga hostigando a los bárbaros que se quedaban retrasados. A muchos los mataban [3] y a otros los capturaron vivos y se los enviaron al emperador. Con todo, estos bárbaros no dejaron de cometer sus atrocidades. Como en esta expedición de pillaje consumieron [4] mucho tiempo, llenaron todos los caminos de cadáveres, hicieron una enorme cantidad de esclavos y lo saquearon todo, sin que nadie se les opusiera, hasta que finalmente regresaron a su tierra con la totalidad del botín. Y es que tampoco pudieron los [5] romanos montarles una emboscada mientras cruzaban el río Istro ni causarles ningún daño de cualquier otra forma, porque los gépidas, contratados como mercenarios, se encargaron de protegerlos y de facilitarles el cruce, recibiendo por ello una buena paga: un estatero de oro[284] por cabeza. Esto lo llevaba [6] muy a mal el emperador, porque no tenía posibilidad en el futuro de impedírselo, cuando cruzaran el río Istro para saquear los dominios romanos o cuando se retiraran de allí con todo lo ganado; y por esta razón lo que quería era arreglar algún tipo de pacto con la nación de los gépidas.

[7] Mientras tanto, gépidas y longobardos estaban deseando romper de nuevo[285] las hostilidades. Pero los gépidas por miedo al poder de los romanos (pues de ningún modo habían dejado de enterarse de que el emperador Justiniano se había comprometido por juramento a una coalición militar con los longobardos) se sintieron ansiosos por hacerse amigos y aliados [8] de los romanos. Así pues, enviaron de inmediato embajadores a Bizancio para asimismo proponerle ellos una coalición al emperador, quien sin vacilar lo más mínimo les garantizó [9] dicha alianza. A petición de estos embajadores, también doce miembros del senado les corroboraron con un juramento ese [10] tratado. Pero no

mucho después, cuando los longobardos, de acuerdo con los términos de la alianza, le pidieron al emperador un ejército para ir en las mismas filas contra los gépidas, Justiniano se lo envió, tras acusar a los gépidas de haber ayudado a algunos esclavenos a cruzar el río Istro en detrimento de los romanos después de la firma del tratado.

[11] Los que mandaban este ejército eran Justino y Justiniano, hijos de Germano, Aracio, Suartuas, que con anterioridad fue nombrado por Justiniano general de los hérulos (pero que, cuando los que habían llegado de la isla de Tule[286] se sublevaron contra él, como referí en anteriores pasajes[287], huyó y regresó ante el emperador y enseguida se le hizo general de las tropas romanas de Bizancio), y Amalafridas, un godo que era nieto por parte de madre de Amalafrida, la hermana de Teodorico, el rey de los godos, e hijo de Hermenefrido, el que había acaudillado a los toringios. Al tal Amalafridas lo trajo Belisario [12] a Bizancio con Vitigis y el emperador lo nombró comandante de las fuerzas romanas y a su hermana la prometió en matrimonio con Auduín, el jefe de los longobardos. Pero [13] nadie de ese ejército llegó hasta los longobardos, excepto el susodicho Amalafridas con sus soldados. Y es que los demás, por orden del emperador, se detuvieron cerca de la ciudad de Ulpiana[288], porque se habían producido disensiones entre sus habitantes por los motivos por los que disputan entre sí los cristianos, como dejaré escrito en mi obra sobre este tema[289].

Pues bien, los longobardos con todas sus tropas y con [14] Amalafridas entraron en el territorio de los gépidas y, cuando los gépidas les salieron al encuentro, se entabló una dura batalla en la que fueron derrotados los gépidas. Y dicen que muchísimos de ellos murieron en ese combate. Entonces, Auduín, [15] el rey de los longobardos, envió a algunos de sus soldados a Bizancio para comunicarle al emperador Justiniano aquella buena noticia de haber logrado vencer a los enemigos, pero también para reprocharle el que no se hubiera presentado el ejército del emperador de acuerdo con los términos de la alianza, a pesar de que un gran número de longobardos hacía poco que había marchado con la expedición militar de Narsés contra Totilas y los godos. Así iban desarrollándose estos acontecimientos.

En este tiempo, sobrevino una serie de violentos terremotos [16] en Grecia, que sacudieron Beocia, Acaya y la zona en torno al golfo Criseo[290]. Destruyeron hasta arrasarlos innumerables [17] lugares y ocho ciudades, entre ellas Queronea, Coronea, Patras y Naupacto[291] entero, donde por cierto también hubo [18] muchas víctimas. Además se abrió la tierra por muchos sitios, formándose enormes simas. No obstante, algunas de estas hendiduras se cerraron de nuevo, devolviéndole así al terreno la misma forma y apariencia de antes; pero hay puntos donde han permanecido abiertas, hasta el extremo de que las gentes de allí no pueden mantener contacto entre sí, si no es dando un [19] gran rodeo. Por su parte, en el brazo de mar que se encuentra entre Tesalia y Beocia[292] se produjo una repentina inundación cerca de la ciudad de los equineos, como

se la llama, y de [20] Escarfea en Beocia[293]. Las aguas, avanzando tierra adentro, anegaron todos aquellos lugares y los arrasaron de golpe. Durante mucho tiempo el mar estuvo invadiendo el continente, de tal modo que se pudo alcanzar a pie las islas que coincide que están dentro de ese golfo[294], porque es evidente que las olas del mar abandonaron su propio espacio, cubriendo, contra todo pronóstico, la tierra hasta llegar a las montañas que allí [21] se elevan. Cuando el mar vino de nuevo a retirarse hacia sus dominios, quedaron en el suelo peces que las gentes de allí no estaban en absoluto acostumbradas a ver y que tenían un [22] aspecto monstruoso. Los creyeron, en efecto, comestibles y los recogieron para cocerlos, pero al tocarlos el fuego, con el calor sus cuerpos enteros acabaron reducidos a una serosidad putrefacta y repulsiva. En las cercanías de aquella zona donde [23] se encuentra el lugar denominado La Grieta[295] se produjo también un terremoto muy fuerte que causó más víctimas que en todo el resto de Grecia. El principal motivo fue que coincidió con la celebración de una fiesta, razón por la cual se congregaron allí entonces muchas personas de toda Grecia.

Por su parte, en Italia sucedió lo siguiente. Los crotoniatas [24] y los soldados que formaban allí la guarnición a las órdenes de Paladio, estaban sufriendo un duro asedio por los godos y se veían ya agobiados por la escasez de víveres. Ya eran muchos los emisarios que, a escondidas de la vigilancia enemiga, habían enviado a Sicilia para dar fe ante los comandantes del ejército romano allí asentado, especialmente ante Artabanes, de que si no acudían en su ayuda cuanto antes, en no mucho [25] tiempo se verían obligados a rendirse y a entregarles la ciudad a los enemigos. Pero de allí nadie vino a socorrerlos. El invierno estaba terminando y cumpliéndose el año decimoséptimo[296] de esta guerra cuya historia escribió Procopio.

El emperador, al enterarse de lo ocurrido en Crotón, envió [**26**] emisarios a Grecia y le ordenó a la guarnición de las Termopilas[297] que navegara rápidamente hacia Italia para socorrer en todo lo que pudieran a los asediados en Crotón; y así lo hicieron. [2] Zarparon con gran premura y, como les sopló un viento favorable, arribaron al puerto de Crotón sin que nadie se lo esperara. Los bárbaros, al ver de repente aquella flota, cayeron presos del pánico en ese mismo instante y en medio de una gran confusión levantaron el sitio. Algunos de ellos huyeron [3] en sus naves al puerto de Tarento y otros se marcharon a pie y se retiraron al monte Escileo[298]. Fueron estos sucesos los que [4] humillaron aún más la altivez de los godos[299]. Por este motivo Ragnaris, un godo de muchísima reputación que mandaba el puesto de guardia de Tarento, y Moras, que estaba al frente de la guarnición de Aqueroncia[300], entraron en conversaciones, a instancias de sus soldados, con Pacurio, el hijo de Peranio y comandante de las tropas romanas de Driunte, para, una vez que obtuvieran del emperador Justiniano garantías respecto a su salvación, entregarse ellos a los romanos junto con sus soldados y las

fortalezas que habían estado custodiando. Así pues, para zanjar este acuerdo Pacurio se trasladó a Bizancio.

[5] Por su parte, Narsés levantó el campo y desde Salones avanzó contra Totilas y los godos con el ejército romano al completo, que era extraordinariamente grande, pues también era considerablemente grande la suma de dinero que había [6] recibido del emperador. Con esto precisamente iba a reunir un ejército numerosísimo y a proveerse en adelante del resto de cosas necesarias para la guerra y también a saldarles todo lo que de antes se les debía a las tropas de Italia, en cuyo pago el emperador había sido muy moroso, porque no estaban recibiendo de la administración, como era lo normal, el salario estipulado. Además pretendía doblegar la voluntad de los que se habían pasado a Totilas, de tal modo que, una vez seducidos con este dinero, se arrepintieran de su anterior decisión contra el estado.

[7] Y es que el emperador Justiniano, aunque hasta entonces estaba dirigiendo esta guerra con bastante despreocupación, últimamente había hecho los más importantes preparativos al [8] respecto. Cuando Narsés lo vio insistir tanto en el envío de una expedición a Italia, demostró un pundonor propio de general y declaró que no obedecería las órdenes del emperador a menos que pudiera llevarse consigo fuerzas suficientes. Fue [9] así, con esta actitud, como consiguió del emperador dinero, hombres y armas en cantidad digna del imperio romano y él, por su parte, mostrando la más diligente de las disposiciones, levó un ejército muy considerable. En efecto, no sólo reclutó [10] un gran número de soldados romanos de Bizancio, sino que reunió a otros muchos de las localidades de Tracia e Iliria. También [11] iba con él Juan con su propio ejército y con el que le había dejado su suegro Germano[301]; e incluso Auduín, el jefe de los longobardos, persuadido por una gran suma de dinero que le dio el emperador Justiniano y por los términos del tratado, escogió a dos mil quinientos hombres de sus tropas, buenos combatientes, y los envió a luchar en sus filas; y con ellos iba, asimismo, una comitiva a su servicio de más de tres mil hombres de guerra. Lo acompañaban también más de tres mil del [12] pueblo hérulo, todos a caballo (a los que mandaba, entre otros, Filemut), muchísimos hunos y Dagisteo con sus tropas, tras habérsele sacado de la cárcel con este motivo[302]. También iba, con un numeroso grupo de desertores persas, Cabades, el hijo de Zames y nieto de Cabades el rey persa (de quien conté en anteriores pasajes[303] que había escapado de su tío Cosroes gracias al empeño del canaranges[304] y mucho después había llegado a los dominios romanos); y Ásbado, un joven gépida de nacimiento y particularmente enérgico, con cuatrocientos hombres de su misma nación, todos ellos buenos guerreros; y Arut, hérulo de nacimiento (que desde niño se había apegado al género de vida romano y se había casado con la hija de Mauricio y nieta de Mundo), que era belicosísimo y llevaba un numeroso séquito de hérulos, probados como los que más en los peligros de la guerra; y finalmente Juan, llamado el Glotón, a quien mencioné en

anteriores pasajes[305], que traía consigo una compañía de soldados romanos.

[13] Pues bien, era Narsés un hombre generosísimo y muy pronto a prestar ayuda a los necesitados; e investido como estaba de gran poder de parte del emperador, tomaba sus decisiones sin el más mínimo reparo en los asuntos de su [14] interés. De ahí que con anterioridad muchos comandantes y [15] soldados lo hubieran tenido como benefactor. En consecuencia, cuando se le designó general en la guerra contra Totilas y los godos, todos muy gustosamente querían servir a sus órdenes, unos con el propósito de pagarle antiguos favores y otros esperando, como era previsible, obtener de él grandes [16] recompensas. Los más afectos a su persona eran los hérulos y los demás bárbaros, porque habían sido particularmente bien tratados por él.

[17] Así pues, cuando estuvieron muy cerca de Venecia, les envió un mensajero a los comandantes francos que estaban al frente de aquella guarnición, para pedirles que les dejaran el [18] paso libre, como amigos que eran. Ellos, sin embargo, le contestaron a Narsés que de ninguna manera iban a permitírselo, pero sin manifestar claramente el motivo, sino ocultando lo más posible que aquel impedimento lo ponían en interés de los francos o por su inclinación a los godos y habiendo aducido como pretexto uno que parecía no muy bien amañado: el hecho de que él había traído consigo a los longobardos, sus más [19] encarnizados enemigos. Ante esto, Narsés al principio estaba indeciso y a los italianos que iban con él les preguntaba qué se debía hacer, pero algunos vinieron a comunicarle que, incluso en el supuesto de que los francos les permitieran pasar, no tendrían forma humana de trasladarse desde allí a Rávena ni de seguir aquel camino sino hasta la ciudad de Verona. Y es [20] que, según decían, Totilas había escogido un cuerpo de elite del ejército godo, le había puesto como general al godo Teyas, un hombre especialmente diestro en la guerra, y los había mandado a la ciudad de Verona, que estaba sometida a los godos, con la misión de impedirle el paso al ejército romano a toda costa. Y así era en efecto.

Cuando Teyas llegó a la ciudad de Verona, bloqueó por [21] completo el paso por allí a los enemigos, procurando con medios artificiales que la zona a uno y otro lado del río Po[306] fuera intransitable y no hubiese manera de franquearla por ningún sitio, y con este fin en ciertos lugares formó espesas breñas, zanjas y escarpaduras y, en otros, profundísimas ciénagas y terrenos pantanosos, que él en persona vigilaba estrechamente con el ejército godo, para salirles al encuentro a los enemigos en caso de que intentaran tomar aquel camino. Esto lo [22] maquinó Totilas con dos pensamientos en la cabeza: que los romanos no iban a poder hacer su marcha por la costa del golfo Jónico[307], porque hay muchos ríos navegables que por allí tienen sus desembocaduras y convierten aquella región en absolutamente impracticable; y que tampoco contaban, ni mucho menos, con un número de naves tan grande como para transportar la totalidad de sus tropas, de una vez, por el golfo Jónico, y en caso de navegar en pequeños grupos, él con

el resto del ejército godo sería capaz de impedirles el desembarco en cada punto sin ningún esfuerzo. Ésta fue, pues, la [23] intención de Totilas al dar esas órdenes, que Teyas cumplió.

Narsés, por su parte, se encontraba muy indeciso, pero Juan el de Vitaliano[308], buen conocedor de aquellos parajes, le aconsejó que avanzara con todo el ejército por la costa, porque las gentes de esa zona eran, como ya se ha explicado[309], súbditos suyos; y que de cerca los fueran acompañando algunas [24] naves y muchas barcazas. Así, cuando el ejército llegara a las desembocaduras de los ríos, podrían formar un puente sobre las aguas ajustando entre sí las barcazas, con lo que cruzarían más fácilmente y sin mayores problemas. Éste fue el consejo de Juan, que Narsés siguió, y de este modo pudieron trasladarse a Rávena con todo el ejército.

[**27**] Mientras ocurría esto, sucedió también lo siguiente. Ildigisal, un longobardo, del que conté en anteriores pasajes[310] que era enemigo de Auduín, el que mandaba a estos bárbaros (pues el trono que a aquél le correspondía por nacimiento, Auduín se lo arrebató violentamente), salió huyendo de su patria y se [2] trasladó a Bizancio. Al llegar allí, el emperador Justiniano lo trató con más amabilidad que a nadie y lo nombró comandante de uno de los regimientos encargados de la guardia de [3] palacio, que reciben el nombre de «escuelas»[311]. Lo seguían no menos de trescientos hombres de la nación longobarda, todos buenos guerreros, que al principio vivían juntos en Tracia. [4] Pues bien, Auduín, como amigo y aliado que era de los romanos, le reclamó al emperador Justiniano la entrega de Ildigisal, exigiéndole en pago por su amistad aquella traición [5] a quien se había presentado como suplicante. Pero él se negó rotundamente a dárselo.

Algún tiempo después Ildigisal empezó a reclamar que su cargo y sus propios recursos estaban por debajo de sus méritos y de la reputación de los romanos, y esto lo llevaba muy a mal. Goar, un godo que había llegado allí mucho antes como cautivo de la guerra de Dalmacia, cuando Vitigis, el rey de los godos, se hallaba en campaña contra los romanos se dio cuenta del hecho. Y como su mismo fogoso temperamento lo [6] movía a la acción, continuamente estaba rebelándose contra la suerte que en aquel momento estaba corriendo. Pero cuando los godos, tras la derrota de Vitigis, intentaron sublevarse alzándose en armas contra el emperador, lo cogieron atentando a las claras contra el estado. Fue entonces castigado con el destierro y se trasladó a la ciudad de Antínoo[312] de Egipto y allí pasó mucho tiempo cumpliendo esa condena. Pero posteriórmente [7] el emperador se compadeció y lo trajo de nuevo a Bizancio. El tal Goar, al ver tan indignado a Ildigisal, como ya he dicho, no paraba de atosigarlo persuadiéndolo a emprender la huida y prometiéndole que se iría de Bizancio con él. Cuando [8] se pusieron de acuerdo en el plan, huyeron de inmediato con unos pocos más y, al llegar a la ciudad tracia de Apros[313], se unieron a los longobardos que allí estaban. Vinieron luego

a encontrarse con las manadas de caballos imperiales y se llevaron un buen número de animales para seguir avanzando.

Cuando el emperador se enteró, despachó correos a Tracia [9] entera e Iliria para ordenarles a todos, comandantes y soldados, que con los medios a su alcance les salieran al paso a los desertores. Primeramente, un pequeño grupo de los llamados [10] hunos cutriguros (que habían salido de su patria, como poco más arriba ya he explicado[314], y por concesión del emperador se habían asentado en Tracia) entabló combate con aquellos fugitivos. Pero fueron derrotados en la batalla: algunos murieron [11] y los demás volvieron las espaldas y ya no continuaron persiguiéndolos, sino que se quedaron allí. De este modo, Ildigisal y Goar atravesaron Tracia entera con sus tropas sin que nadie los molestara. Pero al llegar a Iliria se toparon con [12] [13] un ejército cuidadosamente reunido para aplastarlos. Comandantes de este ejército eran, entre otros, Aracio, Recitango, Leoniano y Arimut, y todos ellos coincidía que habían estado [14] cabalgando el día entero; y al llegar a un paraje muy boscoso ya al anochecer[315] se detuvieron con idea de acampar y pasar [15] allí aquella noche. Así pues, estos comandantes les encargaron a los soldados, entre otras cosas, ocuparse de que sus caballos se refrescaran junto a la corriente del río que allí había, [16] para aliviarlos de la fatiga del viaje. Mientras tanto, ellos se llevaron a tres o cuatro lanceros[316] cada uno y se pusieron a beber en un lugar escondido del río, pues, como es natural, [17] tenían una sed terrible. Pero los hombres de Goar e Ildigisal, que estaban cerca de allí y habían mandado exploradores, los vieron. Entonces cayeron de improviso sobre ellos mientras bebían y los mataron a todos, y en adelante dirigieron su marcha [18] por donde quisieron sin temor alguno. Pues los soldados, al quedarse sin mandos, no sabían qué hacer ni cómo salir del atolladero, y fueron retrocediendo. De esta forma escaparon Goar e Ildigisal y se fueron con los gépidas.

[19] Coincidió también que uno llamado Ustrigoto había huido de los gépidas a los longobardos. Y fue de la siguiente manera. No hacía mucho que Elemundo, que había sido rey de los gépidas, había dejado esta vida por una enfermedad y [20] el tal Ustrigoto era el único hijo que le quedaba vivo. Fue precisamente éste, que todavía era un mozalbete, a quien Torisin apartó con violencia del trono para adueñarse él del poder. Y fue por este motivo por lo que el niño, como no tenía manera de defenderse del agresor, salió de su patria y se marchó con [21] los longobardos, que eran enemigos de los gépidas. Pero poco después los gépidas se reconciliaron con el emperador Justiniano y con el pueblo longobardo y se comprometieron firme y mutuamente con los más tremendos juramentos a mantener una amistad perpetua entre ellos. Cuando dejaron muy bien [22] refrendados los términos de la reconciliación, el emperador Justiniano y Auduín, el caudillo de los longobardos, mandaron una embajada a Torisin, el jefe de los gépidas, para reclamarle la entrega de Ildigisal, como enemigo común que era ya de

ambos, pidiéndole que hiciera de la traición a aquel suplicante suyo la primera muestra de su mutua amistad.

Él, entonces, les comunicó la situación a los miembros de [23] la nobleza gépida y les preguntó con absoluta seriedad si debían hacer lo que pedían los dos soberanos. Pero se lo prohibieron [24] taxativamente, manteniendo con firmeza que mejor sería que el pueblo gépida pereciera con todas sus mujeres e hijos antes que convertirse en sacrílegos por aquella impiedad. Al oír esto, [25] Torisin se quedó sin saber a qué recurrir. Y es que ni podía llevarlo a cabo en contra de la voluntad de sus súbditos ni quería ya volver a entrar en una guerra con romanos y longobardos, a la que se había puesto fin después de tanto esfuerzo y tiempo. Pero, a la postre, tuvo la siguiente idea. Mandó embajadores [26] a Auduín y le reclamó la entrega de Ustrigoto, el hijo de Elemundo: así lo incitaba a cometer una falta idéntica a la suya y pedía la traición de un suplicante a cambio de la del otro. Y [27] es que tenía la esperanza de que lograría revocar la demanda de Auduín por el reparo que éste sentiría a la hora de cometer aquella acción inaudita, semejante a la suya; y que sin duda alguna lo dejaría sorprendido por aquel acuerdo tan ilícito. En fin [28] que, tras tomar ambos sus decisiones y entender que ni longobardos ni gépidas estaban dispuestos a asumir aquella infamia, no hicieron nada abiertamente, pero, eso sí, cada uno de ellos se ocupó de matar al enemigo del otro bajo mano. Omito decir, [29] no obstante, de qué manera, porque las historias que se cuentan al respecto no concuerdan entre sí, sino que difieren mucho, que es lo propio de lo que se oculta con el máximo secreto. Pues bien, así acabó lo concerniente a Ildigisal y Ustrigoto.

[**28**] Al llegar el ejército de Narsés a la ciudad de Rávena[317], se unieron a él los comandantes Valeriano y Justino y todas las [2] demás tropas romanas que allí quedaban. Cuando habían pasado nueve días en Rávena, Usdrilas, un godo especialmente capacitado para la guerra que mandaba la guarnición de Arímino, le escribió a Valeriano esta carta: «Aunque las noticias sobre vosotros lo han invadido todo y a base de fantasmagorías ya habéis apresado Italia entera, alzando la cresta con unos humos impropios de seres mortales; y a pesar de haber amedrentado de esta manera a los godos, tal como ya os imagináis, así y todo, estáis ahora sentados en Rávena, con la idea de manteneros ocultos y sin dejaros ver lo más mínimo ante los enemigos, velando, según creo, por preservar aún esa altanería; pero, por otra parte, destruyendo la tierra que en absoluto os pertenece por medio de una horda variopinta de todo tipo de bárbaros. [3] Venga, levantaos muy aprisa y emprended en adelante acciones de guerra; mostraos a los godos tal como sois y no nos tengáis en vilo más tiempo sólo con esperanzas, porque desde hace [4] mucho estamos aguardando el espectáculo». Tal era el tenor del escrito.

Cuando Narsés leyó la carta que se le había entregado, se rio de la fanfarronería de los godos y dispuso de inmediato la partida con todo el ejército, dejando una guarnición con Justino [5] en Rávena. Cuando ya estuvieron muy cerca de la ciudad de Arímino, se

encontraron con que el paso desde allí no era sencillo, porque los godos no mucho antes habían cortado el [6] puente que había en aquel lugar. Y es que el río que baña Arímino[318] a duras penas puede cruzarlo por el puente un hombre solo sin armas y a pie, y eso con trabajo y gran dificultad, y contando con que nadie lo esté acosando o impidiéndole el paso. Así que a una multitud de hombres, particularmente bien armados y con la oposición además de los enemigos, le es en cualquier caso imposible atravesarlo por allí. Por eso [7] Narsés se llegó al emplazamiento del puente con unos pocos y, como no sabía qué hacer, estuvo considerando largamente de qué modo podría hallarle una salida a aquel problema. Pero [8] también Usdrilas se presentó allí con algunos jinetes que se llevó consigo, para que no se le escapara nada de lo que estaba ocurriendo. Entonces uno de la tropa de Narsés, tensando su arco, disparó contra ellos: le acertó a uno de los caballos y lo mató al instante. Los de Usdrilas, entonces, se retiraron de allí [9] a toda prisa y se metieron en el interior del recinto amurallado; pero, acto seguido, se llevaron a algunos otros de sus mejores guerreros y, saliendo por la otra puerta, se lanzaron contra aquéllos, con la intención de caerles encima inesperadamente y acabar de golpe con Narsés, que tanteando la forma de cruzar [10] con el ejército, había alcanzado la otra orilla del río. Pero quiso la casualidad que se toparan con ellos unos cuantos hérulos, que mataron a Usdrilas y, al darse cuenta un romano de quién era, le cortaron la cabeza, se fueron a su campamento y se la mostraron a Narsés. Esto fortaleció los ánimos de todos, porque a raíz de lo sucedido sacaron la conclusión de que la voluntad de Dios era enemiga de los godos, quienes, precisamente, mientras intentaban montarle una emboscada al general enemigo, habían perdido de súbito a su propio comandante, pero sin haber caído víctima de ninguna trampa ni de ningún plan premeditado.

Pero Narsés, a pesar de haber muerto Usdrilas, que era [11] quien mandaba la guarnición de Arímino, ordenó avanzar a su ejército, porque no quería que Arímino ni ningún otro lugar controlado por el enemigo le estorbara, con idea de no perder el tiempo y de que asuntos secundarios a su principal deber no lo apartaran de la que era la más importante operación. Los [12] enemigos, por su parte, una vez muerto su comandante, se quedaron quietos y no continuaron obstaculizándole el paso. Narsés, entonces, libre de temores ponteó el río e hizo cruzar [13] a todo el ejército sin ningún problema. Desde allí abandonó la vía Flaminia[319] y se dirigió a la izquierda. Y es que Petra, la llamada Pertusa, de cuya fortaleza, firmemente defendida por las características naturales del lugar, ya he hablado en anteriores pasajes[320], había sido conquistada mucho antes por los enemigos y era el caso, por tanto, que por aquella zona, al menos la de la vía Flaminia, ni se podía atravesar ni salir por allí de ningún modo. Por este motivo, pues, Narsés abandonó el camino más corto y fue avanzando por el que era transitable.

[**29**] Pues bien, así estaban las cosas en lo referente al ejército romano en su marcha. Totilas, informado ya de lo ocurrido en Venecia, se mantuvo quieto en las

cercanías de Roma, aguardando [2] primero a Teyas y su ejército. Cuando se presentaron allí y sólo faltaban ya por llegar dos mil jinetes, Totilas no los esperó, sino que levantó el campo y avanzó con todo el resto del ejército para salir al encuentro del enemigo en una posición [3] ventajosa. Pero, después de enterarse por el camino de lo que le había sucedido a Usdrilas y que los enemigos habían pasado por Arímino, atravesó Tuscia entera y, una vez que se encontró en los montes llamados Apeninos[321], acampó en aquel sitio y se quedó muy cerca de una aldea que los lugareños [4] llaman Taginas[322]. También el ejército romano mandado por Narsés acampó no mucho después en los montes Apeninos y se quedó allí a una distancia aproximada de cien estadios[323] del campamento de sus adversarios, en una llanura rodeada de muchas colinas y muy cercanas, donde dicen que en cierta ocasión Camilo, al mando del ejército romano, venció en batalla y aniquiló a una tropel de los galos. También hasta mi [5] propia época lleva el lugar un nombre que testimonia esta hazaña[324] y guarda así memoria del desastre sufrido por los galos: se llama *Busta Gallorum*[325](pues *busta* llaman los latinos a los residuos de la pira). Hay en este sitio muchísimos túmulos que [6] entierran aquellos cadáveres.

Inmediatamente Narsés despachó desde allí a algunos de sus íntimos con orden de recomendarle a Totilas que depusiera las armas y que, de una vez, decidiera firmar la paz, y que tuviera en cuenta que él solo, con unos pocos hombres bajo su mando y recién agrupados sin orden ni concierto, no podría sostener durante mucho tiempo el combate contra todo el imperio romano. Pero también les dijo que, si lo veían resuelto [7] a luchar, sin más dilación le exigieran que fijase un día para la batalla. Cuando estos embajadores llegaron a presencia de [8] Totilas, cumplieron lo que se les había encargado. Éste, con la fanfarronería propia de un joven[326], se puso a presumir con que de todos modos tenían que luchar, pero ellos le interrumpieron diciendo: «Muy bien, señor nuestro, ponga la fecha exacta para el combate». Y de inmediato contestó: «Enfrentémonos dentro de ocho días». Los embajadores, pues, regresaron a [9] informar a Narsés de lo pactado, pero sospechando que Totilas tramaba alguna artimaña, se preparó para luchar al día siguiente. El caso fue que acertó los planes del enemigo, pues por la [10] mañana Totilas, anunciándose con su misma presencia[327], apareció con todo su ejército. Al instante se colocaron frente a frente, a una distancia de no más de dos tiros de flecha.

[11] Había allí una pequeña colina que ambos estaban deseando ocupar, porque pensaban que estaba en un lugar muy adecuado para poder disparar a los adversarios desde una posición dominante y, habida cuenta de que aquel sitio estaba en alto, como ya he explicado, así no había forma de que nadie viniera por la espalda a rodear el campamento romano, si no era por [12] un solo sendero que coincidía que bordeaba la colina. Por eso, a la fuerza ambos la consideraban de gran importancia: los godos, para

rodear a los enemigos durante el combate y atacarlos por los dos lados; los romanos, para que no les pasara [13] esto. Pero Narsés se había anticipado escogiendo a cincuenta soldados de infantería de sus tropas, a los que mandó a una hora muy intempestiva de la noche a ocupar y hacerse [14] dueños de la posición. Como ningún enemigo se lo impidió, [15] permanecieron allí quietos. Hay, asimismo, un torrente delante de la colina, bordeando el sendero que acabo de mencionar y enfrente del sitio donde habían acampado los godos: justo allí se colocaron los cincuenta, unidos hombro con hombro y formando una falange en la medida en que se lo permitía la estrechez del lugar.

[16] Ya de día[328], al ver Totilas lo ocurrido, puso todo su empeño en desalojarlos y envió de inmediato contra ellos un escuadrón de caballería con orden de arrojarlos de allí cuanto [17] antes. Así pues, los jinetes, en medio de un gran tumulto y un griterío enorme, se les echaron encima para expulsarlos al primer grito de guerra, pero los otros, en formación cerrada y protegiéndose con los escudos, se mantuvieron firmes con las [18] lanzas de punta. Cargaron, entonces, los godos de recio desordenándose ellos mismos en el ataque, mientras los cincuenta, a empellones de sus escudos y arremetidas continuas de sus lanzas sin trabarse en absoluto unas con otras, se defendían muy enérgicamente de sus atacantes. También hacían adrede un estruendo ensordecedor con sus escudos: con esto no paraban de atemorizar a los caballos; a los hombres con las puntas de sus lanzas. Los caballos reculaban muy agobiados por la aspereza [19] del terreno y el estruendo de los escudos y por no encontrar ninguna salida; por su parte, los hombres se estaban agotando en una lucha como aquélla contra una formación tan compacta y que no cejaba en modo alguno, manejando además unos caballos que no los obedecían lo más mínimo. Así que en su primer asalto fueron repelidos y retrocedieron. Lo intentaron [20] de nuevo, pero corrieron la misma suerte y volvieron sobre sus pasos. Después de haber sido rechazados muchas veces de la misma manera, ya no les causaron más problemas, sino que Totilas los sustituyó por otro escuadrón para ese cometido. Una vez que estos fueron también rechazados al igual que los [21] anteriores, los reemplazaron otros para la operación. Al final, Totilas, después de haber relevado así a muchos escuadrones y no haber conseguido nada, desistió.

Los cincuenta, en efecto, ganaron gran renombre por su [22] valor y fueron dos de ellos, con diferencia, los que más destacaron en aquella pelea: Pablo y Ansilas, quienes saltaron fuera de la falange y dejaron bien patente su valentía por encima de todos los demás. Y es que sacaron sus dagas[329] y las pusieron [23] en el suelo y, tensando entonces sus arcos, estuvieron disparando muy certeramente haciendo blanco en los enemigos. Fueron muchos los hombres y muchos los caballos con los [24] que acabaron, mientras sus aljabas tuvieron flechas[330]. Cuando ya se quedaron sin ninguna, cogieron las espadas y, protegiéndose con sus escudos, mantuvieron a raya por sí solos a [25] los asaltantes. Siempre que los adversarios venían cabalgando con las lanzas derechas contra

ellos, con un golpe de sus espadas [26] partían las puntas de sus lanzas. Pero después de haber rechazado muchas veces las embestidas enemigas, se le dobló la espada a uno de ellos (al que se llamaba Pablo) de tanto [27] cortar las astas y quedó totalmente inutilizada. En el acto se tiró al suelo y agarrando las lanzas con ambas manos se las fue arrebatando a los atacantes. Cuatro lanzas les arrebató de esta manera a los enemigos a la vista de todos y así se convirtió en el máximo responsable de que renunciaran a proseguir su [28] intento. Fue a raíz de esta hazaña por lo que Narsés lo nombró ya a partir de entonces escudero[331] personal suyo.

[**30**] Así se desarrollaron los acontecimientos. Unos y otros, pues, fueron preparándose para formar la línea de batalla. Narsés reunió a su ejército en un reducido espacio de terreno y pronunció esta arenga: «A quienes se disponen a combatir en igualdad de fuerzas con el enemigo, quizá les haría falta una gran arenga de ésas que animan y enardecen, de tal modo que, con esta ventaja sobre los adversarios, pudieran salir de la batalla de una manera lo más acorde posible con sus deseos. Pero vosotros, soldados, que vais a luchar contra quienes son, con mucha diferencia, inferiores en valor, en número y en toda clase de preparativos militares, no creo que necesitéis [2] otra cosa que el favor de Dios en este combate. Así pues, no paréis de rezarle para procuraros su alianza y con desdeñosa altivez lanzaos a aplastar a esos bandidos que, siendo como son desde un principio esclavos del gran rey[332], se han convertido en desertores fugitivos y, poniéndose de jefe a un usurpador[333] del montón, salido de la escoria, han logrado por algún tiempo con bastante astucia provocar intranquilidad en el imperio romano. Sin embargo, se podría haber sospechado [3] que, al menos, estos sujetos no se enfrentarían ahora a nosotros si consideraran sus posibilidades. Pero es que están [4] deseando morir con una audacia irracional y en un alarde de loca temeridad se atreven a enfrentarse a una muerte que tienen delante de sus ojos, sin estar amparados por ningún tipo de buenas expectativas ni esperar tampoco que les pueda sobrevenir ninguna circunstancia imprevista o extraordinaria, sino claramente llevados por Dios a pagar la pena por cómo se han comportado en su gobierno. Pues quienes son condenados a sufrir por El de arriba, ésos van por sí solos al castigo. Aparte de esto, vosotros os estáis disponiendo a arrostrar el [5] peligro del combate por un gobierno legal, mientras que ellos pretenden una revolución rebelándose contra las leyes, sin pensar en transmitirles nada de lo que es suyo a sus sucesores, sino con la seguridad de que todo perecerá con ellos y que la esperanza en la que están viviendo es efímera. Así que, desde [6] luego, merecen vuestro mayor desdén. Pues quienes no se dejan regular por la ley y el buen gobierno carecen de toda virtud y, entonces, la victoria, como es lógico, ya está decidida de antemano, porque no acostumbra a oponerse a las virtudes». Tal fue la arenga de Narsés. [7]

Totilas, al ver a los suyos paralizados de miedo, los convocó a todos también él y les dijo lo siguiente: «Os he reunido aquí, compañeros de armas, para dirigiros una última

arenga. Pues creo que después de este combate no habrá ya necesidad [8] de ninguna otra exhortación, sino que la guerra vendrá a quedar totalmente resuelta en un solo día. Porque el caso es que [9] tanto nosotros como el emperador Justiniano estamos muy debilitados y nuestras fuerzas completamente exhaustas, por haber estado sometidos a fatigas, batallas y sufrimientos durante muchísimo tiempo, y hemos renunciado a las exigencias que impone la guerra, hasta el punto de que, si en el combate de hoy vencemos a nuestros adversarios, nunca podrán volver a intentar nada en el futuro, y si somos nosotros los que sucumbimos en esta batalla, ninguna esperanza nos quedará a los godos de poder reanudar la lucha; es más, unos y otros tendremos en la derrota una excusa suficiente y verosímil para [10] quedarnos quietos. Pues los hombres, una vez que rehúsan enfrentarse a las situaciones más difíciles, ya no se atreven a encararlas de nuevo, sino que, aun cuando la necesidad los pueda acaso empujar a ello, la voluntad los echa atrás porque [11] el recuerdo del fracaso atemoriza sus almas. Ahora que habéis oído esto, soldados, portaos como valientes a más no poder, sin reservar para ninguna otra ocasión vuestra grandeza de alma, y soportad las fatigas con todas vuestras fuerzas, sin [12] ahorrar vuestras vidas para otros peligros. No escatiméis en absoluto armas ni caballos, porque en el futuro ya no os serán de utilidad. Y es que la suerte, que ha acabado con todo lo demás, sólo ha guardado para este día la esperanza capital y [13] suprema. Poned, pues, a punto vuestro gran coraje y preparaos para ser bien audaces. Pues a aquellos cuya esperanza pende de un hilo[334], como ahora en vuestro caso, más les valdrá no [14] venirse abajo ni un instante, aunque sea mínimo. Pues, en cuanto ha pasado el momento crucial, la vehemencia ya luego se vuelve inservible, por muy desmesurada que sea, porque el curso natural de los acontecimientos no admite que el valor llegue tarde, dado que, al pasar la urgencia, todo lo que venga [15] después también es necesariamente intempestivo. Creo, por tanto, que debéis emprender la lucha en el punto más oportuno de esta operación, para que también podáis aprovechar los beneficios que de aquélla se derivan. Y enteraos bien de que en las presentes circunstancias la huida es, más que nada, un vale para la muerte[335]. Pues los hombres, cuando abandonan [16] las filas y huyen, lo hacen nada más que para seguir vivos, pero en el caso de que la huida venga a reportar una muerte que ya se preveía, el que se enfrenta al peligro estará mucho más seguro aún que el que huye. Por otra parte, ese tropel de [17] enemigos lo que merece es vuestro desprecio, porque esos hombres se han congregado de los más diversos pueblos. Y lo cierto es que una alianza a la que han venido a contribuir de muchos sitios no trae garantizadas ni la lealtad ni la potencia militar, sino que, por el contrario, repartida como está en naciones distintas, también se halla lógicamente dividida en lo que son las actitudes. No creáis, desde luego, que hunos, longobardos [18] y hérulos, por un pago de no sé qué cantidad, vayan a correr un peligro de muerte. Pues no le conceden ellos a la [19] vida tan poco valor como para que la

dejen en segundo lugar después del dinero, sino que yo sé bien que harán aparentemente como los que luchan, pero muy pronto mostrarán una cobardía voluntaria, ya sea por haber recibido su paga o por haber cumplido las órdenes de sus jefes. Y es que incluso las [20] cosas que los hombres piensan que son agradabilísimas (para no referirme a la guerra), en caso de no realizarlas conforme a su voluntad sino a la fuerza, o por un contrato a sueldo u obligados de alguna otra manera, entonces ya no vendrán a resultarles tan deseables, sino que sólo por esa obligación parecen penosas. Teniendo, pues, esto presente, avanzad con toda vuestra determinación contra los enemigos».

Así fue como también habló Totilas. Entonces los ejércitos [**31**] se concentraron para luchar ordenados de la siguiente manera. Todas las fuerzas de ambos bandos se colocaron de frente para formar las falanges de tantas filas[336] como era posible y [2] con su frente muy alargado. El ala izquierda romana la tenían Narsés y Juan cerca de la colina y con ellos coincidía que [3] iba la elite del ejército romano; pues cada uno, aparte de los demás soldados, llevaba consigo un gran número de lanceros [4] y escuderos[337] y de bárbaros hunos, escogidos por su valor. En la derecha se alinearon Valeriano, Juan el Glotón junto con [5] Dagisteo y todo el resto de los romanos. Además colocaron en ambas alas alrededor de ocho mil arqueros de a pie de la recluta. En el centro de la falange, Narsés formó a los longobardos, al cuerpo de hérulos y a todos los demás bárbaros, después de hacer que desmontaran de sus caballos y que fueran a pie, para que, llegado el caso de que mostraran cobardía por la pelea en sí o por propia voluntad, no se retirasen tan rápidamente de [6] la batalla. También el extremo del ala izquierda del frente romano lo colocó Narsés en ángulo y allí situó a mil quinientos [7] jinetes. Al grupo de quinientos le había dado la orden previa de acudir presto en auxilio de cualquier parte de la formación romana que se diera la vuelta para huir; y a los otros mil les mandó que, en cuanto la infantería enemiga emprendiera el combate, se situaran al instante detrás de ellos y los dejaran [8] expuestos al ataque por los dos lados. También Totilas colocó de la misma manera a todo su ejército frente a los enemigos y, recorriendo las filas, fue animando a sus soldados y provocándolos [9] con gestos y palabras a mostrarse audaces. Lo mismo hacía Narsés, al tiempo que con pértigas levantaba en el aire brazaletes, collares y bocados de oro y les enseñaba algunas [10] otras cosas para enardecer su arrojo al peligro. Durante un tiempo ni unos ni otros iniciaban la lucha, sino que permanecían quietos aguardando la embestida de los adversarios.

Pero luego, uno del ejército godo llamado Cocas, con [11] bastante fama de ser un guerrero muy enérgico, espoleó su caballo y, una vez que estuvo ya muy cerca del ejército romano, desafió a quien quisiera salir a enfrentársele en combate singular. Coincidía que el tal Cocas era uno de los soldados [12] romanos que con anterioridad habían desertado para pasarse a Totilas. De inmediato se le puso enfrente uno de los lanceros [13] de Narsés, de nombre Anzalas y armenio de nacimiento, que también iba a

caballo. Pues bien, Cocas se lanzó primero al [14] ataque para herir a su enemigo con la pica apuntándole al vientre, pero Anzalas de un golpe apartó a su caballo e hizo [15] que su ataque fuera ineficaz. Pero con este movimiento se situó en el flanco de su enemigo y le envasó la lanza en el costado izquierdo. Cayó de su caballo al suelo y quedó muerto. [16] Un griterío descomunal se elevó entre el ejército romano, pero ni aun así iniciaron ni unos ni otros la lucha.

Totilas, entonces, vino a situarse él solo entre los dos ejércitos, [17] pero no para un combate singular, sino para privar a sus adversarios de aquella oportunidad. Y es que se había enterado de que los dos mil godos que faltaban estaban ya muy cerca y pretendía aplazar el choque hasta su llegada por el siguiente procedimiento. En primer lugar, no renunciaba a mostrarse [18] claramente ante sus enemigos para que supieran quién era él. Y es que toda la armadura que lo cubría estaba casi entera chapada en oro y las placas de adorno que pendían del casco y de la lanza iban teñidas de púrpura y eran, en cualquier caso, dignas de un rey, maravillosas tanto como las que más. Montado en un caballo de mucha alzada, con gran habilidad, [19] estaba ejecutando una juguetona danza de guerra entre los dos ejércitos: daba vueltas en círculo con el caballo y luego lo giraba hacia el otro lado en repetidas carreras circulares. Mientras iba cabalgando, arrojaba su lanza a los aires y de [20] allí la recogía vibrando y luego se la pasaba sin parar de una mano a la otra, cambiándosela con suma destreza. Presumía él de su práctica en tales ejercicios, poniéndose boca arriba y meneando la cadera[338] para inclinarse a un lado y a otro, como alguien que desde niño ha sido esmeradamente instruido [21] en la danza. Con este proceder logró que pasara el tiempo hasta poco más del mediodía y, con la intención de prolongar lo más posible aquel aplazamiento del combate, mandó una embajada al campo romano para decir que quería entrar en conversaciones con ellos. Pero Narsés mantenía que era un farsante, porque, al menos al principio, estaba ansioso por luchar, cuando había la posibilidad de proponer una negociación, y sin embargo ahora, estando ya en el propio campo de batalla, venía a parlamentar.

[**32**] Mientras tanto vinieron a sumarse a los godos los otros dos mil. Cuando se enteró Totilas de que habían alcanzado la empalizada, como ya era la hora de almorzar, se marchó a su [2] tienda y los godos rompieron filas y fueron retirándose. Al llegar Totilas a su alojamiento, encontró allí presentes a los dos mil. Tras encargarles a todos que tomaran su almuerzo, cambió todo su armamento, se puso muy cumplidamente las armas de clase de tropa y sacó de inmediato al ejército contra sus enemigos, con idea de caer de improviso sobre ellos y reducirlos [3] de este modo. Pero ni aun así encontró a los romanos desprevenidos, pues Narsés, temiendo que los enemigos, como en efecto sucedió, cayeran sobre ellos de improviso, dio orden de que nadie tomara el almuerzo, ni se echara a dormir[339], ni se desprendiera de la coraza, ni que tampoco le quitara la [4] brida a su caballo. Pero, desde luego, no los dejó totalmente sin alimentarse, sino que les

encargó que, manteniendo la formación y con el armamento encima, comieran un tentempié y [5] así, en continua vigilancia, aguardaran el ataque enemigo. Sin embargo, ya no quedaron formados de la misma manera, sino que las alas del ejército romano, en cada una de las cuales se habían colocado cuatro mil arqueros de a pie, giró por decisión de Narsés en forma de media luna. Por su parte, todos los [6] soldados de la infantería goda estaban agrupados detrás de la caballería, para que, en el caso de que los jinetes volvieran las espaldas, los fugitivos pudieran salvarse retirándose a sus filas y, acto seguido, avanzar ya a la vez unos y otros.

A la totalidad del ejército godo se le dio también orden previa de no usar en esta batalla ni arcos ni ninguna otra arma excepto sus lanzas. Con esto lo que ocurrió fue que Totilas fue [7] víctima de la estrategia planteada por su propia insensatez. Y es que al entrar en combate, obedeciendo el consejo de no sé quién, puso frente a los adversarios a su propio ejército en desigualdad respecto al armamento, descompensado en cuanto a la formación y en desventaja en todo lo demás, porque los romanos en aquella acción de guerra utilizaban cada recurso según lo que era más oportuno: ya fuera disparar flechas o arrojar lanzas o empuñar las espadas o emplear cualquier otra cosa que tuvieran a mano y fuera adecuada al momento; y unos entraban en liza a caballo y otros a pie, según lo que convenía a la necesidad de la situación, unas veces rodeando a los enemigos y otras aguantando a los asaltantes y rechazando su carga con los escudos. Por su parte, la caballería goda, [8] tras haber dejado detrás a la infantería, se atrevió sólo con las lanzas a efectuar un ataque bastante alocado y, en medio ya de la pelea, obtuvo el fruto de su propia insensatez. Y es [9] que los jinetes, al arrojarse en medio de los enemigos, no se dieron cuenta de que se habían quedado en medio de ocho mil soldados y, como les disparaban flechas de uno y otro lado, desistieron de inmediato, porque los arqueros fueron poco a poco girando ambas alas del frente hasta formar la media luna, tal como he dicho antes. Así, los godos perdieron en aquella [10] pelea muchos hombres y muchos caballos, sin haber aún trabado batalla con sus adversarios; y después de haber sufrido muchos daños irremediables, al final y con grandes apuros llegaron hasta las filas enemigas.

[11] Allí, a ningún romano ni tampoco a ninguno de los aliados bárbaros puedo yo elogiarlo por encima de los demás. [12] Y es que todos ellos demostraron el mismo ardor, valentía y combatividad, y aguantaron, cada cual por su parte y muy vigorosamente, el ataque de los adversarios, rechazando sus [13] embestidas. Ya al atardecer uno y otro ejército empezaron a moverse de repente, el de los godos en retirada y el de los romanos [14] en su persecución. Pues los godos no podían continuar soportando el empuje enemigo e iban cediendo terreno ante sus atacantes y retirándose atropelladamente, espantados por [15] el perfecto orden de aquella multitud. No atendían a resistir lo más mínimo, como si temiesen a unos fantasmas que se les estuvieran

echando encima o fuese el cielo el que estuviera [16] haciéndoles la guerra. Pero al llegar en breve a las posiciones de su propia infantería, su desastre vino a tomar mucho más [17] vuelo aún y fue en crecimiento. Pues no llegaron a los suyos tras un repliegue en orden, ni con la intención de recobrar el aliento y reemprender la lucha junto con ellos, como estaban acostumbrados[340], ni tampoco con idea de rechazar a sus perseguidores con una acometida enérgica o de efectuar un contraataque o cualquier otra maniobra de guerra, sino que el caos fue tal que algunos incluso cayeron muertos pisoteados por los [18] caballos. De hecho, la infantería no abrió espacio para que se metieran ni se mantuvo firme en su posición para protegerlos, sino que todos se echaron a huir juntos atropelladamente y en esta fuga incluso se llegaban a matar unos a otros como [19] en una batalla nocturna. Las tropas romanas, aprovechándose de aquel pánico, iban sin ningún miramiento ni tregua exterminando a todos los que encontraban a su paso, que no se defendían y ni siquiera se atrevían a mirarlos de frente, sino que se rendían ante los enemigos para que hiciesen con ellos lo que quisieran: tan grande era el miedo que los sobrecogía y el terror que los dominaba. En esta acción murieron seis mil godos y otros muchos [20] se entregaron a sus adversarios, quienes en aquel momento los apresaron vivos, pero no mucho después los mataron. Y no sólo quitaron de en medio a los godos, sino también a la mayoría de los antiguos soldados romanos que previamente habían abandonado sus filas y desertado del ejército, como en anteriores pasajes relaté[341], para pasarse a Totilas y los godos. No obstante, todos los soldados godos que tuvieron la suerte [21] de no perecer ni de caer en manos de los enemigos fueron capaces de huir a escondidas, cada uno como pudo conseguirlo, alcanzando su propósito a caballo o a pie o por un golpe de fortuna o gracias a una ocasión propicia o a un sitio oportuno.

Pues bien, así fue terminando esta batalla a medida que [22] se hacía ya totalmente de noche. Totilas salió huyendo en la oscuridad con no más de cinco hombres, uno de los cuales era Escipuar, y perseguido por algunos romanos que no sabían que era Totilas. Entre ellos coincidía que estaba Ásbado el gépida, que llegó a acercarse muchísimo a Totilas y se fue [23] contra él para clavarle su lanza en la espalda. Pero un joven [24] godo, que pertenecía a la casa de Totilas y seguía a su señor en la huida, no pudo consentir lo que estaba pasando y gritó con fuerza: «¿Qué haces, perro? ¿Es que tienes intención de herir a tu propio señor?». El propio Ásbado, entonces, después de arrojar la lanza con todas sus fuerzas contra Totilas[342], fue herido en el pie por Escipuar y se quedó allí. También el propio [25] Escipuar fue herido por sus perseguidores y se detuvo; y los que con Ásbado habían ido persiguiéndolos, que eran cuatro, se pararon para protegerlo y no continuaron la persecución, [26] sino que fueron retrocediendo con él. Pero los que acompañaban a Totilas, creyendo que aún venían tras ellos los enemigos, seguían adelante sin parar, llevándolo a paso firme, aunque herido de muerte y desmayado, porque era la necesidad la [27] que los empujaba a correr de recio. Hicieron

ochenta y cuatro estadios[343] hasta un lugar llamado Capras[344]. En aquel sitio estuvieron descansando durante un tiempo y curándole la herida a Totilas, quien no mucho después llegó al término de su vida. [28] Allí lo enterraron sus hombres y luego se marcharon.

Éste fue el desenlace último de la soberanía y de la vida de Totilas, tras once años en el trono de los godos, y se le presentó de un modo indigno de todo lo que anteriormente había logrado, porque hasta entonces a este hombre le habían ido muy bien las cosas, pero su final no fue el que correspondía [29] a sus hazañas. Pero también en esta ocasión la fortuna, con esos evidentes aires de grandeza y con ese maltrato a todo lo humano, ha demostrado su propia irracionalidad y lo caprichoso de sus designios, por haberle procurado espontáneamente y sin ningún motivo a Totilas la prosperidad durante mucho tiempo y luego, en ese momento, haber condenado así, con arrogancia, a este hombre a la cobardía y a un desenlace [30] final como no debía haberlo sufrido. Pero todo esto, creo yo, ni ha sido nunca ni será jamás comprensible para los seres humanos. Al respecto siempre se habla y se opina entre murmuraciones, durante toda la vida y a gusto de cada cual y así se consuela uno de la pena de la propia ignorancia con alguna razón que parezca plausible[345]. Pero volveré ya a mi anterior relato.

Lo cierto es que los romanos no supieron que Totilas había [31] salido así de este mundo hasta que una mujer de raza goda se lo dijo y les enseñó el túmulo. Ellos, después de oírla y [32] creyendo que sus palabras no eran verdad, fueron a aquel sitio y sin la más mínima vacilación cavaron la tumba y sacaron de allí el cadáver de Totilas. Una vez que lo reconocieron, según cuentan, y quedaron satisfechos sus deseos de verlo, lo enterraron de nuevo y de inmediato informaron de todo a Narsés[346].

No obstante, algunos aseguran que lo sucedido con Totilas [33] y lo que pasó en esta batalla no fue así, sino de otra manera, y he aquí que no me pareció fuera de lugar recogerlo por escrito. Dicen, en efecto, que la retirada del ejército godo no ocurrió [34] ni sin motivo ni sin razón, sino que, mientras disparaban de lejos algunos romanos, una flecha de sus arcos cayó de repente sobre Totilas, pero no por habérsela tirado adrede. Pues Totilas llevaba las armas de clase de tropa y estaba metido en la formación en un puesto cualquiera de la falange sin ningún cuidado especial, porque no quería quedar visible al enemigo ni exponerse a ninguna estratagema; pero el destino, el que fuera, estaba maquinando contra él y dirigió contra su cuerpo la flecha[347]. Entonces, herido de muerte y con tanto dolor como es posible soportar, se salió de la falange con unos pocos más y fue retrocediendo lentamente. Hasta Capras pudo aguantar [35] aquel sufrimiento y guiar su caballo, pero como en aquel lugar se desmayó, ya permaneció allí para que le curaran la herida y no mucho después le llegó el último día de su existencia. Por [36] otra parte, el ejército godo ya no era capaz de contrarrestar a los adversarios, sino que, al quedar inesperadamente fuera de combate su comandante, no reaccionó bajo la presión de que sólo Totilas hubiera sido herido de muerte por los enemigos, y no de una manera

premeditada. Por esto mismo, presos del miedo y el desaliento, quedaron a merced de un pánico sin límites y entregados, así, a una retirada vergonzosa. Pero sobre esto que cada cual hable según lo que sepa.

[**33**] Narsés, que se puso muy contento por lo ocurrido, no paraba de atribuirle todo aquello a Dios (cosa que era realmente [2] la pura verdad) y atendía a los asuntos que iban surgiendo. En primer lugar, deseando librarse de la mala conducta de los longobardos (quienes, aparte de su comportamiento al margen de toda ley, incendiaban cualquier edificio que encontraran a su paso y violaban a las mujeres refugiadas en los santuarios[348]), les alargó la mano con una gran suma de dinero y les dejó irse a su patria. A Valeriano y a Damián, su sobrino, les encargó que los guiaran con sus tropas por el camino hasta las fronteras del imperio romano, para que en su partida no le causaran [3] ningún daño a nadie. Cuando ya los longobardos salieron del territorio romano, Valeriano acampó cerca de la ciudad de [4] Verona para asediarla y ofrecérsela al emperador. Entonces, a los que formaban allí la guarnición les entró miedo y parlamentaron con Valeriano para rendirse ellos y entregar por [5] capitulación la ciudad. Pero cuando lo supieron los francos, que mantenían vigilancia en las localidades de Venecia, procuraron impedírselo con su mayor ahínco, insistiendo en reclamar aquel lugar como si les perteneciera a ellos. Y en consecuencia, Valeriano, frustrado en su intento, se retiró de allí con su ejército.

[6] En cuanto a los godos que se salvaron tras huir de la batalla, cruzaron el río Po y se apoderaron de la ciudad de Ticino[349] [7] y de todo aquel territorio y nombraron a Teyas su jefe. Él, una vez que encontró todo el dinero que Totilas había venido a depositar en Ticino, tuvo la idea de atraerse a los francos y firmar con ellos una alianza y fue ocupándose de organizar a los godos, en la medida en que las circunstancias lo permitían, afanándose por reunirlos a todos en torno a su persona. Al oír [8] esto, Narsés le encargó a Valeriano montar guardia con todas sus tropas en las cercanías del río Po, para que los godos no tuvieran posibilidad de congregarse a sus anchas, mientras él con todo el resto del ejército marchaba contra Roma. Cuando [9] llegó a Tuscia, conquistó Narnia[350] por capitulación y dejó una guarnición en Espoleto, que no tenía murallas, con orden de reconstruir cuanto antes todas las partes del recinto que los godos habían demolido. Envió también algunas tropas a [10] efectuar una tentativa contra la guarnición de Perusia. Comandaban el puesto de guardia en Perusia dos romanos que habían desertado, Meligedio y Úlifo, que antaño había sido escolta de Cipriano[351] pero que se había dejado convencer por las muchas promesas de Totilas y había matado con alevosía a Cipriano, que era el que entonces mandaba allí la guarnición. Pues bien, [11] Meligedio, tras aceptar la propuesta de Narsés, pretendía con la ayuda de sus hombres entregar la ciudad a los romanos, pero los de Úlifo, al darse cuenta de lo que estaba pasando, se les enfrentaron abiertamente y Úlifo pereció allí junto con [12] sus

partidarios. Luego, Meligedio les entregó de inmediato Perusia a los romanos. Fue, por cierto, castigo de Dios el que cayó sobre Úlifo; y la cosa está clara: pereció justo en el mismo sitio en el que él en persona había acabado con Cipriano. Así se habían desarrollado estos acontecimientos.

Pero los godos que mantenían custodiada Roma, en cuanto [13] se enteraron de que Narsés y el ejército romano venían contra ellos y estaban ya muy cerca, se prepararon para ofrecerles la mayor resistencia posible. El caso era que Totilas había incendiado [14] muchos edificios de la ciudad cuando la conquistó por primera vez[352]. [...][353] pero, al final, tomando en consideración que los godos, reducidos como estaban a un corto número, no eran capaces de custodiar todo el recinto, rodeó con una pequeña muralla un sector de la ciudad en torno a la Tumba de Adriano[354] y uniéndola al anterior muro logró configurar una [15] especie de fortaleza. Allí depositaron los godos las cosas de más valor y esta fortaleza la vigilaban muy estrechamente, sin prestarle mayor atención al resto de la muralla de la ciudad, [16] que permanecía bastante descuidada. Lo cierto fue que en esta ocasión[355] dejaron unos pocos guardias en aquel punto y todos los demás se situaron en tomo a las almenas de la muralla de la ciudad en su empeño de poner a prueba a los asaltantes.

[17] Pues bien, tan extraordinariamente largo era todo el recinto de Roma que ni los romanos podían abarcarlo en su [18] ataque ni los godos vigilarlo. De modo que los unos, dispersándose, iban dirigiendo su asalto por donde dictaba el azar y los otros se defendían en la medida de sus posibilidades. Entonces, Narsés se llevó consigo un gran pelotón de arqueros y se lanzó contra un sector del recinto, mientras Juan el de [19] Vitaliano[356] atacaba con sus tropas por otro lado. Por su parte, Filemut y los hérulos estaban hostigándolos por otro lugar y los demás los seguían de muy lejos. Todos estaban luchando en la muralla pero a enorme distancia unos grupos de otros; [20] y los bárbaros, apiñados entre sí, resistían la embestida. Sin embargo, en el resto del recinto, por donde no habían dirigido su ataque los romanos, no había ni un solo hombre, porque los godos en su totalidad estaban congregándose en los puntos por los que los enemigos habían efectuado su asalto, como ya he dicho. Entretanto, Dagisteo, por orden de Narsés, tomó un [21] numeroso batallón de soldados, así como los estandartes de Narsés y Juan, se llevó una gran cantidad de escalas y se lanzó de repente contra cierta parte del recinto que estaba totalmente desprovista de vigilancia. Como nadie se le opuso, apoyó de [22] inmediato todas las escalas sobre el muro, se introdujo en el recinto con sus tropas sin ningún problema y con entera libertad abrió las puertas. Tan pronto como los godos se dieron cuenta [23] del hecho, fueron desatendiendo ya la resistencia y todos se pusieron a huir, cada uno por donde pudo: unos se precipitaron hacia la fortaleza y otros se marcharon corriendo a Porto.

En este punto de mi relato, se me ocurre pensar de qué [24] manera se burla de todo

lo humano la fortuna, que ni siempre viene a visitar a los hombres de la misma forma ni los mira con los mismos ojos, sino que va cambiando a la vez que lo hace el tiempo y el lugar y juega con ellos en una especie de juego que consiste en ir variando el valor de esos desgraciados en función del momento, el sitio o el giro de las cosas. Esto se comprueba cuando uno observa que Besas, el que antaño había perdido Roma, no mucho después recuperó Petra en Lázica para los romanos[357] y que, por el contrario, Dagisteo, que dejó Petra en manos de los enemigos, volvió a ganar en poco tiempo Roma para el emperador[358]. Pero esto ha sido así [25] desde un principio y así será siempre, mientras la fortuna sea la misma con los seres humanos.

Narsés, entonces, avanzó luchando con todo su ejército contra la fortaleza. Los bárbaros, aterrorizados, después de [26] haber recibido garantías de salir con vida, se rindieron al instante y entregaron la fortaleza, en el año vigésimo sexto desde [27] que el emperador Justiniano obtuvo el poder absoluto[359]. Así, Roma fue conquistada por quinta vez durante su reinado y Narsés, de inmediato, envió las llaves de las puertas al emperador[360].

[**34**] Fue entonces cuando al mundo entero le quedó demostrado con absoluta claridad que para todos los que necesariamente están destinados a sufrir desgracias, hasta lo que parece que es buena suerte se convierte en su perdición, y que incluso cuando las cosas les salen conforme a sus deseos, vienen quizá [2] a ser destruidos junto con ese mismo éxito. Para el senado y el pueblo romano esta victoria resultó ser causa de una ruina aún [3] mayor, de la siguiente manera. Por una parte, los godos, en su huida tras haber renunciado al dominio de Italia, fueron haciendo su marcha y, de paso, acabando sin ningún miramiento [4] con todos los romanos que el azar les puso delante. Por la otra, los bárbaros del ejército romano trataron como enemigos a [5] todos los que hallaron al entrar en la ciudad. Además, también les sucedió esto. Muchos miembros del senado, por decisión de Totilas, permanecían ya desde antes en las tierras de Campania[361]. [6] Algunos de ellos, cuando supieron que Roma estaba ocupada por el ejército imperial, salieron de Campania y se fueron hacia allá. Pero se enteraron los godos que se encontraban en las plazas fuertes de esa región y fueron explorando todo aquel territorio hasta matar a todos los patricios. Entre ellos estaba Máximo, a quien he mencionado en anteriores [7] libros[362]. Ocurrió también que Totilas, cuando vino de allí a enfrentarse a Narsés, reunió a los hijos de las familias ilustres de la ciudad y escogió a unos trescientos de ellos, los que consideró que eran los más agraciados físicamente, diciéndoles a sus progenitores que iban a vivir con él, pero la realidad era que iban a ser sus rehenes. Totilas, entonces, ordenó que [8] estuvieran al norte del río Po y Teyas, al descubrirlos allí en aquel momento, los mató a todos.

Por otro lado, Ragnaris, un godo que mandaba la guarnición [9] de Tarento y que, por voluntad del emperador, había recibido garantías de parte de Pacurio, se

comprometió a pasarse a los romanos, como ya he dicho anteriormente[363], y fueron seis los godos que les entregó a los romanos en calidad de rehenes para ratificar este acuerdo. Pero, aun así, al oír que Teyas había sido nombrado rey por los godos, que se había atraído a los francos para firmar con ellos una alianza y que estaba dispuesto a avanzar con todo el ejército contra sus enemigos, vino a cambiar de determinación y se opuso rotundamente a cumplir lo acordado. Empeñado como estaba, con todo su afán, [10] en recuperar a los rehenes, ideó lo siguiente. Le mandó una embajada a Pacurio para pedirle que le enviara unos pocos soldados romanos con los que pudieran ir seguros a Driunte y desde allí cruzar el golfo Jónico[364] y trasladarse a Bizancio. Y [11] en efecto, Pacurio, muy ajeno a sus planes, le mandó cincuenta de sus hombres. Una vez que los recibió en la fortaleza, los [12] encerró al instante y le comunicó a Pacurio que, si quería que sus propios soldados quedaran libres, debería devolverle a los rehenes godos. Al oír esto, Pacurio dejó a unos pocos como [13] presidio en Driunte y con todo el resto de su ejército se dirigió de inmediato contra los enemigos. Ragnaris, entonces, mató [14] sin vacilar lo más mínimo a los cincuenta y sacó de Tarento a los godos para salirles al paso a los enemigos. Después de entablar batalla, los godos fueron vencidos. Ragnaris perdió [15] allí a la mayoría de sus hombres y se dio a la fuga[365] con los supervivientes. Sin embargo, no pudo entrar en Tarento, porque los romanos la tenían totalmente rodeada, y marchó a Aquerontis, [16] donde se quedó. Y esto fue lo que pasó. Los romanos, no mucho después, asediaron Porto y la ganaron por capitulación, e hicieron también lo mismo en Tuscia con la fortaleza que se llama Nepa[366] y con la plaza fuerte de Petra que recibe el nombre de Pertusa.

[17] Por su parte, Teyas, como pensaba que los godos por sí solos no eran capaces de resistir al ejército romano, envió una embajada al jefe franco Teodibaldo y le ofreció mucho dinero [18] al tiempo que lo invitaba a firmar una alianza. Pero los francos, tras haber mirado, creo yo, por su propia conveniencia, no estaban dispuestos a morir ni por el interés de los godos ni por el de los romanos, sino que su afán era quedarse con Italia para ellos y sólo por esta razón querían afrontar los peligros [19] de la guerra. El caso era que Totilas había depositado en Ticino una cantidad de su dinero, como he dicho antes[367], pero la mayor parte la había dejado en una plaza extraordinariamente fortificada que coincidía que estaba en Cumas, en la región de Campania, y allí había instalado una guarnición bajo el mando [20] de su propio hermano y también de Herodiano. Narsés, entonces, como pretendía capturarla envió algunas tropas a Cumas para asediar la fortaleza, mientras él se quedaba allí en Roma organizándolo todo. También despachó a otros a Centucelas [21] con orden de asediarla. Teyas, temiendo por la guarnición y por el dinero de Cumas, desistió ya de fundar sus esperanzas en los francos y puso sus tropas en orden de batalla para avanzar contra los enemigos.

[22] Pero cuando Narsés se enteró, le ordenó a Juan, el sobrino de Vitaliano[368], y a

Filemut que se dirigieran con su propio ejército al territorio de Tuscia para tomar allí posiciones y detener el avance de sus adversarios hacia Campania, con el fin de que los que estaban asediando Cumas pudieran conquistarla sin ningún temor o a viva fuerza o por capitulación. Pero Teyas [23] dejó a su derecha y a mucha distancia el camino más corto, dio varios y larguísimos rodeos y, cogiendo por la costa del golfo Jónico, llegó a Campania, sin que ningún enemigo lo advirtiera. Cuando Narsés lo supo, mandó a buscar a los hombres [24] de Juan y Filemut, que estaban vigilando el paso de Tuscia, y también hizo venir a las tropas de Valeriano, que acababa de capturar Petra, la que llaman Pertusa. Reunió, entonces, sus fuerzas y él en persona con todo su ejército marchó a Campania en orden de batalla.

Hay en Campania un monte llamado Vesubio[369], del que [**35**] ya conté en anteriores pasajes[370] que a menudo emite un estruendo semejante a un bramido. Cuando esto ocurre, además vomita una gran cantidad de ascuas incandescentes. Esto es lo que dije en aquel lugar de mi obra. Pues bien, el caso es que la [2] parte central de este monte, como también la del Etna en Sicilia, se encuentra hueca, por voluntad de la naturaleza, desde su extremo más profundo hasta la cumbre y es allí abajo donde arde continuamente el fuego. Tal hondura llega a alcanzar esa [3] cavidad que un hombre que esté de pie en la cima y se atreva a asomarse no puede desde allí ver fácilmente las llamas. Siempre [4] que este monte, como ya dije, viene a vomitar las ascuas, las llamas también desprenden rocas de lo más profundo del Vesubio y las arrojan al aire, unas pequeñas, pero otras muy grandes, y lanzándolas desde allí las dispersan por dondequiera [5] que caigan. También fluye un río de fuego desde la misma cumbre y se extiende hasta el pie del monte y más aún, todo lo cual también se da en el Etna. El río de fuego forma a uno y otro lado unos ribazos altos con los que corta su cauce y las [6] llamas, moviéndose sobre ese río, al principio parecen como un flujo incandescente de agua; pero una vez que se apagan, al momento se detiene el curso del río, la corriente ya no sigue avanzando y el sedimento de este fuego toma el aspecto de un fango que se asemeja a ceniza.

[7] Al pie de este monte, el Vesubio, hay, en efecto, fuentes de agua potable y de ellas brota un río llamado Dracón[371], que pasa muy cerca de la ciudad de Nuceria[372]. A uno y otro lado [8] de este río fue donde entonces acamparon ambos ejércitos. En cuanto al Dracón, aunque su corriente es pequeña, no se puede cruzar, sin embargo, ni a caballo ni a pie, porque, como concentra sus aguas en un cauce bastante estrecho y corta la tierra hasta una grandísima profundidad, forma los ribazos en una [9] y otra orilla como si fueran auténticas pendientes. Si esto lo causan las características naturales de la tierra o las del agua, es algo que no sé decir. Los godos, entonces, ocuparon el puente sobre el río, puesto que habían acampado muy cerca de él, y tras colocar encima unas torres de madera, construyeron en aquel sitio, además de otras máquinas, las que se

llaman «catapultas»[373], para desde allí poder disparar sobre la cabeza [10] a los enemigos que estuvieran hostigándolos. Así pues, no había forma de entablar batalla cuerpo a cuerpo, dado que el río, como he dicho, estaba en medio; pero ambos se acercaron lo más posible a los ribazos a lo largo de su curso y unos a [11] otros se lanzaban flechas sin parar. También hubo, no obstante, algunos combates singulares, cuando, llegado el caso, un godo cruzaba el puente para responder a una provocación. Dos meses pasaron de este modo los ejércitos. Lo cierto fue que, [12] mientras los godos estuvieron dominando allí el mar, pudieron resistir trayendo provisiones en sus naves, porque su campamento no estaba muy lejos de la costa. Pero, posteriormente, [13] los romanos capturaron los barcos enemigos por una traición de un godo que estaba a cargo de toda esa flota; y también les vino un gran número de naves procedentes de Sicilia y del resto del imperio. Además, Narsés colocó también torres de [14] madera sobre el ribazo del río y fue así capaz de bajarles completamente los humos a sus adversarios.

A los godos, entonces, les entró mucho miedo y, agobiados [15] como estaban por la escasez de víveres, se refugiaron en un monte que estaba muy cerca, el «Monte de la Leche»[374], que así lo llaman los romanos en latín. Y hasta allí los romanos no pudieron perseguirlos, porque se lo impedía la aspereza del terreno. Pero muy pronto los godos se arrepintieron de [16] haber subido allí, porque su escasez de provisiones era mucho mayor aún y no tenían forma alguna de procurárselas ni para ellos ni para sus caballos. Por este motivo, pensando que el [17] fatal desenlace en combate era preferible a morir de hambre, avanzaron de manera imprevista contra sus enemigos y cayeron sobre ellos de repente y sin que se lo esperaran. Pero los [18] romanos mantuvieron sus posiciones defendiéndose como se lo permitieron las circunstancias, sin ordenarse por comandantes ni por compañías ni por quintas y sin estar distribuidos de ningún otro modo: su intención no era poder oír en el fragor del combate las consignas que se les daban, sino contrarrestar a sus enemigos con todo su vigor dondequiera que se encontrasen. Pues bien, los godos fueron los primeros en dejar [19] sus caballos y, ya a pie, se colocaron de frente en falange de muchas filas[375]; y los romanos, al verlo, dejaron también sus caballos y formaron todos de la misma manera.

[20] Escritos quedarán por mí en estas páginas una batalla de las de consideración y el valor de un hombre en nada inferior, creo yo, a ninguno de los héroes de la leyenda: el que demostró [21] Teyas en aquel momento. A los godos los empujaba a la audacia lo desesperado de su situación y los romanos, aunque los veían desanimados, resistían con todas sus fuerzas, avergonzándose de ceder terreno ante quienes les eran inferiores. Ambos se precipitaban, pues, con gran ardor contra los que [22] tenían cerca: buscando unos morir y otros destacar. La lucha empezó por la mañana temprano y Teyas, que se había puesto donde todos podían distinguirlo, con el escudo por delante y la lanza de punta se colocó en la primera línea de la falange con [23] unos pocos más. Como los

romanos lo vieron y pensaron que, si él caía, el combate se decidiría a su favor muy pronto, todos los que se las daban de valientes, que eran muchos, fueron agrupándose para atacarlo: unos arremetían contra él con sus [24] lanzas, otros se las arrojaban. Teyas, protegido por su escudo, paraba con él todos los golpes de las lanzas, al tiempo que se les echaba encima de repente e iba acabando con muchos de [25] ellos. En cuanto veía su escudo lleno de lanzas clavadas en [26] él, se lo entregaba a uno de sus escuderos[376] y cogía otro. Así continuó luchando hasta cumplirse la tercera parte del día y ya entonces su escudo tenía clavadas doce lanzas y era incapaz [27] de moverlo a voluntad para rechazar a sus asaltantes. Llamó, pues, con presteza a uno de sus escuderos, sin apartarse de su puesto ni un solo dedo, y ni retrocedió, para no permitirles avanzar a los enemigos, ni volvió la espalda protegiéndosela con el escudo; es más, ni siquiera se puso de lado, sino que, como si hubiera estado pegado al suelo, se quedó allí firmemente plantado con su escudo, matando con la mano derecha y resistiendo con la izquierda, a la vez que llamaba a gritos por su nombre al escudero. Cuando éste se encontraba ya a [28] su lado con el escudo y él estaba intentando a toda prisa cambiárselo por el suyo cargado con el peso de las lanzas, justo [29] en un breve instante en que su pecho quedó al descubierto, quiso el azar que en ese momento fuera herido por un venablo y, de resultas, muriera en el acto. Su cabeza la alzaron al aire [30] en la punta de una pértiga algunos romanos y fueron de aquí para allá mostrándosela a ambos ejércitos, a los romanos para que tuvieran más arrojo y a los godos para que perdieran los ánimos y pusieran fin a la guerra.

Pero no, ni así pusieron fin al combate los godos, sino que [31] estuvieron peleando hasta la noche, aun sabiendo que su rey había muerto. Pero una vez que oscureció, ambos ejércitos se separaron y pasaron en aquel lugar la noche con todo el armamento encima. A la mañana siguiente se levantaron con [32] el alba y de nuevo formaron de la misma manera y estuvieron peleando hasta la noche: ni unos ni otros cedían terreno, ni volvían las espaldas, ni echaban el pie atrás, a pesar de que muchos morían por ambas partes, sino que, enfurecidos por su mutuo encono, continuaban en la brecha, los godos por saber muy bien que estaban llevando a cabo su última batalla, los romanos por considerar indigno el ser derrotados por ellos. Pero, al final, los bárbaros le mandaron a Narsés una legación [33] formada por algunos de sus nobles para decirle que habían comprendido que aquella guerra que estaban haciendo era contra Dios, pues se daban cuenta, según añadieron, del poder que se les había enfrentado y, así, entendiendo ya por lo sucedido la verdad de las cosas, querían en adelante reconocerse vencidos y abandonar el combate, aunque no para rendir obediencia al emperador, sino para vivir como un pueblo independiente junto con algunos de los demás bárbaros. Pedían además que los romanos les permitieran una retirada pacífica y que no les negaran una cantidad razonable de fondos, sino que les concedieran como viático el dinero que cada uno de

ellos hubiera depositado anteriormente en las fortalezas de Italia.

[34] Estaba Narsés considerando todo esto, cuando Juan el de Vitaliano[377] le aconsejó que aceptara la petición y que no siguiera luchando contra hombres que estaban deseando morir ni poniendo a prueba una audacia que les nacía de haber perdido la esperanza de salir vivos, lo que desde luego es algo fatal no sólo para quienes lo sienten sino también para sus [35] adversarios. «Que, al menos, a los sensatos —dijo él— les basta con la victoria, mientras que, si uno quiere más de la cuenta, quizá esto se le convierta en un perjuicio.»

[36] Narsés se dejó convencer por su sugerencia y llegaron al acuerdo de que los bárbaros que habían sobrevivido se marcharían inmediatamente de toda Italia, tras haberse llevado el dinero que era suyo, y que ya no proseguirían de ninguna [37] forma la guerra contra los romanos. Pues bien, mientras tanto, mil godos salieron del campamento y se retiraron a la ciudad de Ticino y a la comarca al norte del río Po, a las órdenes, [38] entre otros, de Indulfo, a quien más arriba mencioné[378]. Todos los demás confirmaron bajo juramento todos los términos del tratado. De este modo los romanos tomaron Cumas y todo lo que quedaba. Estaba cumpliéndose el año decimoctavo[379] y con él también terminaba esta guerra contra los godos cuya historia escribió Procopio[380].

[1] Nuestro autor se refiere, como sabemos, a la *Guerra persa* (dos libros), *Guerra vándala* (dos libros) y *Guerra gótica* (tres libros), a los que hay que añadir este libro VIII de la *Historia de las guerras*, que, según las palabras del mismo Procopio, no es sino un suplemento al conjunto. Recordaremos, asimismo, que los libros I-VII de la *Historia de las guerras* fueron escritos entre el 545 y el 551, mientras que el VIII lo fue en el 554 (cf. la excelente introducción general, II. 1., de J. SIGNES CODOÑER en su traducción de la *Historia secreta,* B.C.G. 279, págs. 29 ss.).

[2] Estas primeras líneas son muy parecidas a las que encabezan la *Historia secreta,* donde no parecen justificadas por el contenido de dicha obra. Se han propuesto algunas explicaciones, pero puede razonablemente pensarse «que el comienzo (de la *Historia secreta*) es una refección tardía del proemio de *Guerras* VIII colocada para suplir el inicio perdido de la obra» (SIGNES CODOÑER en su traducción citada en la n. anterior, pág. 143, n. 3).

[3] En contraposición a los anteriores libros, el relato histórico *(historía)* del VIII será literalmente *poikílē,* «variado, diverso, múltiple».

[4] En los libros I-II (*Guerra persa,* «la guerra contra el pueblo medo», como arriba ha escrito nuestro autor). Para la tregua (545-550) cf. II 28, 11 y 30, 48.

[5] En el 550.

[6] «Que ahora se llama Lázica» (I 11, 28), hoy Mingrelia, comarca de Georgia.

[7] Cf. I 15, 1; III 3, 1; etc.

[8] O «como quienes hablan al tuntún»; literalmente, «como quienes luchan contra sombras» *(hoi skiamachoûntes).*

[9] Cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 8, 22 (colcos y trapezuntinos); ARRIANO, *Periplo del Ponto Euxino* XI 1 (colcos, sanos y trapezuntinos). Es interesante comparar los lugares citados en esta última obra con los datos ofrecidos por Procopio.

[10] Colcos o lazos: cf. *supra* n. 6 (e *infra* VIII 2, 27 ss.).

[11] Cf. TUCÍDIDES III 98, 1.

[12] Cf. APOLODORO, *Biblioteca* I 7, 1; PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* V 11, 6.

[13] Cf. I 1, 4.

[14] El nombre del mar Negro, «Euxino», *Eúxeinos,* «hospitalario», es un eufemismo por *Áxeinos,* «inhospitalario» (PÍNDARO, *Píticas* IV 203), formado por etimología popular, según parece, sobre un adjetivo indoeuropeo que significaba «oscuro, negro» (antiguo persa *áhsaina*, «azul turquesa»; avéstico *ahsaena*, «oscuro»): cf. C. GARCÍA GUAL, *Mitos, viajes, héroes,* Madrid, 1985, pág. 81, n. 1.

[15] En la antigua Bitinia (Bósforo Tracio), enfrente de Bizancio. Hoy Kadiköy.

[16] Hoy las turcas Eregli y Amasra.

[17] Hoy Trebisonda (Trabzon).

[18] Hoy Sinob y Samsun, respectivamente.

[19] En la ribera del Termodonte (hoy el Terme Tschai) estaba la aquí llamada Temiscuro (lat. *Themiscyra,* hoy Terme), la famosa capital de las míticas Amazonas (como a continuación añade Procopio), en la orilla sur del Euxino: cf., por ejemplo, ESQUILO, *Prometeo encadenado* 723 ss.; APOLODORO, *Biblioteca* II 5, 9; VIRGILIO, *Eneida* XI 659 ss.; QUINTO DE ESMIRNA, *Posthoméricas* I 18.

[20] VIII 3, 5 ss.

[21] Hoy Sürmene y Rize, respectivamente.

[22] Recuérdese el curioso dato sobre la miel de aquella zona (tan perjudicial para la salud) que apunta JENOFONTE, *Anábasis* IV 8, 20.

[23] Tampoco se tenía por buena en la antigüedad la miel de Cerdeña (cf. HORACIO, *Epíst. Pisones* 375, y el escolio *ad loc.* de Pomponio Porfirión), quizá porque las hierbas de la isla eran amargas (cf. VIRGILIO, *Bucólicas* VII 41).

[24] A partir del 390 Armenia quedó dividida en Armenia romana (bizantina) y Armenia persa o Persarmenia (cf. VII 32, 11), de extensión mucho mayor que la primera y con capital en Dvin.

[25] Cf. *supra* n. 14.

[26] *Kámpsai,* «doblar, pasar por delante de un cabo». El nombre del río (cf. *Acampseon:* PLINIO, *Historia natural* VI 12, 7), Procopio lo relaciona, sin fundamento, con el gr. *ákamptos,* «que no se puede doblar, rígido, firme».

[27] Hoy Atina.

[28] Hoy Akhava y Makryalos.

[29] Hermano de Medea, a quien ésta mató y despedazó para que su padre Eetes se detuviera a recoger los trozos diseminados por el mar y así pudiera ella escapar con Jasón y los Argonautas, una vez conseguido el vellocino de oro: cf. APOLODORO, *Biblioteca* I 9, 24.

[30] Jasón era de Yolco (Tesalia).

[31] Del año 98 al 117.

[32] Sobre los armenios cf. *supra* n. 24. La Iberia del Cáucaso correspondería aproximadamente a la actual Georgia.

[33] En Lázica (II 15, 10 s.; 17, 3 ss.), no la célebre capital nabatea (cf. I 19, 20).

[34] Cf. VII 28, 1.

[35] Unos 97 Km.

[36] Cf. *infra* VIII 6, 7 s.; también HERÓDOTO IV 45, 2; APOLONIO RODIO II 399 ss., 1.261 ss. El Fasis es el actual Rioni (Rion): cf. ESQUILO, *Prometeo liberado, Fragmentos* 322a (Mette); ARRIANO, *Periplo del Ponto Euxino* XIX 2. Para todo este capítulo es interesante consultar la obra de É. DELAGE, *La Géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes,* Bordeaux-Paris, 1930.

[37] Cf. *supra* n. 29.

[38] En efecto, Apolonio Rodio (II 1.260 ss.) describe cómo los Argonautas llegan por el Ponto a la desembocadura del Fasis y penetran remando en su curso (en sentido contrario a como lo está describiendo Procopio). Allí tenían a su izquierda el Cáucaso y la ciudad de Ea y «del otro lado el llano de Ares y los bosques sagrados del dios» (1.268 ss.), donde una serpiente custodiaba el vellón extendido sobre las ramas de una encina (o guardado en el templo de Ares, según otras fuentes, por ejemplo HIGINO, *Fábulas* 22).

[39] Hacia el este. Literalmente «en el lugar donde más o menos termina».

[40] Es decir, en el extremo de la mitad de la media luna (cf. VIII 2, 21) a la izquierda del Fasis (cf. VIII 2, 27 ss.).

[41] Puede que Procopio pensara que la cadena de los Balcanes (lat. *Haemus*) constituía una prolongación del Cáucaso, lo que explicaría en cierta medida el evidente error geográfico (sin tener en cuenta, además, los grandes ríos que hay en medio). Cf., por ejemplo, la confusión con respecto a Ibiza (Ebusa) en III 1, 18.

[42] Cf. I 10, 4 ss.

[43] Cf. *Supra* n. 7.

[44] Cf. I 15, 1; II 29, 15.

[45] Cf. VIII 2, 2.

[46] En su *Geografía* XI 5, 1 ss.; XII 3, 21.

[47] Cf., por ejemplo, PALÉFATO, *Historias increíbles* XXXII.

[48] Al norte, o sea, a la derecha del Fasis (en el sentido de la corriente): cf. *supra* n. 40.

[49] Cf. VII 20, 19, n. 167.

[50] *Theotókos:* María, declarada como tal en el Concilio de Éfeso (431).

[51] Cf. *supra* n. 7.

[52] Cf. II 29, 18.

[53] Cf. VIII 2, 16.

[54] Cf. II 17, 3 ss.

[55] Hoy el mar de Azov.

[56] Hoy el Don.

[57] En el 548.
[58] Cf. *supra* VIII 3, 21.
[59] Cf. HERÓDOTO IV 20 y 21; 102, 2; etc.
[60] Cf. III 3, 26.
[61] Los ostrogodos, como ya se sabe: cf. III 2, 2 ss. (y el comentario de J. A. FLORES RUBIO en su ya citada traducción de la *Guerra vándala,* B.C.G. 282, pág. 63, n. 31).
[62] «Federados»: cf. VII 31, 10, y n. 242.
[63] Cf. III 11, 3 s.
[64] Es decir, los cimerios de VIII 5, 7 (cf. VIII 5, 1).
[65] Hacia el oeste.
[66] Como sacerdotisa: cf. EURÍPIDES, *Ifigenia entre los tauros* 28 ss.; APOLODORO, *Epítome* III 22; HIGINO, *Fábulas* 98 y 120.
[67] Cf. I 17, 11 ss.
[68] Cf. n. anterior.
[69] Hoy Kerch, en Crimea: cf. I 12, 6
[70] Hoy Sebastopol: cf. I 12, 7.
[71] Repetimos que una jornada equivalía a unos doscientos diez estadios, 37 km. aproximadamente.
[72] Los Alpes.
[73] Cf. III 1, 10 ss.
[74] Para la expresión cf. I 19, 27. La distancia (cf. la anterior n. 71) para Procopio sería de unos 1.960 km.
[75] Hoy el estrecho de Gibraltar. Cf. también los detalles geográficos desde Gadira (Cádiz) al lago Meótide en III 1, 4 ss.
[76] También «océano», sin más, en III 1, 4; VIII 6, 8 (frente a *thálassa* o *póntos*, el Mediterráneo). Cf. océano de Atlas, el Atlántico, por ejemplo, en HERÓDOTO I 202, 3; DIONISIO EL PERIEGETA, *Descripción de la tierra habitada* 30.
[77] El Mediterráneo, «este mar de aquí» (*thálassan*): III 1, 4; VIII 6, 8.
[78] Es decir, más hacia el este.
[79] Según la primera opinión expuesta.
[80] Cf. VIII 2, 27 s. Sobre las selvas y montes Ripeos o Rifeos y el Tanais, como límite entre los dos continentes, escribirá también Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* XIII 21, 24; XIV 3, 1; 4, 2; 8, 8.
[81] Hacia el norte: cf., de nuevo, III 1, 4.
[82] Cf. VIII 2, 28.
[83] Cf. las anteriores nn. 76 y 77.
[84] Cf. VIII 2, 27.
[85] Estos términos en conjunción *(noerôn. noētôn)* son muy propios de la filosofía desde época anterior: cf., por ejemplo, SINESIO DE CIRENE, *Himnos* I 177 ss.; *Cartas* 154.
[86] HERÓDOTO IV 45, 2 ss.
[87] HERÓDOTO IV 45, 2 (en efecto hay algunas variantes).
[88] Hoy el estrecho de Yenikale o de Kerch, que comunica el mar Negro con el de Azov.
[89] *Fragmentos* 322a (Mette); ARRIANO, *Periplo del Ponto Euxino* XIX 2 (la cita no es exacta).
[90] En la parte superior del Bósforo. ARRIANO, *ibid.* XVI 5, menciona el monte Hierón; y PLINIO, *Historia natural* VI 17, 5 ss., un *oppidum* con este nombre.
[91] Cf. VIII 6, 3.
[92] Desde Hierón.
[93] De Estagira, en Macedonia, hoy Stavro.
[94] La exageración de Procopio es evidente, pero sí es cierto que Aristóteles murió en Calcis de Eubea.
[95] El de Mesina.

[96] Cf. VIII 6, 3 y 8.

[97] Cf. V 8, 1.

[98] Los que defienden la opinión expresada en VIII 6, 18.

[99] El Mediterráneo (*thálassan:* cf. *supra* nn. 76 y 77), aunque aquí realmente se trataría de la Propóntide, hoy el mar de Mármara.

[100] El fenómeno se produce por la diferencia de temperatura y salinidad, como también, por ejemplo, en el estrecho de Gibraltar.

[101] El término empleado es *dēmiourgós:* cf. VII 14, 23.

[102] Cf. II 28, 17 s.

[103] Los libros I y II.

[104] Cf. II 28, 31 ss.

[105] Cf. II 9, 17 ss.

[106] La digresión comenzó en VIII 1, 7. Para la expresión cf. VII 29, 20, n. 232.

[107] Cf. II 30, 4; III 17, 1 ss.; IV 2, 1; etc.

[108] Cf. VIII 8, 3.

[109] Cf. VIII 2, 20, n. 24.

[110] Cf. VIII 8, 17.

[111] Cf. *supra* n. 7.

[112] Literalmente, «muy profunda»: cf. JENOFONTE, *La república de los lacedemonios* XI 6.

[113] Procopio usa aquí (también en V 21, 15; 27, 9; VI 2, 17, 28; VIII 29, 24; 32, 34) *átraktos* (palabra laconia por *oistós*), como TUCÍDIDES IV 40, 2.

[114] Cf. VIII 3, 21.

[115] *Tà Trachéa* (cf. «tráquea», el conducto «áspero»).

[116] Procopio, como en el caso de otros pueblos, asimila aquí el cargo de este oficial al *magister* romano (en el original gr. *magístros):* cf. I 11, 25; 13, 10 (también, por ejemplo, *Historia secreta* XVI 5).

[117] Cf. VIII 4, 5 s.

[118] Los lazos (recuérdese VIII 1, 8).

[119] Cf. VIII 9, 13, 20 ss.

[120] Cf. II 28, 4.

[121] Cf. II 28, 8.

[122] La tregua de cinco años que ya estaba a punto de terminar (cf. VIII 1, 3 e, *infra,* 11, 1). Recuérdese que Procopio, muy probablemente, compone este libro VIII en el 554.

[123] Cf. de nuevo II 28, 8 ss. Justiniano, por supuesto, también tuvo que pagar una buena cantidad de dinero al rey persa.

[124] Al quemárselos con los ojos cerrados, como a continuación se explica.

[125] Cf. I 11, 4; 23, 4.

[126] Era, por tanto, el 550: cf. II 28, 11 y 30, 48.

[127] *Magister officiorum,* cargo con notables competencias en cuestiones de policía y diplomacia estatal (cf. *supra* n. 116). Para este Pedro que, aparte de lo que aquí se dice, fue autor de obras de contenido histórico y político, cf. *Historia secreta* XVI 2, y el comentario de J. Signes Codoñer en su traducción de esta obra, B.C.G. 279, pág. 249, n. 194.

[128] Cf. su primera embajada en II 28, 16 ss.

[129] Cf. II 28, 38.

[130] Cf. II 28, 43.

[131] Cf. la expresión con el verbo *aphanízō* en HERÓDOTO III 126, 2; TUCÍDIDES IV 80, 4.

[132] Es lo que cuenta Procopio de este intérprete en II 28, 41 ss.

[133] Cf. II 1, 3 ss. Sobre Aretas (en árabe *Harith*), jefe de los sarracenos, cf. I 17, 47 ss.; *Historia secreta*

II 23 ss.

[134] Cf. II 29, 11 ss.

[135] Así traducimos *amēchánou,* que es la lectura del manuscrito *L.* En *K* se añade el infinitivo *orýssesthai* («imposible de cavarse»), que intenta facilitar la interpretacion.

[136] Cf. II 30, 11 ss.

[137] Cf. II 30, 15 ss.

[138] Cf. *supra* n. 44.

[139] Un ariete: cf. V 21 6 ss.

[140] Para la expresión cf. TUCÍDIDES II 76, 4.

[141] Usado en las murallas de Babilonia: cf. HERÓDOTO I 179, 4.

[142] Cf. *Paradoxógrafo florentino* 40.

[143] Cf. VII 1, 18, n. 15.

[144] Ya lo presentó PROCOPIO en VIII 8, 15.

[145] Cf. VIII 11, 36.

[146] Cf. también los verbos *blakeúō* y *endiathrýptomai* en *Historia secreta* IX 15.

[147] Cf. HERÓDOTO I 180, 3, con el adjetivo, *trioróphōn* (*v. l. triō-,* como en Procopio) referido a casas.

[148] Ya lo había sido, según se narra en V 17, 1 ss., etc.

[149] Cf. VII 20, 1 ss.

[150] Como se sabe, el concepto e incluso la expresión *(têi ek theoû rhopêi)* se remontan a HOMERO (*Ilíada* VIII 72 (69 ss.); XXII 212 (209 ss.): cf. también, por ejemplo, ESQUILO, *Los siete contra Tebas* 21). Pero también es interesante su uso en la Patrística: cf., por ejemplo, JUAN CRISÓSTOMO, *Hom.* XV 4 *(in 2Cor.);* y cf. *Catech.* I 4; etc.

[151] Cf. VII 8, 21, n. 71.

[152] Cf. I 14, 22; II 9, 13: cf. J. A. S. EVANS, «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 12 (1971), 93 s.

[153] Cf. VIII 2, 29.

[154] Cf. II 29, 18.

[155] Cf. *supra* n. 74.

[156] Es decir, a la derecha, en territorio europeo según VIII 2, 28. Este comandante Odónaco es quizá el Adónaco de II 12, 2.

[157] Cf. *supra* VIII 13, 5.

[158] Cf. II 29, 18.

[159] Cuando en el 532 se firmó la «paz perpetua»: cf. I 22, 18.

[160] Cf. II 29, 18.

[161] Cf. VIII 11, 29 ss.

[162] Para la expresión *(éschata eschátōn kaká)* cf. SÓFOCLES, *Filoctetes* 65.

[163] La máquina llamada *helépolis* fue inventada por Demetrio Poliorcetes: cf. PLUTARCO, *Demetrio* XXI I. Sobre Edesa cf. II 12, 7 ss.; 13, 1 ss.

[164] Cf. *supra* n. 159.

[165] Cf. VIII 14, 5.

[166] *Kotiáïon* / *Kótaïs:* quizá *Cytaea,* en el mito patria de Medea y de su padre Eetes, hoy Cutais, junto al Rioni (el Fasis: cf. *supra* n. 36).

[167] Sin embargo, en las obras conservadas de Flavio Arriano de Nicomedia, historiador del siglo II d. C. y autor, por ejemplo, de la *Anábasis de Alejandro Magno* y del *Periplo del Ponto Euxino* (varias veces citado en estas notas), no se lee nada parecido.

[168] *Koítaion:* cf. n. 166.

[169] *Koitaïé itaī́da:* cf. *Coitae*, PLINIO, *Historia natural* VI 19, 5.

[170] Cf. VIII 2, 23.

[171] «El centenario pesa cien libras», aclara el mismo PROCOPIO en I 22, 4. La libra equivalía a 327,5 g.

[172] En el 552: cf. I 13, 1.

[173] Cf. VII 33, 14, n. 271.

[174] Es decir, las dos treguas de cinco años cada una y los dieciocho meses antes referidos (VIII 15, 3).

[175] A los veintiséis por esta tregua había que añadir los veinte por la primera (II 28, 10).

[176] Cf. II 29, 2.

[177] Cf. VIII 13, 20.

[178] *Têi aidoî:* es decir, sintiendo vergüenza de que su rey fuera capaz de soportar aquellas penalidades y ellos no.

[179] Intento mantener el juego de palabras aquí y en todo el pasaje *(dýnamis, dynatôi, adynamían, dýnantai, adýnatos...)*

[180] En efecto, esta expresión es la máxima apolínea *gnôthi sautón* (grabada en el frontispicio del templo de Delfos) y tomada en su verdadero sentido.

[181] *Proskýnei:* cf. I 3, 17; 6, 16. Para la *proskýnēsis* o «adoración de rodillas» ante los reyes-dioses orientales, en especial ante el Gran Rey persa, cf., por ejemplo, PLUTARCO, *Alejandro* 54.

[182] Sobre la seda y los indios cf. I 20, 9 ss.

[183] *Sērínda,* es decir, en la zona limítrofe de *Indoí* y *Sêres* (los chinos o tibetanos: cf., por ejemplo, ESTRABÓN XV 1, 37). Ha sido identificada con la antigua Sogdiana (hoy Bujaria): cf. B. RUBIN, «Prokopios von Kaisareia, Mitarbeiter Belisars und Historiker», *RE* 23-1(1957), col. 514 (=*Prokopios von Kaisareia,* Stuttgart, 1954).

[184] A partir del siglo VI, en efecto, se descubrió en occidente el «secreto» de la seda: cf., po ejemplo, la confusión de ESTRABÓN XV 1, 20). Es interesante la lectura de las líneas que le dedica R. GRAVES en su novela *El conde Belisario,* cap. 5 (cit. en la n. 1 del libro VII).

[185] La de hacerse dueño de Lázica.

[186] Cf. VIII 10, 1 (pero sin referencia concretas ahí a las características del terreno).

[187] Literalmente, «a la hora de encender las lámparas» *(perì lýchnōn haphás),* expresión que ya usa HERÓDOTO VII 215.

[188] La expresión *lógou te kaì akoês kreissō* la usa PROCOPIO en VIII 22, 10; y *Sobre los edificios* II 7, 3. Para *akoês kreissō* cf. TUCÍDIDES II 41, 3; y PROCOPIO II 13, 3; V 22, 5; *Historia secreta* XI 17, etc. Este Juan, general de Libia, es Juan Troglita, el hermano de Papo (cf. IV 17, 6; 28, 45) y protagonista de la *Juánide* de CORIPO.

[189] Cf. IV 25, 2; 27, 23 ss.; etc.

[190] Cf. III 9, 3; 14, 10; etc. El territorio de Bizacio *(Byzákios)* se corresponde hoy aproximadamente con Túnez (cf ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías* XIV 5, 2 ss.); el de Numidia con Argelia.

[191] Cf. VII 34, 45.

[192] Como se sabe, del nombre de Pan por el terror que infundía a los rebaños y a los hombres: cf. *Himno homérico a Pan* (XIX) 38 s.; TEÓCRITO. I 15 ss.; V 14; PLUTARCO, *César* 43.

[193] Cf. VII 34, 40.

[194] Cf. VIII 5, 23.

[195] Cf. VIII 5, 2 ss.

[196] Cf. VIII 4, 9; 5, 1 ss.

[197] Literalmente, «muchas miríadas».

[198] En el 533: cf. III 11, 12.

[199] Cf. los lobos con piel de oveja de *Evangelio de Mateo* 7, 15. Para el tema (aunque con diferencias), cf. *Fábulas de Esopo* 188 PERRY («El burro disfrazado de león»); y sobre la naturaleza inmutable cf. *ibid.* 50, 107, 166, 267 PERRY. Al respecto F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Historia de la fábula greco-latina* I 2, Madrid, 1979, págs. 714 ss.; II, Madrid, 1985, págs. 524 ss.; III, Madrid, 1987, págs. 73, 120 ss., 202 ss., 259.

[200] Cf., por ejemplo. *Sentencias de Menandro (Monóstichoi)* 763 («Pues lo que es por naturaleza no cambia»).

[201] Cf. la expresión ya en *Ilíada* XXII 60, XXIV 487; *Odisea* XV 348; HESÍODO, *Trabajos y días* 331; HERÓDOTO, III 14, 10; etc.

[202] La ed. de HAURY-WIRTH y la de DEWING ofrecen la extraña lectura de *K: katalēleimménōn.* Preferimos la del ms. *W: kateilēmmenōn* (cf. TUCÍDIDES V 21, 3: *kateilēmménas* codd.; *kateilēmménous* KRÜGER).

[203] Marcamos así el sentido irónico del verbo (con la lectura *apolaúomen* de *KW;* frente a *apolábomen* de *L*): cf., por ejemplo, EURÍPIDES, *Fenicias* 1205.

[204] Pueblo germano occidental, que habitaba entre el Elba y el Oder.

[205] *Brittía,* que se ha querido identificar, por las confusas indicaciones de Procopio, con Jutlandia, Rügen o Helgoland: cf. RUBIN, *RE* 23-1(1957), cols. 515 ss.

[206] Hoy diríamos el mar del Norte (TÁCITO, *Germania* I, 2): cf. *supra* n. 76.

[207] *Rênon* en griego.

[208] Cf., por ejemplo, TÁCITO, *Germania* 2, 3 ss.

[209] Algo más de 35 Km.

[210] Nuestro autor se refiere a la posición en cuanto a la longitud. Ya hemos visto (VI 15, 4 ss.) que Tule era el nombre de una isla que el navegante masaliota Piteas sitúa al norte de las islas Británicas (cf. ESTRABÓN I 4, 2 ss.) y, por tanto, en el extremo septentrional del mundo (cf. *Las cosas increíbles más allá de Tule* de Antonio Diógenes), luego identificada con Islandia o con Mainland, la mayor de las islas Shetland.

[211] *Hispanôn tà éschata:* Procopio desplaza Gran Bretaña varios grados al oeste.

[212] Más de 700 Km.

[213] Cf. VI 15, 4 ss.

[214] Los anglos.

[215] Cf. *infra* VIII 20, 20.

[216] Radigis.

[217] Cf. VIII 20, 12.

[218] Cf. TUCÍDIDES I 10, 4.

[219] Contra la construcción normal en griego, Procopio emplea aquí la voz media con un sujeto masculino, quizá para marcar las especiales circunstancias de la boda (aunque hay algún precedente del uso: QUINTO DE ESMIRNA, *Posthoméricas* I 728).

[220] Sobre este relato mitológico acerca de Britia como una antigua «Isla de los Muertos», cf. RUBIN, *RE* 23-1(1957), col. 516; y M. MARTÍNEZ, «Islas escatológicas en Plutarco», en M. GARCÍA VALDÉS (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas (Actas del III Simposio Internacional sobre Plutarco),* Madrid, 1994, págs. 81 ss. (en concreto, 97 ss.). Al respecto son interesantes los testimonios de TZETZES (en su comentario a LICOFRÓN, *Alejandra* 1204) y CLAUDIANO (*In Rufinum* I 123 ss.; y cf. también PLUTARCO, *De defectu oraculorum* 18).

[221] Cf. VII 30, 25; 35, 1 ss.

[222] Cf. VII 12, l, n. 105.

[223] Era el 551: cf. VII 1, 49.

[224] Cf. VII 13, 21.

[225] Cf. VII 21, 25.

[226] De estas palabras de Procopio puede efectivamente desprenderse que nuestro autor volvió a Roma (cf. VI 4, 1 ss.) en torno al 552: cf. RUBIN, *RE* 23-1(1957), cols. 299 y 517.

[227] Cf. V 2, 7 ss.

[228] El célebre autor del *Discóbolo* y de la *Ternera* (corrientemente llamada la *Vaca*), obra que estuvo originalmente en Atenas (cf. CICERÓN, *Verrinas* IV 135) y que fue muy famosa en la antigüedad por su realismo, como atestiguan los epigramas de la *Antología griega* IX 713-742 y 793-798 (sobre las estatuas de

Mirón cf. también, por ejemplo, PROPERCIO II 31 7 ss.; y JUVENAL VIII 102 ss.).

[229] Traducimos así *(taûron eunoûchon / boòs toû chalkoû)*, en vez de buey, para guardar la relación con las líneas siguientes *(eunoûchos / árchonta)*.

[230] Los etruscos mantuvieron a lo largo de los siglos su reputación de grandes adivinos y de pueblo especialmente vinculado con la divinidad por medio de sus ceremonias religiosas: cf. ZÓSIMO V 41, 1 (y también ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías* IX 2, 86).

[231] Cf. VII 22, 7 y 19; 37, 3.

[232] Este pasaje puede compararse con el que ARRIANO (*Periplo del Ponto Euxino* IX 1) dedica a la mítica nave Argo y a su ancla, que se mostraba en cierto lugar a la entrada del río Fasis. Sobre la metamorfosis de las naves de Eneas en náyades o ninfas del mar, cf. OVIDIO, *Metamorfosis* XIV 546 ss.

[233] Por supuesto, en sentido lato.

[234] Sobre este muelle cf. RUBIN, *RE* 23-1(1957), col. 518.

[235] Cf. III 11, 15.

[236] 35,5 m. por 7,5 m. (aprox.).

[237] *Infra* (VIII 22, 14 s.) precisará nuestro autor algunos detalles.

[238] *Dryóchous:* cf. *Odisea* XIX 574; APOLONIO RODIO I 723.

[239] Literalmente «pastores» *(noméas):* cf., por ejemplo, HERÓDOTO I 194, 4 *(noméas:* «tablones curvados», escribe HESIQUIO en su *Léxico).*

[240] Hoy Corfú. Esqueria, la isla de los feacios de la *Odisea* (V 34, VI 8, etc.) fue identificada con Corcira: cf. PLINIO, *Historia natural* IV 52, 4 ss.

[241] Cf. V 8, 1 y VII 18, 26.

[242] Ogigia (*Odisea* I 85, etc.), que se localizaba en Septo (Ceuta: mencionada por PROCOPIO en III 1, 6 y IV 5, 6). Pero cf. *infra* n. 244.

[243] Unos 53 km.

[244] Seguramente se trate de Erikousa, Mathraki y Othonoi, al noroeste de Corfú. Precisamente en la playa de Aspri Ammos («Arena Blanca»), en la zona occidental de la isla de Othonoi se enseña en la actualidad la «Cueva de Calipso».

[245] Cf. *Odisea* V 163, 174, etc.

[246] En Esqueria: cf. *Odisea* VI 199 ss.

[247] Sobrenombre de Zeus-Júpiter por su templo del monte Casio, en Egipto, cerca del cual mataron a Pompeyo: cf. PLINIO, *Historia natural* V 68, 1 ss.

[248] Seguramente la latina *Cassiopa* (cf. AULO GELIO, *Noches áticas* XIX 1, 1), hoy Kassiopi, al noreste de la isla de Corfú.

[249] Hoy Kastri, en el extremo sur de la isla de Eubea (Evia).

[250] Cf. APOLODORO, *Epítome* III 21.

[251] Hacia Troya, como se sabe. Sobre Ifigenia en PROCOPIO cf. I 17, 11 ss.; VII 5, 23.

[252] En *hexamétrōi:* en realidad se trata de un dístico elegiaco (hexámetro y pentámetro).

[253] La diosa de los partos: cf., por ejemplo, *Ilíada* XVI 187 (y cf. XI 270; XIX 119); HESÍODO, *Teogonía* 922. «Bolosia» sería, según la etimología apuntada por Procopio, algo así como «la que ayuda a arrojar (el feto)».

[254] Literalmente, «lanzamiento, acción de arrojar o tirar» (del verbo *bállō*).

[255] Hoy las islas Sibota, al sureste de Corfú y muy cerca del continente: cf. TUCÍDIDES I 47, 1.

[256] En el Epiro. Sus ruinas pueden verse al suroeste de Yanina.

[257] Otras fuentes mitográficas sitúan la muerte de Anquises en el monte Ida, en Macedonia, en Arcadia o en Drépano (Sicilia: cf. VIRGILIO, *Eneida* III 707 ss.).

[258] Troya.

[259] Como se sabe, se trata hoy de Ancona, en la costa del Adriático: cf. VI 11, 4; 13, 6 ss.; VII 30, 17.

[260] Cf. VII 1, 18, n. 15.

[261] Cf. VII 35, 23 ss.

[262] Cf. VII 12, 1, n. 105.

[263] El golfo Jónico, con el que Procopio se refiere al mar Adriático: VII 18, 2.

[264] Hoy Scardona (Skradin, en Croacia).

[265] Lat. *Sena Gallica* (que recuerda a los galos senones), hoy Sinigaglia en Las Marcas.

[266] Cf. VII 9, 22 ss.

[267] Cf. VII 9, 12 y n. 75.

[268] Gibal.

[269] Cf. VII 11, 19 ss.

[270] Cf. VII 40, 12 ss.

[271] Los Alpes Cotianos: cf. VI 28, 28; y SUETONIO, *Ner.* XVIII; ESTRABÓN IV 6, 6; ZÓSIMO, VI 2, 6.

[272] Cf. la expresión en HERÓDOTO V 81, 2; JENOFONTE, *Anábasis* III 3, 5; y particularmente en DEMÓSTENES XVIII *(Sobre la corona)* 262.

[273] Preferimos aquí emplear el nombre actual y no transcribir Cúrsica *(Koursikḗ,* lat. *Corsica).*

[274] *Sardṓ,* lat. *Sardinia,* hoy Cerdeña.

[275] El hermano de Papo: cf. VIII 17, 20.

[276] La *Caralis* de los romanos, hoy Cagliari: cf. III 24, 1.

[277] Gr. *Karchēdṓn,* Carquedón.

[278] *Sardinía:* cf. *supra* n. 274 (y cf. el *Sardónion pélagos* de HERÓDOTO I 166, 2).

[279] El llamado «espasmo cínico» o «risa sardónica».

[280] Cf. ya *Odisea* XX 302. La que ofrece Procopio es la interpretación más común, aunque se dan otras: cf., por ejemplo, PAUSANIAS X 17, 13; TZETZES en su comentario a Licofrón, *Alejandra* 796, etc.

[281] Cf. IV 5, 3 (y por ejemplo, HERÓDOTO I 165, 1 ss.; y *Periplo del Pseudo Escílax* 6 s.).

[282] Cf. VII 13, 24.

[283] Justino y Justiniano.

[284] Cf. n. 264 del libro VII.

[285] Cf. VII 34, 1 ss.

[286] Cf. *supra* n. 210.

[287] Cf. VI 15, 32 ss.

[288] Hoy Lipjan (Lipljan) en Kosovo (Serbia y Montenegro).

[289] Ningún pasaje de las obras de Procopio toca esta cuestión. Sobre la dudosa posibilidad de que nuestro autor hubiera escrito alguna otra obra, hoy perdida, cf. la introducción general de J. SIGNES CODOÑER en su traducción de la *Historia secreta*, B.C.G. 279, págs. 76 ss.

[290] Como se sabe la región de Beocia estaba junto al Ática y Acaya al norte del Peloponeso. El golfo de Crisa es, en general, el golfo de Corinto. El nombre lo recibe de Crisa, antigua ciudad de la Fócide cercana a Delfos: cf. HERÓDOTO VIII 32, 2; TUCÍDIDES I 107, 3.

[291] Todas estas conocidas localidades se encontraban en la zona del golfo de Corinto: Queronea y Coronea en Beocia, Patras en Acaya y Naupacto (Lepanto) en Etolia.

[292] El golfo Malíaco, junto al paso de las Termópilas. Hoy el golfo de Lamia.

[293] Equino estaba en la Ptiótide y Escarfea (la Escarfa homérica) en la Lócride: cf. *Ilíada* II 532; ESTRABÓN IX 4, 4.

[294] El Malíaco, como ya dijimos. No deja de ser extraño y bastante exagerado lo que aquí cuenta Procopio: cf. RUBIN, *RE* 23-1(1957), col. 520.

[295] Esquisma *(tò Schísma).*

[296] Era el 552: cf. VII 1, 49.

[297] El desfiladero de Tesalia, célebre por la batalla en las Guerras Médicas: cf. *supra* n. 292.

[298] Cf. VII 27, 17.

[299] Cf. VIII 23, 42.

[300] AQUERONTIS en VII 23, 18; 26, 1; y VIII 34, 15.

[301] Cf. VII 39, 10.

[302] Cf. VIII 9, 1 ss.

[303] Cf. I 23, 7 ss.

[304] «General» entre los persas, según palabras del mismo PROCOPIO en I 5, 4. El canaranges al que se refiere aquí nuestro autor era Adergudumbades.

[305] Cf. II 19, 15 ss,; 24, 15; VI 23, 3; VII 13, 23.

[306] Aquí *Pádos* y no Erídano como en V 1, 18; VII 3, 22; y 13, 9.

[307] Cf. *supra* n. 263.

[308] Cf. VII 12, 1, n. 105.

[309] Cf. VIII 24, 8.

[310] Cf. VII 35, 16 ss. (pero con el nombre de Ildiges).

[311] Se trata de las *Scholae Palatinae,* creadas por el emperador Constantino, que reemplazaron a la antigua guardia pretoriana y se reclutaban especialmente entre los germanos: cf. *Historia secreta* XXIV 15 ss.

[312] Antinópolis, hoy el-Sheik Ibada.

[313] La *Colonia Aprensis,* cerca de las actuales Rodosto y Malgara (Turquía).

[314] Cf. VIII 19, 7.

[315] Cf. *supra* n. 187.

[316] Cf. VII 1, 18, n. 15.

[317] Continúa el relato que cortó el capítulo 27.

[318] El magnífico puente del *fluvius Ariminus* (hoy el Marecchia), cuya construcción empezó Augusto y terminó Tiberio, debía de encontrarse en muy mal estado, como apuntaba DEWING en su traducción (n. *ad loc.*).

[319] Como se sabe, iba de Roma a Rímini.

[320] Cf. VI 11, 10 ss.

[321] Literalmente «en el monte llamado Apenino» *(Apennínōi).*

[322] Propiamente *Tadina,* hoy Gualdo Tadino en la Umbría.

[323] Unos 18 km.

[324] La afirmación no es exacta, según los testimonios que poseemos (cf. n. siguiente). Mario Furio Camilo venció a los galos en el 390 a. C. en Roma y Lucio Furio Camilo, su hijo, hizo lo propio en el 349 en el agro Pontino.

[325] «Piras (o sepulcros) de los galos». Tito Livio dice claramente que el lugar así llamado (porque se quemaron en masa los cádáveres de sus soldados víctimas de la peste) se encontraba en la ciudad de Roma: *Ab urbe condita* V 48, 3 (y cf. XXII 14, 11).

[326] Cf. I 5, 26.

[327] Para el término *autángelos* cf. I 7, 3; VII 18, 27.

[328] *Meth'hēméran:* cf. HERÓDOTO II 150, 4; IV 146, 2.

[329] *Akinákas,* las dagas o espadas cortas propias de los persas: cf. I 7, 28; II 11, 9; etc. (poco más abajo las llama simplemente *xíphē*).

[330] Cf. *supra* n. 113.

[331] Cf. VII 1, 18, n. 15.

[332] Por la expresión *(basiléōs toû megálou)* parece que se busca una identificación, con tintes negativos, con el «Gran Rey» por antonomasia, el rey persa: cf. I 4, 24, y nuestra n. 41 *ad loc.* (en nuestra traducción, B.C.G. 280).

[333] *Týrannos:* cf. I 24, 44.

[334] Cf. la misma expresión pero con «la salvación», en vez de «la esperanza», en *Sobre los edificios* VI 6,

5.

[335] El término *axiōlethros* sólo se lee en PROCOPIO, aquí y en *Sobre los edificios* VI 5, 2.

[336] Cf. *supra* n. 112.

[337] De nuevo cf. VII 1, 18, n. 15.

[338] Cf. el verbo *ischiázō* también en *Historia secreta* IX 15 (referido a los lascivos movimientos de cadera de la emperatriz Teodora).

[339] «Ni echara la siesta», podríamos traducir.

[340] De acuerdo con lo dicho en VIII 32, 6.

[341] Cf., por ejemplo, VII 11, 7; 36, 28; VIII 31, 12; etc.

[342] Totilas quedó herido de muerte, como a continuación se leerá.

[343] Unos 15 km.

[344] Quizá la actual Caprara, localidad cercana a Gualdo Tadino.

[345] Sobre esta concepción de la fortuna cf. *supra* n. 152.

[346] Era julio del año 552.

[347] Cf. *supra* n. 113.

[348] Cf. n. 167 del libro VII.

[349] Como se sabe, la actual Pavía, a orillas del río Tesino, afluente del Po.

[350] La antigua *Nequinum* (hoy Narni), ya citada en V 16, 2 s.; 17, 6 ss. Para Narnia y Espoleto cf. VI 11, 9.

[351] Cf. VII 12, 19 s.

[352] Cf. VII 22, 6.

[353] A menos que la expresión sea muy sintética, podría faltar en el original la descripción de lo que en un principio hizo Totilas.

[354] Cf. V 22, 12 ss. y VII 36, 17.

[355] A la llegada de Narsés.

[356] Cf. VII 12, 1, n. 105

[357] Cf. VII 20, 1 ss., y VIII 11, 11 ss.

[358] Cf. II 29, 33 ss., y el asalto de la muralla de Roma que acaba de contar Procopio.

[359] Como ya se ha repetido, estos sucesos ocurren en el 552.

[360] Cf. a partir de VII 13, 1 ss. (y VII 24, 34).

[361] Cf. VIII 22, 2.

[362] Cf. V 25, 15; VII 20, 19.

[363] Cf. VIII 26, 4.

[364] Cf. *supra* n. 263.

[365] *Drasmôi:* cf. HERÓDOTO V124, 1; VI 70, 1; etc.

[366] Hoy Nepi en la provincia de Viterbo.

[367] Cf. VIII 33, 7.

[368] Cf. VII 12, l, n. 105.

[369] Gr. *Bébios,* lat. *Vesvius, Vesuvius.*

[370] Cf. VI 4, 21 ss. Procopio va a describir en las siguientes líneas una erupción del Vesubio. No olvidemos que en la antigüedad no se conocen los volcanes como tales ni existe un nombre concreto para designar estos montes ignívomos: cf., por ejemplo, ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías* VIII 11, 67; XIV 3, 46; 6, 36.

[371] Lat. *Sarnus,* hoy el Sarno.

[372] Hoy Nocera.

[373] *Ballístras*: cf. V 21, 14; 22, 21.

[374] *Gálaktos Óros,* lat. *Mons Lactarius.* El pasto de este monte o colina de Campania (cerca de Estabias, hoy Castellammare) hacía que la leche de las vacas fuera excelente.

[375] Cf. *supra* n. 112.

[376] Cf. de nuevo VII 1, 18, n. 15.

[377] Cf. VII 12, l, n. 105.

[378] Cf. VII 35, 23; VIII 23, 1.

[379] Era junio del 553: cf. VII 1, 49.

[380] A partir de este punto comenzará Agatías, poco después, sus cinco libros de *Historias,* que abarcan el período entre los años 553 y 558. El autor empieza narrando la conquista de Italia por Narsés, para continuar con la guerra contra los francos, persas, etc., y describir además los terremotos del 554 y 557 en Bizancio.

ÍNDICE GENERAL

Índice